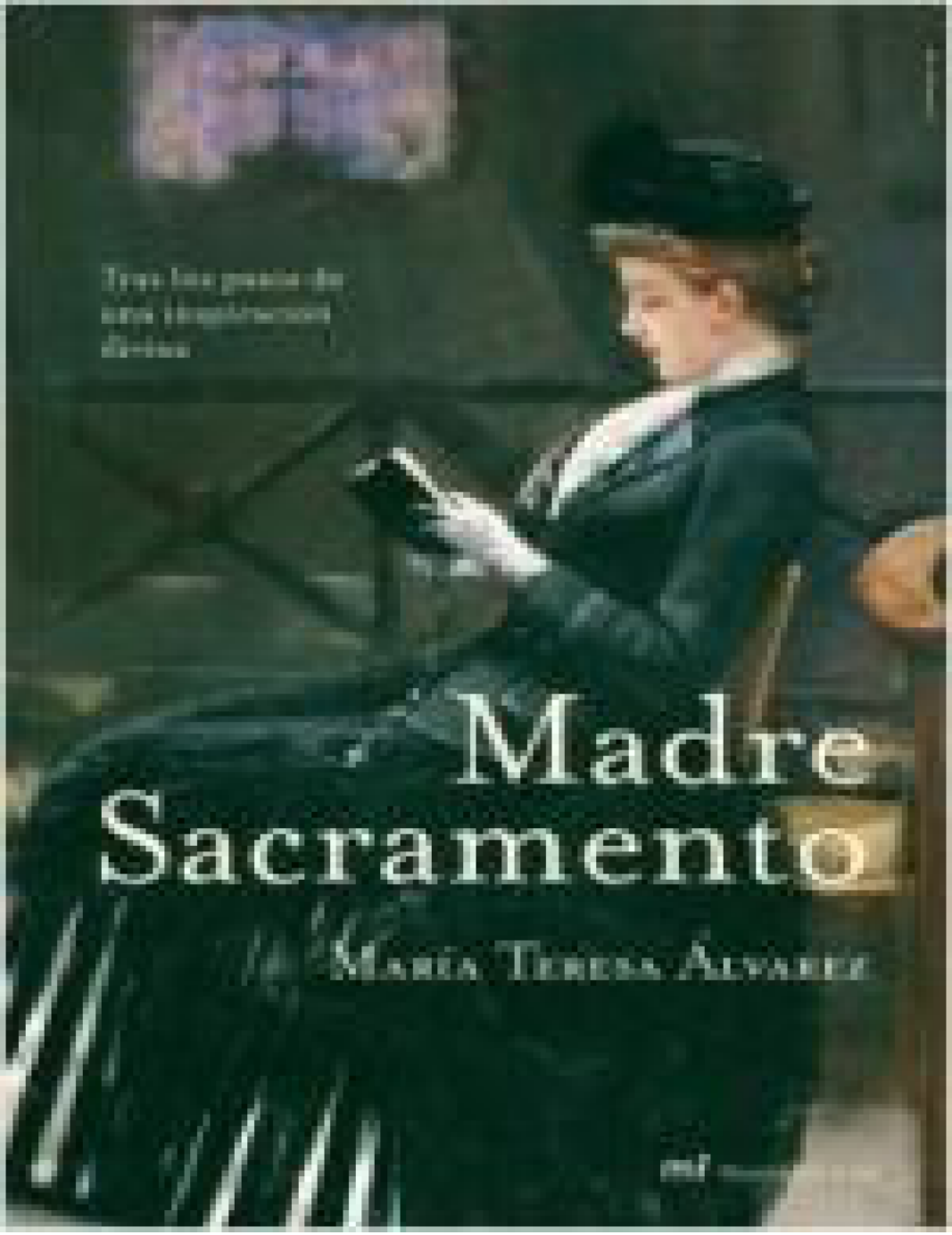
Tras las pasos de una inspiración divina
Madre Sacramento
María Teresa Alvarez

Índice

Portada
Agradecimientos
1. Madrid, otoño de 1889
2. El esplendor del Real
3. La felicidad sí puede existir
4. La Casa de las Desamparadas
5. Reflexiones personales
6. El Patio de la Infanta
7. Tras la pista de un desconocido
8. Espiritualidad
9. De regreso a Madrid
10. Venganza
11. Silverio
12. Sara
13. Otra tarde de tertulia
14. Cena de despedida
15. Cinco años después
16. Oviedo, septiembre de 1934
17. Madrid, primavera de 1935
Epílogo
Créditos

AGRADECIMIENTOS

A las Adoratrices por la información facilitada sobre su Fundadora.

A Antonella Roccetti por su *Antropología Teresiana*.

A mi hermana Elvira y a mi marido Sabino por su apoyo.

1

MADRID, OTOÑO DE 1889

A partir de mediados de octubre eran muy frecuentes las tertulias en casa de María Corominas de Bustamante. Uno o dos días por semana, se reunía con sus amigas a tomar café y pasar revista a la vida social madrileña. Poco se escapaba a la crítica mirada del grupo de señoras que, de vez en cuando, contaban con la presencia de algunos varones.

Aquella tarde, la primera después del verano, dos de las contertulias habían decidido llegar antes de la hora habitual. Las dos tenían la misma intención –hablar a solas con María–, de ahí su contrariedad al coincidir en el portal.

–Qué casualidad, querida Antonia. Estaba convencida de que llegaba antes de tiempo, porque hace unos minutos, al pasar por la tienda de Hipólito Hernández, tenía la puerta cerrada a cal y canto. Eso me llevó a pensar que no eran ni las cuatro, aunque ahora, al verte, es posible que me haya equivocado. La verdad es que no tengo ni idea de qué hora es.

–No te has equivocado, Sara. Son las cuatro. Vengo tan pronto porque he pasado a ver a mi sobrina, pero al llegar sus amigas me fui y las dejé solas, para que hablaran de sus cosas. Me daba pereza volver a casa y decidí venir. ¿Subimos? No creo que a María le importe que nos adelantemos un poco.

–¿Le sucede algo a tu sobrina?

–No. Tiene un catarro muy fuerte, pero como está embarazada no quiere salir de casa, y he pasado a llevarle unas cosas y a intentar tranquilizarla. Ya sabes, la pobrecilla ha tenido dos abortos y le asusta que le vuelva a suceder.

–Cada vez me cuesta más subir las escaleras –dijo Sara apoyándose en el pasamanos.

–¡No será por los kilos! –apostilló Antonia–. No sé qué haces para seguir teniendo esa figura tan esbelta. Claro, que no has tenido hijos, y eso se nota, aunque el paso de los años…

–Sí, claro, los años pesan. Tú tienes más experiencia. Si no me equivoco, me llevas más de quince –dijo Sara con intención.

Se produjo un sonoro silencio entre las dos. Nunca la escalera se había sentido tan observada. Los peldaños se convirtieron en el objetivo de las miradas de las dos señoras que despiadadamente los pisaban.

Sara lamentaba su reacción. Tenía sentido del humor y casi nunca se enfadaba, pero Antonia la sacaba de quicio. A veces conseguía dominarse, eso es lo que tendría que haber hecho y no mostrar su desagrado, porque haciéndolo seguía el juego de Antonia, que siempre pretendía fastidiar a los demás. «Muy desgraciada tiene que ser –pensó Sara– para comportarse así.»

Antonia sonreía muy satisfecha. Por fin aquella presumida y prepotente de Sara se había sentido herida. En cualquier momento le contaría la verdad sobre su marido. Claro que sí, le diría que Federico la engañaba. No podía hacerlo ahora porque necesitaba confirmar el nombre de la amante, pero en cuanto lo supiera, se lo comunicaría todo. Una mujer tan guapa, tan atractiva y con tanto estilo como Sara no podía hacer feliz al hombre con el que se había casado. Aunque a Antonia no le extrañaba que Federico buscara consuelo y cariño en otros brazos. La perfecta Sara no era capaz de darle un hijo.

En el interior de la casa, situada en el tercer piso, adonde se dirigían las dos mujeres, Trinidad, la doncella, ordenaba la sala en la que dentro de poco se reuniría doña María con sus amigas. Volvió a mirar en el interior de la licorera para asegurarse de que todas las copas se encontraban en su sitio. Cuántas cosas bonitas poseen los ricos, se dijo Trinidad, y en aquel momento volvió a pensar –últimamente lo hacía muchas veces– en la madre Sacramento. Qué buena era aquella señora. Había vendido sus joyas y muchos objetos de arte para ayudar a los demás. Acabó empeñando todas sus pertenencias ante las necesidades económicas del colegio. Quería conseguir que todos fuéramos buenos como ella…

–Pero a los pobres, madre, nos resulta más difícil.

–Yo te ayudaré, Trinidad. Confía en mí y ven conmigo a casa, allí estarás segura.

Aún le parece estar escuchándola, pero ya han pasado desde entonces casi treinta años. Trinidad sabe que si la madre Sacramento no se hubiera cruzado en su camino, su vida no sería la misma, y mentalmente volvió a darle las gracias. Mientras acariciaba la excelente madera de la licorera, recordó el momento en que, temerosa, cogió entre sus manos aquel hermoso collar de amatistas.

Eran unas piedras preciosas de color violáceo, y la madre Sacramento se desprendía de él para que las amatistas adornasen un vaso sagrado. El cáliz más hermoso que yo he visto en toda mi existencia, pensó Trinidad.

–Perdona, Trini, ¿tú crees que mi tía me permitirá asistir a la reunión con sus amigas?

–No lo sé. Supongo que sí, aunque creo, señorita, que se aburrirá. No son de su edad. La más joven creo que tiene veinticinco años.

–¿A qué hora suelen llegar?

–Sobre las cinco –dijo Trinidad mirando el reloj–, dentro de unos cincuenta minutos.

–¿Cómo es posible que siendo criada entiendas el reloj? ¿Sabes sumar y restar?

–Sí, señorita. Tuve la suerte de vivir durante un tiempo con unas señoras que me enseñaron algunas cosas.

–Qué bien. No sabes cuánto me alegro. A mí también me gustaría hacer algo por los demás. Bueno, Trini, le voy a preguntar a mi tía si me deja quedarme con ellas a tomar café.

Trinidad, sonriendo, miró cómo salía de la habitación. La señorita Cristina era una muchacha preciosa. Sus cabellos rubios semejaban el color del trigo y sus ojos oscuros, casi negros, eran expresivos y curiosamente profundos en una muchacha tan joven. La señorita Cristina, se dijo Trinidad, no debe de tener más de quince años, porque su madre era la hermana pequeña de la señora. Vivían en Asturias, en una grandiosa casa solariega cerca de Gijón. Doña Carmen, la hermana pequeña de la señora, se había casado con el hijo de un indiano, que al enamorarse de ella decidió quedarse en Asturias definitivamente antes de regresar con su familia a Cuba. Cristina era la primera de sus tres hijos y, según había oído Trinidad, decidieron enviarla a Madrid una temporada, probablemente para separarla de alguna mala compañía. Decían que, a pesar de su dulce aspecto, Cristina era una muchacha complicada y con muchos problemas.

Antes de abandonar la habitación, Trinidad se fijó en el último cuadro que había pintado el señor y se acercó para enderezarlo. Era una hermosa marina. El señor pintaba bien. Los últimos años de su vida los había dedicado a desarrollar aquella afición para la que, según él, no dispuso de tiempo durante el ejercicio de su profesión de abogado. Su despacho era de los más prestigiosos de Madrid. Qué pena que se hubiera muerto tan pronto. Don Ignacio debía de tener, cuando falleció, unos sesenta años. El timbre de la puerta sobresaltó a Trinidad…

–Buenas tardes, Trinidad. Si la señora está ocupada no la moleste, dígale simplemente que hemos llegado y que esperaremos en el salón.

–Pasen, por favor. Ahora se lo comunico a doña María.

La criada las acompañó a la sala. Qué serias están, pensó, y observó como doña Sara dejaba pasar antes a doña Antonia.

–Gracias, Sara. Lo haces por mi edad, me imagino.

–En absoluto, es un simple gesto de cortesía. Seguro que tú, querida, harías lo mismo si estuvieras delante.

Sí que es importante la buena educación, se dijo Trinidad, y aunque en el fondo no deja de ser hipocresía, hace la vida mucho más agradable. Si en mi barrio supieran cómo pienso, se reirían de mí.

–Pasa, Trinidad.

–Perdón, doña María, han llegado dos de las señoras, pero me han dicho que no la moleste, que esperarán a las demás.

–¿Quiénes son?

–Doña Antonia y doña Sara.

–Está bien, ahora voy. Gracias, Trinidad. Pregúnteles si desean tomar algo.

María Corominas era una mujer menuda, con una vivacidad inusitada para su edad. Pasaba de los cincuenta y se movía como una muchacha de veinte. Casi todo el mundo la apreciaba y resultaba sorprendente su capacidad para relacionarse con gente mucho más joven. Hacía más de tres años que celebraba en casa aquel tipo de reuniones a las que asistía un grupo de mujeres, todas amigas suyas, pero que no lo eran entre sí. Muchas se habían conocido en su casa. Unas habían congeniado, otras no. Por ello, y a pesar de que deseaba descansar unos minutos, María, al saber que quienes esperaban eran Antonia y Sara, se dispuso a acompañarlas inmediatamente, aunque pensándolo bien tal vez no estuviera mal dejarlas solas para que aclarasen sus diferencias, pero María sabía que aquello era imposible. Jamás se pondrían de acuerdo en nada. Además, aquella tarde, la reunión seguro que iba a resultar muy movida, sobre todo si acudía Rosa. La noticia estaba en la calle y, probablemente, alguna la comentaría. ¿Por qué habrían llegado tan pronto? ¿Por qué las dos juntas?

María estaba preocupada por su sobrina Cristina. Su hermana se la había enviado para que pasara unos meses en Madrid, en un intento de que María, muy acostumbrada a tratar gente joven, consiguiera enderezar a aquella muchacha rebelde que no atendía los consejos paternos. Al parecer, Cristina no sólo se había negado a iniciar relaciones con un joven asturiano perteneciente a una de las familias más destacadas de la región, sino que había amenazado con buscarse

novio entre las clases más bajas. No dudó en enfrentarse a sus padres, asegurándoles que nunca accedería a salir con nadie no elegido por ella, y que no le importaba en absoluto que decidieran encerrarla en un colegio o en un convento. Allí, decía, estaría mucho mejor que al lado de alguien a quien no quisiera. De momento, María no sabía cómo abordar el asunto. La verdad era que su sobrina le parecía una muchacha encantadora. La desconcertaba un poco que quisiera asistir a la tertulia, pero le había dado permiso.

Sara se había servido una copita de oporto y hojeaba distraída el periódico.

–Pronto empiezas a beber –dijo Antonia, y prosiguió con cierta sorna–: No puedo creer que a estas horas de la tarde no hayas leído la prensa.

Sara, haciendo esfuerzos para no decir lo que le apetecía, respondió:

–Sabes lo que sucede, querida Antonia, que yo leo otros periódicos. *La Época* es demasiado conservador para mí.

–Puede que tengas razón, pero es el que compraba mi marido, y la verdad es que me he acostumbrado a él –dijo María mientras las saludaba con un beso.

Sara volvió a darse cuenta de lo comprensiva que era María. Otra persona se hubiese sentido ofendida al escuchar el comentario sobre el periódico, pero ella no. Qué pena no poder desahogarse a solas con María, necesitaba comentarle lo que le estaba pasando y hablarle de la decisión que pensaba tomar. Sólo a ella y al padre Miguel les contaría la verdad.

–¿Qué tal, queridas? ¿Cómo habéis pasado el verano? –preguntó María.

–Como siempre –dijo Antonia–, con Ramón y los chicos en San Sebastián.

–¿Y tú, Sara, también te has ido cerca del mar?

–No. Yo no me he movido de Madrid este año. ¿Has estado tú en Asturias?

–Sí. Allí me fui con Ignacio y José Miguel. Estuvimos en casa de mi hermana. Ha sido un verano distinto, pero muy hermoso. No conocía aquella tierra y me ha parecido preciosa. Entiendo que mi hermana esté tan contenta de vivir en Asturias.

–Pero llueve mucho y eso es muy triste –dijo Antonia.

–Puede ser, aunque compensa, porque gracias a esa lluvia Asturias tiene el paisaje más increíble que te puedas imaginar. Jamás había podido contemplar una sinfonía de verdes tan completa como la

de su naturaleza. Y la verdad es que merece la pena.

–Además –apostilló Sara–, la tristeza suele estar dentro de nosotros. Que la lluvia y el mal tiempo pueden acrecentarla y que el sol y la luz animan los espíritus, es posible, pero ni uno la crea ni el otro la hace desaparecer.

–Perdón –dijo Cristina entrando en la habitación–, no he podido evitar escuchar parte de la conversación. Creo que la señora –miró a Sara– tiene razón. Sólo añadiría a su comentario que el clima y el paisaje asturiano influyen, sin duda, en los que allí nacimos. Y lo hacen dotándonos de una especie de dulce melancolía. La sonrisa del asturiano, sus manifestaciones de alegría pueden parecer menos frecuentes y menos intensas, por ejemplo, que las de los andaluces o valencianos, pero son tan auténticas, tan profundas…

–Es mi sobrina Cristina, la hija mayor de mi hermana Carmen –dijo María dándole la mano cariñosamente–. Como podéis comprobar es una enamorada de su tierra.

Sara la miró y le dio un beso con cariño y cierta complacencia. Antonia la besó con gesto serio y recriminatorio. «Qué maleducada es esta jovencita –pensó Antonia–, atreverse a intervenir en una conversación de personas mayores sin que la autoricen. Si fuese mi hija se iba a enterar.»

–Cristina me ha pedido permiso para acompañarnos esta tarde. Aunque es una chica muy madura para su edad, ya le he comentado que tal vez nuestra conversación no le resulte interesante.

–Seguro, tía, que aprenderé un montón de cosas y, además, tendré la oportunidad de conocer a tus amigas.

–Y amigos –dijo María–, porque esta tarde vendrán seguro Nicasio y Silverio. Y puede que a última hora se incorpore mi hijo Ignacio y su amigo Javier.

–Es estupendo que venga Nicasio. María, tienes que convencerle para que toque algo al piano –dijo Antonia, y añadió–: ¿Sabéis algo de Rosa?

–No. Supongo que llegará dentro de un momento –contestó María.

–Qué tonta soy –añadió Antonia–, si viene Nicasio es porque sabe que Rosa no faltará. Parece increíble que después de tantos años siga enamorado de ella.

–Yo creo que ya no es amor lo que siente Nicasio por Rosa. Lo que sucede es que como ella no se ha casado, ni salido con nadie, y Nicasio ha hecho lo mismo, lo que los une ahora es una profunda amistad.

–En cuanto al sentimiento de amistad de Nicasio por Rosa, estoy

de acuerdo contigo, María –dijo Sara–, aunque ella jamás ha dado muestras de ningún cariño por él, incluso todo lo contrario. Son innumerables las veces que lo ha tratado fatal.

–Bueno –terció Antonia–, ya sabéis cómo es Rosa, nunca ha podido superar la frustración de su verdadera vocación.

Sara no dijo lo que de verdad pensaba sobre el comportamiento de Rosa, pero volvió a sorprenderse de las opiniones de Antonia, que, curiosamente, siempre se mostraba comprensiva con Rosa, acaso porque las dos eran igual de antipáticas.

Cristina escuchaba divertida. Estaba segura de que aquella tarde lo pasaría muy bien. De momento, Sara le había gustado mucho. Cuando se acercó para darle un beso, la dejó impregnada de un aroma que nunca hasta entonces había percibido. Era un perfume dulce y seco a la vez. Un olor que la trasladó a cualquier bosque asturiano donde se estuviese quemando leña. Sara debía de ser una persona fuerte, eso es lo que le transmitía. Además, le parecía tener muchas cosas en común con aquella mujer mayor que ella. Sólo llevaba unos días en Madrid y la verdad es que estaba encantada. Aquella brevísima experiencia la convencía de que era mucho más divertido vivir en Madrid que en cualquier otro sitio. Claro que si sus padres estuvieran con ella en la capital no sería lo mismo. Cristina se dio cuenta de algo que sospechaba: prefería vivir alejada de sus padres. Se asustó de estos sentimientos y pensó que, posiblemente, según pasaran los días, empezaría a añorarlos. Sin embargo, echaba de menos a sus dos hermanos pequeños. A sus padres, no.

Cristina estaba dispuesta a disfrutar de aquella reunión. Deseaba distraerse, necesitaba olvidarse de sí misma. Rehuía enfrentarse a su problema, un problema cuyas raíces permanecían ocultas en su subconsciente… Cristina jamás podría haber imaginado que aquella tarde empezaría a cambiar su vida.

La reunión se estaba animando. Habían llegado casi todos. Los hermanos Sánchez; Luisa y Silverio. Los dos guapísimos. Los dos solteros. Ninguno de los dos –pensó Cristina– encajaba muy bien en aquella tertulia, pero sus *razones* tendrían. Nicasio, el maestro y pianista, un hombre de unos cincuenta años, que le pareció entrañable. Suave, educado y con un rostro ingenuo, de niño estudioso. Nicasio le gustó mucho más que Rosa, la mujer de la que decían seguía enamorado. Rosa era como una estatua. Perfecta en sus facciones, pero fría, distante… De edad indefinida, lo mismo podría tener cuarenta que cincuenta.

–María, en honor a tu sobrina y para darle la bienvenida, me

sentaré al piano e interpretaré sólo lo que ella me pida.

–Muchas gracias, Nicasio –dijo María, y mirando a su sobrina añadió–: Cristina, vete pensando lo que vas a pedirle.

–No necesito pensar –exclamó Cristina–. Por favor, la sonata 14 de Beethoven.

–¿La prefieres a *La tempestad* o a la *Appassionata*? –le preguntó Sara.

–Me gustan todas las sonatas de Beethoven. La elección depende de mi estado de ánimo –respondió Cristina–. ¿Cuál prefiere usted, Sara?

–Por favor, tutéame. Me pasa un poco como a ti, pero hoy, sin duda, no elegiría ninguna de esas tres. Hoy mi preferida sería *Los adioses*.

–No entiendo vuestros gustos –dijo Antonia–. Con los músicos españoles tan maravillosos que tenemos, que exaltan lo popular, como Ruperto Chapí o Federico Chueca, no sé por qué no elegís alguna de sus composiciones.

Sara y Cristina se miraron y no dijeron nada. Nadie captó la incipiente complicidad entre las dos mujeres. Dos mujeres que apenas se conocían, que casi podrían ser madre e hija, pero que se intuían muy parecidas. Hasta aquel momento, Sara casi no se había fijado en Cristina, pero a partir de entonces sí la observaría.

–María, ¿qué te ha parecido *La Regenta*? Recuerdo que la estabas leyendo cuando nos despedimos en julio –preguntó Silverio.

–Me ha gustado. Además, este verano he podido comprobar en Oviedo que Clarín es bastante fiel en el retrato que nos hace de la ciudad.

–¿No me digas que estás de acuerdo con el comportamiento de Ana Ozores? –dijo Rosa.

–Algunas cosas no las comparto, pero también rechazo el ambiente asfixiante de la sociedad de Vetusta.

–¿No has notado la presencia del Magistral al visitar la catedral? –quiso saber Luisa.

–No, aunque la verdad es que pensé bastante en él. Y, desde luego, busqué el confesonario al que acudía Ana.

–¿No subiste a la torre como hacía don Fermín de Pas? –insistió Luisa.

–Sí que me habría gustado, pero estaba cerrada.

–No me puedo creer que habléis de esa asquerosa novela –intervino Antonia–. Todos sois católicos, ¿no os duele lo que dice Clarín del Magistral? Claro que no se puede esperar otra cosa de un autor tan anticlerical como él y que publica esos terribles artículos en

la prensa de Madrid, que, por supuesto, yo no leo.

–No debemos demonizar a Clarín –apostilló Sara–. El Magistral, por muy sacerdote que fuera, también era hombre y por tanto sometido a las pasiones propias de los humanos.

–No me extraña, Sara –dijo Antonia–, que reacciones así. Sin duda sabes de casos similares en la realidad. Y posiblemente sea este conocimiento el que te hace ser condescendiente con semejantes situaciones.

Antes de que Sara pudiera contestar, intervino María para desviar el tema, que estaba tomando un camino peligroso.

–Creo que no debemos exagerar nuestros juicios y, sobre todo, respetar los de los demás.

Todos conocían determinados comentarios que circulaban por algunos ambientes madrileños sobre la excesiva amistad de Sara con don Miguel Márquez, sacerdote de la parroquia de San Ginés.

–Perdón si me he excedido, pero es que este tema me pone muy nerviosa –aclaró Antonia.

–Si ustedes me lo permiten –dijo Cristina–, me gustaría decir algo sobre don Leopoldo Alas, al que conozco porque mi padre es muy amigo de su mujer, Onofre, y he estado con él en algunas ocasiones en la casa donde pasan los veranos, en el concejo de Carreño, en la que se supone escribió, si no toda, parte de esa novela de la que hablan, y que mis padres no me han dejado leer. Bueno, pues en esa casa existe una capilla en la que yo le he visto entrar algunas veces. La verdad es que no creo que sea tan anticlerical como dicen ustedes. Se ha casado por la iglesia y sus hijos han sido bautizados y han hecho la primera comunión.

María, que escuchaba muy atenta a su sobrina, le dijo:

–Querida Cristina, eres muy joven todavía para profundizar en los motivos que pueden mover nuestras acciones y, lógicamente, no te paras a analizar el porqué de muchos comportamientos. Piensa que Leopoldo Alas y su mujer no podían casarse, de no hacerlo por la iglesia. Hace sólo unos meses que se ha aprobado el matrimonio civil. Además, debemos tener en cuenta los sentimientos de la otra persona, en este caso de su esposa, que posiblemente deseara casarse por la iglesia, como buena católica. También conviene recordar que muchas veces se cumplen determinados requisitos por conveniencia social. Por cierto, ¿qué os ha parecido la aprobación del Código Civil?

–Sé que se ha publicado la edición corregida en *La Gaceta*, pero la verdad es que no la he leído. No podría, pues, dar mi opinión –dijo Silverio.

–Yo creo que es buena la reforma del Código y que es una medida

más de las que está tomando el gobierno Sagasta –apostilló Nicasio.

–Debo confesar que esperaba bastante más de la gestión de Sagasta y del Partido Liberal en el poder –sentenció Sara.

–Sin embargo, tú sabes –dijo María– que han hecho muchas cosas. La Ley de Asociaciones, la creación de jurados en los juicios… De verdad, yo creo que la labor legislativa del gobierno Sagasta ha sido renovadora. Últimamente se ha abolido la esclavitud en Cuba.

–A mí eso me tiene sin cuidado. Es más, creo que se han excedido concediendo libertades. Gracias a esa renovación que parece gustaros a todos se ha constituido esa central que reúne a los trabajadores, creo que se llama UGT, y que originará muchos más problemas de los que pretende solucionar –afirmó Antonia.

–Verdaderamente, Antonia, tienes un pensamiento ultraconservador, pero estoy de acuerdo contigo –dijo Rosa, que había estado bastante callada toda la tarde– porque creo que la excesiva permisividad no nos traerá nada nuevo. La gente carece de formación para asumir responsabilidades. A todo el mundo le gusta exigir sus derechos, pero no les satisface tanto cumplir con sus obligaciones.

–Parece mentira que siendo tan católica y tan creyente como tú eres, Rosa –dijo tímidamente Luisa–, no sigas las nuevas corrientes del catolicismo social que intenta llevar a la práctica parte del mensaje evangélico.

–A mí lo nuevo me deja bastante indiferente. Dudo mucho de todos esos curas y esas monjas que se van a los barrios pobres a mezclarse con los obreros. Creo que donde tienen que estar es en el convento y en la iglesia rezando.

A excepción de Cristina, Luisa era la más joven de la reunión y algunos sospechaban que su presencia se debía esencialmente a que estaba enamorada del más pequeño de los hijos de María, Ignacio, que de vez en cuando asistía a las tertulias. Ciertas miradas, algunas medias sonrisas y, sobre todo, el rubor de Luisa cuando Ignacio estaba presente contribuían a fomentar las sospechas de que los dos jóvenes se gustaban. De todas formas, un simple rubor en las mejillas de Luisa resultaba siempre escandaloso, ya que ella, como muchas jovencitas, se pasaba la vida huyendo del aire libre y del sol. La moda dictaba mujeres lánguidas, de aspecto clorótico y anémico. Mujeres que no debían hacer ningún tipo de ejercicio físico, para no desarrollar y fortalecer los músculos. Luisa era una de esas mujeres, todo lo contrario que Cristina, que presentaba un aspecto sano y saludable. Claro que Cristina llegaba de provincias y allí, tal vez, la moda no era tan importante como en la capital.

Luisa, que aquella tarde estaba especialmente locuaz, manifestó:

–Pues yo creo que la creación de los círculos obreros es muy positiva.

–Lo cierto –dijo Silverio– es que ante la ausencia de un catolicismo liberal algo tenía que hacer la Iglesia para acercarse al mundo de los obreros, para intentar defender los principios cristianos.

–Pero, Silverio, ¿tú entiendes la unión entre catolicismo y liberalismo? –preguntó asustado Nicasio.

–Sinceramente, sí. Y cada día somos más los que así pensamos.

–Me imagino –dijo Antonia– que todos influidos por la Institución Libre de Enseñanza.

–La verdad –dijo Sara– es que a mí, que no soy sospechosa de estar cercana a las ideas de la Institución, siempre me ha parecido estupendo que se cumpliera aquello por lo que abogaba Giner de los Ríos.

–Tengo la sensación, María –comentó Rosa–, de que algo nos ha trastornado. ¿Cómo es posible escuchar estas opiniones en tu casa?

Antes de que la anfitriona pudiese contestar, Cristina dijo:

–Por favor, Sara, dinos a qué te referías.

–A un párrafo del discurso que pronunció Giner en la inauguración de la Institución Libre de Enseñanza. En él manifestaba la esperanza de que catolicismo y liberalismo se llegasen a entender. Para Giner, lejos de ser incompatibles, como muchos creían, estaban indivisiblemente enlazados en la unidad del hombre y su destino.

–No sé por qué os escandalizáis tanto de la unión de catolicismo y liberalismo –manifestó María–. El rey Alfonso XII, que en paz descanse, en el manifiesto que envió desde la academia militar inglesa de Sandhurst ya la defendía –María, que conocía a la perfección aquel párrafo, lo dijo con cierta solemnidad–: «Sea la que quiera mi suerte no dejaré de ser buen español ni, como todos mis antepasados, buen católico, ni, como hombre del siglo, verdaderamente liberal».

–Pero todos sabemos, mamá, que el texto fue escrito por Cánovas y la alusión al catolicismo, según algunos, fue metida con calzador por la insistente petición de la reina Isabel –dijo Ignacio, que acababa de llegar.

Con la incorporación de Ignacio, el hijo pequeño de María, y su amigo Javier, la tertulia estaba completa.

–Qué bien –exclamó María– que hayáis podido venir tan pronto.

–Hemos tenido suerte porque dos de las visitas anunciadas para esta tarde no pudieron acudir.

Ignacio y Javier tenían, más o menos, la misma edad, unos veintisiete años. Los dos eran abogados y habían abierto un despacho juntos.

Cristina se fijó en ellos, especialmente en Javier, al que no conocía. Lo cierto es que los dos eran muy apuestos. Le resultaba un tanto extraña la presencia de aquellos jóvenes en la tertulia y se dedicó a observar cada uno de sus gestos. Ignacio no apartaba sus ojos de Luisa, lo que a Cristina le pareció bastante normal. Sin embargo, Javier se había quedado como idiotizado mirando a Sara, y esto no dejó de sorprenderla.

–Estáis todas guapísimas –dijo Ignacio sonriendo–. El verano os ha sentado fenomenal. También a vosotros os veo relajados. Por cierto, Luisa, ¿es verdad que colaboras con uno de esos círculos católicos que enseñan a leer y a escribir a los obreros?

La cara de Luisa se encendió y, con los ojos bajos, asintió para decir a continuación:

–Hace unos días que empecé con el grupo creado por el padre Vicent.

–¿Por qué no nos lo has dicho antes? –inquirió María.

–Lo iba a contar, pero no me dejasteis. Y pensaba decíroslo ahora, porque, aunque muchos no estéis de acuerdo con la labor que se hace en los centros, yo creo que es magnífica. Además de mantener vivos los principios católicos, en los círculos, se pretende crear una especie de caja de ahorro solidaria para que los obreros se ayuden entre sí en caso de necesidad y para cuando surjan problemas laborales. Desde hace unos meses han empezado a funcionar las escuelas nocturnas, con las que yo colaboro, para enseñar a los obreros y a sus hijos.

–Tenéis que daros cuenta de algo que ya es evidente –dijo muy serio Silverio–; desde que el nuevo papa León XIII se ha hecho cargo de la dirección de la Iglesia, todo ha empezado a cambiar. León XIII propugna la política social. Acordaos de que hace unos años escribió una carta a los obispos españoles pidiéndoles que no comprometieran la verdad de la religión católica por la solidaridad con determinados partidos políticos.

–Y tú, lógicamente, estás de acuerdo –dijo Antonia con cierto sarcasmo.

–Pues sí. Además, ya va siendo hora de que los sacerdotes no intervengan en las directrices del Estado, que sólo es competencia de los gobernantes. Con esto no quiero decir que la Iglesia deba permanecer en silencio ante medidas que afecten a los cristianos, pero su protesta debe realizarse desde fuera y nunca tomando parte en las decisiones gubernamentales.

Ninguno de los asistentes, ni el propio Silverio, podía sospechar que dos años después de producirse aquella conversación, el papa León XIII, llamado el papa de los obreros, redactaría una encíclica, la

Rerum Novarum, considerada como la carta magna del catolicismo social, en la que el Pontífice pediría la intervención del Estado para establecer una legislación social eficaz, con la conveniencia de constituir asociaciones obreras, especialmente sindicatos profesionales.

–Sigo pensando –manifestó Antonia– que todos esos modernismos no nos traerán nada bueno.

Javier, el amigo de Ignacio, el que se había quedado hipnotizado mirando a Sara, intervino por primera vez para decir:

–Antes hablabais del manifiesto de Sandhurst y decíais que Cánovas había accedido a mencionar la religión católica en aquel texto por presiones de doña Isabel II. ¿De verdad lo creéis así? No entiendo cómo podéis pensar que el inteligente político iba a seguir los consejos de una persona a la que despreciaba y consideraba un peligro para la estabilidad del país.

–A la reina doña Isabel le hicieron pagar muy caros los errores cometidos –dijo suspirando Sara–. Nadie la ayudó a ser una buena reina. Siempre estuvo sola.

–No digas tonterías –exclamó Rosa–. Más vale estar solo que mal acompañado. Y lo que precisamente tuvo doña Isabel fueron malas compañías. Compañías muy poco recomendables, aunque elegidas por ella. Ninguna de las monjas cercanas a la soberana merecía tal honor, y, además, se aprovecharon de la reina.

María se dio cuenta en aquellos momentos de que Rosa desconocía la noticia aparecida en los periódicos hacía días, porque si no no habría hablado de aquella forma. Javier apostilló:

–¿A qué monjas se refiere? ¿A sor Patrocinio?, porque no creo que meta en el mismo saco que a ella a la madre Sacramento, a Micaela Desmaisières.

–Claro que sí. Las dos eran monjas y las dos pululaban alrededor de la soberana.

–Pero, Rosa, no sea injusta. Sabe que no tiene argumentos para defender lo que acaba de decir. Además, figúrese si habrá diferencia que hace unos días se ha abierto el proceso de información para la beatificación de Micaela Desmaisières.

–¿Es una broma, verdad? Dígame que sí, que es una broma, Javier.

–No. No es ninguna broma. De hecho, muchas personas ya están recibiendo citaciones para declarar en el proceso. ¿Cómo es posible que no se haya enterado, si lo ha publicado la prensa?

Antonia miraba con pena a Rosa. Lamentaba el disgusto que la noticia producía en su amiga. Por eso ella pretendía hablar con María

antes de que llegaran todos. Deseaba pedirle que no hicieran nada por suscitar el tema y sobre todo quería saber si a María la habían llamado como testigo, porque a ella no le habían comunicado nada y también conocía a la madre Sacramento.

María, como buena anfitriona, sentía que se produjeran situaciones embarazosas en su casa, pero se decidió a afrontar el tema con total sinceridad, por mucho que le doliera a Rosa.

–Debo deciros –afirmó María– que he sido requerida como testigo para declarar aquí en Madrid, en el proceso de beatificación de Micaela Desmaisières, la madre Sacramento. Y estoy contenta de que se haya abierto el proceso, porque pienso que Micaela, la vizcondesa de Jorbalán, fue una mujer ejemplar y merece un reconocimiento por parte de la Iglesia.

–¿Ejemplar? ¿En qué fue ejemplar? Si era una mujer soberbia, que se consideraba superior a todos.

–Eso no es verdad, Rosa –dijo María–. Lo que sucede es que muchas veces somos incapaces de entender posturas tan altruistas como las que mantuvo Micaela.

–No era buena, os lo digo yo –replicó Rosa.

María no quería acorralar a Rosa con la verdad del porqué de su odio a Micaela Desmaisières, pero si seguía injuriándola tendría que hacerlo.

Cristina estaba fascinada; su tía iba a ser testigo de un proceso de beatificación y había conocido a la mujer a quien querían hacer santa. Esta noche tengo que hablar con ella –pensóy que me cuente cómo era esa señora y qué cosas hizo para que pueda alcanzar los altares. Cristina había leído muchas vidas ejemplares y biografías de santos, pero nunca se imaginó que alguna vez pudiera ella seguir un proceso de beatificación. Cristina era católica y fiel practicante. El templo se había convertido para ella en un lugar de paz y tranquilidad donde le parecía encontrarse a sí misma. Muchas veces dejaba a sus amigas y se iba sola a la iglesia, donde, después de unos minutos de recogimiento, se sentía mejor. Los sacerdotes le parecían seres beatíficos que jamás podrían caer en las miserias humanas. La religión significaba para ella lo más hermoso de su vida y lo únicamente suyo. Con estas tendencias y aficiones sería fácil deducir que Cristina pensaba en un futuro no muy lejano profesar como monja. Sin embargo, nada más lejos de sus intenciones. No era su amor a Dios ni su profunda fe la que la llevaban al templo, sino un puro sentimiento humano y material. Cristina se sentía en la soledad del templo a salvo de muchas cosas del exterior que no le gustaban, y los sacerdotes, pensaba, eran los únicos que podrían entenderla y ayudarla.

–Trinidad, por favor, nos trae un poco más de café. Luisa, ¿prefieres otra cosa?

–No, gracias. Afortunadamente ya no me hace daño el café.

–Tía –exclamó Cristina–, ¿puedo ayudar a Trinidad a traer el bizcocho y las pastas?

–Ella se arregla sola perfectamente, pero si te hace ilusión, acompáñala.

Cristina se sentía dominada por la curiosidad. Había observado la cara de Trinidad cuando hablaban de Micaela Desmaisières y tenía el presentimiento de que la conocía. Además, juraría que estaba en total desacuerdo con lo que decía Rosa, pero como era una criada no podía opinar.

–Señorita Cristina, debe dominarse, yo no debo contarle nada. Ya se enterará usted de todo.

–Seguro que sí, pero, por favor, Trinidad, dime sólo si conocías a la vizcondesa de Jorbalán y por qué doña Rosa la odia de esa forma.

–A lo segundo no voy a contestarle y en cuanto a si la conocía le diré que sí. Yo la quería mucho, porque fue muy buena conmigo, aunque ella, sabe usted, la madre Sacramento, me quería más a mí.

–Trinidad, ¿y cómo se sabe quién quiere más?

–En este caso es muy sencillo, señorita. Mi cariño era respuesta al suyo. Pero el de ella no sé a qué se debía. A mí no me conocía y yo nada había hecho para merecer que me quisiera como lo hizo. Me acogió en su casa sin pedir nada a cambio. Bueno, sí nos pedía algo; que fuéramos buenas, que no la engañáramos.

–Trinidad, ¿tú no tenías casa?, ¿dónde vivías?

–Vivía en un sitio horrible, señorita. Me ganaba la vida en las calles, ¿sabe usted? Era prostituta.

Cristina disimuló a duras penas su asombro. «Dios mío –pensó–, Trinidad ha sido una mujer pública, una ramera.» ¿Cómo su tía la tenía de doncella de confianza? Con un hilo de voz preguntó:

–¿Micaela Desmaisières era monja?

–Cuando yo la conocí, no. A los pocos años profesaron unas cuantas y solicitaron aprobación a Roma de las Constituciones de la nueva congregación que querían crear.

–¿Se llaman? –preguntó intrigada Cristina.

–Religiosas Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

–¿Tendrán casa en Asturias?

–No tengo ni idea –respondió Trinidad, y añadió–: Es posible que sí, porque la madre Sacramento había fundado muchas casas. De hecho, murió en la de Valencia.

–¿De qué y cuándo murió?

–Señorita Cristina, hablemos en otro momento si quiere, ahora debemos llevar el café, que van a pensar que nos ha sucedido algo.

Al llegar al salón, comprobaron que el tema de discusión seguía siendo el mismo. Cristina lamentó haberse ido. Era demasiado impulsiva. Con Trinidad siempre tendría tiempo de hablar y, tal vez, los amigos de su tía hubieran comentado cosas interesantes. No sabía muy bien por qué la figura de Micaela le interesaba tanto. En aquel momento era Antonia la que estaba hablando.

–Si te soy sincera, María –dijo Antonia–, no sé por qué te han llamado a ti a declarar y no se han acordado de mí.

–No te preocupes, lo mismo han hecho conmigo –dijo Rosa–. Y olvidarse de mí sí que es grave, porque yo la conocí más a fondo que vosotras.

–Tal vez lo que suceda, querida Rosa –apostilló Antonia–, es que nosotras no interesamos, porque nos consideran más apropiadas para asesoras y confidentes del abogado del diablo.

–Por favor, no exageréis –casi suplicó María–. Los procesos de información suelen durar muchos años. Seguro que os llaman.

–Creo que Galdós utiliza la figura de Micaela Desmaisières y de sus seguidoras en *Fortunata y Jacinta* para crear su propio personaje. Recuerdo que se refiere a ellas –dijo Ignacio– como *las Micaelas*, aunque se me ha olvidado cuál es su juicio sobre la labor que hacen.

–No es exacto lo que dices –respondió Nicasio–. Don Benito no se inspira en Micaela para crear a Guillermina Pacheco, sino en otra mujer, la también aristócrata Ernestina Manuel de Villena. Es verdad que habla de las Micaelas, que es donde llevan a Fortunata. Y éste sí que puede ser el de la madre Sacramento.

–Sí, ya recuerdo –afirmó Ignacio–. Galdós dice que en el convento de las Micaelas las mujeres podían salir cuando quisieran, que estaba prohibido retenerlas contra su voluntad. Y éste es un rasgo característico de la casa fundada por Micaela.

–Yo creo que don Benito –intervino Sara– ha sido fiel a la realidad que describe en algunos aspectos, claro, y en otros, lógicamente, al ser novelista, se ha dejado llevar por la imaginación.

–¿Te refieres…? –quiso saber Nicasio.

–Por ejemplo, cuando habla del convento de las Micaelas alude a los severísimos castigos que allí se imponían, y eso no corresponde al convento de la madre Sacramento. Además, la evolución en la novela del personaje de Guillermina no creo que tenga que ver con la de la persona en la que se inspiró.

–Estoy totalmente de acuerdo contigo, Sara –dijo María–. De

hecho, conozco algún caso muy difícil en el que gracias a la comprensión y las buenas maneras consiguieron enderezar a la descarriada. Jamás la madre Sacramento fue partidaria de la severidad en los castigos.

–No comparto vuestras opiniones –dijo Rosa un tanto exaltada–. La evolución del personaje de Galdós, que pasa de ser una santa fundadora a una generala con mando en plaza, no se habrá producido en Ernestina Manuel de Villena, pero sí en Micaela. La madre Sacramento dominaba todo con mano férrea. Y en cuanto a la dureza de los castigos, habría que verlo. No estoy yo tan segura de su benevolencia.

–¿Pero salían todas las chicas reformadas del convento? –quiso saber Cristina.

–No –contestó Nicasio–. Se sabe de casos en que se fueron igual que habían entrado. Pero, volviendo a la novela de Galdós, Fortunata, al abandonar la casa de las Micaelas, hace examen de conciencia y, al preguntarse qué había obtenido de su estancia en aquel centro, llega a la conclusión de que su espiritualidad seguía siendo la misma, aunque sí había conseguido cierta paz, desconocida para ella hasta entonces. También se dio cuenta de que se había convertido en una persona más resignada.

–O sea, que la valoración que hace Galdós del convento no es mala –se interesó Ignacio.

–Creo que, teniendo en cuenta la personalidad de Galdós, las trata bastante bien, aunque es poco respetuoso con las creencias y la vida de las religiosas. Si no recuerdo mal –dijo Nicasio–, me parece que compara el amor místico con la chifladura.

–No se debe hablar de temas tan serios con la ligereza con que lo hace Galdós –dijo Silverio–. Claro que para él éstas son experiencias sin duda desconocidas, en las que además no cree.

Antonia, con la mano levantada para que se fijaran en ella, manifestó:

–Os estoy escuchando verdaderamente asombrada. ¿Pero de verdad os importa lo que dice Galdós? Por Dios Santo, si convierte en protagonista de su novela a una cualquiera. A lo largo de todo el relato no tiene más intención que la de desprestigiar a la clase media, a la que pertenecemos.

Se produjo un silencio incómodo, sólo roto por Silverio, que de forma pausada y dulce dijo:

–Es verdad, Antonia; tienes razón en lo que dices, pero a mí sí me interesa *Fortunata y Jacinta*. Y me interesa porque considero a Galdós un magnífico novelista y atinada su visión de la sociedad en que

vivimos.

Cristina escuchaba emocionada. La reunión en casa de su tía estaba resultando mucho más emocionante de lo que esperaba. Cuántos temas interesantes. De cuántas cosas se estaba enterando. De todas las personas allí reunidas le interesaban dos de forma muy especial, Sara y Silverio. Tenía que conseguir hacerse amiga de ellos.

Javier se había levantado para ponerse más café.

–¿Os sirvo algo? Por cierto, ¿es verdad el rumor de que doña Emilia Pardo Bazán y Galdós están unidos por algo más que amistad?

–No me sorprendería nada –dijo Sara– y me alegraría por ellos. La Pardo Bazán es dueña de su vida y puede hacer con ella lo que quiera.

–¿Sabes, Sara? –intervino Luisa–, me parece muy acertado tu comentario. Lo que no me gusta tanto es que, si en vez de doña Emilia fuera otra mujer, seguro que tu opinión, como la de otros muchos, sería mucho más dura.

–He de reconocer, querida Luisa, que en parte tienes razón. No en lo que a mí se refiere, porque últimamente me he vuelto más comprensiva y opinaría lo mismo aunque no se tratara de doña Emilia.

María, que conocía muy bien a todas sus amigas y contertulias, se dio cuenta de que Sara se estaba comportando de una forma un tanto extraña. No era normal que hiciese aquel tipo de comentario. No la veía desde antes del verano y, posiblemente, su situación matrimonial hubiese empeorado.

–No sé adónde vamos a llegar. Me parece vergonzosa vuestra postura –manifestó Antonia–. Nunca podré aceptar que una mujer se comporte como un hombre, por muy condesa y literata que sea.

–Pero creo que esa señora –se atrevió a intervenir Cristinatrabaja igual que Pérez Galdós o que cualquier otro escritor.

–Eres muy joven todavía, querida Cristina, para entender las diferencias entre un hombre y una mujer –le dijo María.

Cristina entendió perfectamente la intención y el mensaje de su tía, que le estaba pidiendo que se callara.

–He ido esta mañana a la tienda de Ruperto Andreu y he quedado entusiasmada de las telas tan preciosas que le han traído. La verdad es que no sé de dónde me dijo que eran, pero son preciosas. Figúrate que me he comprado para hacerme dos vestidos –le decía Antonia a Rosa–. ¿Y a que no te imaginas a quién me he encontrado en la tienda? A las Sánchez de Velasco. Se casa una de las hijas de Pepita.

–¿Cuál de ellas?

–La más pequeña. Creo que es de urgencia.

–¿Y con quién se casa? –preguntó Rosa.

–Con el hijo del juez Peláez.

La conversación se estaba diversificando en pequeños grupitos. Javier se había sentado al lado de Sara y Luisa se había acercado al lugar en el que se encontraba Cristina y su primo Ignacio.

–Luisa, mira qué prima tan preciosa tengo –dijo Ignacio pasándole un brazo por los hombros a Cristina.

–Ya me la había presentado tu madre. No se parece en nada a ti –bromeó Luisa con intención.

–¿Qué os parece si os llevo a la inauguración de la temporada en el Real?

–Sí, sí –dijo alborozada Cristina–. No te imaginas, querido primo, la ilusión que me hace conocer el Teatro Real. Además, nunca he asistido a la representación de una ópera.

A pesar de la euforia, Cristina pudo observar el cariño con el que se miraban Ignacio y Luisa. «Éstos –pensó– están enamoradísimos», y sin pensarlo dos veces les preguntó:

–¿Ninguno de los dos tenéis novio?

–Yo no –dijo Ignacio–. Luisa no tengo ni idea.

–No seas mentiroso, sabes muy bien que no –respondió Luisa un tanto ruborizada.

–¿Y por qué no probáis a salir juntos? Haríais una pareja estupenda –insistió Cristina.

–Qué más quisiera yo –suspiró Ignacio.

Cristina se levantó y los dejó solos. Intuía que había que darles una oportunidad. Examinó hacia qué lugar del salón dirigirse, cuando de pronto escuchó la voz de Sara.

–Ven, Cristina, seguro que te interesa el tema que está planteando Javier.

–Le estaba diciendo a Sara –aclaró Javier– que yo sería capaz de morir por el amor de una mujer.

–¿Y por qué llegar a esos extremos? –dijo Cristina sonriendo–. Además, si usted se muere no lo consigue. Yo creo que las mujeres nos conformamos con bastante menos. Simplemente aspiramos a que ustedes sean sinceros. Aunque tal vez los hombres prefieran la muerte.

–¡Qué seria es esta niña! No quiero ni pensar cómo será dentro de unos años –suspiró Javier–. Y, por favor, Cristina, tutéame, contágiame de tu esplendorosa juventud.

–Pues a mí –intervino Sara– me parece perfecto lo que ha dicho Cristina. Ha demostrado un gran sentido del humor que tú, querido, no has sabido captar. Además, Javier, de la historia que comentábamos antes creo que no sabemos toda la verdad. El archiduque Rodolfo no se suicidó por el amor de ninguna mujer, sino por su cobardía para enfrentarse a los problemas que la vida le

presentaba, o tal vez acuciado por la enfermedad. Lo que sí es cierto es que una mujer accedió a acompañarle en aquel trance, porque no deseaba seguir viviendo sin él.

–¿Están, bueno, estáis hablando del hijo del emperador de Austria Francisco José y de la emperatriz Elisabeth? –preguntó Cristina.

–Sí.

–Pues creo recordar que la noticia era que lo habían asesinado en Mayerling y que estaba solo, no que se había suicidado, y, además, ¿dices que acompañado? –se asombró Cristina.

–¿Estás segura, Sara, de que se encontró el cadáver de una mujer en Mayerling junto al del archiduque? –preguntó Javier.

–Totalmente. Dentro de poco ya veréis como empezarán a publicarse muchos aspectos relacionados con el suceso. Durante estos meses se ha intentado ocultar la verdad, pero al final siempre trasciende algo. Yo me he enterado por unos amigos que viven en Viena.

–¿Y se conoce la identidad de la mujer que murió con el archiduque?

–Sí, María Vetsera. Una muchacha muy joven. Sólo tenía diecisiete años. Dicen que se enamoró locamente de él y accedió a prestarle la compañía que el archiduque Rodolfo le solicitaba.

–¿No estaba el archiduque enamorado de María Vetsera? –preguntó Cristina interesada.

–No. Figúrate qué tipo de amor debía de sentir por ella que la noche anterior al suicidio la pasó con otra mujer. La amante habitual de los últimos tiempos, Mizzi Kaspar. También a ella le propuso que muriera con él. Lógicamente, ella no aceptó.

–Aunque, desde luego, no lo comparta, puedo llegar a entender la idea del suicidio, pero ¿por qué esa necesidad de que alguien muera contigo? –preguntó Cristina.

–Probablemente, por falta de cariño. Siempre se dijo que las relaciones del archiduque con su madre no eran buenas.

–Pero, Sara, el archiduque estaba casado y tenía una hija –manifestó Javier.

–Sí, con la princesa Estefanía de Bélgica. Pero se sabía que vivían separados desde hacía años.

–¿Es verdad que la causa de la ruptura definitiva fue la enfermedad que Rodolfo le transmitió?

–Sí, una enfermedad venérea con graves consecuencias, dicen, para la princesa Estefanía, que parece ser no puede volver a tener hijos.

Cristina escuchaba aterrada aquella historia. Pensó en la hija de

los príncipes. ¿Qué pensaría aquella niña?, ¿qué le habrían dicho? «Muchas veces –pensó Cristina– los adultos se olvidaban de que los niños, desgraciadamente, se enteran de casi todo.» De repente, le volvieron aquellas imágenes que últimamente se habían de convertir en una pesadilla. Algo sucede en el jardín de su casa en Gijón. Todo es confuso y, a pesar de que no consigue ver nada, Cristina siente una angustia espantosa que le hace cerrar los ojos con fuerza.

–¿Te sucede algo? –le preguntó Sara, preocupada al ver el dolor reflejado en su cara.

Tardó unos segundos en abrir los ojos y con un gesto confuso que intentaba ser una sonrisa dijo:

–No es nada. A veces –mintió–, siento cierto malestar de estómago, pero es pasajero. Ya me encuentro mejor. La verdad, Sara, es que me ha impresionado muchísimo la historia que me habéis contado. No dejo de pensar en la pobre María Vetsera. Creo que yo nunca podría amar de esa forma. Antes hablabais del amor místico y de lo difícil que resulta entenderlo. Estoy de acuerdo, pero mucho más difícil de comprender es este amor que lleva a la muerte.

«Esta chica me gusta –pensó Sara–. Probablemente ya posee experiencia en el dolor, a pesar de su corta edad. Eso debe de ser lo que le ha proporcionado una personalidad tan madura con sólo dieciséis años.» Y mirándola con cariño, le dijo:

–Has tocado un asunto muy, muy interesante. Estoy bastante de acuerdo contigo. De todas formas, si te apetece profundizar en estas cuestiones, te puedo invitar algún día a mi casa con un grupo de amigos expertos en espiritualidad.

–Y a mí, ¿no me invitas? –replicó Javier, y añadió–: Eres mala, Sara, sabes que estoy deseando estar contigo y me maltratas sin piedad.

Cristina se sorprendió ante el comportamiento de Javier, porque, si no había entendido mal, Sara era una mujer casada. Claro que Javier podía estar hablando en broma. Pero no, la expresión de sus ojos decía lo contrario. ¿Cómo se lo permitía Sara? Tal vez la frivolidad era condición indispensable para comportarse en sociedad. Sí, tendría que ser eso; por ello seguramente Sara seguía el juego.

–Querido Javier, sabes que soy muy exigente y lo cierto es que no has hecho méritos suficientes para que te acepte en mi círculo más íntimo. Pero sigue insistiendo, no desesperes. Es posible que algún día lo consigas.

Cristina observaba cómo coqueteaba Sara con Javier. «Es posible –se dijo– que no esté casada, que yo me haya equivocado.» Se levantó en busca de un plato con pastas, mordisqueó una y se fue hacia donde

se encontraba su tía en animada conversación con Silverio. Al pasar junto a la puerta, ésta se abrió bruscamente y en el umbral apareció un elegante y atractivo caballero.

–Buenas tardes. María, perdona que me presente así en tu casa, pero he terminado muy pronto en el despacho y he decidido venir a buscar a mi mujer –y mirando a Sara dijo–: Pero no te precipites, querida. Si me admitís en vuestra conversación, no tengo el más mínimo inconveniente en que nos quedemos un rato. Pareces estar pasándolo de maravilla con ese joven.

Federico Montes, que así se llamaba el recién aparecido marido de Sara, fue saludando a todos los reunidos. A Cristina le pareció uno de los hombres más guapos que había visto en su vida. Su tía se ocupó personalmente de ofrecerle un licor.

–Un poco de coñac no me vendrá mal en estos momentos. María, por cierto, tienes una sobrina guapísima. ¿Es la primera niña de Carmen?

–La primera y la única, porque los otros son dos niños.

La inesperada llegada de Federico confirmaba las sospechas de María. Algo inusual había en la vida de Sara. Algunas reacciones que había observado aquella misma tarde en su amiga no eran propias de ella. Ahora, la presencia de Federico, que jamás se había acercado a buscar a su mujer, reforzaba sus temores.

Cuando Sara vio a su marido entrar en el salón, hubiese salido corriendo. Era lo último que se podía esperar de él. Estaba claro que Federico le iba a poner las cosas difíciles. Llevaban más de seis años casados y la convivencia había sido posible gracias a que ella, como buena esposa, cedía a todas sus exigencias, pero también porque desde el principio decidió mantenerse al margen de los comentarios que sobre el comportamiento de Federico le llegaban de forma intermitente. Tal vez, aquella situación podría haber durado toda la vida, pero una noticia que Sara conoció por casualidad le había hecho reflexionar.

–Supongo –dijo Federico– que habréis comentado la decisión de la Iglesia de abrir el proceso de información para la beatificación de Micaela Desmaisières. Convendréis conmigo en que es una noticia esperada y deseada, porque la madre Sacramento merece estar en los altares. Lo dejó todo por ayudar a los demás.

–No tenía ni idea de tu sensibilidad para con estos temas –dijo Antonia.

–La verdad es que no me interesan demasiado, aunque en este caso es distinto. La sobrina de la madre Sacramento y mi hermana son muy amigas, y yo conocí mucho al que fue novio de Micaela.

–Un novio quizá demasiado joven para ella, que a la postre la dejó. Ahí está, sin duda, el origen de su vocación –sentenció Rosa, y añadió–: Fue al quedarse sola y sin posibilidades de volver a tener novio cuando decidió dedicarse a la caridad.

–Lo siento, Rosa –dijo María–, pero estás mintiendo. Tú sabes muy bien que la ruptura del noviazgo no influyó en la decisión de Micaela de ayudar a las mujeres necesitadas. Y siento que seas especialmente tú quien lo diga, porque tú, Rosa, lo sabes mejor que nadie. Me consta que ella te contó por qué se decidió a fundar. Y no creo que se te haya olvidado.

Cristina escuchaba muy interesada y, a pesar de que su tía le había advertido muy sutilmente de que no interviniera en la conversación, no pudo contenerse.

–De todas formas, y aunque esa señora hubiera descubierto su vocación al dejarla su novio, ¿qué hay de malo en ello? Ya sé que muchos pueden interpretar que se metió monja por falta de pretendientes, ¿pero a nadie se le ha ocurrido pensar que pudieran haber existido otros motivos distintos al abandono del novio para romper el noviazgo? ¿No puede haber ocurrido que fuera ella quien tomara la iniciativa de dejar a su joven pretendiente?

Todos la miraron sorprendidos. Sólo tenía dieciséis años y hablaba y razonaba como una persona mayor. Entonces, María comprendió por qué su hermana y su cuñado se la habían enviado. Sara a punto estuvo de aplaudirla, pero se limitó a decir:

–Querida Cristina, estoy segura de que, sin quererlo, nos has dado una lección. Sabes, querida, reflexionas como una persona adulta. Tus argumentos son impecables. Y lo más importante es que se nota tu juventud y tu calidad humana al enfocar los razonamientos; sin ningún tipo de prejuicios, con una mirada limpia, que no quiere juzgar sino entender.

Cristina se encontraba un tanto cohibida ante lo que Sara le decía y miraba la reacción de su tía, que al terminar Sara de hablar manifestó:

–¿Qué os parece si para la próxima reunión o la siguiente invitamos a algunas personas que conocieron a la madre Sacramento para que nos hablen de ella?

–¿Qué quieres, que la sometamos a un juicio similar al proceso de beatificación? –preguntó Antonia.

–No, desde luego que no. Lo que propongo es que conozcamos a fondo la figura de Micaela Desmaisières y su obra. Y que manifestemos nuestra opinión sobre la conveniencia o no de abrirle un proceso de beatificación. Pero nunca entraremos a valorar si debe o no

ser beatificada. Eso es competencia exclusiva de la Iglesia.

–Me parece una idea estupenda –dijo Silverio–. Además, considero que será beneficioso para nosotros el contacto con la vida de Micaela, que a mí me parece ejemplar. Pero ¿sabemos a qué personas invitar? Yo no conozco a nadie. Bueno, claro, a excepción de a vosotras tres.

–Es normal –respondió María–, aquí, las de más edad somos Antonia, Rosa y yo. Lógicamente nosotras os orientaremos sobre las personas que conocieron a la madre Sacramento para que las visitéis por si quieren facilitaros información. También nos podemos encargar de buscarlas. ¿Os parece? –dijo dirigiéndose a sus amigas.

Las dos asintieron. Rosa matizó:

–Yo traeré testigos que probablemente no hablen demasiado bien de la madre Sacramento.

–O sea, que tú te adjudicas el papel de abogado del diablo –apuntó Luisa.

–Sí. Y espero convenceros a todos.

–¿Quién será el postulador? –quiso saber Nicasio.

Se miraron unos a otros. Sara vio como Cristina buscaba la mirada de su tía y entonces, sin pensárselo dos veces, manifestó:

–María, ¿por qué no permites que sea tu sobrina quien asuma ese papel? Estoy segura de que lo hará muy bien.

–¿Tú qué dices, Cristina? ¿Te atreves? –preguntó su tía.

–La verdad es que me hace ilusión, pero necesitaría documentarme. No sé nada de la vida ni de la personalidad de Micaela Desmaisières.

–Yo te puedo informar y, además, ponerte en contacto con algunas de las adoratrices –dijo su tía.

Federico, con esos aires de suficiencia propios de quien se considera triunfador en los ambientes sociales, dijo:

–Espero poder acompañaros en alguna de vuestras tertulias, porque estoy seguro de que el tema dará mucho de sí y se prolongará durante varias tardes. Ya podéis agradecerme que os haya facilitado un argumento tan interesante.

Sara, un poco avergonzada por la fatuidad de su marido, se levantó con intención de marcharse.

–¿Sabéis que ya son más de las ocho? –dijo Javier.

Se produjo un pequeño revuelo en la sala con sillas que se movían y pequeños corros donde se despedían unos de otros.

Cristina aguardaba cerca de la puerta, junto a su tía. Al darle un beso, Sara le dijo:

–Tenemos que vernos. Me ha encantado conocerte, Cristina.

–Para mí sí que ha sido un auténtico placer. Y muchas gracias, Sara, ¿cómo has adivinado mis deseos de hacer de postulador de la causa?

–No había ninguna duda. Tus ojos te delataban.

Después de cenar se retiraron muy pronto. Su tía estaba cansada y a la mañana necesitaba levantarse temprano. A Cristina no le hubiese importado quedarse charlando un buen rato. Deseaba saber todo de las personas que habían asistido a la reunión. Su primo Ignacio le había confirmado lo que ella ya sospechaba, creía estar enamorado de Luisa, pero no se decidía a proponerle que fuera su novia, porque quería estar totalmente seguro y no deseaba hacerle daño.

Luisa y Silverio eran huérfanos y su vida no había sido fácil hasta cumplir la mayoría de edad, cuando heredaron la inmensa fortuna que les habían dejado sus padres. Desde entonces, vivían solos y Silverio, cuatro años mayor que Luisa, se había convertido un poco en el padre y la madre de su hermana.

–Tiene que ser una persona excelente –dijo Cristina.

–Sí que lo es. Yo creo –dijo Ignacio– que cuando Luisa se case, si es que lo hace, y espero que sea conmigo, Silverio ingresará en alguna orden religiosa o se dedicará exclusivamente a ayudar a los demás, colaborando, como ya lo hace, con organizaciones de la Iglesia.

Cristina se llevaba bien con Ignacio. También con su otro primo, José Miguel, aunque éste era menos extrovertido que Ignacio. Bien es verdad que tenía poca confianza con él, porque las oportunidades de tratarse habían sido escasas. Además, José Miguel, por su trabajo, hacía una vida mucho más independiente y se veía obligado a ausentarse frecuentemente de Madrid.

No tenía sueño. La habitación que su tía le había destinado era bonita y, sobre todo, confortable. No hacía frío, pero Cristina pensó que al día siguiente le pediría a Trinidad que encendiera la chimenea. La posibilidad de contemplar el fuego desde la cama le parecía maravillosa. En su casa de Asturias tenían varias, pero ninguna en su habitación, y deseaba experimentar las sensaciones que el fuego le provocaría en la intimidad de su cuarto.

Le gustaba mucho el colorido de la habitación. El amarillo oro de las cortinas y de la colcha iba perfecto con las flores del tapizado de la butaca y de las dos sillas. Las escenas pintadas en el biombo del vestidor invitaban a soñar con historias del lejano Oriente. Pero a Cristina lo que verdaderamente le apasionaba, y se llevaría para su casa, era un espejo isabelino de madera tallada y escayola sobredorada. La luna oval llevaba un encuadre de grecas de contero

como las cuentas de un rosario, todas en una misma dirección. Pero lo que le parecía más original era una entrecalle de espejo con pequeños centros de motivos vegetales. Los dos pinjantes, situados en la parte superior e inferior del espejo, eran muy bonitos. No quedaba nada mal su cara enmarcada en él.

A Cristina siempre le había gustado verse reflejada en los espejos. Desde muy pequeñita se miraba, y la niña que desde el interior del espejo le devolvía la mirada era su amiga y la comprendía, incluso le devolvía los besos.

Cristina se sobresaltó al notar el contacto de la fría superficie del espejo en sus labios. Unos suaves golpes en la puerta la hicieron reaccionar.

–Sí, ¿quién es?

–Soy yo, Trinidad.

Se puso una toquilla sobre los hombros y se acercó a la puerta.

–Pasa, pasa, Trinidad.

–Perdone, sólo la entretendré unos minutos. Me he enterado de lo que piensan hacer en la próxima tertulia y quiero decirle que puede contar conmigo.

–¿No te importa que se enteren de la vida que llevabas hace tiempo?

–Sí, claro que sí. Pero doña María, su tía, ya lo sabe. Además, es lo menos que puedo hacer por la madre Sacramento. Yo he sido testigo de muchas de sus acciones. Y, si la señorita quiere, puedo conseguir que otras de las que estuvieron en el colegio de las Desamparadas vengan a declarar sobre lo que ellas han visto y oído.

A Cristina le embargó de pronto la emoción, deseaba ponerse a trabajar de inmediato. Quería saber todo de aquella mujer a quien llamaban madre Sacramento. Aquella aristócrata que dejó todo por dedicarse a las muchachas con problemas. Sí que tenía que querer a Dios, pensó Cristina, y con evidentes muestras de cariño le dijo a Trinidad:

–No sabes cómo te agradezco tu colaboración. Mañana mismo hablaremos para que me pongas al tanto de muchos aspectos que deseo conocer. Por cierto, ¿cuántos años hace que murió Micaela Desmaisières?

–En agosto serán veinticuatro. Murió en Valencia víctima del cólera.

–Trinidad, entonces, tú tenías que ser muy joven.

–¿Cuando la madre me recogió de la calle? Creo que tenía diecisiete años.

–¿Cómo fue? ¿Por qué no me lo cuentas? Ven, siéntate aquí –le

pidió Cristina señalando una de las sillas, mientras ella ocupaba la otra.

–No sé si debo, señorita –dijo cohibida.

–Pues claro que puedes. De verdad, ¿conociste a la madre Sacramento en la calle?

–Sí. Ella salía al anochecer, que era cuando nosotras deambulábamos en busca de trabajo. Una amiga me había hablado de ella en alguna ocasión. Muchas opinaban que era una chiflada que no sabía qué hacer con su dinero, pero otras la defendían. Lo cierto es que yo no confiaba ni en unas ni en otras, pero aquella noche tuve la oportunidad de verla. Estábamos tres o cuatro en uno de los callejones cercanos a la calle de Atocha. La madre Sacramento venía con otra señora. Las dos vestían de negro y de forma humilde, extremadamente austera. Nos saludaron. Ella era la que hablaba. Recuerdo que su voz era fuerte y se expresaba con claridad, es decir, iba al grano: «Hijas mías, ¿por qué no venís conmigo a mi casa y abandonáis esta vida? –nos dijo–. Si no tenéis otros medios para comer y vestir, yo os los proporcionaré. Seré vuestra madre». Lo cierto es que yo no supe cómo reaccionar –siguió contando Trinidad–. Me quedé callada, mirándola. Era difícil creer que lo que nos proponía pudiera ser verdad, aunque algo en su cara delataba que era sincera. Todavía hoy no sé muy bien por qué lo hice, pero agarré la mano que me tendía y me fui con ella.

–¿Te has arrepentido alguna vez?

–Jamás. Todo lo contrario. Mi vida era un verdadero infierno. A veces me despierto por la noche asustada, creyendo oler aquella peste amarga que despedía el aliento de los hombres a los que entregaba mi cuerpo. Temblando, intento mirar a mi lado en la cama, pero las lágrimas, señorita Cristina, me impiden ver, en los primeros instantes, que estoy sola y a salvo en mi habitación. Y todo gracias a ella. Gracias a la madre Sacramento hoy sé leer y puedo vivir dignamente de mi trabajo.

–¿Permaneciste mucho tiempo en ese colegio de las Desamparadas?

–Varios años, y no me hubiese importado seguir allí trabajando con las hermanas, pero doña María, su señora tía, a la que conocí en la casa, me ofreció trabajo y consideré que era mejor para mí. Con el dinero que ella me paga puedo ayudar a mi familia.

–¿Y cualquier muchacha podía abandonar la casa cuando quisiera?

–Pues claro, con total libertad.

–Y dime, Trinidad, ¿cómo era la vida allí dentro?

–Bueno, muy distinta a la que estaba acostumbrada. Algunas se

quejaban del trabajo y de los rezos, pero yo, ¡ah! –suspiró Trinidad–, yo estaba encantada. Nos levantaban muy temprano. Rezábamos mucho. Asistíamos a misa todos los días. Nos enseñaban a coser, a planchar y a hacer bien las labores del hogar. También a leer. Su deseo era conseguir que superáramos nuestros problemas siendo buenas católicas, porque lo que querían, sobre todo, era que fuéramos buenas.

–¿Y lo consiguieron? –quiso saber Cristina.

–Unas salieron de la casa igual que habían entrado y volvieron a la misma mala vida de antes. Otras, sin embargo, sí experimentamos mejoría en el comportamiento. Pero de eso a que consiguieran insuflarnos la fe que ellas deseaban para nosotras hay un abismo. Me gustaría creer firmemente en la existencia de Dios, pero no puedo. Y no puedo a pesar del ejemplo de la madre Sacramento. Cuando la observaba a ella y a las otras señoras arrodilladas ante el sagrario, no podía entender nada. Soy incapaz. Si Dios existe, ¿cómo puede permitir la penuria y las desgracias de tantas personas? Mi vida, señorita Cristina, ha sido muy dura, aunque usted no lo crea, y la de otras mujeres mucho más. Es más fácil ser creyente cuando uno ha nacido en otro ambiente.

Cristina se tomó un tiempo antes de contestarle. No sabía muy bien cómo reaccionar.

–Estando de acuerdo contigo, Trinidad, en bastante de lo que dices, creo que debo responder a tu sinceridad con la mía y por ello quiero confesarte que yo también carezco de una fe profunda. Es verdad que unas personas tiene más facilidades que otras para afrontar la existencia, según el ambiente en que hayan nacido. En lo que ya no estoy tan de acuerdo contigo es en que la fe sea proporcional a la riqueza o a la comodidad de la que pueda disfrutar un individuo. Yo misma soy un ejemplo de que esa teoría no funciona. Te podría dar nombres de muchas personas que habiendo nacido en ambientes muy pobres han sido cristianos modélicos, con una fe profunda y sincera. En cuanto a lo de pasarse horas ante el sagrario, no siempre significa garantía de fe o piedad. Dios me libre de enjuiciar a quien lo hace, pero sí te puedo asegurar que yo me pasó mucho tiempo en la iglesia y no lo hago por mantener un diálogo íntimo con Dios o para implorar la fe.

–¿Y entonces por qué lo hace usted? –preguntó curiosa Trinidad.

–Porque me siento bien y protegida.

–Perdóneme, señorita, ¿pero de qué necesita protegerse usted? –preguntó incrédula la criada.

La conversación comenzaba a derivar por unos senderos que no le

gustaban a Cristina. Así que se levantó a por un vaso de agua y despidió a Trinidad diciéndole:

–Estoy un poco cansada. No sabes lo que te agradezco tu información. Has sido muy amable conmigo. Ya seguiremos hablando sobre el asunto.

–¿Desea alguna cosa más, señorita?

–No, Trinidad. Muchas gracias y buenas noches.

–Buenas noches, señorita Cristina.

A veces intentaba sumergirse en el fondo de sus ojos. Quería profundizar más y más, y más…, tanto que se asustaba. En esos tensos instantes, Cristina pensaba que lo mejor era bromear, reírse de sí misma. «¿Qué sería de mí sin los espejos?», se preguntó sonriendo mientras guiñaba un ojo con complicidad a la muchacha rubia que la miraba desde el otro lado.

No le apetecía dormir todavía. El libro que su madre le había metido en la maleta no le atraía excesivamente. Además, si era recomendación de su madre, seguro que no le gustaba. Era la última novela de Armando Palacio Valdés, *La hermana San Sulpicio*. Cristina se acordó del día en que conoció al escritor. Había ido con sus padres a pasar el día a la finca que, en el concejo de Carreño, poseían los Muñoz-Sotomayor. Por la tarde, después del almuerzo, visitaron Candás y allí fue donde saludaron a Palacio Valdés y a su mujer, que pasaban unos días de descanso en el pueblecito marinero.

Cristina no recuerda esta jornada por la ilusión de haber conocido a un escritor famoso, sino porque ése fue el día en el que se enfrentó a sus padres.

–Cristina, ¿no te has fijado cómo miraban las chicas a Rodrigo?

–La verdad es que no, mamá. No me he dado cuenta.

–Claro, ibas tan emocionada charlando con él. ¿No te parece un muchacho muy majo?

–Bueno, no está mal.

–Esta tarde hemos hablado mucho con sus padres y los cuatro pensamos que sería estupendo que iniciaras una relación con él. Rodrigo es el mejor partido de toda Asturias, y ésa es la boda que tú te mereces, hija mía.

Rodrigo era hijo de los Muñoz-Sotomayor. Un joven agradable, cuatro o cinco años mayor que Cristina. Estaba a punto de terminar sus estudios como ingeniero de minas. Su futuro, sin duda prometedor, contaba, además, con la garantía de que, al ser hijo único, heredaría la importante fortuna de sus progenitores.

Ahora Cristina considera que su reacción ante la propuesta de sus padres ha sido totalmente irrespetuosa y desproporcionada, pero

volvería a comportarse del mismo modo. Sólo pensar que pudieran obligarla a casarse con Rodrigo o con cualquier otro le produce náuseas. Se siente mal. Todo da vueltas a su alrededor. Busca algo donde apoyarse mientras cierra los ojos con fuerza y suplica casi llorando:

–No, por favor, otra vez no.

Las veladas imágenes del jardín de su casa estaban allí de nuevo.

2
EL ESPLENDOR DEL REAL

¡Es precioso! Lo había visto de día, pero cerrado y sólo por fuera. El interior es mucho más bonito de lo que pensaba. Con estas maravillosas lámparas y la luz que lo hace resplandecer, todo irradia belleza. El colorido de los trajes de las mujeres, mezclado con las flores y con el negro y el blanco del vestuario masculino me parece fascinante.

Cristina no podía disimular su nerviosismo. Se sentía un poco cohibida. ¡Estaban tan guapas todas las señoras! Nunca había visto vestidos más bonitos que los de aquella noche. Cristina llevaba uno de su tía que ésta había mandado arreglar para ella.

–Estás guapísima –le decía Luisa–. Este amarillo clarito te sienta muy bien. Además, es como un sueño, todo de encaje. Y las plumitas que no querías ponerte en el moño te van perfectamente. Siéntete segura, querida. ¿No ves cómo te miran?

–Porque no me conocen y sienten curiosidad –dijo Cristina, nerviosa–. Tú sí que estás maravillosa.

Lo cierto es que las dos causaban admiración. Luisa peinaba su pelo negrísimo en una favorecedora trenza. Iba vestida de verde, lo que acentuaba su lánguida palidez. El traje era de talle muy ceñido, con característicos recogidos en la falda y un generoso escote que le permitía lucir una valiosísima esmeralda en la desnudez de su cuello.

Ignacio la miraba embobado. Seguro que después de la ópera, al acompañarla a casa, le pedía relaciones.

–Ignacio, no me digas que esa belleza que está con Luisa es tu prima Cristina. Si parece una diosa del Olimpo.

–Hola, Javier. ¿Qué haces aquí? –saludó Ignacio–. Si esta tarde me aseguraste que no vendrías.

–Eso es lo que pensaba, pero noticias de última hora me han hecho cambiar de idea.

–¿Y…?

–Pues me he enterado de que Sara venía sin su marido y ya sabes

cómo me gusta esa mujer. Aunque mirando a tu prima, no sé si me sigue interesando tanto Sara.

–Mucho cuidado con Cristina. Si le haces daño, habrás de vértelas conmigo.

–Por favor, Ignacio, no exageres. Cualquiera que te oiga creerá que soy un depravado conquistador.

–No, pero Cristina sólo tiene dieciséis años y debo cuidar de ella.

–¿Me llamabas? He creído escuchar mi nombre –dijo Cristina volviéndose hacia su primo.

–Hablaba con Javier, que no deja de piropearte.

–Es imposible no hacerlo –dijo Javier inclinándose ante ella y, mirando a Ignacio, añadió–: Si quedara alguna plaza libre en vuestro palco me gustaría acompañaros.

–No creo que quede. Ya sabes –respondió Ignacio–, en la jornada de inauguración el lleno es absoluto. A esta sesión, *los peseteros del frac* casi nunca consiguen entrar en la sala.

–Si tenéis en cuenta la epidemia de gripe –intervino Luisa–, tal vez hoy sea distinto. Estoy segura de que muchos de los habituales faltarán.

–¿A quiénes llamáis *los peseteros del frac*? –preguntó muy intrigada Cristina.

–A los caballeros que pagan una peseta para poder entrar en el teatro. Y si queda alguna butaca libre la pueden ocupar.

–¿Y si todo está completo?

–Pues se quedan en el vestíbulo durante la representación. Después, en los entreactos, aprovechan para alternar en los palcos.

–¿Y sólo lo hacen los hombres? –se interesó Cristina.

–Qué preguntas haces, querida prima –respondió Ignacio–. ¿Te imaginas a una mujer sola en un espectáculo público?

–Sola no, pero acompañada de otra mujer, sí. Eso no podéis negármelo. Esta noche he visto a algunas.

–Sí –contestó Ignacio–, pero para que eso suceda una de ellas, o las dos, tienen que ser mayores, casadas y muy conocidas. Así su honor no quedará en entredicho.

–Fijaos, ahí tenemos el ejemplo –dijo Luisa dirigiendo sus ojos hacia la entrada.

Sara y una señora bastante mayor que ella entraban en el teatro. Cristina sólo miró a Sara, y volvió a pensar que le gustaría ser como ella. Sara le parecía la más guapa y misteriosa de todas las mujeres que aquella noche se encontraban en el Real. Llevaba una capa negra de terciopelo y un vestido del color de las malvas silvestres. Muy sencillo, sin escote ni grandes adornos, que contribuía a resaltar más

su personalidad. Iba distinta a todas.

–¿Qué le habrá pasado al presumido de su marido? –preguntó Luisa.

–Estará enfermo de gripe o habrá tenido que atender alguna de sus múltiples *ocupaciones* –dijo Javier con cierto retintín.

–¿A qué te refieres? –quiso saber Cristina.

–Siempre se dijo –apuntó de forma un tanto sarcástica Javierque el abogado Federico Montes, casado con la estupenda Sara Medina, se dejaba querer con excesiva facilidad. Pero últimamente se habla de alguien en concreto que, según dicen, lo tiene bien agarrado.

–¿Y Sara lo sabe? –preguntó Cristina. Y antes de que le contestaran prosiguió–: ¡Hay que ser imbécil para fijarse en otras, estando casado con una mujer como Sara!

–Totalmente de acuerdo. En cuanto a si Sara está enterada, yo creo que no –respondió Ignacio muy convencido.

–Pues yo creo que sí –dijo Luisa–. Estoy segura de que Sara lo sabe desde hace tiempo. Tienes que ser muy tonta para no darte cuenta de si tu marido te engaña. Además, vivimos en una sociedad muy *compasiva*. No habrá faltado alguna *buena amiga* que se lo haya contado. Aunque es posible que desconozca esta última historia. Confieso que yo no tenía ni idea.

–Buenas noches, ¿cómo estáis? ¡Qué alegría encontraros aquí! Inés Madurga –dijo Sara haciendo las presentaciones–, mi prima, que ha venido a pasar una temporada conmigo a Madrid.

–¿Tú eres el hijo de María Corominas? –preguntó Inés mirando a Ignacio.

–Sí –respondió Ignacio con cara de sorpresa.

–Te pareces muchísimo; es imposible equivocarse.

–Por cierto, ¿cómo está tu madre de la gripe? –intervino Sara.

–Muy recuperada, aunque algo débil todavía. A punto estuvo de venir esta tarde, pero la hemos convencido para que se quedara en casa.

María llevaba más de diez días con fiebre. Aquel otoño la epidemia de gripe o dengue, como también la llamaban, estaba produciendo estragos en Madrid. La enfermedad de María había impedido que volvieran a celebrarse tertulias en su casa. En este tiempo, Cristina se afanó en visitar a cuantas personas pudieran darle noticias de Micaela Desmaisières. Posiblemente, una de las que mejor conocían a la madre Sacramento era Bernarda Rodríguez Jubero, ahijada de la madre de Micaela, y que desde los ocho años vivió en la casa de los condes de la Vega del Pozo, padres de Micaela. Parece que Bernarda había desempeñado las funciones de doncella de Micaela.

–Ella siempre fue muy buena conmigo. Figúrese –le contaba Bernarda– que después de mi matrimonio empleó a mi marido como secretario en el colegio y se ocupó personalmente de la educación de uno de mis hijos: los hizo enviar al colegio de los jesuitas en Carrión de los Condes.

–Cuando usted va a la casa de los padres de la madre Sacramento, ¿qué edad tiene ella?

–Unos dieciocho. Era una joven muy piadosa que se preocupaba de los demás. Recuerdo que los veranos en la casa de Guadalajara reunía un grupo de niñas pobres y les enseñaba a leer y a realizar labores. Y también las instruía en la religión. Yo la acompañé muchas veces y la atendía en todo lo que precisara.

Cristina observó a Bernarda y con su atención e interés por todo lo que le contaba intentaba animarla para que siguiera hablándole de la madre Sacramento. Bernarda era ya casi una anciana. Debería de rondar los setenta años, pero nadie lo diría. Sus recuerdos eran claros y cuando dudaba de algo inmediatamente recurría a las cartas. Bernarda guardaba infinidad de misivas que Micaela le había escrito en sus viajes.

–¿Sabe usted?, salvando las diferencias, ella me quería como a una hermana –decía Bernarda mientras buscaba entre la correspondencia–. No tenía ninguna necesidad de escribirme, pero lo hacía y mire usted con qué cariño.

Cristina cogió la carta que Bernarda le acercaba. Estaba fechada en París, a finales de julio de 1847. Leyó: «Mi querida y necesaria Bernarda: Mucho te echo de menos al cabo del día…». Antes de que pudiera seguir, Bernarda le dio otra mientras le decía:

–Está escrita unos meses más tarde, desde París también. Fue la última de aquel año de 1847. Señorita, quiero que la lea. Verá el cambio interior que experimentó la madre. Mire lo que me decía: «¿Ves, querida mía, lo que es el mundo y la vida? Confórmate, por Dios, confórmate con tus penas y dale gracias porque tienes un marido que te quiere y tú a él. Y que es bueno y religioso. Penas has de tener, y si no, repasa mi vida, tú que la conoces bien, y mira si he sido feliz. ¡Oh, pero lo seré! Yo lo espero y tú también. Se lo pido a Dios todos los días. Ve al hospital y no olvides a los pobres, ellos te sacarán de apuros. Compra el Rodríguez para ti, que te lo pague Bahía, y lee cada día un capítulo por mí». Don Cirilo Bahía –aclaró Bernardaera el administrador de la casa de sus padres.

–¿Qué era el Rodríguez?

–Un libro de espiritualidad. Creo que se llamaba algo así como *Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas*. Estaba escrito por un

jesuita, el padre Alonso Rodríguez. Pero mire la siguiente carta. Mi señorita, perdón, la madre Sacramento parece que empieza a encontrar su camino: «Mi querida Bernarda mía: El placer de verte me quita las ganas de todo, de escribirte y de contarte nada… Como salimos a las ocho, tengo tiempo de ir a la iglesia… Al menos, soy feliz una hora cada día, y ¡no es poco conseguirlo en este pícaro mundo…!». Ese mismo año habría de regresar a Madrid.

–¿Qué hacía en el extranjero? –preguntó Cristina.

–Después de la muerte de su madre se quedó sola. Su hermano Diego, para aliviarla un poco y también para que se ocupara de su mujer, le pidió que los acompañara durante una temporada en París. Diego desempeñaba allí el cargo de agregado en la Embajada de España. Pero si está muy interesada en conocer detalles de la vida de la madre Sacramento, seguro que sus hijas, las adoratrices, le pueden permitir leer algunos de sus escritos.

–Mi tía me ha hablado de esa especie de autobiografía y prometió acompañarme un día al colegio de las Desamparadas.

–A doña Micaela –sonrió Bernarda– le gustaba vestir bien. Tenía buena planta, no era muy guapa, pero sí agradable.

«Cuántas veces –pensó Cristina– habría asistido Micaela Desmaisières a los estrenos del Real. Debía de gustarle la música.»

–Así que esta noche asistirás por primera vez a una representación de ópera –decía Javier.

Cristina se encontraba tan ensimismada en sus pensamientos que tardó unos segundos en volver a la realidad.

–Perdona, Javier, estaba distraída. Sí, éste será mi estreno operístico.

–Seguro que pensabas en tu amor asturiano. Es imposible que una mujer tan guapa no tenga infinidad de pretendientes.

–Pues la verdad es que has acertado –dijo sonriendo Cristina, y añadió–: Sí, un buen número de admiradores, pero no pensaba en ellos. ¿Cómo hacerlo teniendo a mi lado a un caballero tan apuesto y galante como tú?

–Oh, querida, me halagas.

Entonces, la miró directamente a los ojos y animado por el piropo de Cristina le tomó la mano y se la besó de forma un tanto voluptuosa.

En ese instante, Sara charlaba con Luisa e Ignacio, pero no se perdió ni un detalle de la escena. Cristina retiró bruscamente la mano y se abanicó nerviosa. Había algo en la expresión de Cristina que llevó a Sara a pensar en los problemas que aquella jovencita podría llegar a tener con los hombres. Era una simple intuición, pero Sara estaba

segura de que Cristina no podía soportar la interesada cercanía de un joven.

–Querida Cristina, hoy me has desbancado –dijo Sara aproximándose–. Mi fiel enamorado me ha dejado por ti. Y lo cierto es que tengo que alabar su buen gusto.

–¡Ay! –suspiró Javier–, me parece que esta preciosidad asturiana me va a hacer tanto caso como tú, Sara. Menos mal que soy un optimista nato, si no empezaría a preocuparme.

Sara miró a Cristina y se sorprendió por la falta de armonía entre la forma en que movía el abanico y la indefensión y quietud de sus ojos. A Sara le recordaron los de un cervatillo herido y sintió en ese momento deseos de abrazarla, de tranquilizarla, pero se limitó a desviar la conversación.

–Estabais tan enfrascados en vuestra conversación que no habéis visto la llegada de la Reina regente. Seguro que a ti, Cristina, te haría ilusión.

–¡Oh, sí, me encantaría!

–Es posible –dijo Javier– que la veas durante la representación.

–No, no podrá porque desde la platea en la que estamos no se ve bien el palco real –añadió Ignacio–, pero si te hace ilusión podemos intentar verla a la salida.

–Es una mujer ejemplar y profundamente católica –intervino Luisa–. Muy pocos creían en ella cuando llegó a España. Hoy, sin embargo, todo el mundo la respeta.

–La verdad es que soportó con verdadera heroicidad las infidelidades del rey –manifestó Ignacio.

–Sí, verdaderamente ejemplar, sobre todo si tenemos en cuenta que la reina María Cristina estaba muy enamorada de don Alfonso –matizó Sara.

–Claro –dijo sonriendo Javier–, te entiendo perfectamente. Porque tú, Sara, eres de las que piensan que la infidelidad sólo duele cuando se está enamorado del infiel.

–No exactamente. Desde luego que el dolor puede resultar insoportable cuando la persona amada te engaña, pero también, aunque no estés enamorado, si alguien ha firmado un compromiso contigo debe cumplirlo. No olvides, querido, que el orgullo propio y la opinión de los demás desempeñan un papel muy importante en la sociedad actual.

–Si me permitís, doña María Cristina no podía ni debía hacer otra cosa –intervino Luisa–. Las reinas ya saben a lo que se exponen. Bueno, lo mismo nos sucede al resto de las mujeres cuando nos casamos.

–Sólo existe una pequeña diferencia –matizó Sara–, que nosotras no tenemos que disimular tanto. Nuestra vida es mucho más anónima, ¿no os parece?

–Y cuanto más bajo es el nivel social, menos importa lo que te suceda –convino Luisa–. Claro que entonces no tendrás más que aguantar con todos los problemas.

–No os preocupéis tanto –dijo Javier–. Yo soy de los que opinan que los pobres no tienen tiempo para ser infieles.

–Por cierto, me han dicho –contó Luisa– que la Reina no tardará en tomar determinadas represalias contra algunos nobles que ayudaron a don Alfonso en sus escarceos amorosos.

–La verdad es que no me extraña, yo haría lo mismo –dijo Javier.

–No digas tonterías. Tú nunca, como hombre, te verías en esa situación –aclaró Sara.

–¿Por qué? ¿Acaso las mujeres no sois infieles?

–Alguna hay.

Javier no dejó terminar a Sara y, un tanto vehemente, dijo:

–Pero, Sara, por favor, ¿con quiénes son infieles los hombres?

–No te excites, querido. Piensa que muchas de esas mujeres con las que mantienen relaciones los hombres casados son solteras o viudas, o sea, libres. Con lo cual no engañan a nadie. Aunque no voy a negarte que hay alguna que otra casada infiel. De todas formas, a lo que me refería era a que un marido toma medidas inmediatas, cosa que una mujer no puede hacer.

–¿Y qué me decís del rey consorte don Francisco de Asís? No se separó de la reina hasta que estuvieron en el exilio –apuntó Ignacio.

–¿Y no te has planteado por qué no lo hizo aquí? –preguntó Luisa.

–El ejemplo del matrimonio de doña Isabel creo que no es significativo para el tema del que hablamos –dijo Sara, y añadió–: Ya me contaréis con qué argumentos convencería don Francisco a su real esposa de que no mantuviera relaciones con otros hombres.

Cristina escuchaba con cara de preocupación a sus amigos. Ignacio, mirándola con cariño, dijo:

–Creo que estamos asustando a Cristina. No te creas la mitad de todas estas cosas. El amor es maravilloso, Cristina. Existe infinidad de parejas que se respetan y quieren. Yo mismo, aquí, delante de todos vosotros, le prometo amor eterno a Luisa y le pido que me permita demostrarle lo mucho que la quiero.

–¡Bien! ¡Bravo! –casi gritó Javier–. Esto es el triunfo del amor. ¡Ah, el amor es lo más importante de la vida!

–Depende –contestó Cristina con cara de hastío.

–¿Depende de qué? –preguntó Javier.

–Si os parece, seguiremos más tarde con la conversación –dijo Luisa–. *Lohengrin* está a punto de comenzar –y mirando a Cristina, añadió–: Qué suerte has tenido, esta noche será Gayarre quien dé vida al héroe wagneriano.

De pronto, los pasillos se quedaron vacíos y silenciosos. En ellos también se podría escuchar la portentosa voz de Julián Gayarre. Nunca el silencio era tan profundo como cuando cantaba el tenor navarro. Todos los empleados del teatro deseaban escucharle. Por eso, cuando la noche del 8 de diciembre desde los pasillos se oyeron aquellos aplausos fuera de lugar que interrumpían al cantante en plena romanza de *I pescatori di perle*, no supieron inmediatamente qué pasaba. A Julián Gayarre se le había roto la voz en dos ocasiones. Ésa sería su última interpretación. El tenor moriría el 2 de enero de 1890, pero para que esto sucediera habrían de pasar dos meses. Ahora, la noche del 31 de octubre de 1889, cuando se celebraba la inauguración de la cuarenta temporada de ópera en el Real, con *Lohengrin*, la voz de Gayarre resplandecía aún con todo su color. Nadie podría presagiar el fatal desenlace que le acechaba a la vuelta de unos días.

Cristina estaba deslumbrada. La ópera era, sin duda, un gran espectáculo. Los decorados le parecían fabulosos. Se sentía atrapada por el asunto representado en escena. Qué maravilla que existieran en la realidad seres como Lohengrin. Ella se enamoraría de él de inmediato. Seguro que eso era lo que le iba a suceder a la princesa Elsa de Brabante.

–No quiero anticiparte acontecimientos –le decía Luisa después del primer acto–, pero piensa que las óperas casi siempre terminan mal, no olvides que son auténticos dramas.

–¿No existe ninguna ópera con final feliz? –preguntó Cristina.

–Sí, hay alguna –respondió Luisa–. Por ejemplo, *El Barbero de Sevilla*, donde los personajes no están abocados a la desgracia. Son óperas bufas o cómicas. Pero son bastante pocas.

–Es normal, gustan menos –intervino Ignacio–. Pienso que la tragedia despierta sentimientos más profundos. Resulta maravilloso escuchar esas voces prodigiosas transmitiéndonos el dolor de la desgracia, del amor no correspondido y del desgarro ante la soledad de la muerte.

–Pero, Ignacio, ¿es que consideras que el ser humano se recrea en la desgracia ajena? –inquirió Luisa.

–Recrearse, no sé, pero la desdicha nos hace más sensibles y solidarios.

–Estoy en total desacuerdo –manifestó Javier, que al final había conseguido acomodarse en la platea ocupada por sus amigos–. A mí lo

que me seduce es la alegría, los enredos amorosos y los finales felices. ¿Acaso, querido Ignacio, no se te conmueve el corazón cuando escuchas a Fígaro en su cavatina?

–Sí, aunque prefiero *Addio del passato*, el aria de Violetta en *La Traviata*.

Cristina, que escuchaba muy atenta, los sorprendió con la siguiente reflexión:

–A pesar de mis pocos años y de mi inexperiencia, estoy convencida de que, en cuestiones de amores, mujeres y hombres siempre nos haremos daño. Esas obras que te gustan a ti, Javier, en las que los protagonistas alcanzan la felicidad, están incompletas.

–¿Cómo que están incompletas?

–Sí. ¿No te has dado cuenta de que les falta el final? En todas ellas el autor ha decidido terminar la acción antes de que surjan los problemas. Muchas veces he pensado si compensará el amor sabiendo el dolor que te va a originar.

–¿Cómo es posible que seas tan pesimista? Seguro que no crees en nada de lo que dices. Lo que pretendes es impresionarnos con esas tristísimas opiniones –dijo Luisa con preocupación.

–Cristina, si no he entendido mal –añadió Javier–, tú no piensas enamorarte jamás, para evitarte sufrimientos.

–No tengo ni idea de lo que haré. De todas formas, creo que el amor de pareja no compensa.

Tratando de quitarle importancia a las opiniones de su prima, que le habían sorprendido –como a los demás–, Ignacio matizó:

–¿No veis que se está riendo de nosotros? Si todos siguiéramos su consejo, se acabaría el mundo.

–Ignacio, perdona, no estoy bromeando, digo lo que pienso y nada más. No quiero convencer a nadie, pero estoy segura de que nunca podré entregarme a alguien si no tengo la seguridad de que nunca me va a traicionar.

–Ya está –sonrió Javier–, aquí me tienes. Acéptame como novio y te juro y prometo fidelidad eterna.

Todos rieron el gesto de Javier, que se había puesto de rodillas ante Cristina. Ésta lo miró con desprecio antes de darle la espalda para entrar en la platea. Ignacio, dirigiéndose a sus amigos, les tranquilizó diciendo:

–Ya se le pasará. Es posible que este ambiente y el argumento de la ópera la hayan puesto un poco nerviosa.

Cristina hacía esfuerzos para controlarse. ¿Qué se habría creído aquel imbécil de Javier? Asco es lo que le producía. Intentó distraerse observando al público y pidió a Luisa los anteojos para ver con mayor

detalle, aunque fuera un gesto poco correcto. Al acercar los gemelos a su cara, recordó que Bernarda le había contado que cuando la madre Sacramento ya sentía el deseo de entregarse a Dios y se veía obligada a ir al teatro, llevaba los anteojos sin cristales para no ver casi nada de lo que sucedía en el escenario. A Cristina le costaba entender el porqué de semejante acción. ¿Qué pecado o falta se cometía al presenciar una obra de teatro autorizada? Aunque, probablemente, no se trataba de dejar de verlo porque estuviera mal, sino para mortificarse, para renunciar a algo que le gustaba, que estaba permitido, pero que la madre Sacramento, por amor a Dios, se privaba de ello, ofreciéndoselo como sacrificio. Aunque también pudiera ser que su vida interior fuera tan rica que no quisiera que nada la perturbara.

Cristina no se encontraba capacitada para comprender el valor de ese tipo de sacrificios y, mirando a través de los cristales de los gemelos, buscó la platea donde se encontraba Sara con su amiga. Las vio en animada conversación con un grupo de personas. Al mirar al patio de butacas, descubrió a Silverio, el hermano de Luisa. Le sorprendió que no hubiera acudido a saludarles.

–Luisa, no tenía ni idea de que Silverio estuviera en el teatro.

–Viene siempre. No conozco a nadie más aficionado que él a la ópera. Habrá llegado con el tiempo justo, por eso no le hemos visto.

Cristina siguió mirando a Silverio. No había vuelto a encontrarse con él desde la tarde de la tertulia en casa de su tía. Ya en aquella ocasión le pareció guapo, aunque esta noche le encontraba mucho más atractivo. De repente, sintió deseos de saber todo de él. ¿Con quién estaría?, ¿con la mujer sentada a su izquierda o con el hombre que ocupaba el asiento de la derecha? «Silverio es un caballero –pensó–, siempre situaría a la derecha a su amiga. Seguro que está con un amigo. ¿Y por qué no solo? Además –se dijo Cristina–, a mí qué me importa con quién esté.» Pero siguió fijándose en todos los detalles de quienes estaban a su lado. La mujer era rubia y guapa. No aparentaba más de veinte años. El hombre también era muy joven. Cristina los observaba detenidamente sin percibir ningún indicio que le permitiera llegar a ninguna conclusión. Sabía que su curiosidad quedaría satisfecha sólo con preguntarle a Luisa quiénes eran las personas que se encontraban sentadas junto a su hermano, pero algo la movía a ocultar su reciente interés. De repente, vio como Silverio giraba la cabeza y miraba hacia ella sonriendo y saludándola con la mano. Sintió calor en sus mejillas. Intentó disimular y giró los gemelos un poco a su derecha. Pero, al cabo de unos instantes, optó por levantar su mano y responder al saludo.

–Es Silverio –dijo a sus amigos.

Ignacio miró a Luisa con cara de sorpresa y manifestó:

–Pensaba que esta noche tu hermano no podía acudir al estreno.

–Sí, eso es lo que pensaba, porque tenía trabajo urgente, pero al llegar los hermanos Muñoz decidió hacerles los honores. Susana es una apasionada de la ópera.

–¿Susana es la joven rubia que se sienta a su izquierda? –preguntó Cristina con interés.

–Sí, es una muchacha estupenda. Su hermano Ricardo también. Son huérfanos, como Silverio y yo. Nuestras vidas han seguido caminos muy parecidos. Mi hermano los quiere mucho. Ya tendrás oportunidad de conocerlos. Estoy segura de que te gustarán.

Cristina, antes de que se apagaran las luces, volvió a mirar hacia donde se encontraba Silverio. Sorprendida, se dio cuenta de que le gustaría ocupar el lugar de aquella muchacha.

¿Por qué la princesa Elsa no pudo dominar su curiosidad para vivir feliz al lado del hombre que amaba? Este interrogante martilleaba con insistencia la mente de Cristina, mientras que con los ojos arrasados en lágrimas por el trágico final de la ópera aplaudía la representación. Escéptica en cuanto a la perseverancia en el amor, sabía que aquél era un final lógico, pero no dejaba de dolerle.

Todos alababan la interpretación de Teresa Arkel y Julián Gayarre. La opinión del público, que puesto en pie aplaudía emocionado, era unánime.

–¿Te ha gustado, Cristina? –le preguntó Luisa mientras aplaudía.

–Muchísimo. Desde este mismo momento, me propongo asistir siempre que pueda a la ópera. Me parece un espectáculo maravilloso.

–Luisa, ¿qué te parece si en nuestra boda pedimos que interpreten la marcha nupcial de los esponsales de Lohengrin y Elsa? –dijo Ignacio.

–Me encantaría, aunque a ellos no les ha dado la felicidad precisamente –respondió Luisa.

–No importa. Nosotros romperemos el maleficio.

–¿Sabéis, queridos –añadió Javier–, que esta música es original de Mendelssohn, que la creó para su ópera el *Sueño de una noche de verano*?

–Perdona que te lleve la contraria –contestó Ignacio–, pero si escuchas las dos marchas nupciales con atención, te darás cuenta de que no tienen nada que ver.

–Yo siempre creí –manifestó Luisa– que toda la música de una ópera pertenecía al autor.

–Así es, aunque a veces los compositores hacen guiños a otros colegas –explicó Ignacio–. Mozart, por ejemplo, en *Las bodas de Fígaro* recuerda a Gluck cuando introduce su famoso fandango del ballet *Don Juan*. También Mozart homenajea al compositor español Vicente Martín y Soler en *Don Giovanni*, cuando menciona su ópera *Una cosa rara*. Pero éste no es el caso de Wagner, en *Lohengrin*.

–Me asombran tus conocimientos operísticos, ¿pero crees que la Iglesia os permitirá interpretar una música no religiosa? –se interesó Cristina.

–La verdad es que en España no tengo ni idea, pero en otros países sí la han autorizado. Por ejemplo, en la boda de la princesa Victoria de Inglaterra con Federico Guillermo de Prusia.

–Pero creo que no fue una boda católica.

–Tienes razón. La verdad es que desconozco si nos dejarán, pero lo intentaremos.

–O sea, que habéis decidido casaros –manifestó Javier sonriendo.

–¡Dios sabe lo que pasará! –respondió Luisa, y añadió–: Yo ya le he dado mi conformidad.

–¡Qué romántico! –exclamó Javier–. ¡Os habéis dado el sí en el transcurso de una representación de ópera! Esto tenemos que celebrarlo.

–Es cierto, Luisa –dijo Ignacio–. Esperaremos a tu hermano Silverio y nos vamos a casa a tomar unas copas.

Cristina besó a Luisa y a su primo Ignacio y les felicitó por su compromiso. Se alegraba por ellos. Estaba contenta y se dio cuenta de que parte de esa alegría se la proporcionaba la idea de poder charlar con Silverio. ¿Qué le estaba pasando? Jamás había tenido una sensación similar. ¿Qué características existían en la personalidad de Silverio para que a ella le pareciera tan distinto a los demás?

–Si os parece nos quedamos aquí, en el vestíbulo, para localizar a mi hermano –dijo Luisa.

Cristina se sorprendió de que hubiera tanta gente en el hall del teatro. Sólo algunas personas salían, más bien pocas. Antes de que pudiera preguntar qué sucedía, vio a Sara que se dirigía hacia donde ellos estaban.

–¿Os ha gustado *Lohengrin*? ¿Hace mucho que habéis pedido coche? No sé a vosotros qué os parecerá, pero este nuevo sistema de timbres eléctricos para llamar por orden los carruajes puede que evite las aglomeraciones y atascos, pero deben perfeccionarlo, porque es bastante lento. Llevo casi diez minutos esperando.

Cristina comprendió entonces por qué la gente se quedaba en el vestíbulo: aguardaban la llegada de los vehículos.

–No, no hemos pedido el coche todavía, porque queremos ver a Silverio –contestó Ignacio, y a continuación–: Acércate, Sara, Luisa y yo deseamos contarte algo.

3
LA FELICIDAD SÍ PUEDE EXISTIR

Cristina se despertó contenta. Notaba cierto cosquilleo en el corazón. No sabía muy bien cuál era la causa de su buen estado de ánimo. Tal vez se debiera a un grato sueño del que de momento no era consciente, o mucho más simple: la íntima conversación mantenida con Sara. Se había desahogado con ella y, después de contarle su problema, ya no se encontraba tan sola. Además, el especial y maravilloso regreso a su casa le hacía concebir ilusiones desconocidas hasta entonces. «Sí –se dijo–, ésa tenía que ser la razón.»

El desayuno significaba para ella el momento más placentero del día. Cuando estaba en su casa de Asturias y el tiempo lo permitía, le gustaba salir al exterior y tomar, a pequeños sorbitos, el siempre estimulante café, mientras contemplaba el paisaje. Después de observar el grupo de palmeras que sus abuelos indianos habían colocado al lado de la casa, Cristina, a pesar de haberlas visto siempre allí, cada vez que las miraba tenía la sensación de que aquellos árboles estaban de visita. No era aquél su hábitat natural y, además, las palmeras no la invitaban a soñar con xanas, ayalgas o atalayas, como lo hacían los manzanos de la parte trasera de la casa. Ésa era la zona que más le gustaba y en la que más se recreaba.

Próxima a la solana, se encontraba una pequeña pomarada con unos cuantos manzanos y un hórreo. Después, unos castaños anticipaban la entrada a un pintoresco bosquecillo: algunos robles, abedules y varios fresnos componían aquel espacio, para Cristina siempre misterioso, donde entraba en contacto con los seres mitológicos, habitantes de la floresta. Allí, desde muy niña, mezclada con el follaje que crecía en libertad, Cristina soñaba… Su imaginación se poblaba de personajes fantásticos que la acompañaban en sus correrías por la espesura. Aún ahora, que ya es una jovencita, no se resiste a dejar de soñar e, ilusionada, sigue encontrándose con sus amigos del bosque, que también han crecido como ella. La xana es ahora una joven, casi de su misma edad.

Cristina sonríe ante sus pensamientos. «Puede que me esté volviendo loca», se dijo. Se encuentra en el comedor de la casa de su tía en Madrid y ha sido el aroma del café lo que la ha trasladado a su tierra. De todas formas, le gustaría también buscar el equivalente, entre los seres mitológicos asturianos, para Silverio. ¿Con cuál de ellos podría identificarlo? Ella siempre se había sentido como una atalaya. También era consciente de su encantamiento y sospechaba que nunca saldría de él. Aunque, después de aquella tarde con Silverio, pensaba que éste sí podría ayudarla. No necesitaba esperar a la noche de San Juan para tocarla con una rama de sauce. Sólo con mostrarse interesado por ella sería suficiente para hacerla salir, no de las ruinas del castillo encantado en que viven las atalayas, sino de esos miedos que a veces la atormentaban. Tenía la sensación de que Silverio era un espíritu benéfico y que bien podría ser un ventolín, uno de aquellos seres que flotan en la noche a través de los rayos de luna y entonan dulces canciones. «Los ventolines son como los céfiros de la mitología», se dijo. Pero no, Cristina prefiere pensar que Silverio es uno de los cuélebres. Aunque su amigo sería un cuélebre especial, no malo como los otros, ya que él también sería víctima de un encantamiento. Y a diferencia de los demás, este cuélebre no se dejaría dominar por los encantos de la noche de San Juan y sólo se fijaría en la luz que ella despide. Sí, Silverio será quien la libere de su encantamiento y entonces ella le ofrecerá todos los tesoros que guarda en su corazón.

Cristina cierra los ojos e intenta volver a sentir el escalofrío que recorrió su cuerpo cuando Silverio, que la acompañaba a casa, le pasó la mano por la espalda, asiéndola del hombro para impedir que pisara en un charco. El contacto con el cuerpo de su amigo la turbó. Nunca había experimentado una sensación parecida.

La verdad es que Silverio le parecía distinto a todos los hombres. No era muy guapo, pero sí interesante. Estatura mediana, delgado, ojos azul-gris y muchas canas que, curiosamente, no le hacían parecer mayor. Era muy gentil, pero no con ese tipo de adulación al que la mayoría de los hombres parecen estar obligados en su trato con las mujeres. Tal vez por ello, Cristina no se sentía insegura a su lado, algo que no le sucedía con otros hombres. Ella creía que no se le notaba, pero Sara sí se había dado cuenta de su falta de naturalidad con los chicos.

–Puedes decir que a mí no me importa, que no quieres hablarme de lo que te sucede, pero el otro día observé tu comportamiento en el Real con Javier.

–Bueno, es que a veces algunos chicos, sin saber muy bien por

qué, me producen náuseas –contestó riéndose.

Resultaba evidente que no deseaba hablar de aquel tema y contestaba de forma exagerada para darlo por zanjado. Sara trató de justificarse.

–Sólo te he preguntado por si puedo ayudarte. Cristina, me resultas muy simpática; te pareces mucho a mí cuando tenía tu edad, salvo que tú tienes dieciséis años de los de ahora y yo los tenía de los de hace casi veinte años.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que todo ha cambiado muchísimo. Por ejemplo, yo nunca deseé casarme. Lo hice porque mi familia así lo decidió. Sé que ahora algunas chicas intentáis hacer frente a determinadas imposiciones. Os felicito. No sabes cuánto lamento no haber reunido fuerzas para negarme. ¡Es tan injusto que decidan tu vida!

–Entonces, ¿no has sido feliz con Federico?

–No, y probablemente no lo hubiera sido tampoco con otro. El matrimonio no es para mí.

–¿Lo dices porque no habéis tenido hijos?

–No, aunque es verdad que con hijos la situación hubiera sido distinta. Sobre todo, yo no habría pensado en la drástica decisión que he decidido tomar.

Cristina estaba sorprendida de las confidencias que le estaba haciendo Sara. Al fin y al cabo, se trataba de una mujer a la que apenas conocía y que, además, era mucho mayor que ella. Pero tenía que reconocer que entre ellas existía una evidente simpatía y una comunicación muy especial.

Sara sentía necesidad de desahogarse con aquella chica. No sabía muy bien por qué, pero intuía que a las dos les haría bien. La había invitado a merendar en su casa. Vivía en la calle de Claudio Coello, en un pequeño palacete de tres plantas con jardín interior. Cristina pensó que se encontraría con otras personas, pero para su sorpresa sólo ella era la invitada.

–Así tendremos la oportunidad de conocernos mucho mejor –le dijo Sara.

«Tal vez –pensó Cristina–, lo único que pretenda Sara con este encuentro es ganarse mi confianza. Aseguraría que lo hace por encargo de mi tía. Y nada mejor para que yo me sincere que hacerlo ella antes.»

–Voy a tomar una decisión, querida Cristina, que se convertirá en un auténtico escándalo, pero ya no puedo más.

Cristina la miraba con la sensación de que se estaba excediendo en la supuesta premeditada puesta en escena. Su amiga se había

levantado y con gesto nervioso abrió la ventana para mirar el cielo.

–No creo que llueva y este sol otoñal, a esta hora de la tarde, es muy agradable. ¿Te parece que sigamos charlando en el jardín? Mandaré que nos sirvan allí el café.

–Como tú quieras.

Había una pequeña fuente, muy coqueta, como todo el recinto.

–Es una pena que no estemos en primavera –dijo Sara–. No sabes lo hermoso que se pone todo esto lleno de flores.

–Me lo imagino, aunque ahora también tiene un encanto especial. Mira esas hojas por el suelo… Ya sé que están secas, que se han muerto, pero son tan hermosas y sugerentes.

–¿Has nacido en otoño? –preguntó Sara.

–Sí, ¿por qué lo sabes?

–Lo sospechaba. Tal vez por tu afinidad con esta estación o porque tienes el dulce y misterioso encanto de las últimas rosas del otoño.

Al evocar aquella conversación, Cristina vuelve a ruborizarse como entonces. Se sirve una tercera taza de café y con ella entre las manos se dirige hacia la ventana. ¿Qué sería de ella sin el café por las mañanas?

Todavía dispone de tiempo para recrearse en sus pensamientos. Dentro de unas horas, Trinidad la acompañará a la Casa de las Desamparadas.

Retira los visillos para ver qué tiempo hace. Sigue soplando un viento fuerte, un viento que ya se había despertado cuando Sara y ella estaban en el jardín.

–Gracias, Eulalia. Es aire caliente del sur. No necesitamos los chales, pero déjelos aquí.

–Eulalia es estupenda –dijo Sara–. Era la doncella preferida de mi madre, pero renunció a sus servicios para que me acompañara a mí al casarme.

–¡Qué bonitos! –dijo Cristina acercándose uno de los chales a la cara–. ¿Son de cachemir?

–Sí. Mi madre era muy aficionada a los chales. Todos los he heredado yo. Ya te enseñaré la importante colección que tengo. Siento que no esté entre ellos uno precioso de la madre Sacramento.

–¿De la monja?

–Sí. Tú sabes que era hija de los condes de la Vega del Pozo y que le gustaba vestir elegantemente.

–¿Y por qué ibas a tener tú su chal?

–Yo no conocí a Micaela Desmaisières, pero mi madre sí. Ella me contó que en 1853, hace de esto ahora treinta y seis años, la madre

Sacramento decidió sortear su precioso chal de cachemir con capucha a fin de conseguir dinero para el colegio. Era un chal muy original. Había sido premiado en una exposición en París. Mi madre compró varias papeletas, pero no tuvo suerte. El chal le tocó a doña Josefa de Madrazo.

–¿La madre de Federico Madrazo?

–Sí. Y de Luis. Luis Madrazo fue quien pintó a la madre Sacramento por encargo de la reina doña Isabel II.

–Oye, Sara, ¿y cuánto dinero obtuvo con la rifa?

–No tengo ni idea. Creo que las papeletas costaban cuatro reales. Aunque puedo asegurarte que no solucionó gran cosa, porque la pobre siguió vendiendo y empeñando todo lo que tenía.

–Tiene que ser muy duro desprenderse de objetos que quieres y que siempre te han pertenecido.

–Y de animales –añadió Sara–. La madre Sacramento era una excelente amazona. Una de las primeras cosas de las que se deshizo para conseguir dinero fue de su caballo, al que quería mucho.

–A mí me produciría una enorme tristeza renunciar a lo que ha formado parte de mi vida –dijo Cristina pensativa–. Además, la madre Sacramento lo hizo para ayudar a jóvenes desconocidas. Yo no podría comportarme así.

–No, pero tienes que pensar que la madre Sacramento reaccionó así porque deseaba entregarse a esas mujeres. Amaba a Dios en las chicas marginadas y despreciadas, y a ellas dedicó toda su vida.

–¿Desean que les sirva un poco más de café? Éste se habrá quedado frío.

–Más tarde, Eulalia. Gracias. Ya la llamaremos.

Sara y Cristina se habían levantado y se disponían a pasear. Cristina agarró del brazo a su amiga y le dijo:

–¿No habrá pasado también Eulalia por la Casa de las Desamparadas de la madre Sacramento?

–Pues sí, aunque ella no era una chica de la calle. Eulalia estuvo en el colegio porque su madre, al enviudar, se quedó prácticamente en la indigencia y pensó que en la Casa de las Adoratrices podrían ayudarla, y allí la llevó para que le enseñaran algún oficio. Eulalia pertenecía al grupo de las distinguidas, el de las micaelas.

–¿Es que existían equipos diferenciados en el colegio? –preguntó sorprendida.

–Sí, claro; el otro era el de las filomenas.

–El de las chicas recogidas de la calle, imagino.

–No exactamente. Muchas de las jóvenes que se dedicaban a la prostitución formaban parte del grupo de las distinguidas. Claro que

debes interpretar distinguidas como las más obedientes, las que mostraban algún tipo de interés por mejorar y las que ya poseían cierta formación.

–¿No consideras contraproducente hacer estas divisiones? A mí me parece que con esta medida se impide que las muy descarriadas puedan sentirse influidas por el buen ejemplo de las que quieren superarse.

–Eso es muy discutible. Yo podría argumentarte lo mismo desde la óptica de las que quieren avanzar en sus conocimientos y superación personal. ¿Por qué las vas a condenar a permanecer estancadas? Además, ¿no es mejor liberarlas de la tentación de volver a su ambiente anterior?

–Puede que tengas razón, no lo sé. Lo que sucede es que no me gustan demasiado las divisiones.

–Pero estarás conmigo en que a veces son necesarias. Piensa que lo mismo sucede en la escuela. Se forman grupos según el tipo de conocimiento de los alumnos.

Sara se había colocado el chal sobre los hombros y Cristina, que lo llevaba colgado del brazo, jugueteaba con una ramita de olivo en el agua de la fuente. De pronto, salió corriendo y le preguntó a Sara:

–¿Aquel arbusto es una mimosa?

–Sí. ¿Tanto te gustan que tienes que acudir a su lado? –le respondió mientras la seguía.

«Se nota que todavía es una niña», pensó Sara, que miraba desconcertada cómo acariciaba Cristina las hojas de la mimosa. Primero les pasaba la mano suavemente y después se las acercaba a la cara y a la boca como si quisiera besarlas.

–Qué pena no poder aspirar su perfume. Me gusta tanto su intenso olor. Además, como los olores despiertan nuestra memoria sensitiva, el de la mimosa me hace recordar vivencias muy divertidas en las fiestas de carnaval. ¿Sabes, Sara? El primer baile al que yo asistí fue al de carnaval, y me vestí de primavera. Era un traje precioso al que habíamos pegado todo tipo de flores, mimosas también. Para mí, las mimosas siempre han sido las precursoras de la primavera. Son risueñas como la estación que anuncian. Me gusta ponerme sus flores en el pelo.

–Sí, son muy bonitas y alegres, pero su olor me marea un poquito. ¿Qué haces?

Cristina había vuelto a tocar las hojas de la mimosa.

–Aunque te lo parezca, no me he vuelto loca, pero he querido intentarlo otra vez. Estoy probando si esta mimosa es sensitiva. En mi casa de Asturias tenemos dos. Una de ellas, la más grande, lo es. Yo

me divierto mucho con ella; veo cómo se contraen sus hojas cuando las toco.

–Como te sucede a ti cuando se te acerca un muchacho con intenciones cariñosas.

No había terminado de hacerle la pregunta y Sara ya estaba arrepentida. Tendría que controlarse un poco más, porque últimamente se dejaba llevar demasiado por sus impulsos. Estaba segura de que podría ayudar a aquella niña. Cristina se había puesto muy seria y, con los ojos muy bajos, dijo casi en un susurro:

–No sé…, puede que sí. Me repliego, porque no quiero que me hagan daño. Es mejor mantenerse aislada.

Sara se dio cuenta de que aquél era el momento de seguir insistiendo. Cristina se encontraba más relajada y confiada.

–¿Pero te sientes atraída por los chicos?

–Sí, claro. Lo que sucede es que si no se interesan por mí estoy bien y natural con ellos, pero cuando se fijan y muestran interés, su imagen se deteriora dentro de mí y lo único que me producen es asco.

–Perdóname, y no me contestes si no quieres, ¿te han hecho daño alguna vez?

–No. En absoluto. Pienso así por lo que puedo observar a mi alrededor. Creo que no merece la pena entregar tu cariño a alguien que puede traicionarte.

–¡Ay, querida Cristina!, no sé si contarte mi historia. Temo incrementar tu pesimismo. ¿Sabes que mi marido no ha dejado de tener amantes desde que nos casamos?

–¿Y qué has hecho?

–Al principio, disimular, fingir que no me enteraba. Después decidimos seguir viviendo en la misma casa, aunque totalmente separados y haciendo cada uno su vida.

–¿Te comportaste así porque no querías perderlo?

–No me importa su cariño. Nunca estuve enamorada de él. Me dolía que me engañara, por eso deseaba separarme de él para siempre, pero adopté la postura más cómoda. Sin embargo, ya no aguanto más. He decidido romper con él. Le he dado quince días de plazo para que recoja sus cosas y se vaya. Sé que va a tener un hijo con su última amante. Ante este hecho, no puedo seguir a su lado y, sobre todo, creo que debe ocuparse del bebé.

–Pero, Sara, a mí me han contado cómo se comportan los hombres con sus hijos naturales.

–No me importa. Que haga lo que quiera, pero no puedo soportar más su presencia. Sé que esta decisión tenía que haberla tomado hace muchísimo tiempo.

–¿Harías lo mismo si estuvieses enamorada de él?

–Probablemente, no.

–¿Le hubieses perdonado?

–Ya le he perdonado, aunque es posible que si estuviera enamorada de él deseara seguir a su lado. Pero como no es así, lo quiero lo más lejos posible.

–Yo no podría vivir al lado de alguien que me fuera infiel. ¿Cómo se consigue seguir queriendo a una persona así? –dijo Cristina con lágrimas en los ojos.

Sara, que no se percató del llanto de su amiga, continuó diciendo:

–Eres joven, muy joven todavía para entender algunas cosas. Existen muchos tipos de dependencias en la relación de pareja. Yo, afortunadamente, no tengo ninguna. Hace años que no mantengo relaciones íntimas con mi marido y me siento liberada. La verdad es que desde que supe que no podía tener hijos cada día me costaba más cumplir con mis obligaciones conyugales, que siempre han sido para mí un auténtico sacrificio.

Al observar que su amiga no decía nada, Sara se volvió. Cristina había buscado apoyo en el tronco de un olivo y lloraba apretándose la cabeza con las manos. Sara, asustada, se acercó a ella y le pidió disculpas:

–Perdóname si te he escandalizado. No debería haberte contado estas cosas. De verdad que lo siento –le decía mientras la arropaba con el chal y la abrazaba.

Cristina, ajena a todo, temblaba de pies a cabeza y, con la voz ahogada por los sollozos cada vez mayores, suplicaba:

–No, no…, otra vez no, por favor.

Sara se dio cuenta de que a Cristina le estaba sucediendo algo totalmente ajeno a la conversación que mantenían. Bueno, acaso no tan ajeno. «Es posible –se dijo– que alguno de los temas que hemos tocado haya despertado en ella algún tipo de recuerdo desagradable.» Cristina se iba tranquilizando poco a poco.

–Vamos a sentarnos. Llamaré a Eulalia para que nos sirva más café.

–Lamento haberte dado este espectáculo. Me suele suceder a veces, pero nunca con esta intensidad.

–No te preocupes. El caso es que se te haya pasado. No tienes que darme ninguna explicación. ¿Quieres que nos sentemos aquí o prefieres que entremos en casa?

–No, sigamos en el jardín. El aire puro me hará bien.

La doncella les había traído una nueva jarra con café y esperaba para servírselo.

–Yo me ocupo, Eulalia. Gracias.

–Lo que usted disponga, señora.

–Este tipo de tazas –dijo Cristina– es muy eficaz cuando el viento es fuerte.

–Pues es verdad –sonrió Sara–. Nunca lo había pensado.

Las tazas en las que tomaban el café eran más apropiadas para chocolate, pero Sara siempre las utilizaba cuando tenía invitados. No tenían asa e iban sujetas a la bandeja por un soporte que impedía que se cayesen.

–¿Cómo me has dicho que se llaman, micerina o mancerina? –quiso saber Cristina.

–Mancerina. Para no olvidarte, recuerda que fueron creadas por el marqués de Mancera en su etapa como virrey del Perú.

–¿Las ideó él?

–Sí. Cuentan que Pedro Álvarez de Toledo era muy aficionado a organizar tertulias en su casa y que para evitar que en el transcurso de una acalorada conversación cayesen las tazas pensó en este sistema, que garantiza su estabilidad.

–La verdad es que resulta muy curioso. Les diré a mis padres que compren algunas mancerinas.

–¿No echas en falta a tus amigos? ¿No añoras tu vida en Asturias? –se interesó Sara.

–No mucho. Me acuerdo de alguna amiga, de mis hermanos y también de mis padres, claro, aunque menos. Ya sabes, no me llevo demasiado bien con ellos.

Se quedaron en silencio. Sara temía molestar a su joven amiga con alguna pregunta. Estaba claro que Cristina no deseaba hablar de lo que le sucedía, aunque no ocultaba que las relaciones con sus padres no eran buenas. «Pobre chica –pensó Sara–, tiene que estar pasándolo fatal.»

–Querida Sara, creo que te debo una explicación.

–No, Cristina, por favor, no te sientas obligada. Quiero que sepas que puedes contar siempre conmigo. Para todo lo que necesites.

–Gracias. Nunca se lo he contado a nadie. Desde hace unos años, sin saber por qué, aparecen en mi mente unas imágenes borrosas que permanecen en mi retina y no puedo hacer nada para alejarlas. Al mismo tiempo, una profunda angustia se apodera de mí.

–¿Qué es lo que te produce el dolor?

–No lo sé. Las imágenes borrosas corresponden al jardín de mi casa. Después, todo es blanco y ya no puedo ver nada. Mi dolor es cada vez más fuerte. En esos momentos, me siento tan desesperada que quisiera morir.

Sara estaba desconcertada. No sabía cómo reaccionar. Cristina necesitaba ayuda, pero ella sólo le podía brindar su apoyo y su cariño. Asiéndola de las manos cariñosamente le dijo:

–Seguro que no tiene ninguna importancia, aunque pienso que deberías contárselo a tus padres para que te llevaran a un especialista.

–Jamás. A ellos no quiero decirles nada. Prométeme que guardarás el secreto de lo que te he contado.

–Claro que te lo prometo. Puedes estar segura de que jamás diré nada sin tu consentimiento. ¿Has pensado en hablar de ello con tu tía María? Seguro que ella conoce a alguien que te pueda ayudar.

–No deseo ver a nadie. Ya se me pasará.

–Pero me dices que llevas varios años experimentando ese dolor y que cada vez te hace sufrir más. Además, Cristina, ese problema puede influir en tu vida, en tu comportamiento…

–No me importa. La verdad es que prefiero este sufrimiento al que pueda sentir si conozco la realidad de lo que me pasa. Me horroriza pensar que algo no funciona bien en mi cerebro.

–Estás exagerando. No digas tonterías.

Sara no creía que fuese una bobada, una extravagancia de una niña mimada que quería hacerse notar. Cristina le había dado muestras de su confianza al contarle lo que le pasaba, pero ella tenía que conseguir que esa confianza fuese total y decidió sincerarse con su amiga:

–Hace un momento, Cristina, te contaba lo liberada que me sentía al no hacer vida común con mi marido. ¿Sabes por qué?, porque mis relaciones sexuales con él siempre las acepté como un sacrificio que iba unido al matrimonio. De ahí mi alegría cuando decidimos dormir en camas separadas, aunque a veces tuve que hacer frente a las acuciantes necesidades de Federico, que parecía no tener suficiente con sus amantes de turno. Pero ahora, ante la posibilidad de vivir totalmente separados, me siento feliz.

–¿Las relaciones sexuales eran un sacrificio para ti porque no querías a tu marido? –preguntó Cristina.

–No exactamente. Si hubiese estado enamorada de él, las aceptaría con amor, pero seguirían sin gustarme. Querida Cristina, has sido sincera conmigo y yo lo seré contigo. Soy una persona frígida. Estoy incapacitada para disfrutar del acto sexual.

–¿La frigidez es una enfermedad? ¿Se cura? ¿Puede darse el caso de que dejes de ser frígida con otro hombre?

–La verdad es que no sé exactamente si es una enfermedad. Nunca se lo he consultado al médico. En cuanto a si mis relaciones con otros hombres fuesen distintas, como comprenderás no lo he probado,

porque mi moral me lo impide, y, sobre todo, porque no me apetece.

–O sea, que tú –dijo Cristina–, ante un problema posiblemente solucionable, no acudes a un especialista, pero me recomiendas a mí que lo haga.

–Es totalmente distinto, Cristina. Yo sabía muy bien lo que me hacía sufrir y lo cierto es que no deseaba ni deseo curarme. Además, conté con gran ayuda para sobrellevarlo. En todo momento mi confesor y director espiritual, don Miguel Márquez, me fue de gran ayuda. Por cierto, ¿por qué no te lo presento y le cuentas a él lo que te pasa? Es un hombre con gran experiencia. Un sacerdote muy santo.

–¿Y está él de acuerdo en que te separes de tu marido?

–No. Como sacerdote no puede aprobar mi comportamiento, pero conoce mi realidad y entiende mi postura.

–Perdona si lo que voy a preguntarte te resulta una impertinencia, y no me contestes si no lo consideras oportuno, pero ¿cómo te ha ayudado tu confesor?

–Querida Cristina –dijo Sara sonriendo–, no me molesta tu pregunta a no ser que esconda una segunda intención, cosa que no creo viniendo de ti. En primer lugar, te diré que don Miguel me ha ayudado mucho escuchándome pacientemente. Él hace que no me sienta sola. Me conoce profundamente. Es como si fuese mi alma gemela. Además, ha sabido encauzar mi vida para poder sobrellevar con cierta dignidad un matrimonio tan desgraciado como el mío.

–¿Cómo se puede superar la realidad de estar casada con un ser tan despreciable?

–Manteniendo vidas independientes y consiguiendo no tener ningún tipo de relación sexual con él.

–¿Pero no entiendo cómo un sacerdote puede aprobar ese comportamiento en un matrimonio?

–No debes olvidar que la finalidad de la relación sexual es la procreación y yo no puedo tener hijos.

–Sara, ¿tú obedecerías siempre a don Miguel?

–Bueno, es mi director espiritual. Tengo confianza en él y no debo dudar sobre la conveniencia o no de seguir sus consejos.

–¿No crees que a veces eso puede resultar peligroso? –añadió Cristina–, porque tengo una amiga que cuando hablamos de los sacerdotes, a los que yo considero generalmente como hombres santos, siempre me dice que no me fíe.

Estaban tan enfrascadas en la conversación que no se dieron cuenta de que Eulalia les avisaba de la llegada de Silverio.

–Perdonad, pero no he podido evitar escucharos.

–No importa, querido Silverio –dijo Sara sonriendo.

Cristina se puso roja, algo que no pasó inadvertido para Sara, que se sorprendió ante esta reacción de su amiga, a la que nunca calificaría de tímida. Acaso el rubor fuera debido a que sintió vergüenza de que Silverio hubiera escuchado parte de la conversación.

–Soy un maleducado, ni siquiera os he saludado –dijo Silverio mientras besaba la mano de Sara. Después, se acercó a Cristina, que estaba verdaderamente arrebolada, y la besó en la mejilla–. Ya sabes, Sara, que dentro de poco Cristina y yo seremos primos.

–Sí, el otro día al salir de la ópera me lo contaron Luisa e Ignacio. La verdad es que no me sorprendió en absoluto.

Cristina había sentido tal emoción cuando Silverio acercó su cara a la de ella que no conseguía reponerse. «Debo de estar loca –se dijo–. Este hombre me gusta, pero jamás se fijará en mí.» Y Cristina, sin proponérselo, volvió a pensar en Susana, la joven rubia que estaba con Silverio en el Real. Aquella muchacha le resultaba antipática. Veía en ella a una competidora muy difícil de vencer, porque era guapísima y seguro que más interesante que ella, pensó.

–¿Así que tus amigas te aconsejan precaución con los sacerdotes? –preguntó Silverio a Cristina con fingida picardía.

–Una de ellas especialmente.

–¿Sólo te advierte del peligro que pueden acarrearte los sacerdotes?

–Sí, porque sabe que del resto de los hombres ya desconfío yo. Pero los sacerdotes siempre han sido para mí personas muy buenas, incapaces de hacer daño.

–Nunca debes olvidar, Cristina –advirtió Silverio–, que los sacerdotes son hombres, y que tienen las mismas tendencias que el resto de los humanos, sólo que ellos se consagran a Dios y cuentan con medios para conseguir ser fieles.

–Con la oración y el sacrificio, claro.

–Y con la gracia de Dios. Conviene que siempre tengas en cuenta que el dudoso comportamiento de un sacerdote no significa que todos sean iguales. La mayoría desempeñan su misión como verdaderos apóstoles, aunque tampoco esto te tiene que dar pie a idealizarlos. Dicho esto –sonrió Silverio–, ¿os importa que fume?

–En absoluto –respondió Sara–, pero nunca te había visto fumar.

–Me he aficionado hace poco.

–Déjame ver –pidió Sara. Silverio llevaba una caja de Peninsulares Especiales–. ¿Es una nueva marca, verdad?

–Sí, me han dicho que estos cigarros van a revolucionar el mercado.

Se trataba de unos cigarros conocidos como Farias, por el nombre

de su inventor. Estaban elaborados con un nuevo y revolucionario sistema que había ideado Heraclio Farias y Vargas Machuca. El nuevo sistema consistía en utilizar picadura de hebra en vez de hoja o tripa, lo que permitía manipular la hebra de hoja, devenada o no, dependiendo de la calidad que se quisiera. La Compañía Arrendataria de Tabacos compró el invento a Heraclio Farias por diez mil pesetas al vencimiento del primer año, y un real de vellón por cada mil puros que se elaborasen durante los años siguientes.

–Sara, ¿tú has fumado alguna vez? –preguntó Cristina.

–Sí, pero debo reconocer que no me gustó. Tengo amigas que fuman cuando están solas. En sociedad no está demasiado bien visto. A ellas les encanta. Silverio, ¿por qué no le das un cigarro a Cristina?

–¿Lo dices en serio?

–Sí. No ves que le está apeteciendo. Sería muy bonito que fumara aquí su primer pitillo. Tal vez de esa forma consigamos que siempre se acuerde de nosotros y de este día.

–Desconocía que fueras tan romántica, Sara.

Cristina les escuchaba sonriente y un poco emocionada. Sara era estupenda y muy lista; no se le escapaba nada. Claro que estaba deseando fumar. Hacía tiempo que sentía curiosidad. Sus padres no fumaban y en su casa no había tabaco. Acercó cariñosamente su mano a la de Sara y dijo:

–Sabes muy bien que nunca me olvidaré de vosotros, ni de este día. Como comprenderás, un cigarro no tiene ninguna trascendencia. Sería estúpida si le diera importancia a este día por haber fumado mi primer cigarrillo.

–Cristina, tienes la seriedad de los jóvenes maduros. Pero sé sincera, ¿te apetece fumar o no? –le preguntó Sara.

–No mucho. Aunque no puedo perder la oportunidad de compartir con vosotros mi primera experiencia con el tabaco.

–¿Lo ves, Silverio, como yo tenía razón?

–¿O sea, que me dejáis con la responsabilidad de dar un cigarrillo a una menor?

–No soy tan menor. Hace sólo unos días, pero ya he cumplido los dieciséis. Además, Silverio, si no eres tú, será otra persona.

–Silverio, no te hagas de rogar, enciéndele un cigarro. Cristina está deseando que seas tú.

Cristina deja la taza en la mesa y se acerca a la mesilla de noche. En uno de los cajones tiene una pequeña caja de madera de sándalo que es su cofre privado en el que guarda sus tesoros más preciados. Se quita la cadena que siempre lleva al cuello y en la que, junto a un

crucifijo, cuelga una pequeña llave. Abre la cajita y extrae de ella la mitad de un cigarrillo. Se lo vuelve a poner en los labios. Se mira en el espejo. «¡Dios mío, si alguien me viera en este momento!» Aquel cigarrillo había sido acariciado por los labios de Silverio, que, siguiendo las instrucciones de Sara, se encargó de encenderlo.

Cristina se humedece los labios igual que había hecho la tarde anterior. De nuevo vuelve a escandalizarse al pensar en la sensación experimentada. De los labios de Silverio había pasado a los suyos.

–No tragues el humo, ten cuidado.

–Déjala, Sara, si no le sienta bien, mejor. Así no volverá a fumar.

Los dos la observaron durante las primeras bocanadas y se extrañaron de que no tosiera.

–¿No nos estarás engañando? ¿Estás segura de que éste es tu primer cigarro? –preguntó Silverio con cierta sorna.

–Os lo juro. Nunca antes había fumado.

Cristina no tosía, pero se iba sintiendo un poco mareada. Apagó el cigarro y con disimulo se lo guardó en el bolsillo.

–Para ser la primera vez ya he tenido suficiente.

Silverio se había servido un café y observaba a Cristina con creciente curiosidad. No le había pasado inadvertida su complacencia un tanto sensual al introducir el cigarrillo en la boca. Pero qué barbaridades estaba pensando, ¡si era una niña! Aunque, mirándolo bien, la noche de la ópera también había detectado ciertas miradas que le sorprendieron. Estaba seguro de que Cristina se ruborizaba al verle. «Es una chica preciosa –se dijo mientras la miraba–, pero también extraña. ¿Qué hace toda la tarde con Sara?»

–No quiero molestaros –dijo Silverio–, en cuanto tome el café me voy. En realidad sólo había venido a decirte, Sara, que puedes empezar a colaborar con nosotros cuando quieras. Ya sabes que las clases son a partir de las cinco de la tarde.

–¿Qué habéis decidido, que enseñe literatura o historia?

–Hemos pensado que sería estupendo que impartieras las dos. Ya sé que hay días que no podrás dedicarnos tres horas, pero no habrá problemas. En esas jornadas te sustituiremos.

–¿Crees que sabré conseguir la atención de todas esas personas? –preguntó Sara un tanto temerosa.

–Estoy totalmente seguro.

–¿Habláis de las clases a los obreros en los círculos católicos? ¿No podría colaborar yo? –quiso saber Cristina.

–Sí, claro. ¿Pero hasta cuándo te quedas tú en Madrid? –le preguntó Silverio.

–Es probable que hasta el verano. Bueno, eso es lo que yo quisiera, aunque depende de mi tía.

Silverio desconocía el motivo por el que Cristina estaba en Madrid y se quedó un poco desconcertado con su respuesta. No entendía muy bien el porqué de una estancia tan prolongada, pero tampoco le importaba.

–Cristina, ¿y qué podrías enseñar tú?

–Lo más elemental: a leer y a escribir.

–Se lo diremos a Luisa. Ya sabes que ella –dijo Silverio– colabora en uno de los círculos creados por el padre Vicent. Sí, podrías acompañarla unos cuantos días para que te fueras adaptando y luego te podrías ocupar tú sola de una clase. Se me olvidaba, Sara, te he traído el libro que te había prometido de Emilia Pardo Bazán.

–¿*Insolación*?

–Sí. Se lo he dado a Eulalia. ¿Has leído ya *La cuestión palpitante*? ¿Qué te ha parecido?

–La verdad es que no conocía ninguno de los artículos y debo reconocer que algunos me parecen buenísimos. No entiendo por qué está siendo tan criticado este libro. Yo no soy partidaria de la nueva corriente naturalista, pero tampoco me escandalizo al conocer lo dura que puede ser la realidad.

–Pues las críticas han sido implacables. Todos apuntan –dijo Silverio– a que el marido de doña Emilia, presionado por la opinión de sus amistades, trató de impedirle que siguiera escribiendo, y ése parece que fue el detonante de la separación, al negarse ella a cumplir lo ordenado por el esposo.

–¿No pensáis que ha hecho bien? –preguntó Cristina.

–A mí me parece que es preferible intentar un arreglo y ceder en algo ambas partes. Una separación, aunque sea amistosa –dijo Silverio–, siempre es desagradable. Creo que la relación entre ellos ya no debía de funcionar bien, porque, aunque Emilia Pardo Bazán haya considerado injusta y totalmente inaceptable la postura de su marido, si ella hubiese querido salvar su matrimonio podría haberlo hecho convenciendo a su esposo para seguir escribiendo.

–Es probable que fuera así –apuntó Sara–, pero como ella misma dice: «¿Obedecería un hombre a su esposa si fuera ésta quien le planteara dejar su profesión?». Seguro que no. Y ella hizo exactamente lo mismo.

–Creo que es muy valiente –dijo Cristina– al defender su dignidad como persona.

–Estoy contigo, Cristina. A doña Emilia no la amedrenta nadie –manifestó Sara.

–Bueno –dijo Silverio–, sólo en un tema necesitó apoyo.

–Me cuesta creerlo. ¿Qué la hizo titubear? –preguntó Sara.

–Su conciencia. Ella es profundamente religiosa y ante la acusación de algunos sectores sobre su falta de ortodoxia ha viajado al Vaticano. Allí pidió a unos cardenales que leyeran *La cuestión palpitante* y manifestasen su opinión. El veredicto fue favorable y la escritora ha vuelto fortalecida.

–Pero ¿por qué es tan grave ese libro? –preguntó Cristina.

–Antes os comentaba que no me parece tan escandaloso como para organizar el revuelo que ha levantado –contestó Sara.

–Como todo lo nuevo, las novelas naturalistas causan desasosiego entre los conservadores e inmovilistas –dijo Silverio–. No les gusta especialmente la conducta seguida por las protagonistas femeninas. Nuestra sociedad aplaude el comportamiento de otro tipo de mujeres. Las prefiere pasivas y virtuosas. No quiere que manifiesten sus sentimientos. Ni que tomen parte activa en la vida laboral o política.

–¿Las creadas por Pardo Bazán lo hacen? –se interesó Cristina.

–Sí. Además, doña Emilia pretende que a las mujeres de sus novelas se les abran caminos honrosos para ganarse la vida por sí mismas. Aunque sean trabajos duros y mal pagados. Tú, Sara –apuntó Silverio–, has leído *La tribuna*, ¿no te parece Amparo, la protagonista de la novela, una mujer de futuro?

–¿Lo dices por las protestas laborales y por su participación en las manifestaciones políticas?

–Sí –dijo convencido Silverio–, estoy seguro de que doña Emilia desea crear personajes femeninos novedosos, y eso es lo que muchos no le perdonan.

–Yo quiero leer algo de ella –manifestó Cristina.

–Te dejaré alguno de sus cuentos. Y si, Sara, después de leer *Insolación*, consideras que te puede gustar, te lo regalo. Y ahora, si no os importa, debo dejaros –y se levantó.

–No te vayas todavía –le pidió Sara.

–Yo sí que me tengo que ir –exclamó Cristina.

–No os vais ninguno de los dos –protestó Sara–. Ahora entremos en casa, que quiero enseñaros unas fotos que os van a gustar.

Aquella muchacha despeinada, con los ojos hinchados y con un cigarrillo en la boca no podía ser ella. La imagen que le devolvía el espejo no era la suya. Cristina se observaba distante de sí misma. Miraba la imagen reflejada en el espejo y le parecía ajena, desconocida. Pero era ella. Para comprobarlo se tocó la mejilla con una mano y, acercándose al espejo, dirigió la mirada sólo a sus ojos.

Tenían que ser los mismos, pero ¿no cambiaban también según el estado de ánimo? Se quitó el cigarro de la boca y lo depositó en la cajita de sándalo. Se arregló un poco el cabello y regresó junto al espejo. Sonriendo, y con un gesto que conocía muy bien por haberlo visto y ensayado muchas veces ante el espejo, se miró con la ilusión de identificarse. «Sí –dijo sonriéndose–, ésta sí soy yo. Pero la otra…, también.»

Cristina siguió mirándose. «Es una pena –pensó– que el espejo sólo refleje lo que se pone de frente, de todas formas es maravilloso. No podría vivir sin él. Gracias al espejo me conozco mucho mejor.» De repente, sonriéndose maliciosamente, se dijo: «Voy a intentar descubrir la cara que pondré cuando Silverio me bese por vez primera».

Las campanas del reloj la hicieron desistir. Acababan de dar las once y había quedado con Trinidad en que irían a la Casa de las Desamparadas a las doce.

No sabía cuándo volvería a ver a Silverio. Tenía que enterarse de lo que hacía habitualmente para coincidir con él. Sara la ayudaría. Fue ella quien sugirió que la acompañara la tarde anterior.

–Silverio, ¿podrías acompañar a Cristina a casa? No quiero que vaya sola. Ya ha oscurecido y la verdad es que me harías un favor, porque esta noche viene una amiga a cenar.

–No me des explicaciones, Sara. Lo hago encantado.

Cristina lamentó que la casa de su tía estuviera relativamente cerca de la de Sara. Le hubiera gustado disfrutar más tiempo de la compañía de Silverio. Estaba segura de que se estaba enamorando. ¿Dónde quedaban sus teorías sobre los inconvenientes del amor?

Era la primera vez que deseaba la compañía de un hombre. Claro que Silverio era distinto a los demás. No mostraba ningún interés por conquistarla y eso le agradaba. Cristina, sincerándose consigo misma, se preguntó si la razón de su interés por Silverio no estaría en el íntimo convencimiento de que jamás se fijaría en ella.

Los recuerdos de la tarde anterior no debían distraerla. Haciendo un esfuerzo volvió a la realidad. Tendría que sujetarse bien el sombrero, porque seguía soplando un fuerte aire. Sin saber muy bien por qué, recordó una frase leída hacía tiempo en la que se decía algo así como que «en el viento del otoño se nota la tristeza de haber mecido las últimas rosas marchitas».

El autor, sin duda, se había dejado llevar de la melancolía propia de la estación –pensó–. Sin embargo, para Cristina, la melancolía no era sinónimo de tristeza, como no lo era el otoño, que, para ella, significaban vida. Por algo, Cristina era, en las bellas palabras de Sara,

una rosa de otoño.

«Sí –se dijo–, tal vez un día seré mecida por el viento otoñal que se apoderará de mí.»

4
LA CASA DE LAS DESAMPARADAS

Trinidad no podía evitar cierto nerviosismo. La visita al colegio de las Desamparadas, aunque este no fuera el que ella había conocido, ni las religiosas las mismas, le hacía revivir momentos del pasado. Le hubiese gustado poder volver a encontrarse con la madre Sacramento. La última vez que la vio apenas si pudo hablar con ella. La madre estaba buscando a Sira para proponerle un trabajo. ¿Qué sería de Sira? ¿Seguiría en Filipinas? Varios años estuvieron juntas en la casa. Las dos habían cambiado bastante, pero Sira mucho más.

Trinidad también recordaba a Rosita. Rosita la Ricitos y a la buena de la hermana María Antonia Rodrigo. Rosita era casi una niña con cara de pícara y el pelo rubio ensortijado. Tenía un encanto especial y se hacía querer por todas. Trinidad la trataba como si fuera su hermana pequeña. Pero la Ricitos era peligrosa y muy lianta. Sin que te dieras cuenta, te había metido en un lío. Además, no soportaba ni el colegio ni a las monjas. Necesitaba a los hombres y también el alcohol. Un día, después de una rabieta, se fue y ya no la volvieron a ver.

«Me imagino –se dijo Trinidad– que seguirán existiendo en el colegio casos irrecuperables, igual que cuando yo estaba.» ¿Cómo serían las hermanas que estaban ahora al frente del colegio? Trinidad sabía muy bien que el mayor porcentaje de éxito en la recuperación de las chicas dependía de las monjas. Claro que comprendía que era muy difícil hacerse querer por unas chicas que desconfiaban de todo. La mayoría habían sido maltratadas por sus propios padres. ¿Cómo iban a creer que aquellas señoras eran sinceras? Muchas pensaban que las monjas se comportaban así por algún interés oculto, o que estaban totalmente trastornadas. Ella misma lo creyó durante un tiempo. No entendía por qué las monjas deseaban ayudarla, si no la conocían. Luego supo que se comportaban así por amor a Dios, aunque no todas eran iguales. La mejor era la madre Sacramento. Su bondad le impedía pensar mal. Sin embargo, nadie conseguía engañarla. Trinidad recordó

las veces que la madre Sacramento había conseguido sacar a la luz y demostrar tramas ocultas de algunos grupos de colegialas. La madre era capaz de adivinar lo que estaban maquinando. Otras hermanas eran tan duras o más que muchas de ellas. Trinidad no puede evitar una sonrisa al recordar a la hermana Nicolasa. Tenía la fuerza de un toro. Ella sola dominaba a las más peligrosas. Trinidad siempre le estuvo agradecida a la madre Sacramento, pero a la religiosa que más quería y por la que estaría dispuesta a dar la vida era la hermana Nicolasa. Incluso, una vez abandonado el colegio, Trinidad acudía a visitarla siempre que sus obligaciones se lo permitían. Más tarde perdió todo contacto con ella, la hermana fue enviada a una casa abierta en otra ciudad.

–Trinidad, no se olvide de los bizcochos que hemos preparado para que los lleve al colegio.

–No, doña María, ya los he metido en la bolsa.

–¿Todavía no ha bajado mi sobrina?

–Estará a punto de hacerlo. Hemos quedado a las doce y aún no han sonado las campanadas.

–Ya estoy aquí. Cuando quieras, nos vamos –dijo Cristina mientras le daba un beso a su tía y le preguntaba–: ¿Cómo se encuentra hoy?

–Mucho mejor. Casi con fuerzas para poder acompañarte, pero mejor lo hará Trinidad. Me disculpas ante la madre general y le dices que me hubiese encantado saludarla, pero que todavía no me encuentro bien.

–¿Voy a conocer a la sustituta de la madre Sacramento?

–Sí. Es la madre María Consolación Vilahur. Viaja mucho visitando las distintas casas y fundando otras, pero estos días está en Madrid.

–¿Existen colegios de adoratrices en muchas ciudades?

–Antes de morir, la madre Sacramento fundó en seis provincias. Ahora creo que cuentan con siete comunidades.

–Tía, en Asturias no tienen colegio, ¿verdad?

–No, pero me parece que están a punto. Pregúntaselo a la madre Vilahur cuando la veas. Cristina, ¿no te has arreglado demasiado para ir al colegio?

–No lo sé. Ya sabe que yo vengo de provincias y no tengo ni idea, ¿quiere que me cambie?

–No. Se os haría tarde. Pero otra vez debes tenerlo en cuenta.

Cristina sí sabía que se había arreglado en exceso y lo había hecho por si la casualidad le brindaba la oportunidad de encontrarse con Silverio. Se vistió como si le fuera a ver. Llevaba una preciosa

falda de terciopelo verde oscuro, con camisa blanca de lorzas y una chaqueta corta muy ajustada, también de terciopelo, pero estampado sobre verdes. El sombrero, a juego, con un pequeño tul sobre la cara.

–No se preocupe, señorita –le dijo Trinidad ya en la calle–, es que doña María es muy buena y no le gusta hacer ostentación para no humillar a los demás.

Trinidad también se había puesto sus mejores galas, aunque por distintos motivos. No sabía si se encontraría con alguna conocida y quería demostrarles que su situación era buena. La verdad es que nadie diría que era una criada. Sólo la delataba el pañuelo en la cabeza. Se lo había puesto para no despeinarse. Nada más llegar a la entrada del colegio se lo quitaría.

–Buenos días. Pasen, pasen. Así que usted es la señorita Cristina, la sobrina de doña María Corominas –les recibió una monja bastante joven, con aspecto un tanto apocado–. Siéntense aquí, por favor, que ahora aviso a la madre.

Las hizo pasar a una pequeña y austera sala en la que había unas cuantas sillas. En las paredes, muy blancas, un crucifijo. Cristina sintió frío y con expresión un poco asustada le preguntó a Trinidad:

–¿Todas las dependencias del colegio son tan sobrias como ésta?

–Sí, supongo que sí. En la casa que yo conocí, así era. Sólo existía colorido en la iglesia.

–¿Conoces a la madre María Consolación?

–No. Es la superiora general desde hace un año. No era adoratriz cuando yo vivía con ellas. Figúrese que es más joven que yo –dijo–. Creo que tiene 47 años.

Siempre le resultaba difícil calcular la edad de una monja. A Cristina le parecían o jóvenes o viejas. Lo mismo le estaba sucediendo ahora mientras miraba detenidamente a la madre María Consolación.

–Así que quiere conocer a fondo la vida de la fundadora.

–Sí, he leído muchas biografías de santas y, al enterarme de que mi tía iba asistir como testigo en un proceso informativo en el que se estudiaría la posible beatificación de la madre Sacramento, me interesé, porque me parecía imposible que yo pudiera conocer de cerca las actividades propias de un estudio de beatificación.

La madre María Consolación miraba con curiosidad a aquella jovencita. Era verdad que parecía algo mayor, tanto en su aspecto físico como en su comportamiento, pero seguía pareciéndole un poco expuesto que la defensa de la madre Sacramento, en la reunión privada que pensaban celebrar, la asumiera una muchacha de dieciséis años. Cristina no le había comentado nada, pero la superiora lo sabía por su tía. Seguro que doña María Corominas, buena amiga de las

adoratrices, tendría sus razones para permitirlo. «Además –se dijo la madre María Consolación–, la tertulia no será más que eso, una tertulia, un cambio de impresiones ante un grupo de amigos. Claro que bien podría defender a la madre otra persona más cualificada. Aunque es posible que esta niña no lo haga mal.»

–Además de con su tía, ¿ha podido hablar con alguien que conociera a la madre Sacramento? –quiso saber la superiora.

–Sí, he estado en casa de Bernarda Rodríguez Jubero. Ella me dijo que la madre había escrito una especie de autobiografía que tal vez ustedes me podrían dejar leer.

–Sí, algo haremos. Luego le presentaré a la hermana Teresa de Paz, para que se pongan de acuerdo.

–Madre, también me ha hablado de la fundadora Trinidad –dijo Cristina mirando a la doncella de su tía.

–¿Así que tú eres Trinidad Menéndez? –preguntó con cariño la madre María Consolación.

–Sí –respondió Trinidad con cierto nerviosismo. A continuación preguntó–: ¿Pero usted, madre, me conoce?

–No, nunca te había visto, pero me han hablado mucho de ti. Has dejado un buen recuerdo en la casa. Hay dos personas que se llevarán una gran alegría al verte.

–¿Quiénes son? –quiso saber Trinidad.

–Dentro de un momento lo averiguarás. ¿Le parece, Cristina, que salgamos a la huerta? Allí se encuentran ahora la mayoría de las chicas y me gustaría que viera la gran aceptación de la que goza nuestra institución.

–Lo que usted diga, madre.

Cristina pensó que la huerta sería pequeña. Jamás hubiese imaginado una extensión de terreno como aquélla, claro que abarcaba toda la fachada interior del edificio, que era muy grande. Las adoratrices vivían en aquella casa, el número 5 de la calle del Duque de Osuna, que antes había sido un hospital, desde hacía más de quince años y la habían adaptado a sus necesidades. Levantaron tabiques, separaron una zona para la comunidad, dispusieron grandes espacios para los refectorios, duplicaron las cocinas y mandaron construir una capilla nueva, mucho más espaciosa que la anterior.

En la huerta se cultivaba de todo. Varias chicas trabajaban en las labores de la tierra, mientras que otras bordaban o tejían resguardadas del aire, cerca de una especie de tendejón que seguro que en el verano se convertía en el lugar más solicitado. Todas vestían igual. Tal vez la calidad de las telas no fuera la misma, pero a distancia no se distinguía.

–Pensaba –dijo Cristina– que las micaelas y las filomenas llevaban uniformes distintos.

–No. Lo que las distingue –aclaró la superiora– es el distintivo. Las medallas redondas las llevan las filomenas y las ovaladas las micaelas. También las tocas o los velos son un poco diferentes.

–Claro, por eso desde aquí –aclaró Cristina– me parecen todas iguales, porque ninguna lleva velo.

La mayoría de las chicas que se encontraban en la huerta se habían quitado la toca para trabajar. Había tres religiosas con ellas. Cristina se fijó en el grupo que realizaba el trabajo más duro. Con una azada removían la tierra, sembrando algo que tal vez podrían ser patatas, aunque ella desconocía si aquélla era la época apropiada del año para esa siembra. Se fijó en el grupo porque con ellas estaba una monja que no se limitaba a mirar o a controlar cómo realizaban el trabajo, sino que también trabajaba. No se dio cuenta de que Trinidad se había alejado, hasta que la vio corriendo hacia el grupo mientras gritaba emocionada.

–Madre Nicolasa, madre Nicolasa, no me lo puedo creer, usted aquí y yo sin saber que había regresado.

Cristina observaba intrigada. Al oír que la llamaba, la monja se había vuelto y, al descubrir a Trinidad, tiró la azada y salió a su encuentro, fundiéndose ambas en un prolongado abrazo.

Trinidad, entre los brazos de la madre Nicolasa, volvió a sentirse como aquella segunda noche en la Casa de las Desamparadas. El primer día en el colegio había sido muy duro. Le costaba habituarse a las normas que imponían las monjas y, sobre todo, se sentía muy sola. Tenía miedo. Aquella noche Trinidad lloraba silenciosamente, no quería que nadie se enterara, no deseaba exponerse a que la castigaran. Pero la madre Nicolasa se dio cuenta de su desconsuelo y se acercó a consolarla. Trinidad conoció entonces lo que era el calor humano, el cariño. La madre Nicolasa la tranquilizó de todos sus miedos. Le aseguró que allí estaba ella para defenderla, que nunca permitiría que se la llevaran de nuevo a la calle. Aquella noche Trinidad supo que no ya no estaría sola nunca más en la vida.

–Cristina, dejémoslas; tendrán tanto que contarse. Vamos a la biblioteca. Creo que allí encontraremos a la hermana Teresa de Paz. Ella es la que más sabe de los escritos de la fundadora. Me gustaría mucho poder hablarte yo misma de la madre Sacramento, pero únicamente la vi una vez. Recuerdo que estaba de visita en Barcelona. Yo tenía entonces unos veinte años y no había pensado en hacerme religiosa. Tampoco lo decidí después de verla, aunque debo confesar que me sorprendió la gran paz que emanaba de su rostro. Ingresé en

las adoratrices dos años después de haber muerto la fundadora.

Cristina la escuchaba en silencio. También la superiora, pensó, transmitía paz y ternura. Era un ser afable y bondadoso, todo lo contrario que la hermana Teresa de Paz, que le pareció orgullosa y dominadora.

–Reverenda madre superiora, haré lo que me dice, pero es bastante complicado desorganizar ahora los escritos de la fundadora. Todos están perfectamente clasificados en espera de que nos los pidan quienes dirigen el proceso de información.

–Bueno, bueno, no creo que sea necesario desorganizar nada, hermana Teresa. Cristina quiere acercarse a la personalidad de la madre Sacramento y no va a leerse todos sus escritos, pero si le hablara usted de ellos y le mostrara aquellos que crea son más significativos…

La hermana Teresa de Paz debía de tener alrededor de veinticinco años. Era muy delgada, nerviosa y con cara de enfado permanente. Cristina pensó que, probablemente, la hermana Teresa ocupaba el cargo de bibliotecaria porque no servía para estar en contacto con las chicas. Se fijó entonces en una muchacha de casi su misma edad que la miraba con admiración y como queriendo decirle algo. También la madre superiora se dio cuenta en aquel momento de que otra persona estaba con ellas en la biblioteca.

–Mire, Cristina, ésta es Inés. Ayuda mucho a la hermana Teresa. Es muy buena alumna. Estamos encantadas con ella.

–Será porque no la tienen todo el día a su lado como la tengo yo.

–No exagere, hermana Teresa –dijo la superiora mientras acariciaba la cabeza de Inés, que, avergonzada, miraba hacia el suelo.

Al despedirse, Cristina le dio un beso a Inés, que le musitó al oído:

–Si quiere, señorita, yo puedo ayudarla.

–Trinidad, ¿crees que si invito a Inés a merendar la dejarán salir?

–Tratándose de usted, señorita Cristina, pienso que sí.

–Tú que has vivido con ellas, Trinidad, y las conoces bien, ¿verdad que todas las monjas no son bondadosas?

–No. Son como nosotras, con virtudes y defectos. Algunas consiguen superarse, otras no.

–Seguro que muchas se equivocaron al decidirse a ingresar en el convento o lo hicieron para encontrar una solución a su vida, conscientes de que no tenían vocación, ¿no crees, Trinidad?

–En ese sentido –dijo Trinidad–, la madre Sacramento era muy lista e inmediatamente detectaba quién era sincera. De hecho, yo

recuerdo algunos casos en que se opuso al ingreso de algunas señoras.

Cristina, cambiando de tema, dijo:

–Ya sé que una de las personas que se alegraron de verte era la madre Nicolasa, ¿y la otra?

–Benita Mancha, una chica que entró en el colegio una semana después que yo. Éramos muy amigas.

–¿Sigue en la casa desde entonces?

–No, Benita abandonó el colegio antes que yo, para servir en casa de unos señores amigos de la madre Sacramento. De saber que estaba aquí, habría venido a verla. Por cierto, me ha dicho que está a su disposición y que cuando quiera puede llamarla. Benita estará encantada de hablarles de la madre Sacramento.

–¿Sólo está ella de las de tu época?

–Sí. Desgraciadamente, muchas han muerto. De algunas no se sabe nada y otras viven fuera de Madrid.

–¿Alguna profesó en este u otros conventos? –quiso saber Cristina.

–De mi tiempo, cuatro o cinco. Una de ellas, Sira. Precisamente hemos estado hablando de ella, que sigue de religiosa.

–¿Y por qué no iba a seguir?

–Casi todos dudábamos de su fe y de la sinceridad de sus intenciones al ingresar en un convento. Sin embargo, ahí está, demostrando la autenticidad de su conversión y de sus convicciones.

–¿Cómo me has dicho que se llama? ¿Sira? ¿Por qué no me hablas de ella?

–Era un año mayor que yo. Tenía un carácter muy fuerte, un genio de mil demonios. Figúrese que cuando llegó a la casa le dieron la ropa con la que debía vestirse. Como la toca estaba muy arrugada, Sira, muy enfadada, la rompió y pisoteó. Después, arrepentida, pidió que se le aplicasen castigos fuertes. Claro que no sabía que la madre los tenía prohibidos. El mayor castigo era el despido. A Sira le permitieron quedarse unos días, en los que observarían si de verdad estaba arrepentida.

–¿Y lo estaba?

–No volvió a dejarse llevar por su mal humor. Acompañaba mucho a la madre Sacramento en sus rezos. Se pasaba horas ante el sagrario. Un día dijo que quería ser monja. Recuerdo que yo fui la primera sorprendida. Muchas de las hermanas también dudaban de la sinceridad de Sira, pero la madre creía en ella, aunque accedió a que algunas de las hermanas la sometieran a determinadas pruebas que demostrasen si la espiritualidad de Sira era fingida o no.

–¿Qué descubrieron? –quiso saber Cristina.

–El convencimiento de que era sincera. Sira resistió todas las

pruebas. Un día, la madre Sacramento recibió la visita de una amiga que se iba a Manila con su marido y sus hijos. Venía a verla para que la madre le ayudara a encontrar entre las chicas una que fuera buena y a la que no le importara irse con ellos lejos de España.

–¿Y le ofrecieron el trabajo a Sira?

–Sí, pero la madre Sacramento le contó a su amiga que Sira quería ser religiosa. Entonces, aquella señora le prometió que, si se iba con ella, al cumplirse los dos años la dejaría en libertad y le daría una buena dote para ser religiosa. Sira no lo dudó ni un momento.

–¿Se fue por la dote?

–Yo creo que sí. Era una oportunidad para ella. ¿De qué otra forma podría conseguirla?

–¿Sin dote no se puede ser monja?

–Resulta prácticamente imprescindible.

–Es triste, ¿verdad? –comentó Cristina muy pensativa.

–Bueno, la vida es así –dijo Trinidad–. Siempre hay que pagar un precio.

–Pero las congregaciones religiosas tendrían que ser distintas.

–Y lo son, aunque ellas también tienen que vivir y mantener a las chicas recogidas de la calle.

–Sí, todo eso ya lo sé, pero me duele que alguien que sienta la vocación no pueda profesar por no tener medios económicos.

Siguieron caminando en silencio. Tal vez la dote –pensaba Cristina– tenga otro sentido. Es posible que sea una costumbre ancestral, porque también en el matrimonio la mujer tiene que aportar una buena dote, y, sin duda, mucho más cuantiosa que para el convento. Cristina llegaba a esta conclusión recordando que muchas familias no podían casar a sus hijas porque no tenían la dote suficiente, y entonces las metían en el convento. De repente, se dio cuenta de que a los frailes no se les exigía una dote, como se hacía con las monjas, y, aunque desconocía si los hombres podían casarse sin dote, llegó a la conclusión, con gran tristeza, de que el origen de esta medida radicaba en el tradicional concepto que consideraba a las mujeres como una carga.

Iba absorta en sus pensamientos, pero al cruzar la calle de La Fe le pareció ver a Silverio con un grupo de gente. Se volvió disimuladamente, como si se le hubiera caído algo, para fijarse bien. Efectivamente, Silverio charlaba con cuatro personas. Cristina identificó a una de ellas. Era probable que Susana se hubiera encontrado con él. Sólo pensar que estuvieran juntos le causaba un profundo malestar, pero necesitaba saberlo, por eso alcanzó a Trinidad, que iba unos pasos delante, y le dijo:

–Me voy a detener unos minutos. He visto a unos amigos. Sigue tú, Trini.

–Pero, señorita, su tía no aprobará que la deje sola. Si quiere, la espero. Sí, eso será lo mejor.

–No, por favor, Trinidad, si estamos al lado de casa. Yo iré en seguida.

Antes de que Trinidad pudiese decir nada, Cristina se fue corriendo. Al llegar a la esquina de la bocacalle donde los había visto, siguió por ella y desapareció a los ojos de la doncella, que, resignada, se fue a casa. Cristina, para que no la vieran, se metió en un portal desde el que podía observar sin ser descubierta. Allí seguían los cinco. Eran dos mujeres y un hombre, todos desconocidos, que seguramente estarían con Susana. Silverio se habría encontrado con ellos. Al pensar en esta posibilidad, se sintió aliviada. De todas formas, que estuvieran juntos no probaba nada. «¿Quién soy yo para espiarlos? No debería hacerlo, ni aunque Silverio fuera mi novio. Soy una inconsciente –se dijo–, lo único que conseguiré será ocasionarle un disgusto a Trinidad. Lo mejor es que me vaya y deje de hacer tonterías.» Pero Cristina siguió espiando.

Al cabo de unos minutos, que a Cristina le parecieron siglos, los integrantes del grupo se despidieron. Las dos mujeres y el hombre desconocidos se alejaron. Susana y Silverio, en unos segundos, deberían pasar por delante de donde ella se encontraba. ¡Estaban juntos! Se ocultó un poco más para que no la vieran. Se sentía rabiosa. Seguro que habían comido los dos solos. ¿Adónde irían ahora?

Cristina sale del portal. Tiene que irse a casa. Si no lo hace, su tía se preocupará. Su cuerpo no la obedece y, como un imán en pos de su campo magnético, les sigue y sigue… Una calle, y otra y otra. No tiene ni idea de dónde está. Se quita el sombrero y se suelta el cabello. De esa forma, si la miran no la reconocerán. El pelo, revuelto por el viento, le oculta la cara. Se sientan en uno de los bancos de una pequeña y solitaria plaza, que ella no reconoce. Esta vez no encuentra un portal abierto para ocultarse y se queda mirando el escaparate de una de las tiendas. Le parece que Silverio tiene entre sus manos las de Susana. «¡Dios mío!, ¿le estará pidiendo relaciones?» Las lágrimas le impiden seguir viéndoles a través del cristal. Nota que alguien se acerca.

–Perdone, ¿la puedo ayudar?

Cristina miró sobresaltada a la mujer mayor que le hablaba y con un hilo de voz le dijo:

–No se preocupe, no me pasa nada. Creo que algo se me ha metido en el ojo. El aire siempre me hace daño. Muchas gracias,

señora.

Seguían sentados. ¿De qué estarían hablando tan animados? La verdad era que la noche de la ópera, cuando se reunieron en casa para celebrar el noviazgo de Ignacio y Luisa, Silverio no le había hecho ni caso. ¿Pero por qué se tenía que fijar en ella? Se habían visto tres veces. Él le doblaba la edad. Cristina intentaba revivir todos sus encuentros con Silverio. Quería saber en qué momento le hizo concebir ilusiones. Con dolor, comprobó que Silverio nunca mostró interés por ella. Había confundido sus deseos con la realidad. Sus ojos no la habían mirado como ella pensaba. Incluso el cigarro se lo había encendido a instancias de Sara. Era una ingenua y soñadora. Pero le quería. Estaba enamorada de Silverio.

«¿Dónde están? Se han ido.» Cristina miraba desesperada el banco vacío. Por donde ella estaba no habían pasado, pero podían haberlo hecho por cualquiera de las otras dos calles que confluían en la plaza. Dudó unos momentos y al final se decidió por la de la izquierda. Corría como si alguien la persiguiera. «Si en unos segundos no los diviso –pensó– es que me he equivocado y se han ido por el otro camino. Daré la vuelta inmediatamente», aunque no fue necesario, al final de la calle los vio que giraban a la derecha. Cuando llegó a aquel punto, Cristina sintió una profunda desesperación: todo su seguimiento había sido inútil, no sabía dónde estaban. Se encontraba en una calle sin salida totalmente vacía. Silverio y Susana estarían en alguna de aquellas casas, pero ¿en cuál? Se apoyó en la pared, presa de la desesperación. De repente, un fuerte olor a vino la hizo volver a la realidad. Dos hombres con un aspecto terrible estaban a su lado.

–¿Qué te pasa, muñeca? –le dijo uno, mientras extrañado le comentaba a su compañero–: ¿Te has fijado en la ropa que lleva?

–La habrá robado. Sabe Dios quién será esta elementa. Las que tienen cara de buenas suelen ser las peores.

–¿Te ha zurrao tu novio? ¡No has cumplido bien, eh! ¿No has conseguido ayer bastante dinero y por eso te hace salir hoy a la calle tan temprano? Mírame, salada, tal vez yo te ayude a incrementar el negocio de esta tarde.

–Y yo –dijo el otro–. Yo también te puedo hacer un favor, putita guapa. Me gusta observar, después de que éste te goce, lo haré yo.

Cristina, horrorizada, mira a aquellos dos borrachos. A uno le faltan casi todos los dientes y babea un poco al hablar. El otro la había agarrado del brazo e intentaba abrazarla. Se da cuenta de que no puede gritar. Siente tanto miedo que se ha quedado paralizada. «Me van a violar –se dice–, tengo que hacer algo.» Sin saber muy bien cómo, consiguió levantar una pierna y con toda la fuerza de la que fue

capaz le dio una patada al hombre que la tenía sujeta, de tal suerte que le alcanzó la parte más sensible. El efecto fue inmediato y Cristina se encontró liberada de las garras de aquel indeseable, mientras el otro, demasiado borracho, no conseguía sujetarla. Al intentar detenerla, Cristina no dudó en dejarle el sombrero que le había agarrado y corriendo como una loca abandonó el lugar.

No sabe el tiempo que lleva corriendo. Dentro de poco se hará de noche y es peligroso seguir en la calle. Tiene que volver a casa. ¿Y si no lo hiciera? ¿Y si desapareciera para siempre? ¿Por qué tenía que dar explicaciones de lo sucedido? Nadie se molesta en aclararle a ella muchos comportamientos que la desconciertan. No conoce el lugar donde se encuentra y no debe seguir exponiéndose a que de nuevo alguien se meta con ella. Ve a algunas mujeres que se dirigen al mismo lugar. Tiene que ser una iglesia. «Allí estaré a salvo. Me esconderé para que nadie me vea y ya decidiré qué debo hacer», piensa aliviada.

El templo estaba casi en penumbra. Unas cuantas personas rezaban arrodilladas en los bancos centrales. Más que sentarse, Cristina se acurrucó en la esquina de un banco, al lado de una columna, y cerró los ojos. No quería pensar en nada. Tenía hambre y estaba muy cansada.

Don Miguel Márquez leía el breviario. Al oír las campanadas de las siete, cerró el libro, se santiguó y se dirigió a la sacristía en busca de las llaves para cerrar la iglesia. Normalmente no era él quien se encargaba de hacerlo, pero esa tarde había atendido el despacho parroquial y aprovechó para darle permiso a Manolo, el sacristán, que no se encontraba muy bien. Fue apagando todas las velas… Sólo quedaban encendidas las de la capilla de San Antonio. Al dirigirse hacia allí para apagarlas, creyó ver una especie de bulto al lado de la columna. ¿Qué podía ser? Seguro que se había confundido. De todas formas, se acercó para comprobarlo.

Sin duda era una chica joven, de lo contrario no podía estar sentada de aquella forma. Tenía los pies subidos en el banco y la frente apoyada en las rodillas, lo que impedía que se le pudiera ver la cara. «O ha robado la ropa o no es una indigente», se dijo don Miguel, que suavemente le tocó en un hombro, mientras le decía:

–No se asuste, soy el párroco. ¿La puedo ayudar?

Al no obtener respuesta, creyó que la joven se habría quedado dormida. Por ello insistió:

–Quiero ayudarla; por favor, dígame algo.

Cristina le había escuchado desde un principio, pero quería que la

dejaran en paz. No deseaba hablar con nadie.

–No me sucede nada –dijo sin levantar la cara.

–Me alegro. Aunque tiene que irse, debo cerrar la iglesia.

–Por favor, deje que me quede. No tengo dónde pasar la noche.

La forma de expresarse tampoco era la de una chica de la calle. «Pobre muchacha –pensó el sacerdote–. ¿Qué le habrá pasado?» Y le dijo:

–No puede quedarse en la iglesia. Pero no se preocupe, yo la llevaré a una casa de acogida de chicas sin hogar.

«Seguro que la casa a la que piensa llevarme es la de las Desamparadas –pensó Cristina–. Menudo escándalo podría organizarse si se presenta conmigo allí. Tengo que evitarlo.»

–No necesito una casa de acogida. Le he mentido, padre. Sí tengo casa, pero quiero quedarme aquí. Por favor, apiádese de mí. Necesito pensar.

–No sé qué te habrá pasado y no tienes por qué decírmelo. Pero por muy grave que sea, nadie mejor que tu familia para apoyarte.

–Mi familia, dice usted, claro que me apoya, aunque yo me siento totalmente sola. No tengo a nadie en quien confiar.

Cristina seguía sentada y don Miguel se estaba poniendo nervioso. Con cierto enfado le dijo:

–Tengo muchas cosas que hacer y no puedo entretenerme más tiempo. Tiene que abandonar el templo.

–Pero ¿la Iglesia no debe prestar asilo?

–Tú eres menor de edad –dijo tuteándola–, y, además, ¿quién te persigue a ti?

Cristina no disponía de argumentos. Se levantó muy despacio. No sabía qué hacer. De repente, se le ocurrió que sólo existía una persona que podía ayudarla: Sara.

–Lo cierto, padre, es que no sé muy bien dónde estoy y no sabría llegar a mi casa. ¿Me puede acompañar usted?

–¿Dónde vives?

–En la calle Claudio Coello, 11.

Don Miguel disimuló su sorpresa, aquélla era la dirección de Sara Medina. La muchacha tenía que estar equivocada, pero el sacerdote se limitó a decir:

–De acuerdo, yo te acompañaré. No está demasiado lejos.

El viento se había calmado bastante. Cristina intentó arreglarse el pelo trenzándolo como buenamente pudo. A pesar de que aquel sacerdote no era excesivamente amable, se encontraba segura a su lado y le daba confianza. Sin saber muy bien por qué, Cristina era consciente de que sentía cierta atracción por los sacerdotes. No era

una atracción física, sino una sensación de cariño que la hacía sentirse bien y protegida. Era la misma paz que experimentaba cuando se quedaba a solas en la iglesia.

Las calles estaban vacías. No se cruzaron más que con cuatro o cinco personas. Don Miguel se alegró de aquella circunstancia. No le hacía ninguna gracia que le vieran acompañando a aquella muchacha, pero no podía dejarla sola. Además, deseaba enterarse de qué tipo de relación mantenía con Sara.

Cristina identificó la zona donde se encontraban.

–Padre, no se moleste más. Estamos al lado, puedo ir sola.

–Prefiero acompañarte hasta la misma puerta. Quiero asegurarme de que te quedas en casa –dijo sonriendo don Miguel.

Antes de que Cristina pudiera decir nada a Eulalia, que les abría la puerta, el sacerdote la saludó con afecto, la llamó por su nombre y le preguntó por doña Sara.

–Ahora la aviso, don Miguel.

O sea, que aquel sacerdote era don Miguel Márquez, el director espiritual de Sara. Ésa era la razón de que la acompañase hasta la misma puerta. Pensaba que ella mentía y que le había dado aquella dirección para salir del paso.

Sara llegó inmediatamente y lo primero que hizo fue abrazarla.

–Cristina, gracias a Dios, qué susto nos has dado. ¿Cómo estás? ¿Qué ha sucedido? Hemos recorrido medio Madrid buscándote.

Mientras le hacía todas estas preguntas a su amiga, Sara interrogaba al sacerdote con los ojos. Don Miguel se había dado cuenta de que la muchacha era sincera. ¿Pero por qué Sara nunca le dijo nada de ella?

–No tenía ni idea de que viviera contigo una jovencita. ¿Es familia tuya? –preguntó don Miguel.

Sara caminaba por el pasillo con Cristina. La llevaba protegida, pasándole el brazo por la espalda. Se volvió hacia don Miguel y le dijo:

–Ahora estoy con usted, don Miguel. Antes voy a cuidar de Cristina.

Eulalia acompañó al sacerdote a un pequeño saloncito decorado en tonos azules que él conocía muy bien. Allí solía charlar muchas veces con Sara. Allí le había presentado a su marido. ¿Se habría ido ya Federico? «Cuando conozcan la separación, muchas personas se escandalizarán –pensó el sacerdote–, pero para Sara será un alivio.»

Sara se había tranquilizado al observar la cara de Cristina, porque, aunque la tristeza le brotara a borbotones y su aspecto fuera lamentable, estaba segura de que a la muchacha no le había sucedido

nada irreparable.

–Cristina, ahora mismo enviaré un criado para avisar a tu tía de que estás bien. Si te parece, le digo que dentro de una o dos horas te llevaré a casa. Seguro que no has comido nada. Vas a tomar algo y luego descansas un rato.

La cercanía de Sara le permitió volar por unos segundos a su entorno asturiano. Sara olía como la leña quemada en el bosque. Qué lejos sentía ahora a sus hermanos, a sus padres. Cristina tenía la sensación de que se había convertido en otra persona. Sara la condujo hasta la cocina.

–Cristina, no quiero dejarte sola, así que ya puedes perdonar que te traiga a la cocina. Yo misma te voy a preparar un chocolate bien caliente.

Cristina asentía a todo. No quería pensar en lo sucedido. Era una insensata. Menudo jaleo había organizado. No le contaría a nadie la verdad. Se inventaría cualquier historia. Tenía que pensar en algo que resultase creíble. Tal vez si se sincerase con Sara, ésta podría ayudarla.

Después de servirle chocolate y unos bizcochos, Sara simuló trajinar por la cocina para que Cristina se sintiese menos observada. ¿Qué le habría pasado? Mentiría si dijese que no estaba intrigada y le resultaba extraño que fuera don Miguel la persona que la acompañara, aunque este extremo lo conocería muy pronto, en cuanto hablase con el sacerdote. Pero a Cristina no le preguntaría nada. Según le había contado su amiga María Corominas, no sólo presentaba problemas de rebeldía, sino que tal vez éstos podrían ser la manifestación de otros más graves. Sara recordó la conversación mantenida con María.

–Hace tiempo que mi hermana Carmen se dio cuenta de que algo le estaba pasando a su hija. Cristina siempre había sido una niña cariñosa con sus padres, pero de repente empezó a ignorarlos. Tanto Eduardo como ella quisieron quitarle importancia al asunto pensando que podrían ser cosas propias de la edad, el cambio de niña a mujer. Pero la situación no sólo no mejoraba, sino que empeoraba. Lo que primero era indiferencia se convirtió después en desprecio y en un deseo expreso de hacerles daño. Por eso me la han enviado a Madrid –explicó María–. No saben cómo tratarla y pensaron que podrían hacerle un bien a su hija alejándola de ellos durante un tiempo. Me propusieron que acogiera a Cristina en casa y, lógicamente, he aceptado. Figúrate mi responsabilidad ahora que ha desaparecido. ¡Dios mío, qué disgusto! ¿Dónde habrá podido ir?

–Tranquilízate, María. Cristina no es tonta. Se habrá entretenido con alguien. Tal vez esté con Luisa o con Silverio.

–No, Sara. Ninguno de ellos la ha visto.

María había acudido a casa de Sara creyendo que, como Cristina había congeniado tan bien con ella, podría saber dónde se encontraba.

–Pensé, Sara, que estaría contigo, pero ahora ya no tengo dónde acudir –se lamentó María, y añadió–: No creo que haya decidido marcharse a Asturias.

–No, no lo creo –afirmó Sara y preguntó–: ¿No estará con alguna de las personas que conocieron a la madre Sacramento?

–Imposible –respondió María–, yo soy la que le organiza los encuentros.

Sara no sabía si su amiga María conocía las crisis que de vez en cuando sufría Cristina, pero decidió no contarle nada porque pensó que sólo conseguiría preocuparla.

Cristina había empezado a tomar el chocolate con desgana, pero pronto se le despertó el apetito. Llevaba mucho tiempo sin probar bocado. Se molestó al comprobar que su cuerpo pudiera funcionar con independencia del dolor que embargaba su espíritu.

Sara la miraba tratando de leer en su interior. No dejaba de pensar en lo que le había contado María sobre el comportamiento de Cristina con sus padres. No le parecía que fuera víctima de los celos. Muchas veces los hijos mayores sufren al pensar que sus progenitores prefieren a los hermanos más pequeños. Una serie de detalles casi insignificantes pueden deformar y deteriorar las vivencias de una personalidad débil o falta de cariño. Aunque éste no parecía ser el caso de Cristina, que, en apariencia, se mostraba fuerte y segura. Sin embargo, se dijo Sara, a veces tiene reacciones desconcertantes. Mientras pasaba la mano por la preciosa cabecita de Cristina, Sara pensaba en cómo ayudar a su joven amiga. Es posible que sufriera algún trauma del que no era consciente, pero ¿cómo auxiliarla?

–¿Cristina, quieres descansar un rato antes de que te acompañe a casa? –le preguntó con cariño.

–La verdad es que no sé muy bien qué quiero hacer. Estoy un poco desconcertada. Siento tanto haberos preocupado con mi desaparición. Pero sucedió todo muy rápido. Creí ver a Javier con Luisa y otros jóvenes que no conocía y di la vuelta para saludarles, pero cuando llegué a la calle donde se encontraban se habían ido. Al girar para regresar a casa, en uno de los portales, una mujer lloraba pidiendo ayuda. Me acerqué para ver qué le pasaba y sentí un fuerte golpe en la cabeza. No tenía ni idea de lo sucedido ni cuánto tiempo había transcurrido cuando me desperté. Estaba tumbada en un banco en una pequeña plaza. Miré a mi alrededor. Aquel lugar me era

totalmente desconocido. No sabía dónde me encontraba. Me habían robado.

–Es curioso que no te hubieran quitado la ropa –dijo Sara.

–Les daría pena. Hacía bastante frío.

–Pudieron cambiarte el traje y vestirte con harapos, claro que tal vez tuvieran miedo de que les vieran –matizó Sara, que no se acababa de creer lo que le estaba contando Cristina.

–O puede ser que se dieran por satisfechos con el dinero que llevaba en mi bolso. También se quedaron con el sombrero, seguro que pensando en venderlo –respondió Cristina muy pensativa.

–¿Qué pasó después? –preguntó Sara.

–Me quedé bastante tiempo quieta sin saber qué hacer. Después empecé a deambular por las calles sin atreverme a preguntar dónde me encontraba, hasta que descubrí una iglesia.

–¿Te encontró allí don Miguel?

–Sí. Yo quería pasar la noche en la iglesia, pero no me dejó.

–¿Y por qué no regresar a tu casa, si no habías hecho nada malo?

–Me porté como una insensata pidiéndole a Trinidad que volviera a casa sin mí. No tenía que haberme marchado sola.

–Sin duda fue una imprudencia, pero no eres responsable de que te hayan asaltado.

–Sara, estaba tan trastornada que no podía enfrentarme con la realidad y por eso necesitaba quedarme sola en la iglesia. Al verme obligada a marchar, mentí y le dije al sacerdote que vivía en esta casa. Lo hice porque tú, Sara, eres la persona que me brinda mayor confianza.

Sara, emocionada, la besó en la mejilla y le dijo:

–Sabes que soy tu amiga y que jamás traicionaré tu confianza.

5
REFLEXIONES PERSONALES

Después del incidente de su sobrina, María Corominas estaba deseando que Cristina regresara con sus padres. Tenía miedo de que volviera a desaparecer y, además, había comprobado que ella era incapaz de ganarse su confianza. La única que parecía poder conseguirlo era Sara, pero no tenía por qué someterla a aquel tipo de trabajo, aunque su amiga aseguraba disfrutar con la compañía de aquella extraña muchacha.

María, sentada a la mesa de despacho de su marido, se dispone a escribirle a su hermana Carmen. Hace más de ocho días que recibió carta suya y aún no le ha contestado. No le diría nada de la escapada de su hija porque sólo serviría para disgustarla, pero sí aceptará lo que su hermana le proponga:

> Hemos pensado, querida María, que sería estupendo ir a pasar con vosotros las Navidades. No queremos que Cristina viva estas fiestas alejada de nosotros y lo mejor será que nos reunamos con ella en Madrid. Creemos que es mejor para Cristina, que de esa forma no tendrá que desplazarse. Porque, si tú, María, no tienes inconveniente, nos gustaría que se quedara contigo hasta el verano.
>
> ¿Cómo está? Sabrás, querida María, que no ha respondido a ninguna de nuestras cartas. ¿Te pregunta alguna vez por nosotros?

María estaba segura de que algo había sucedido entre Cristina y sus padres, aunque ellos no fueran conscientes. Su sobrina mostraba a veces un desencanto sobre el comportamiento de las personas que tenía que estar relacionado con alguna decepción. Además, era muy inestable en sus sentimientos. Al principio de su estancia en Madrid, parecía estar encantada con Silverio, incluso María había llegado a pensar si no le gustaría. Pero, en los últimos días, Cristina no se molestaba en disimular lo incómoda que se encontraba en su presencia. Ahora parecía gustarle más Javier. En este sentido, su hijo Ignacio le había dicho:

–Madre, no sé usted qué pensará, pero tal vez no sería mala idea

que lleváramos a Cristina a algún colegio. Se comporta de una forma un tanto extravagante. Yo vi cómo despreciaba a mi amigo Javier y todos nos reímos creyendo que quería impactarnos. Sin embargo, ahora no se separa de su lado y aplaude todo lo que él dice. No me gusta esta situación, madre, porque conozco muy bien a Javier.

–¿Te ha comentado algo Silverio sobre el comportamiento de tu prima?

–No, él no me ha dicho nada, pero Luisa sí.

–¿Qué te ha contado?

–Luisa está tan sorprendida como nosotros por la conducta de Cristina, que rehúye en todo momento a Silverio, pero también por éste.

–¿Por qué? –quiso saber María.

–A Silverio tampoco parece interesarle hablar con ella, lo que lleva a Luisa a sospechar que su hermano sí sabe por qué Cristina se comporta así.

–¿Quieres decir que pasó algo entre ellos?

–No tenemos ni idea. Es Luisa la que cree en esa posibilidad.

Cuando Silverio se enteró de lo que le había pasado a Cristina, y al conocer el lugar donde se separó de Trinidad porque había visto a unos amigos, supo que esos amigos eran Susana y él. ¿Por qué mentía Cristina al decir que los amigos a los que creyó ver eran Javier y Luisa? Pero ¿por qué, si se volvió para saludarlos, él y Susana no la vieron? Eran varias las hipótesis que podían responder a la realidad de lo sucedido, incluso la versión que ella contaba. Aunque el comportamiento de Cristina con él decía todo lo contrario. La única explicación lógica era que les había seguido para espiarles. Silverio se siente halagado al pensar que el comportamiento de Cristina pudo obedecer a la atracción que él ejerce sobre ella, y que al verlo con Susana se despertaron sus celos y quiso saber adónde iban y qué hacían. Pero, inmediatamente, Silverio rechaza esta posibilidad, pensando que solamente es una niña mimada a la que le gusta ser el centro de atención y que, tal vez, pensó que él tendría que enamorarse de ella. Silverio es consciente de que su comportamiento con Cristina tiene que ser el mismo de siempre, aunque se muestre distinta. Pero también él se manifiesta distante con ella. No sabe muy bien por qué lo hace. Bueno, sí que lo sabe; quiere provocarla, inducirla a que descubra sus sentimientos. ¿Y los de él? ¿Por qué le da importancia a la reacción de una niña caprichosa? ¿Para qué quiere conocer los sentimientos de Cristina si él nunca podría darle la respuesta adecuada? Es su ego el que le pide una oportunidad.

Las dos veces que tuvo la ocasión de ver a Cristina después del incidente ésta casi ni le miró. Él se comportó como si no se hubiera dado cuenta, aunque no dejó de observarla ni un solo minuto. Era preciosa. A Silverio le entusiasmaba la clara candidez de la sonrisa de Cristina. Una sonrisa que la liberaba de todas sus protecciones y disimulos, y dejaba al descubierto la alegría de la niña maravillosa que bullía en su interior. No podía evitar cierta complacencia, si pensaba que aquella muchacha se interesaba por él. Dejaría pasar unos días en los que seguramente ella se olvidaría de lo sucedido y todo volvería a la normalidad. Sin embargo, si era sincero, tenía que reconocer que la segunda vez que coincidieron le molestó ver cómo Cristina coqueteaba con Javier, que se mostraba encantado. Le dolía y le preocupaba, porque Javier podía colocarla en situaciones un tanto comprometidas. Se tranquilizó pensando que, a pesar de sus pocos años, Cristina era seria, y Silverio pensaba que todo lo hacía para darle celos.

Silverio se avergonzó de su presunción. «No debo estar tan seguro de los sentimientos de esta muchacha a la que doblo la edad», se dijo. Además, si fuera así, no tendría mayor importancia, ya que su actitud seguro que respondía a un capricho pasajero de jovencita mimada. De todas formas, se sentía incómodo al ver a Cristina y a Javier charlando animadamente alejados de los demás. En vez de mantenerse al margen de lo que hacían, no pudo evitar acercarse.

–Cristina, perdonad que os interrumpa –dijo con cierto retintín–. ¿Sigues pensando en colaborar con los círculos católicos?

–Sí, pero no me urge. Ahora tengo otro tipo de prioridades. He decidido aprender a tocar el violonchelo. Además, he descubierto que Javier es fantástico. Se preocupa de llenar de alegría y diversión mis ratos libres.

Por fin, Cristina había tenido la oportunidad de manifestarle a Silverio su desafecto. Ella sabía que él conocía el porqué de su enfado. Silverio era consciente de que él era el objeto de su persecución, pero no había dicho nada. Cristina pensó que era una buena señal. Ahora, acababa de demostrarle que no le resultaba indiferente; claro que ella se agarraba a cualquier detalle para seguir manteniendo viva la esperanza.

Después del incidente, la primera vez que tuvo que ver a Silverio se pasó la tarde entera mentalizándose para saber cómo comportarse fríamente delante de él. Luisa la invitaba a cenar a su casa con un grupo de amigos. Fue en aquella cena donde pensó que no estaría nada mal permitir a Javier que, de vez en cuando, la acompañara. Tendría que hacer verdaderos esfuerzos para soportar la presencia de

aquel cretino, aunque merecía la pena si conseguía darle celos a Silverio.

Cristina es consciente de su fantasía. Silverio, de quien está interesado es de Susana, se repite una y mil veces, aunque sospecha que ella no le resulta indiferente. Cristina percibe que la observa y que está pendiente de todo lo que hace. Esto es suficiente para animarla a seguir con sus planes.

Sólo han pasado cinco días desde su escapada. Ya está más tranquila. Le ha pedido perdón a Trinidad por el disgusto que le ha ocasionado y la doncella no sólo la perdonó, si no que se brindó a ayudarla en lo que dispusiera. Esta actitud de Trinidad le hizo pensar en la distinta forma de reaccionar de las personas. Las consideradas virtuosas, alejadas de las debilidades, normalmente eran inflexibles ante los fallos ajenos. Las que habían conocido y sufrido las flaquezas sabían entender y perdonar. El ejemplo lo tenía en la doncella y en su tía María. Cristina tenía la sensación de que ésta nunca le perdonaría el mal rato que le había hecho pasar. Bueno, no quería ser injusta, la responsabilidad de una y otra, de su tía y de la doncella, no era la misma, aunque pensándolo bien, de haber pasado algo, las consecuencias probablemente serían peores para Trinidad.

Por otra parte, pensaba Cristina, es lógico que las personas que han experimentado equivocaciones entiendan y comprendan mejor a las que como ellas las han padecido. Recordó entonces una frase que había leído no sabía muy bien dónde que decía: «La experiencia en la desgracia me enseñó a socorrer a los desgraciados». De repente, sin saber muy bien por qué, se acordó de la madre Sacramento y de las adoratrices. En líneas generales, no se podría decir que a ellas se les pudiese aplicar esta máxima. Sin embargo, vivían entregadas a una labor humanitaria de gran importancia. Intentaban ayudar y comprender a las chicas allí recogidas, exponiéndose a veces a situaciones peligrosas. Trinidad le había contado el caso de una de las colegialas, no recogida de la calle, que tenía por objetivo envenenar a la madre Sacramento. La muchacha era de Valladolid y la había enviado el novio de una de las chicas que vivían en el colegio. Aquel hombre se entrevistó varias veces con la madre Sacramento en un intento de llevarse a su chica del colegio, pero no lo consiguió. La madre se opuso, porque sabía que la muchacha no quería irse con él.

–Éste no fue un caso aislado. La madre Sacramento sabía muy bien a lo que se exponía –le contó Trinidad–. Ella siempre decía que por cualquiera de las chicas perdería mil vidas, y aseguraba que las quería más que a las adoratrices, porque, si se había decidido a fundar, era por «ayudar a aquellas mujeres a las que nadie protegía y

eran tratadas con desprecio y dureza, aun por los mismos que las habían perdido».

A Cristina le costaba entender por qué una mujer que era título nobiliario, que vivía en medio de un ambiente acomodado, que era una experta amazona, que tocaba el arpa y pintaba muy bien había dejado todo para irse al colegio a vivir con aquellas chicas, pasando privaciones y dificultades económicas. «Cuánto había que querer –pensó Cristina– para hacer todo esto por el ser amado.» «Las monjas –pensó– están casadas con Cristo. ¿Cómo se enamorará uno de Cristo?» Recordó que tenía una conversación pendiente con Sara y Silverio sobre el amor místico. Tal vez algún día, cuando superase la actual situación, podría sentarse tranquila para hablar con ellos. Ahora era imposible. A Sara sí que debería haberle contado la verdad de su aventura. Si su tía María supiera que tenía más confianza con Sara que con ella, seguro que se disgustaría. Pero lo cierto es que habitualmente resultaba más fácil desahogarse con alguien afín a ti y que no fuera familiar. Claro que siempre podía haber excepciones.

Sara no le había dado mucha importancia al incidente de Cristina. Consideraba que era una chiquillada. Sabía que le había mentido y que lo sucedido tenía algo que ver con Silverio, pero ya se lo contaría cuando se encontrase más tranquila.

Además, por aquellos días Sara vivía un auténtico infierno. La separación de su marido estaba resultando mucho más complicada de lo que esperaba. Sospechaba que Federico no le daría facilidades y que incluso intentaría sacar el mayor provecho posible, porque él quería seguir viviendo como siempre, a su lado, pero jamás creyó que se atreviera a amenazarla con difundir ciertos comentarios.

–Querida, no sé por qué tenemos que separarnos. Si no quieres verme más, la que tienes que irte eres tú. De ti parte la decisión. Todo lo que tenemos es mío y no voy a renunciar a nada por darte un capricho. Nuestros amigos y conocidos comprenderán mi postura cuando les cuente que me quieres lejos para disponer de tu vida libremente al lado de ese cura hipócrita.

–¿Pero cómo te atreves? No me has sido fiel nunca. Vas a tener un hijo con otra. Esta casa me la regaló mi padre y el dinero que consideras tuyo es la herencia de mis padres. No, Federico, jamás lo consentiré.

–De acuerdo, sigamos como hasta ahora. No le des más vueltas. La ley está de mi parte. Yo soy el dueño de todo y tú, querida Sara, nada puedes hacer sin mi consentimiento.

Era un auténtico canalla. Se aprovechaba de ella porque sabía que no tenía hermanos ni familiares cercanos varones que pudieran

defenderla. Llorando de impotencia ante las pretensiones de aquel ser despreciable, Sara sabe que no puede seguir a su lado y, en algún momento de desesperación, piensa que tal vez no debiera descartar la posibilidad de envenenarlo. «Sí –se dijo–, eso es lo que seres como Federico se merecen.» De esa forma se terminaría su problema. Inmediatamente se asusta de lo que acababa de ocurrírsele. «No, no», grita. Se está volviendo loca. ¿Acaso quiere convertirse en una asesina? No. Sara no desea matar a nadie. Aunque si es sincera, tiene que reconocer que no le importaría en absoluto que su marido muriera. «Al final tendré que renunciar a todo con tal de que no vuelva a aparecer en mi vida.» Pero inmediatamente reacciona diciéndose a sí misma: «Jamás una Medina pierde una batalla sin ofrecer resistencia».

Después de darle muchas vueltas al asunto, se le ocurrió visitar a Francisco Jimeno Sánchez, el famoso abogado, el dueño del bufete donde trabajaba su marido. Ella conocía a don Francisco porque había sido muy amigo de su padre. Tenía que intentarlo. Le contó su problema y le pidió que amenazase a Federico con dejarlo fuera de la prestigiosa firma si no se avenía a llegar a un acuerdo con ella.

Se había sentido bastante humillada al dar aquel paso, aunque cualquier cosa era mejor que seguir soportando a su marido. No tenía ni idea de cuál sería la reacción de éste cuando le hablara el jefe. Don Francisco la había tranquilizado, asegurándole que él conseguiría que Federico reflexionara.

Sara no quería seguir en la misma casa que Federico, y mucho menos verlo después del encuentro que tuvo con don Francisco. Convenía dejarle solo para que se calmara. Por eso se iría a pasar unos días a Zaragoza, donde vivía una íntima amiga. Esperaba que María permitiese a Cristina que la acompañara. Seguro que a la muchacha le venía bien. Sara estaba convencida de que Cristina se sentía atraída por Silverio y ella tenía que intentar que aquella atracción no fuera a más. Silverio era un ser maravilloso, pero no el hombre adecuado para ser el novio de una joven.

No, decididamente María no le contaría nada a su hermana de lo que había sucedido con Cristina. Ni tampoco le hablaría de la separación de Sara. Qué cosas estaban pasando. Sara tenía que haberse vuelto loca. ¿Cómo se atrevía a desafiar a todos al intentar vivir separada de su marido? María no quería pensar en las barbaridades que tendrá que escuchar sobre su amiga, porque aunque fuese del dominio público la vida que hacía Federico, al ser un hombre, todos le perdonarían. Sara debería ser dócil y sumisa y seguir a su lado como hacían todas. Ésa

era la versión que aquella tarde le había dado Antonia.

–Recordarás, querida María, que siempre te dije que Sara no me gustaba. ¿Por qué ella no puede aguantar las infidelidades de su marido? ¿No se da cuenta de que es el pobre Federico quien se tiene que sentir frustrado al no tener un hijo? ¿Cómo es posible que no sea consciente de que ha hecho de su marido un pobre desgraciado que tiene que buscar fuera aquello de lo que carece en casa?

–Antonia, creo que eres injusta y no debes hablar así. Sara no será ni la primera ni la última que tome una decisión semejante. Y si te soy sincera, pienso que la entiendo, aunque no la aplauda, tal vez porque soy cobarde.

–Pues yo no lo soy –dijo Antonia–, y jamás haría una cosa así.

María recordaba muy bien la cara que había puesto Antonia al decir esto. Pobre Antonia, pensó, claro que ella nunca haría una cosa así. Su orgullo se lo impediría. Nadie debería conocer nunca el drama que frecuentemente vivía en la intimidad de su hogar. María había intentado en numerosas ocasiones que su amiga Antonia se sincerase con ella, pero había sido inútil. Seguro que le vendría bien desahogarse. Estaba convencida de que el carácter de Antonia cambiaría considerablemente si pudiera compartir el problema que vivía desde hacía un tiempo.

«Qué dura resulta la vida de las mujeres. Tenemos que soportar tantas cosas. Ya sé que en ocasiones nosotras provocamos situaciones complicadas, pero siempre las víctimas somos las mujeres.» Sí, María reconoció que en el fondo de su corazón aplaudía el comportamiento de Sara, aunque ella nunca se sentiría con fuerzas para hacer lo mismo. Pesaba demasiado la educación recibida, la discreción impuesta, el cumplimiento escrupuloso de las normas sociales. María sabía que ante un problema como el de Sara no tomaría la decisión de dejar a su marido. Sin embargo, no estaba tan segura de seguir ese mismo comportamiento de tener que afrontar una situación como la de Antonia.

En aquel momento, y después de esta reflexión, María decidió que sí dejaría que su sobrina Cristina acompañara a Sara en el viaje a Zaragoza. Tenía dudas por la fama que ésta estaba adquiriendo y no quería que la imagen de Cristina sufriera ningún deterioro. Podía resultar peligroso para la reputación de su sobrina convertirse en amiga íntima de Sara. María se avergonzaba de lo que estaba pensando, ¿cómo era posible que ella, amiga de verdad de Sara, pudiera considerar peligrosa su compañía?

«Estoy incurriendo –se dijo– en los mismos prejuicios discriminatorios que mueven esta sociedad. Siempre estaré al lado de

Sara, pero desde la discreción. Ella lo entenderá», se dijo para tranquilizarse.

María se había quedado bastante débil después de la gripe y pensaba que tal vez esa falta de energía le hacía ver las cosas de una forma un tanto pesimista. La verdad es que se sentía un poco agobiada. Le daba demasiada importancia a determinadas situaciones a las que en otros momentos no les dedicaría más de diez minutos. No sólo el comportamiento de Cristina era su preocupación fundamental, también le inquietaba el de su hijo mayor, José Miguel. Era normal que hiciese una vida independiente. Estaba a punto de cumplir los treinta y su trabajo le impedía seguir haciendo la vida familiar que a ella le gustaría, pero la verdadera angustia se la provocaban las amistades de José Miguel, de las que estaba muy al tanto, porque no faltaban quienes piadosamente la informaban de las andanzas de su hijo, casi siempre en las peores compañías.

José Miguel necesitaba encontrar una buena chica y enamorarse como había hecho Ignacio. Hacía tiempo que María deseaba que Luisa se convirtiera en la novia de su hijo. Le parecía una chica estupenda y, aunque nunca se puede estar seguro de nada, ella estaba convencida de que Luisa jamás ocasionaría problemas a Ignacio. Además, la gran fortuna de la muchacha sin duda contribuiría a que la joven pareja mirase con tranquilidad su futuro.

María, con la pluma en la mano, se dispuso a escribir a su hermana.

6
EL PATIO DE LA INFANTA

Sara había preferido quedarse, durante su estancia en Zaragoza, en la Fonda Europa. Si estuviera ella sola, tal vez hubiera aceptado la invitación de su amiga Josefina para vivir en su casa, pero, acompañándola Cristina, era distinto. Al permanecer en el hotel tendrían más libertad y podrían hacer un poco lo que les apeteciera. Josefina era de confianza y estaba al tanto de todo, pero Sara quería que Cristina se sintiese cómoda. Deseaba ganarse su confianza.

Durante las seis horas del viaje habían tenido tiempo de charlar, leer y sumirse en sus propios pensamientos.

Con un leve y a la vez profundo suspiro, Sara cerró el libro que estaba leyendo. Cristina, que distraída miraba el paisaje, se volvió hacia ella.

–¿Has terminado la novela? ¿El suspiro es de alivio o de pena?

–Ni de una cosa ni de la otra. Y si te digo que es de decepción, tampoco sería verdad totalmente. Creo que desencanto puede ser la palabra que mejor defina mi impresión. Sí, desencanto, desilusión –siguió diciendo Sara–. Lo cierto es que me habían hablado tanto de este libro de Emilia Pardo Bazán que esperaba mucho más de la historia.

–A pesar de no responder a tus expectativas, ¿te ha gustado? ¿Me lo recomiendas? ¿Tiene aspectos autobiográficos?

–Siempre los autores dejan algo de sí en sus libros. Seguro que, en algunos aspectos, la novela es autobiográfica, aunque doña Emilia es mucho más valiente y transgresora en su vida diaria que Asís Taboada, la protagonista de *Insolación*.

–¿Es una mujer la protagonista de la novela? –quiso saber Cristina.

–Sí. Asís es una joven viuda que…, bueno… –se interrumpió Sara–, no te voy a descubrir la personalidad de esta mujer que en palabras de Clarín «es una jamona atrasada de caricias».

–¿Es don Leopoldo Alas enemigo de doña Emilia? –preguntó

Cristina.

–No tengo ni idea. Hace un tiempo no lo era, pero nunca se sabe. Leopoldo Alas es un crítico despiadado y resulta evidente que no le ha gustado la novela. La ha considerado como una de las peores de la autora.

–¿A ti te ha gustado? –inquirió Cristina.

–Sí. Me la he leído de un tirón. Si te apetece, esta noche te la paso. ¡Ay!, se me olvidaba –dijo Sara llevándose una mano a la cabeza–, Silverio ha prometido regalarte la novela si yo te la recomendaba.

–No creo que Silverio me regale nada –dijo Cristina un poco enfadada–, pero da lo mismo. Tú me la dejas y luego la comentamos.

A Sara no le había pasado inadvertida la reacción de su joven amiga, pero no quiso hacer ningún comentario. Cristina siguió absorta en el horizonte. La comarca de los Monegros aparecía ante sus ojos con su característica aridez. Qué paisaje tan distinto a los que había visto hasta entonces. La ausencia de vegetación y aquella tonalidad… Cristina se sorprendió ante el color rojizo de la tierra. Era como si el sol se hubiese quedado impregnado en ella. Cristina cerró los ojos y pensó que allí las insolaciones tendrían que ser algo normal. Y a pesar de que se había prometido no volver a pensar en Silverio, se imaginó caminando con él por aquellos parajes. Iban asidos de la mano. Percibía la felicidad. Sí, se siente feliz. Feliz y segura al lado del hombre amado, tanto, que no le importaría sufrir una insolación. Pestañea insistentemente en un intento de volver a la realidad borrando aquella imagen, que, de ser auténtica, la convertiría en la mujer más afortunada del mundo. «Tengo muchos días para pensar en mi futuro –se dijo–, y tal vez deba luchar por conseguir el cariño de Silverio, si de verdad es eso lo que quiero.»

Sara ya había estado otras veces en la Fonda Europa, pero siempre acompañada de su marido, por eso su nombre era totalmente desconocido en el hotel. «Mejor –pensó– que nadie sepa quiénes somos.»

–Señora, les hemos reservado dos habitaciones contiguas. Espero que sean de su agrado. ¿Conocen la ciudad?

–La señorita nunca ha estado, yo un par de veces –respondió Sara de una forma un tanto seca.

A determinadas personas era mejor no darles muchas facilidades. A Sara le pareció que el encargado de la recepción era una de ellas. El hombre siguió insistiendo.

–¿Tienen familia en Zaragoza? ¿Vienen de turismo o por negocios?

Sara rehusó contestar y muy seria le pidió las llaves, dando por zanjada la conversación.

–Ahora le digo al muchacho que les suba el equipaje. ¿Cenarán esta noche en el hotel?

Sara le hubiese dicho que no lo sabía, pero pensó que lo mejor era reservar mesa, por si les apetecía quedarse.

–Cristina, ¿quieres que cenemos aquí?

–Si a ti te parece bien, de acuerdo.

–Tal vez sea lo mejor, porque, aunque el viaje ha sido bueno, estamos un poco cansadas. Sí, guárdenos una mesa, por favor.

Cristina no estaba habituada a beber vino y aunque había cenado copiosamente se notaba un poco eufórica. Tal vez por ello le propuso a Sara:

–¿Por qué no mandas que nos suban una botella de oporto a la habitación y mientras charlamos un rato, nos tomamos unas copitas antes de acostarnos?

–La pido encantada, aunque no sé si a ti, querida Cristina, te sentará bien. Has tomado dos vasos de vino y la mezcla puede hacerte daño.

–No te preocupes, Sara. Lo único que puede pasar es que me emborrache un poquito y no me importa, porque sólo tú lo sabrás.

Sara dudó unos momentos. Cristina era casi una niña, contaba dieciséis años y estaba a su cargo. Debía cuidar de ella. Al final, se convenció al pensar que tal vez la muchacha lo que buscaba era algún estimulante que le permitiera hablar de sí misma con sinceridad. El alcohol, sin duda, podía resultar eficaz para desinhibirse.

Todos los comensales se habían retirado ya. Sólo otra mesa y la de ellas estaban ocupadas. Sara le hizo una seña a la camarera, que muy sonriente se acercó.

–¿Sí, señora?

–¿Sería tan amable de subirnos dentro de unos minutos una botella de oporto a la habitación 11?

La chica las miró un tanto sorprendida y disimulando todo lo que pudo, dada su juventud, dijo:

–Con mucho gusto, señora.

Cristina estaba disfrutando con aquella situación. Ahogando la risa le dijo a Sara:

–Menudo susto le hemos dado. Seguro que está creyendo que tenemos a nuestros novios escondidos en el cuarto.

–Mira que eres mal pensada –le respondió Sara sonriendo.

–¿Sabes, Sara?, es la primera vez que voy a dormir en un hotel.

–Cristina, si te asusta pasar la noche en una habitación desconocida, puedes quedarte conmigo –dijo Sara muy complaciente.

–No, todo lo contrario. Es fantástico estar en una habitación sola y que ninguna de las personas que viven en el hotel te conozca. Me gusta el anonimato, porque me hace sentir mucho más libre. Si pudiera viajaría por distintas ciudades…

–O sea, que soy un estorbo para ti –dijo Sara simulando enfado–. ¿Intentas darme a entender que disfrutarías mucho más de tu estancia en Zaragoza si estuvieras sola?

–No, por favor, no digas eso. Te quiero mucho, Sara, porque eres muy buena –afirmaba Cristina mientras mimosa la abrazaba–, muy buena y muy inteligente. Figúrate cómo te quiero que me gustaría ser como tú.

–Estás loca. Ser como yo… Lo dices porque no me conoces bien.

–Sí que te conozco y por eso quiero imitarte. Eres guapa, elegante, valiente, generosa. Y además, muy buena amiga.

–Tú sí que eres preciosa, Cristina. Y muy inteligente. Tienes toda la vida por delante y puedes conseguir lo que te propongas.

–Ay, Sara, lo único que yo quiero es a Silverio –dijo sollozando–. Soy una mentirosa despreciable, os engañé a todos. Era a él a quien seguía aquella tarde. Me muero de celos. Prométeme que me ayudarás a conquistarlo.

El oporto había dado sus frutos y Cristina parecía dispuesta a abrir su corazón. A Sara le hubiera gustado equivocarse respecto a los sentimientos de su amiga, pero desgraciadamente eran ciertos. De todas formas, puede que no tuviera gran consistencia y que no fueran más que el deslumbramiento momentáneo de una jovencita, aunque Cristina no era muy representativa del modelo tradicional de muchacha a los dieciséis años. Manifestaba en todos sus razonamientos una madurez inusual para su edad, aunque luego, en la práctica, reaccionara ante determinadas situaciones como una adolescente.

–¿Silverio mantiene una relación seria con Susana? –preguntó casi llorando–. Dímelo, por favor. La incertidumbre de que esté comprometido no me deja vivir. No he querido preguntárselo a nadie, pero a ti sí me atrevo.

–Tengo entendido que Susana de quien está enamorada es de un amigo de Silverio que lleva una temporada enfermo. Probablemente cuando tú los viste se dirigían a su casa. En ese sentido, puedes estar tranquila.

–¿De verdad? No sabes qué alegría acabas de darme –dijo Cristina

totalmente eufórica–. ¿Estás segura de que Silverio no tiene novia?

–Creo que nunca la ha tenido –manifestó Sara, con un tono que preocupó a Cristina.

–¿Qué quieres decir?

–Nada. Simplemente que nunca ha tenido novia y que este dato puede indicar que entre sus proyectos no figure el de casarse.

–O que no haya encontrado hasta ahora la mujer adecuada.

–Sí, puede ser.

–Dime la verdad, ¿sabes algo que no quieres contarme?

–No, lo que sucede es que Silverio tiene casi treinta años. Te dobla la edad. Y tú, probablemente dentro de un tiempo, te fijarás en otros hombres. No te precipites, querida.

–Es que estoy segura de que es el hombre de mi vida. Sí, Sara, tiene que serlo. Es el único que no provoca en mí esa sensación de asco insoportable. No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado estos días coqueteando con Javier para darle celos a Silverio. Sólo pensar que sus labios podían rozar mi piel me producía arcadas. Sin embargo, estoy deseando sentir el contacto de los labios de Silverio. Sara, tiene que ser maravilloso que te bese la persona a la que quieres.

–Supongo que sí.

–¿Cómo que supones?

–La verdad es que no me he enamorado nunca. Las veces que me ha besado mi marido me ha dejado bastante indiferente, con lo cual no siento ninguna necesidad de ser besada ni de besar.

–¿Nunca has sentido curiosidad por saber cómo besaría don Miguel?

–¡Cristina!, ¿te has vuelto loca? La culpa la tengo yo por dejarte tomar oporto. ¿Cómo se te ocurren esas barbaridades? Don Miguel es un sacerdote, un hombre consagrado a Dios.

Sara, instintivamente, buscó el abanico. Le ardían las mejillas. De repente, se notaba sofocada. Jamás se le había pasado por la imaginación pensar en semejante cosa. ¿Cómo ignorarlo ahora la próxima vez que viera a don Miguel? «Lo que tengo que hacer –se dijo– es olvidarme de semejante tontería.» Pero, en esos segundos, su mente ya le había planteado infinidad de interrogantes. ¿Habría tenido novia don Miguel antes de entrar en el seminario? ¿Habría besado a muchas mujeres?

Abanicándose con cierta violencia, Sara miró a Cristina, que se servía otra copa. Cristina, un poco ajena al sofoco de Sara, tomó un sorbito de vino, y levantando los ojos hacia ella dijo:

–Sí, ya sé que es un sacerdote. Pero es tu alma gemela, tu director, tu otro yo. Él es hombre y tú mujer… Es probable que tú

nunca hayas pensado en esas procacidades. Pero ¿y don Miguel?, ¿no habrá pensado él en tus besos?

–¡Basta! –gritó Sara.

–No te enfades. Sólo quería ser sincera contigo. A mí, a veces, me gustaría besar a algunos hombres.

–¿Pero no me decías hace unos minutos que Silverio era el único hombre de tu vida?

–Y lo mantengo. Los hombres que despiertan en mí sensaciones sensuales son aquellos a los que admiro por algún motivo y con los que probablemente nunca hablaré. Por ejemplo, el otro día en el Real sentí deseos de ser besada por Julián Gayarre. También me atraen los hombres con aspecto mundano y un poco misteriosos.

Sara se sentía desconcertada ante el comportamiento de Cristina. Aquella noche estaba descubriendo en ella aspectos insospechados.

–Te quiero mucho, Sara, y deseo que sepas todo de mí, que seas mi otro yo. Por eso esta noche te digo todo lo que se me ocurre. Ya te pido perdón por lo que voy a preguntarte, pero ¿has sentido deseos de ser besada por otra mujer?

Sara no sabía si tomárselo en serio o seguirle la corriente. Después de evaluarlo unos segundos, le contestó sonriendo:

–No, Cristina, nunca quise ser besada por otra mujer. No me gustan las personas de mi mismo sexo. Aunque si soy sincera, y lo voy a ser, sí he deseado besar una vez a una chica. Fue hace mucho tiempo, en una fiesta del colegio –dijo Sara pensativa.

–¿La besaste? –quiso saber Cristina.

–No, alguien nos interrumpió.

–¿Era tu amiga?

–Sí, pero no íntima. Asistíamos a la misma clase. Se llamaba Ana y era una muchacha rubia, preciosa. Se parecía a ti, Cristina.

–Sara –llamó suavemente Cristina, mientras se levantaba de la silla y se dirigía a donde se encontraba su amiga.

–Sí, dime –le contestó Sara.

–¿Te gustaría besarme a mí?

Cristina respondía a su provocación. Era una chica lista y rápida, ¿pero qué perseguía con aquel juego? Sara creyó llegado el momento de dar por finalizada la conversación. Se levantó y dijo:

–Claro que sí. Te daré tres besos, uno en la frente y dos en las mejillas. Tres besos de buenas noches. Es tardísimo y mañana tenemos que aprovechar el día.

–Un minuto más, por favor, Sara. ¿Tú podrías vivir sin mirarte en el espejo?

–Supongo que sí.

–Pues yo no –exclamó Cristina.

–¿No me digas que tú eres de las que creen necesaria una mediación para conocerse y nada mejor para ello que el espejo? –le preguntó Sara un tanto burlona.

–No lo sé, aunque sí debo decirte que parte de mi personalidad la recupero en el espejo. Algo nuestro se queda en el espejo en el que nos miramos.

–Te regalaré un libro que habla sobre estos asuntos, y de la aparición de los primeros espejos. ¿Sabes que Séneca decía que habían sido inventados para que el hombre se conociera a sí mismo? –añadió Sara.

–No, no tenía ni idea. Pero por algo admiro yo a Séneca –dijo riendo Cristina y le preguntó a su amiga–: ¿Tú te besas alguna vez cuando te miras en el espejo?

–La verdad es que no. ¿Tú sí? –preguntó Sara sorprendida.

–Sí –dijo muy seria–, y no sé muy bien por qué lo hago. Sospecho que al besar el espejo lo que intento es descubrir la sensación que se puede experimentar al besar a otra persona en la boca. Nunca me ha besado nadie de ese modo. También puede que busque calmar mi impaciencia con la fría superficie del espejo.

–No te preocupes, mi amor. Ya te besarán –dijo Sara asiéndola del brazo cariñosamente, mientras la acompañaba a su habitación.

–¿Así que tú, Cristina, estás interesada en conocer la figura y la obra de la madre Sacramento?

–Sí. Me gustaría visitar la casa que las adoratrices tienen aquí, en Zaragoza. Creo que fue la segunda comunidad después de la de Madrid.

–¿Sabes qué pasa, Josefina? –intervino Sara–, que en la tertulia que se celebra en casa de su tía, María Corominas, se suscitó el tema de la beatificación de Micaela Desmaisières y ante las discrepancias de los asistentes decidimos conocerla a fondo. A Cristina le ha correspondido asumir el papel de postulador.

–Sí, pero con independencia de esa misión –añadió Cristina–, me interesa mucho personalmente.

–Cuando vayáis al colegio –dijo Josefina–, preguntad por la hermana Pilar de la Esperanza. Hace las veces de maestra de novicias. Es la persona más encantadora que os podáis imaginar. Era una de mis íntimas amigas. Lo dejó todo para seguir el ejemplo de la madre Sacramento.

El almuerzo en casa de Josefina Bravo estaba resultando agradabilísimo. La amiga de Sara era una anfitriona estupenda.

Después de recogerlas por la mañana en el hotel las había llevado a rezar ante la Virgen del Pilar.

Cristina se había sorprendido por la gran cantidad de gente que devotamente oraba ante la Pilarica, cuya imagen le pareció aún más pequeña que la de la Santina de Covadonga. Mientras intentaba concentrarse, pensó en que si todas eran representaciones de la madre de Dios, ¿por qué la devoción popular oscilaba según la advocación bajo la que apareciese la Virgen? Cristina, recuerda la primera vez que ella, siendo una niña, acudió a Covadonga a postrarse ante la reina de las montañas asturianas. Se emocionó tanto que no pudo contener las lágrimas. Covadonga era uno de los lugares que la hacían sentirse más cerca del cielo. Lo cierto era que si ella quisiera conseguir la intercesión de la Virgen se la pediría a la de Covadonga, y seguro que Josefina, que era zaragozana, acudiría a la del Pilar. ¿Y Sara? Dudó unos segundos hasta que recordó a la Virgen de la Almudena. De repente, se dio cuenta de que casi todas las ciudades estaban bajo la protección de la Virgen, que, según la tradición, en un momento de la historia, se había aparecido vinculándose de forma especial a cada una de ellas. «La madre de Dios ha querido formar parte de la realidad del mundo –se dijo Cristina–, y nosotros respondemos haciéndola partícipe de nuestras preocupaciones. De ahí que los fieles acudan a venerar y se encomienden a la imagen de la Virgen que sienten más próxima.»

–No todas las personas que veis aquí rezando son católicos practicantes –dijo Josefina–. Pero la Pilarica es especial para ellos. Los aragoneses, y sobre todo, los zaragozanos, la adoramos.

A Cristina le gustaba la forma de expresarse de Josefina. Le parecía directa y sincera. Estaba en lo cierto.

Habían almorzado las tres solas. Los niños de Josefina estaban en el colegio y su marido se encontraba de viaje fuera de Zaragoza. Pasaron a tomar el café a una sala pequeñita y muy acogedora.

–Cristina –dijo Josefina–, si no te importa, te dejamos sola un rato.

–Claro que no me importa –respondió Cristina sonriendo.

–No, Josefina –intervino Sara–, podemos hablar aquí, delante de Cristina. Está al tanto de todo. No tengo ningún secreto para ella.

–Ha sido un día estupendo. No sabes, Sara, cómo te agradezco que me hayas invitado a acompañarte en este viaje a Zaragoza.

–Me alegro de que lo estés pasando bien. Yo también he conseguido olvidarme un poco de mis problemas –dijo Sara suspirando.

–Todo se arreglará. Seguro que, cuando llegues a Madrid, encontrarás a Federico tranquilo y dispuesto a asumir la separación.

–Dios lo quiera.

–Oye, Sara –dijo Cristina bajando el tono de voz–, me ha sobrecogido la belleza del Patio de la Infanta y, sobre todo, la historia de la infanta. ¡Qué injusta puede llegar a ser la vida…!

–Verdaderamente. Aunque creo que al final cada uno ocupa el lugar que le corresponde. A Teresa Villabriga, su cuñado, el rey Carlos III, la privó del título de infanta, pero el pueblo se lo ha dado.

–Según ha contado Josefina –apuntó Cristina–, Carlos III lo único que hizo fue aplicar la Real Pragmática que había mandado publicar en 1776.

–Sí, es verdad que en esa ley se prohíben los matrimonios morganáticos. Pero lo que no ha dicho Josefina es que Carlos III no permitió a su hermano celebrar un matrimonio con una igual y le obligó, si quería casarse, a contraer un matrimonio desigual.

–¿Por qué Carlos III se comportaría así con su hermano? –preguntó Cristina.

–No quería que se casara con una princesa, porque temía que los españoles pudiesen preferir a un infante nacido en España antes que a su hijo Carlos. Por eso decidió privar a los hijos del matrimonio de su hermano y Teresa Villabriga del apellido Borbón.

–Si esto se lo hace a un hermano, ¿qué no haría a un enemigo? –exclamó Cristina.

–Aunque no creo que ése fuera el caso. No debes olvidar que, a veces, los hermanos se convierten en los auténticos enemigos.

A Sara y a Cristina les había impresionado el patio de la casa Zaporta, que todos conocían como de la Infanta por haber vivido allí Teresa Villabriga, la mujer del infante don Luis, hermano de Carlos III. La casa la había mandado construir en el siglo XVI un judío converso, el banquero Gabriel Zaporta. En sus orígenes fue utilizada como residencia de la familia Zaporta y como despacho de cambio. Varias generaciones de los Zaporta, el ilustre canónigo Ramón Pignatelli, la infanta Teresa Villabriga y otras muchas familias más, tuvieron aquel lugar como escenario de sus vidas íntimas. Ahora, además del taller de carpintería de Ezequiel González, instalado en la planta baja, en el primer piso se encontraba una fábrica de pianos y el Casino Autonomista.

Tenía razón Josefina cuando se lamentaba del poco cuidado que se prestaba al lugar. Cristina no entendía mucho de arte, pero sí estaba de acuerdo con Josefina cuando ésta aseguraba que aquél era el patio renacentista más hermoso del mundo. Estaba de acuerdo porque

le costaba imaginar algo más bello. Las columnas eran impresionantes. «¿Cómo había dicho Josefina que se llamaban? ¿Antromorfas? Ah, no, antropomorfas, eso es. Qué torpe soy –se dijo–, ¿cómo puedo olvidarme de ese nombre si lo reciben por las figuras humanas que las integran, que es lo que más me ha llamado la atención?»

–Sara, ¿habías visto alguna vez columnas como las del Patio de la Infanta?

–No. Lo cierto es que son espectaculares. Me gusta que las tres figuras de cada columna no estén sobrepuestas a ella, sino totalmente integradas.

–Esto se consigue ocultando la mitad de su cuerpo, ¿verdad?

–Creo que sí. Además, las guirnaldas y los adornos que las cubren de cintura para abajo embellecen el conjunto. Pero ¿sabes la imagen que no olvidaré, Cristina?

–¿Cuál?

–La forma en que se entrelazan los brazos de las figuras de una de las columnas. No sé lo que querría transmitir el artista, si es que pretendía algo, pero a mí me sugieren fuerza, solidaridad, unión para soportar el peso que deben sostener.

–Pues a mí me parece que están forzadas y que serían mucho más felices si pudieran huir dejando de ser esclavas de los gustos del arquitecto. Tengo la sensación de que tienen que sufrir al verse obligadas a forzar su cuerpo para adaptarse a las exigencias de su creador. Los brazos entrelazados significan para mí el intento desesperado de las cariátides para impedir ser engullidas por la base de la columna.

–Querida Cristina, estamos locas. Hablamos de todas estas figuras como si poseyeran alma. Sí que nos ha impactado el Patio de la Infanta –dijo Sara suspirando.

–Es normal. Probablemente, si viéramos este maravilloso recinto todos los días, terminaríamos acostumbrándonos a él. ¿Cuántos años vivió la infanta en esa casa?

–Más de veinte. Al morir su marido, el infante don Luis, Teresa contempló impotente cómo le arrebataban, por decisión real, a sus tres hijos. Fue entonces, al quedarse sola, cuando decidió regresar a la ciudad en la que había nacido.

–Pero ¿sus hijos no llevaban su apellido?

–Sí, pero Carlos III, para evitar cualquier tipo de tentación, decidió tener cerca a sus sobrinos. Incluso, privó a Teresa Villabriga del título de condesa de Chinchón, que el difunto infante don Luis había adquirido para ella, y se lo dio a la hija mayor, que se llamaba también María Teresa.

–¿Los tres hijos fueron mujeres? –siguió preguntando Cristina.

–No. El mayor fue un varón, Luis, que con el tiempo sería arzobispo de Sevilla y Toledo. Y los otros, dos chicas: María Teresa y María Luisa, a quienes al principio pretendieron hacer ingresar en el convento, pero más tarde desistirían de la idea. Gracias al matrimonio de una de ellas, los tres hijos de Teresa fueron reconocidos como miembros de la familia Borbón.

–¡Ah!, ¿sí? ¿Y cuál de ellas se casó?, ¿y con quién?

–Se casaron las dos, pero a la que me refiero es a la mayor, a María Teresa, que matrimonió con Godoy.

–El valido de Carlos IV.

–Sí. Él fue quien consiguió, gracias a su influencia con el monarca, reparar la injusticia cometida con sus primos. Porque eso es lo que eran los hijos de Teresa Villabriga y del infante don Luis, primos del rey Carlos IV.

–¿De qué forma repercutió en Teresa Villabriga la nueva situación de sus hijos?

–Siguió viviendo en Zaragoza, aunque dejó de ser una proscrita en la corte. Se sabe que en más de una ocasión se reunió con los reyes Carlos IV y María Luisa.

–Me apetece muchísimo saber cómo era esa mujer –exclamó Cristina.

–Lo conseguirás. Ya sabes que Josefina ha prometido llevarnos a casa de un descendiente lejano de Villabriga que tiene un cuadro de ella. No sabes la alegría que me produce que los deseos de Carlos III no se cumplieran. El soberano deseaba que nadie supiera de su cuñada, que no existiese para la historia –dijo sonriendo Sara–, pero no lo consiguió. Goya se encargó de dejar constancia de esa mujer, a la que ha inmortalizado en varios cuadros.

Sara y Cristina se quedaron en silencio. Ese silencio natural que se produce entre dos personas que se quieren, se conocen. Ese silencio que fluye sin que se note.

En aquella jornada, el Patio de la Infanta se había convertido en el auténtico protagonista. El lugar merecía la pena. Las impresiones y los comentarios, recogidos en crónicas o libros sobre la ciudad, de muchos de los personajes importantes que tuvieron la oportunidad de ver el patio a su paso por Zaragoza constituían un fiel reflejo de su hermosa realidad. Pero es que, además, Josefina les había contagiado su pasión por aquella casa, una casa que, según ella, debería ser cuidada con mimo, porque era uno de los tesoros arquitectónicos zaragozanos.

Sin embargo, en 1903, la familia Santa Pau-Armijo, propietaria

entonces del palacio, decidiría derribarlo y vender el Patio de la Infanta a un anticuario francés por… 17.000 pesetas.

El nuevo propietario mandó desmontarlo piedra a piedra y lo trasladó a Francia, instalándolo en su tienda de París. Así se terminaba la vida del Patio de la Infanta en Zaragoza, que comenzaba una nueva andadura lejos del escenario en el que había sido creado.

Sara y Cristina iban arrebujadas bajo una manta en el coche. No hacía mucho frío pero la humedad característica de las ciudades con río acentuaba esta sensación, incrementada por el cierzo que empezaba a soplar. En aquellos momentos no podían sospechar lo que le sucedería al Patio de la Infanta dentro de unos años, aunque sí tendrían oportunidad de comprobarlo. Pero lo que jamás imaginarían, y de lo que nunca se enteraron, fue de lo sucedido en 1958. En ese año, el Patio de la Infanta regresaría a Zaragoza, al mismo lugar en que se levantó por vez primera.

Si en aquella tarde noche de un día del mes de noviembre de 1889, alguien les contara a Sara y a Cristina lo que iba a suceder con el Patio de la Infanta, seguro que no lo creerían. Como tampoco harían ningún caso si les dijeran que dentro de unos minutos, en la recepción del hotel, verían a una persona en la que estaba una de las claves para entender el, a veces, extraño comportamiento de Cristina.

Josefina se había empeñado en que su coche las llevara al hotel.

–Perdonad que no os acompañe y me quede en casa; se ha hecho un poco tarde y me gusta pasar un rato con los niños antes de darles la cena. Ya sabéis, queridas, que el coche está a vuestra disposición para lo que preciséis. Mañana os recogerá a la hora que dispongáis para llevaros al colegio de las Adoratrices. Yo me reuniré con vosotras allí.

7

TRAS LA PISTA DE UN DESCONOCIDO

Había varias personas en el hall del hotel, por lo que hubieron de esperar unos cuantos minutos hasta alcanzar el mostrador de la recepción. El mismo empleado del día anterior hablaba con un hombre. Las había visto y, aunque con un simple movimiento de cintura bien podría acercarles la llave, se desentendió, concentrándose más en la conversación que mantenía con aquel señor a quien ellas no podían ver de frente.

«Este imbécil de recepcionista –pensó Sara– se está haciendo el interesante y pretende hacerme pagar mi poca simpatía de ayer.» Cristina no se había dado cuenta de lo que ocupaba a su amiga. Ella sólo tenía ojos y oídos para un grupo de señoras que, divertidas, comentaban las experiencias del día.

Sara, en un intento de forzar al empleado del hotel a que se fijara en ella, no separaba los ojos de él. Esto le permitió analizar al personaje con el que se encontraba. Era un hombre de unos cuarenta años, vestía impecablemente y se movía con distinción. Sara se percató de ello porque, aunque el desconocido charlaba de espaldas, observaba todo y se giraba ostensiblemente cuando una mujer entraba en su campo visual. En uno de esos movimientos, el caballero descubrió a Sara dedicándole una mirada de profunda admiración. Sara no retiró sus ojos, aunque se notaba algo turbada. De repente, se dio cuenta de que dejaba de prestarle atención y que comenzaba a fijarse en alguien que se encontraba a su derecha. Antes de mirar a su lado, Sara supo que había descubierto a Cristina. La expresión del rostro de aquel hombre era de admiración, pero de pronto observó que se transformaba. La cara del desconocido dejaba entrever la duda que surge al intentar identificar a alguien. Sara se giró entonces hacia su amiga y le dijo:

–Cristina, ¿conoces al señor que habla con el recepcionista?

Sara terminó de formular la pregunta por propia inercia, porque Cristina no se encontraba a su lado. La vio desaparecer del salón y

perderse por la escalera. «Pero ¿adónde va –se preguntó–, si no tenemos la llave de la habitación? Tal vez –pensó– haya decidido huir de este barullo y sentarse en una de las butacas del pasillo, aunque debería habérmelo dicho.»

El desconocido se despedía del conserje después de entregarle un sobre, que éste introdujo en uno de los casilleros. «Es posible que no se aloje en el hotel y haya venido a ver a alguien, o que deje la carta que luego alguien recogerá. Pero a mí qué me importa», pensó Sara.

Con la llave en la mano, subió las escaleras. Tendría que decirle al doctor Ramos que le mirara el corazón, no era normal que se cansara tanto al realizar un esfuerzo tan pequeño. Al fondo del pasillo vio a Cristina sentada con la cabeza entre las manos. El ruido de sus pasos hizo que ésta levantara la cabeza para ver quién se acercaba. Al descubrir que era Sara, Cristina se levantó y corrió hacia ella.

–¡Qué bien que hayas venido! Me fui porque no podía soportar su presencia. No sabes qué mal me encuentro.

–Cálmate, por favor. No pasa nada. Tranquila, aquí estoy yo para defenderte de todos los peligros –le decía Sara mientras la abrazaba.

–No quiero ir a mi habitación. Déjame que te acompañe a la tuya.

–Claro que te vienes a la mía. Soy tu amiga, Cristina. No lo olvides. Y siempre lo seré.

Mientras se quitaba el sombrero y el abrigo, Sara le recomendó a Cristina:

–Ponte cómoda, querida. Sólo puedo ofrecerte agua. No tengo nada en la habitación, pero pediré que nos suban algo. ¿Qué te apetece?

–No, no te vayas. Tomaré un vaso de agua, a ver si se me pasa el susto –suspiró Cristina.

Sara la miró sonriente y se dispuso a servirle el agua. ¿Qué presencia la habría asustado tanto? La cara de la muchacha, totalmente desencajada, reflejaba que lo estaba pasando mal. ¿Habría sido el caballero del mostrador el causante de su malestar o fue alguna de las mujeres del bullicioso grupo? Antes de que se decidiera a interesarse por la identidad del causante del malestar de Cristina, ésta la sorprendió con la siguiente pregunta:

–¿Conoces al señor que charlaba con el recepcionista?

Curiosamente su amiga le planteaba el mismo interrogante que ella tenía pensado formularle. No hizo mención a ello y respondió:

–No, jamás lo había visto en mi vida. ¿Tú sabes quién es?

–No. Y no me explico por qué sentí tanto miedo cuando vi su cara. Estaba distraída con el grupo de señoras y de repente miré para ver si el recepcionista te había atendido. Entonces fue cuando me fijé

en él. Lo más sorprendente –dijo casi llorando Cristina– es que ya sufrí un escalofrío al verle de espaldas. ¿Qué explicación puede tener?

–Que lo conozcas o que te recuerde a alguien.

–Es imposible. Si me recordara a alguien, tendría que saber a quién. Y te juro, Sara, que su cara me produjo pánico. Pero no lo relaciono con nadie, ni con ningún lugar en concreto.

–Pues yo –dijo Sara– tuve la sensación de que él te miraba de forma especial, como si intentara identificarte.

–No tengo ni idea de quién puede ser. Lo único que quiero es no volver a verle.

–Tranquilízate. Es posible que no esté alojado aquí. Además, yo estaré contigo.

Sara no quería darle importancia, pero estaba casi segura de que Cristina sí había visto más de una vez a aquel individuo, aunque los más probable es que no lo recordase.

–¿Tú crees, Sara, que puedo conocer a ese nombre y no acordarme de quién es?

–Claro que puede suceder. A veces, cuando la experiencia es desagradable, la conciencia la engulle y la borra de la memoria, como si no hubiera existido.

–Si es desagradable, mejor no acordarse –dijo Cristina.

–Si hubiese sido borrado del todo, perfecto, pero normalmente lo que sucede es que sigue viva en el subconsciente y de vez en cuando envía señales.

–No, a mí no me ha sucedido nada –sonrió Cristina.

–Seguramente –dijo Sara tranquilizándola, aunque en el fondo pensaba todo lo contrario.

–Ya estoy mucho mejor –manifestó Cristina–. Voy a mi habitación a buscar la novela de Pardo Bazán y ahora vuelvo. Dejaré la puerta abierta.

–¿Te acompaño? ¿Quieres que cenemos aquí o prefieres salir? –preguntó.

–¿Sabes qué podríamos hacer? Pedir que nos suban una cena ligera a la habitación. No me apetece ver a nadie.

–De acuerdo, me parece una buena idea. Cuando vuelvas con la novela, bajo a encargar la cena.

Sara no sabía muy bien cómo abordar al recepcionista para enterarse de la identidad de aquel individuo sin despertar sospechas. Cuando bajó al hall, todavía seguían charlando algunas de las señoras del grupo que seguramente habían decidido quedarse allí hasta que abrieran el comedor. El mostrador estaba vacío y Sara se acercó para

ver si podía localizar el casillero donde habían colocado la carta del desconocido. Había tres con sobres en su interior. Sara no tardó en identificar el que buscaba. Estaba segura de que era el colocado en el de la habitación número 15. A punto estuvo de alargar el brazo para intentar leer el nombre de la persona a quien iba dirigida la misiva, pero la voz del recepcionista le hizo desistir de la tentación:

–¿En qué puedo ayudarla, señora Medina?

Le sonó raro que la llamaran por su apellido, acostumbrada como estaba a ser la señora de Montes, pero le gustó. «A partir de ahora –se dijo–, no seré más que Sara Medina.» Con la mejor de sus sonrisas, que sabía podía derrumbar murallas, respondió:

–Quisiera que esta noche nos sirvieran la cena en la habitación. Ya sé que es un poco temprano para encargarla, pero así ya me despreocupo.

–¿Desean algo especial?

–No, lo mismo que tengan previsto en el comedor. Lo llevan a la habitación 15. Perdón, perdón, ¿he dicho 15? No, es a la 11 donde tienen que subirnos la cena. La verdad es que no acabo de acostumbrarme, porque en este hotel siempre estuve en la 15. Claro que entonces me acompañaba mi marido.

–Pero ¿está usted casada? –preguntó sorprendido el recepcionista.

–Sí.

–Al escribir haciendo la reserva, ¿hizo constar que le gustaría la habitación 15?

–No, pero no se preocupe, estamos encantadas y muy cómodas en las habitaciones que nos han dado.

–Lo cierto es que, aunque hubiera conocido sus preferencias, nada hubiéramos podido hacer, porque la habitación 15 no estaba libre. Bueno, en los últimos tres meses está ocupada casi siempre.

–¿Por los mismos clientes? –se aventuró a preguntar.

–Sí, los señores Martínez.

–¿Matrimonio?

El empleado sonrió maliciosamente y, acercándose a Sara, le dijo en tono confidencial:

–Eso es lo que dicen, pero yo sospecho que no. Esta tarde, cuando llegaron ustedes, el señor Martínez me estaba dejando una carta, que por cierto no han venido a recoger –dijo el conserje después de haber mirado el casillero.

–La verdad es que no me fijé con quién hablaba –mintió Sara.

–Pues él sí lo hizo. El señor Martínez creyó conocer a la señorita que la acompaña y me preguntó si eran ustedes asturianas.

–Deduzco que él lo es –dijo Sara.

–No tengo ni idea de dónde es el señor Martínez. ¿Ustedes son asturianas? ¿Es hija suya la señorita?

La curiosidad del empleado empezaba a molestarla, pero antes de abandonar el hall Sara le respondió de forma escueta:

–No, no es mi hija, y no somos asturianas.

–En cuanto vea al señor Martínez se lo diré. Me dejó encargado que me enterara, porque cree que si la señorita es quien él sospecha usted no puede ser su madre.

La conversación con el recepcionista afianzaba sus sospechas. Seguro que Cristina y el tal señor Martínez se conocían. El dato de que ella no era su madre reforzaba esta hipótesis. Tenía que enterarse de quién era este personaje y qué hacía en Zaragoza. Le pediría ayuda a su amiga Josefina para conseguir información.

–Sara, ¿tú crees que a la madre Sacramento le haría feliz saber que intentan hacerla santa? –preguntó Cristina muy pensativa.

–Es posible. Pero seguro que a quienes hace más felices es a sus hijas, que así ven reconocido el carisma que las alienta. Creo que eso es lo más importante: la confirmación de que van por buen camino.

–Para que la beatifiquen tiene que probarse que ha hecho dos milagros, ¿verdad?

–Sí. Y para canonizarla otros dos.

Habían cenado en la habitación. Cristina se encontraba mucho más tranquila y escribía en una especie de diario. Sara dedujo que allí era donde anotaba los datos y la información que iba adquiriendo sobre la madre Sacramento, así como los interrogantes que sobre la monja se le planteaban.

–¿Sabes, Sara? Estoy pensando en encomendarme a ella, a la madre Sacramento, para que me ayude a descubrir qué pasa en mi interior. Mi reacción ante la presencia de ese hombre, al que juraría que no conozco, me ha convencido de que algo extraño me sucede.

Sara no quiso decirle que aquel caballero había preguntado si era asturiana, señal inequívoca de que la conocía. Era mejor no precipitar situaciones que podrían resultar complicadas. «Lo que sí tengo que hacer –se dijo Sara– es seguir ganándome su confianza y consultar este asunto con un especialista cuando regresemos a Madrid.» A Cristina le dijo:

–Me parece una buena idea que se lo pidas a la madre Sacramento. Y lo más importante, Cristina, es que seas consciente de que algo te pasa y quieras solucionarlo. Confía en mí, yo te ayudaré.

Cristina cerró el cuaderno y, con gesto cansado, bostezó. Se levantó para beber un vaso de agua y, aunque no estaba sola en la

habitación, no pudo resistir la tentación de mirarse en el espejo. La joven que le devolvía la mirada parecía mayor, como si hubiesen pasado unos cuantos años. «No tengo edad –se dijopara que el cansancio me afecte de esta forma. Silverio se sentiría decepcionado si me viera con este aspecto.» Entonces, se dio cuenta de que en todo el día no se había acordado del hombre del que estaba enamorada.

Sara miró el reloj. Faltaban diez minutos para la medianoche. Hacía un buen rato que Cristina se había acostado y parecía disfrutar de un sueño reparador. Su acompasada respiración así lo manifestaba. Sara no tenía sueño, pero debería acostarse. Lo cierto es que le producía cierto reparo dormir en la misma cama que otra persona. Ésta iba a ser la primera vez en su vida. Ni una sola noche, en los siete años de casada, había compartido el lecho con su esposo. Siempre utilizaron camas individuales. Sin duda resultaba absurda su actitud, pero era como si le robaran la intimidad. No sabía si conseguiría dormir, aunque, en aquella cama enorme, lo más probable es que no se enterara de que alguien se encontraba a su lado.

No quería pensar en sus problemas. La noche era mala consejera. Se dio cuenta de que no había dejado un poco abierto el visillo de la ventana y se levantó para colocarlo. Le gustaba que la luz de la noche se colara en la habitación y deseaba que sus ojos se abrieran con la claridad del nuevo día.

Se encontraba en esa especie de duermevela en la que se está a punto de dar el salto definitivo para abandonarse en la inconsciencia del sueño cuando los gritos de Cristina la obligaron a volver a la realidad.

Cristina se había incorporado y, víctima seguramente de una desagradable pesadilla, sollozaba con la cabeza entre las manos. Sara se levantó, fue en busca de un vaso de agua, se sentó en la cama al lado de su amiga y trató de consolarla haciéndola despertar.

–Ha sido un mal sueño. No ha pasado nada, Cristina. Estamos juntas en Zaragoza. Tranquilízate, abre los ojos, todo está bien. Despierta. Mírame.

Sara se asustó al ver la expresión de su amiga. Pobrecilla, con quién estaría soñando. Temblaba de los pies a la cabeza y sollozaba con tal sentimiento que partía el corazón.

–Por favor, Cristina –dijo cariñosamente Sara–, vuelve en ti, respira hondo.

–Ese hombre, el que hemos visto en el hall del hotel, ha estado atormentándome. Lo he visto en el jardín de mi casa de Asturias. Él es una de las personas que están en esas imágenes que no dejan de

angustiarme. Nunca consigo ver quiénes son, apenas distingo sus cabezas cuando empiezan a desvanecerse sus contornos. Pero esta vez identifiqué una de ellas. La nuca era la misma del desconocido. Intenté forzar la vista y la cabeza se volvió. Entonces conseguí verla. Era su misma cara. La cara del hombre que me asustó esta tarde. Sara, ¿quién puede ser? ¿Quiere esto decir que debo conocerle? Sí, no soy consciente de ello.

Después de escuchar a Cristina, Sara quedó totalmente convencida de que el llamado señor Martínez formaba parte del problema de su amiga. Pero se limitó a decirle:

–Todo se aclarará. No te obsesiones con que le conoces, porque es posible que nunca le hayas visto en tu vida, y lo que puede haber sucedido es que ese hombre te haya recordado a alguien y la impresión que te produjo puede ser la causa de que hayas soñado con él.

–Pero ¿a quién me ha recordado? ¿Qué pasó en el jardín de mi casa? ¿Por qué no puedo recordarlo? Sara, tienes que ayudarme. Eres tú la única persona que sabe lo que me está sucediendo.

–No dudes nunca de mi apoyo. Estoy segura –dijo para tranquilizarla– de que dentro de poco nos reiremos juntas de lo que ahora te parece tan grave, aunque tienes que prometerme que consentirás en que consulte con un especialista.

8
ESPIRITUALIDAD

La Casa de las Desamparadas en Zaragoza tenía más de treinta años de vida. Siempre había estado, salvo el primer año, en el mismo edificio, el palacio de San Juan de los Panetes o de la Azuda, como también se le conocía.

No eran las adoratrices y sus chicas las únicas inquilinas del inmueble. Había otros vecinos a los que no les gustaba en absoluto la presencia de aquellas díscolas muchachas, ni la de las monjas chifladas que se dedicaban a cuidarlas. En más de una ocasión, se habían presentado graves problemas a la hora de acometer reformas en el edificio, un tanto deteriorado.

–La influencia de madre Sacramento fue decisiva para conseguir que dejaran establecer aquí el convento. Este palacio pertenecía al infante don Francisco de Paula, que era tío y suegro de la reina doña Isabel. Vosotras ya sabéis que las relaciones de nuestra fundadora con la reina eran excelentes y seguro que la soberana intervino para ayudarnos. Doña Isabel II vino a visitarnos. En las crónicas de la comunidad se cuenta que en el año de 1860 estuvo aquí con su marido, don Francisco de Asís.

–¿Cuántas veces vino la madre Sacramento a Zaragoza? –quiso saber Cristina.

–Varias. La última, el mismo año en que murió, en 1865. Me hubiese gustado tanto conocerla –dijo la hermana Pilar de la Esperanza.

La hermana Pilar de la Esperanza, Pilar Valcarreres en el mundo, era la íntima amiga de Josefina. Había ingresado en el convento al cumplir los veinticinco. Su vocación impresionó a todos sus amigos y conocidos, que no entendían cómo una joven tan guapa, a la que nada le faltaba, se decidía a dejarlo todo, encerrándose entre cuatro paredes, para atender a unas chicas que en nada se lo agradecerían y con las que pasaría, además, privaciones y necesidades.

–También a mí –dijo Sara– me hubiese gustado conocerla, pero

éramos muy pequeñas.

–Vosotras, sí –dijo Josefina refiriéndose a Cristina y a Sara–, sois mucho más jóvenes que la hermana Pilar y que yo.

–Con Cristina, tienes razón, pero no exageres respecto a mí. Sólo tengo cuatro años menos que vosotras –replicó Sara.

–Los suficientes. Pilar y yo ya teníamos ocho años en 1865 y tú aún no habías cumplido los cuatro.

Cristina las miraba con detenimiento. Las tres eran muy guapas. Cada una poseía un estilo diferente. Sara atraía por su elegancia, Josefina por su alegría y naturalidad y la hermana Pilar por su dulzura y candor. «Probablemente –pensó Cristina–, ella sea la más guapa, porque con esos hábitos tan poco favorecedores está bellísima.»

–Hermana Pilar, ¿me permite que la tutee? ¡La veo tan joven! No aparenta en absoluto los años que dicen que tiene.

–Perdona, Cristina, claro que puedes tutearme. ¿Así que quieres información sobre la madre Sacramento?

–Sí.

–¿Qué te atrae de ella?

–Me gustaría entender por qué una mujer que era vizcondesa y que vivía con todo tipo de comodidades renunció a todo para ayudar a las prostitutas.

–Ven, vamos a sentarnos ahí –dijo la hermana Pilar señalando uno de los bancos del patio.

Josefina y Sara se miraron y pensaron que tal vez lo mejor fuera dejarlas solas.

–Cristina, ¿te importa si mientras charlas con la hermana Pilar, Josefina y yo nos vamos de compras? –le preguntó Sara.

–No, en absoluto. Pero tal vez la hermana esté ocupada y no pueda dedicarme más que unos minutos.

–Como sabía que veníais, lo he organizado todo para estar sólo con vosotras –dijo sonriendo la monja–. Si queréis honrarme con vuestra presencia, os invito a comer conmigo en el colegio.

–Encantadísimas. ¿A qué hora quieres que estemos aquí?

–A la una y media estaría muy bien.

–De acuerdo.

Sara y Josefina se fueron agarradas del brazo por el pasillo. Cristina las observaba mientras se alejaban. Llevaban unos abrigos muy elegantes y favorecedores sombreros. Estaban realmente guapas. Mirando el humilde y áspero hábito de estameña de la hermana Pilar, le dijo:

–Si yo tuviera que ser monja, una de las cosas que peor llevaría sería la de prescindir de mi preciosa ropa. Hermana Pilar, ¿no echas

de menos tus vestidos de antes? ¿No te gustaría volver a llevarlos como nosotras?

–La verdad es que no. Usar siempre el mismo traje, aunque no te lo creas, tiene sus ventajas. Jamás te asaltan las dudas sobre qué ponerte –dijo riendo–, ni te preocupa si te favorece o no.

–¿No añoras alguna vez tu vida en el mundo?

–Hay ocasiones en que echo en falta a mi familia, a Josefina y a otras amigas, pero aquí soy feliz. Éste era mi camino y he acertado. Todos los días le doy gracias a Dios por haberme elegido. Pero dejemos de hablar de mí –dijo con ímpetu–. ¿No querías que te contara por qué la madre Sacramento decidió un día dedicarse a ayudar a las prostitutas?

Cristina intentaba asimilar lo dicho por la hermana Pilar. ¿Cómo se podía ser feliz renunciando a todo? Lo que más le impresionaba era que la monja parecía sincera y, sin duda, transmitía felicidad. Le gustaba mucho aquella mujer. Pensó que sería estupendo ser su amiga. Cristina, mirándola con cariño, le dijo:

–Sí, me encantaría conocer qué pudo mover a la madre Sacramento a tomar semejante decisión.

–Ella misma lo contó en más de una ocasión y lo ha dejado escrito. Fue a raíz de una visita que hizo al Hospital de San Juan de Dios. Allí, en la sala donde se atendía a las mujeres con enfermedades venéreas, conoció a una joven que había sido víctima de engaños y que, alejada de la familia, sufría en soledad un destino sin ningún tipo de esperanza. Este caso y otros similares, de los que se fue enterando en el centro hospitalario, llevaron a la madre Sacramento a tomar la decisión de dedicarse a las mujeres marginadas.

–¿No crees, hermana Pilar, que fue una decisión arriesgada?

–Pero muy necesaria. La madre siempre decía: «Esta clase de mujeres es quizá la única parte del género humano que no está mirada como prójimo. La gente buena huye de ellas».

–Qué pena –dijo Cristina.

–Sí, piensa que todavía la llamada buena sociedad cierra los ojos ante la realidad de muchas mujeres obligadas a prostituirse. Incluso las propias beneficiadas desconfían frecuentemente de la ayuda que se les intenta prestar.

–¿Con qué apoyos contó la madre Sacramento para convertir en realidad su proyecto?

–Con el de Dios. No, no pongas cara de incredulidad. Es verdad. Ella hizo todo por amor a Dios. Fue receptiva a la gracia y la manifestó en su labor con las personas desprotegidas.

–Sí –insistió Cristina–, pero ¿existieron personas que creyeron en

ella?

–Claro que hubo muchas personas que creyeron en ella. Especialmente su confesor, el padre Carasa, que siempre la animó a seguir con la idea de fundar.

Cristina desconocía casi todo sobre la historia de las órdenes religiosas femeninas dentro de la Iglesia católica, aunque tenía entendido, o alguien le había comentado, que era normativo que las religiosas observaran el precepto de clausura. Sin embargo, el padre Carasa parecía haber alentado a Micaela Desmaisières a crear una congregación distinta.

–¿Su confesor la apoyó, aunque la nueva congregación no fuera de clausura? ¿Fueron las adoratrices las primeras religiosas que realizaron apostolado fuera de los muros conventuales? –preguntó muy interesada.

–No. La innovación se debe a las hermanas de San Vicente de Paul, de origen francés. En España, las primeras en dedicarse al cuidado de los enfermos fueron las hermanas de la Caridad de Santa Ana, que precisamente tienen su casa central aquí, en Zaragoza, porque en esta ciudad nacieron de la mano de María Rafols, que, como nuestra madre, contó en su fundación con el asesoramiento de un santo sacerdote, el padre Bonal.

–O sea, que la Iglesia ha cambiado de postura respecto a las monjas –concluyó Cristina.

–¿Lo dices porque consideras que los directores espirituales las han apoyado siguiendo normas superiores?

–Pienso que sí.

–La verdad es que yo no tengo muy claro si fueron las más altas autoridades de la jerarquía eclesiástica quienes decidieron el cambio o éstas lo aceptaron como una realidad creciente, apoyada, sin duda, por muchos sacerdotes.

–¿No crees que la Iglesia puede haber cambiado su criterio sobre las religiosas, por necesidad?

–¿En qué sentido lo dices?

–Por acumulación de trabajo. Como dice Silverio, un amigo mío –matizó Cristina–, la mies es mucha y los obreros pocos.

–¿Sabes que esa cita pertenece al Evangelio de san Lucas? O sea, ¿que éste es un tema del que ya te has ocupado? ¿Quién es ese amigo tuyo que tan bien conoce los mensajes evangélicos?

A Cristina le apetecía contarle que Silverio era el hombre de su vida, que estaba enamorada de él. Sentía una afinidad tan grande con la hermana Pilar que tenía que hacer esfuerzos para no abrumarla con su historia de amor. De buena gana la haría partícipe de todas sus

preocupaciones, pero no era el momento. Por eso le dijo:

–Sabía que era palabra de Dios, pero no tenía ni idea de qué evangelista la contaba. En otro momento, hermana Pilar, te hablaré de Silverio, que es muy importante para mí, pero ahora podríamos seguir con el tema de las religiosas.

–Bueno, pues tu amigo, en cierta forma, tiene razón al hacerse eco de esas palabras de Jesús. La vida está cambiando y la Iglesia necesita abrirse, ampliar su presencia en los distintos campos del saber. Y, además, no puede olvidarse de algunos problemas que de forma acuciante están afectando a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. La Iglesia tiene que estar presente en los barrios obreros, con los pobres. De todas formas, está muy bien que se haya permitido que las religiosas puedan realizar fuera de la clausura las tareas apostólicas. ¿No te parece? –le preguntó sonriente la hermana Pilar.

–Sí, sí, claro que es importante –dijo Cristina un tanto distraída.

–No pareces muy convencida –le comentó la hermana Pilar, que no dejaba de observarla.

–Sí, lo estoy. Lo que sucede es que estaba pensando en cómo supo la madre Sacramento lo que Dios quería de ella.

–Cuentan quienes la conocieron que siempre fue muy piadosa y dada a preocuparse por los demás. Pero no fue hasta un día de 1847, durante su estancia en París, cuando percibió su primera experiencia mística. Yo he leído lo que ella escribió sobre lo sucedido ese día.

–¿Qué dice?

–Cuenta que se encontraba haciendo oración en la iglesia (la madre Sacramento se pasaba cinco y siete horas delante del sagrario) cuando sintió la presencia de Dios. Desde entonces supo muy bien cuál era su cometido en la vida.

Dios mío, pensó Cristina, siete horas haciendo oración. Ahora entendía el porqué del nombre de la fundadora, madre Sacramento. Ahora se explicaba la razón por la cual siempre que había entrado en la capilla de una casa de adoratrices se encontraba una monja rezando. Como si le adivinara el pensamiento, la hermana Pilar dijo:

–Para identificarse más con el Sacramento y tenerlo siempre presente, la madre se cambió el nombre. Ella lo explicaba así: «… me llamaba yo Esclava del Santísimo y me puse por nombre Sacramento, para que, siempre que me llamaran, lo recordara la que me lo decía, y yo que lo oía no lo olvidara jamás, ¡que eran mis amores!».

–¿Hermana Pilar, las adoratrices os turnáis para hacer guardia ante el sagrario?

–Sí. Nunca dejamos solo a Nuestro Señor. La madre siempre decía: «Amadas hijas mías, yo quisiera que, cuando tuvierais la dicha

de estar ante el Santísimo Sacramento, fueseis animadas de los sentimientos de temor, amor y respeto, procurando que todos conozcan en vosotras, que sois adoratrices, que estáis profundamente poseídas de que la majestad suprema del Hijo de Dios, a quien adoráis día y noche en el altar, está encerrado en el Sagrario. De esta forma, tributamos homenaje a Jesucristo Sacramentado».

–¿Por qué en vuestras capillas el sagrario tiene la puerta de cristal?

–Para sentir más cerca la presencia del Señor, para poder contemplar el copón durante las adoraciones.

–¿Es un privilegio que se os ha concedido especialmente a vosotras?

–Ha sido la actual general, la madre María Consolación Vilahur, quien consiguió del Papa autorización para colocar en el sagrario una puerta de cristal. La visita de la madre a Roma fue muy fructífera. Logró que el Santo Padre decidiera abrir el proceso de beatificación de la madre Sacramento y también que le permitiera fundar en la Ciudad Eterna.

Cristina estaba impresionada ante la plena vida interior de las adoratrices. Ella sabía que Dios Sacramentado estaba en el sagrario. Sin embargo, el tiempo que pasaba en la iglesia pensando en sus cosas no era consciente de la cercanía de Dios. Se prometió tenerlo presente a partir de ahora. «Dios se quedó con nosotros –se dijo Cristina– y yo no le hago ni caso.» La hermana Pilar y el resto de adoratrices habían encontrado su camino en la vida. A Cristina también le gustaría encontrar el suyo, por eso preguntó con cierto disimulo:

–¿Cómo se sabe lo que Dios quiere de cada uno? ¿Cómo podría enterarme yo de lo que espera de mí, si es que existo en su pensamiento?

–Todos, querida Cristina, existimos en su pensamiento. El hecho de que tú te plantees este interrogante evidencia tu buena disposición para seguir los designios del Señor. Ya los irás conociendo.

–¿Y si los quiero conocer precisamente para hacer todo lo contrario?

–Podría ser, pero no lo creo yo de ti.

–La verdad es que no –dijo Cristina pensativa–, aunque nunca se puede asegurar nada. Hermana Pilar, ¿cómo descubriste que tu camino era el convento?

–Cuando tenía más o menos tu edad, empecé a leer a santa Teresa. Copié muchas de sus frases. Me parecían tan maravillosas que deseaba aprenderlas de memoria. Recuerdo que el título de una de sus poesías me llamó la atención. Es aquella que dice: «Vuestra soy, para

Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?».

–Sí que es bonito –la interrumpió Cristina.

–Yo –prosiguió la hermana– no quería ser monja, pero sentía crecer en mí la atracción hacia el Dios Amor. Y necesitaba corresponderle con la entrega del mío, el que Él había puesto en mí. Esto desencadenó en mi interior una intensa lucha. Me debatía entre la aceptación gozosa de su amor o intentar olvidarme de todo. Llegó un momento en el que comprendí que si Él me pedía *eso*, yo no podía negarme, porque era la respuesta al *¿qué queréis, Señor, de mí*?

–¿Te ayudó tu familia? ¿Tus amigas?

–No. Nadie quería que me fuera al convento. Intentaron hacerme desistir. Y lo consiguieron durante un tiempo. Pero yo no era feliz, aunque se esforzaron por hacerme la vida alegre y placentera. La verdad es que cuanto más insistían, mayor era mi vacío.

–Pero ¿no te gustaban los chicos? ¿No tenías pretendientes?

–Claro que me gustaban. Y había dos que se peleaban por ser mis acompañantes.

–¿Entonces?

–Nada. Un día ya no pude seguir fingiendo ante mi familia y amigos. Fue entonces cuando decidí ingresar en la Casa de las Adoratrices. Yo ya las conocía y ellas sabían de mi posible vocación. Además, ya lo decía la madre Sacramento: «Como Dios, no ama nadie en el mundo». Y aquí me tienes –dijo la hermana Pilar sonriendo.

–Las monjas, al profesar, os convertís en esposas de Cristo. ¿Estás enamorada de Él? ¿Has tenido alguna experiencia mística?

La hermana Pilar de la Esperanza miraba a Cristina y pensaba que el tipo de preguntas que le estaba haciendo no era propio de una muchacha tan joven. Sin embargo, el atrevimiento al formularlas sí era característico de una jovencita inconsciente que no alcanzaba a comprender la importancia de los planteamientos que realizaba.

–Creo, querida Cristina, que nos hemos desviado un poco del tema que te interesa –dijo la monja amablemente.

–A mí me parece que no –respondió Cristina–. Es más, pienso que puede resultarme de gran utilidad el conocer la opinión sobre distintos aspectos de la vida espiritual de la comunidad y de alguna de las adoratrices. Además, ya dijo Jesús que por sus obras los conoceréis. Y yo es lo que pretendo; conocer más a la madre Sacramento a través de sus hijas.

«Esta chica –se dijo la hermana Pilar– tiene respuesta para todo. Es lista, pero un tanto soberbia. Qué bien le vendría un poco de humildad.»

–Y, sobre todo, hermana Pilar –seguía diciendo Cristina–, estoy

muy interesada en el amor místico.

–¿Has leído a santa Teresa?

–No.

–Pues léela y después hablamos.

–¿También a san Juan de la Cruz?

–Perfecto, así podremos compararlos.

Estaban tan abstraídas en la conversación que, a pesar de las campanadas de reloj, ninguna de las dos se había percatado de la hora. Sólo el murmullo de las colegialas que salían al patio las hizo volver a la realidad. A Cristina le sorprendió la admiración, casi diría adoración, que observaba en los ojos de algunas de las chicas cuando al pasar miraban a la hermana Pilar.

–Te quieren mucho, ¿verdad? –le preguntó Cristina.

–Yo las quiero mucho. En esto, como en casi todo, intento imitar a la madre Sacramento.

–Si de ti dependiera, hermana Pilar, ¿canonizarías a la madre Sacramento?

–Sin dudarlo ni un minuto. Fue una mujer ejemplar que luchó por erradicar la prostitución, que miró a sus semejantes con amor, con auténtico amor. Se convirtió en una madre de verdad para aquellas mujeres a las que la sociedad rechazaba después de utilizarlas y vejarlas. La madre Sacramento lo dejó todo por ellas y se preocupó de que su iniciativa tuviera continuidad.

Una de las colegialas se acercó a ellas y tímidamente le dijo a la hermana Pilar:

–Perdone hermana, ¿más tarde podré verla?

–Claro que sí, María Jesús. En el recreo de la tarde te busco. ¿Estás bien?

–Sí, sí, muy bien.

La chica, que no tendría más de dieciocho años, se fue sonriendo. La hermana Pilar, mientras la seguía con la mirada, le dijo a Cristina:

–Pobre muchacha. Gracias a Dios se está recuperando. Ha sido muy difícil infundirle las ganas de vivir y convencerla de que sólo queríamos ayudarla.

–¿Pero a esta niña tan joven la habéis recogido de la calle?

–Sí. La obligaron a prostituirse a los trece años. Cuando llegó aquí, hace poco más de un año, ya había abortado dos veces y sólo deseaba morir. Pero no cambiemos de conversación. Háblame un poco de ti, Cristina; déjame que te conozca mejor. Ven –dijo la hermana Pilar levantándose–, quiero enseñarte la capilla antes de que lleguen Sara y Josefina.

9
DE REGRESO A MADRID

La perspectiva de pasarse las próximas seis horas en el tren no le desagradaba en absoluto. Sara sabía lo que le esperaba al llegar a Madrid. En el mejor de los casos, Federico se avendría a la separación, aunque quedándose con buena parte de lo que exclusivamente le pertenecía a ella. «En nuestra legislación –se dijo Sara– no se contemplan más derechos que los de los hombres. Las mujeres sólo existen para la ley cuando se las considera culpables y es necesario castigarlas.»

La estancia en Zaragoza le había sentado muy bien. Sara volvía con fuerzas renovadas a Madrid. Su amiga Josefina seguía siendo estupenda y le contagiaba su alegría y felicidad. Tenía tres hijos preciosos y su matrimonio discurría feliz. Estaba tan enamorada de su marido como el primer día. A él le sucedía lo mismo.

Miró a Cristina, que iba leyendo la novela *Insolación*. No le había contado nada de lo descubierto sobre el llamado señor Martínez, pero Sara ya sabía que la mujer que estaba con él no era su esposa. Después de dejar a Cristina con la hermana Pilar, Josefina y ella se fueron de compras. Estaban en una tienda de confección de caballeros cuando escuchó a uno de los dependientes decir:

–Yo creo, señora Martínez, que esta tela será de su agrado.

–Es posible que así sea, pero prefiero que la vea él. Ya sabe que mi marido es muy exigente. Había quedado con él aquí. Seguro que algo le ha impedido llegar. Tal vez lo mejor será que lo dejemos para esta tarde.

Sara no pudo evitar escuchar la conversación en la que, si no hubieran pronunciado el apellido Martínez, le habría pasado inadvertida y quiso ver cómo era la tal señora Martínez. «Qué tontería –pensó–. ¿De qué me sirve mirarla? Si el marido no está con ella, nunca sabré si es la mujer de quien sospecho. Además, ¿cuántas señoras Martínez existirán?» A pesar de esta reflexión, Sara se volvió para observarla. La sorpresa fue enorme. Sara conocía a aquella

señora. Era la viuda de Muñiz, Elena Sampedro, y estaba segura de que no se había vuelto a casar. A punto estuvo de acercarse a ella y saludarla, pero la voz del dependiente la hizo desistir.

–Señora, ahí llega su marido.

Sara no podía dar crédito; el misterioso señor Martínez, el mismo que quería saber si ellas eran asturianas, acababa de llegar a la tienda para encontrarse con alguien que decía ser su mujer, pero que Sara sabía que no lo era.

Después de la pesadilla de la noche en que se encontraron con el señor Martínez en el hall del hotel, Cristina había estado tranquila y Sara no quería remover sus recuerdos. Claro que en cualquier momento se le podía presentar una crisis. Sara estaba convencida de que a Cristina le había sucedido algo en el jardín de su casa de Asturias que permanecía oculto en su subconsciente. Para ayudarla, resultaba vital conocer la auténtica identidad de aquel caballero. Era necesario saber qué papel desempeñaba en el recuerdo que atormentaba a Cristina. «En cuanto llegue a Madrid –se dijo–, una de las primeras cosas que debo hacer es visitar a mi amiga Marisa Montesinos, que es íntima de Elena Sampedro, para intentar conseguir a través de ella la identidad de Martínez, aunque posiblemente éste no sea su verdadero apellido. También puede suceder que este hombre no tenga nada que ver con Cristina y que simplemente le haya recordado a alguien, pero no, porque él también creyó conocerla. Aunque, ¿por qué no la identificó? ¿Por qué no supo quién era Cristina? Tal vez lo que hubiera sucedido entre ellos se remontase a unos cuantos años antes. Una niña cambia mucho en poco tiempo. ¿Estaría todo ello relacionado con el comportamiento que Cristina mantenía con sus padres?»

–Me gusta cómo escribe doña Emilia –exclamó Cristina mientras cerraba el libro.

–¿Lo has terminado?

–No, pero quiero reflexionar sobre algo que acabo de leer.

–¿Y qué es?

–La conversación entre Asís y el comandante Pardo, cuando hablan de la distinta moral entre hombres y mujeres.

–¿Te interesa el tema? –le preguntó Sara.

–La verdad es que nunca había pensado en ello. Tiene razón el comandante Pardo al afirmar que es una hipocresía detestable acusar a las mujeres e infamarlas, mientras que a los hombres, por el mismo comportamiento que en ellas se reprueba, se les disculpa.

–Así es –dijo Sara muy pensativa–, nos han educado de esa forma.

Para nosotras, una aventura amorosa significa una caída en el pecado, en la deshonra. Para ellos no.

–Además de la educación, no crees que una de las causas que influyen en este sentimiento de culpa es la consecuencia que para la mujer puede tener acostarse con un hombre.

–¿Te refieres a las consecuencias biológicas?

–Sí. Tal vez si fueran los hombres los que se quedasen embarazados cambiarían los sentimientos de culpabilidad de unos y otros.

–Puede ser –dijo Sara sonriendo–, aunque debo confesarte que yo me sentiría culpable si tuviera relaciones con otro hombre que no fuera mi marido.

–A mí me pasaría lo mismo –dijo pensativa Cristina–, la fidelidad es algo fundamental. Yo jamás traicionaría a mi marido. Pero tampoco le perdonaría a él si me engañara. ¿Tú crees, Sara, que pueden existir parejas que admitan la infidelidad?

–La verdad es que no lo sé. Puede que las haya. Se habla de tantas cosas…

–¿Cómo conseguirán ahogar el sentimiento de culpa, si además son católicos?

–Existen muchas formas de acallar la conciencia.

Sara observaba algo extraño en Cristina. No sabría muy bien decir qué, tal vez la forma un tanto mecánica en que hablaba. Era como si estuviera ausente.

–¿Quién experimenta un mayor sentimiento de culpa ante el adulterio, el hombre o la mujer? –preguntó Cristina.

–Deberíamos sentir lo mismo. Pero incluso las leyes contribuyen a que no sea así.

–¿Tú crees, Sara, que el confesor reacciona lo mismo ante el pecado de adulterio de un hombre que de una mujer?

–En principio, sí. El confesor tiene por misión perdonar los pecados y lo mismo se los perdona a una mujer que a un hombre. Pero si te soy sincera creo que los confesores nos exigen más a nosotras. Y lo normal es que nos pidan que seamos comprensivas con los maridos para así poder mantener la paz del hogar.

–Y eso, ¿te parece bien?

–No, pero todos lo aceptamos. Seguro que tiene que ser así.

–No estoy yo tan convencida –dijo Cristina como hablando consigo misma. Y se quedó absorta, con la mirada un tanto perdida.

Cristina había dejado de leer no sólo para comentar aquel pasaje de la novela con Sara, sino para pensar en Silverio, pero se sentía un poco confusa. ¿Le gustaría que se comportara con ella como Diego

Pacheco lo hace con Asís, la protagonista de la novela? Decididamente, no. Silverio era distinto. Su cariño tiene que ser más espiritual y sublime que el de la mayoría de los hombres. «Por eso me he enamorado de él», se dijo. ¿Se habría acordado de ella en todos estos días? Estaba segura de no resultarle indiferente, aunque es consciente de que tal vez esta percepción no responda a la realidad de los íntimos sentimientos de su amigo y sea simplemente una reacción al observar cómo se comporta ella ante él. Cristina sabe que Silverio sí es consciente de la atracción que ejerce sobre ella, de ahí que no se muestre indiferente. Pero ella no quiere hacerse ilusiones.

Cristina cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Cualquiera que la viera pensaría que estaba a punto de quedarse dormida, pero lo que pretendía era recrearse en las distintas situaciones vividas con Silverio. Recordar su cara, sus rasgos, todos sus gestos. Pero curiosamente la imagen que se presentaba ante ella era la de la hermana Pilar de la Esperanza arrodillada ante el sagrario. Nunca olvidaría la expresión de paz y recogimiento de su cara. Cristina había acudido al colegio para llevarle un regalo, pero, al verla tan concentrada, no se atrevió a molestarla y decidió marcharse. Cuando estaba a punto de salir de la capilla oyó la voz de la hermana Pilar que le decía:

–No te vayas, por favor. Espera un minuto que ya estoy contigo.

–Perdóname, no quería interrumpirte. Debes de creer que soy tonta al verme ahora en el colegio, cuando nos hemos despedido ayer, pero es que al ir a recoger unos encargos con Sara, he visto este reloj y pensé que te gustaría –dijo atropelladamente Cristina.

–Es precioso. Muchas gracias. Cada vez que mire la hora me acordaré de ti. No puedo corresponderte, pero ya te enviaré unos libritos que me gustaría leyeras.

Cristina prometió escribirle.

–Lo haré, hermana, porque, aunque soy muy perezosa, en este caso estoy segura de que me venceré.

Cristina no se lo había comentado a Sara, pero pensaba que la hermana Pilar bien podría ser su guía espiritual. Seguiría confesándose como siempre con el sacerdote, pero su alma se la abriría a Dios a través de la hermana Pilar.

10
VENGANZA

Rosa respiró por fin tranquila. Menuda mañanita de nervios. Gracias a Dios todo estaba arreglado. Había resultado muy difícil convencer a las dos mujeres, sobre todo a una de ellas. Pero Rosa no dudó en utilizar métodos enormemente persuasivos y que casi siempre daban buenos resultados. Y allí estaban sentadas a su lado. Las dos mujeres habían vivido en la Casa de las Desamparadas. Ambas la ayudarían a demostrar, dentro de unos minutos, la verdadera personalidad de la madre Sacramento. Rosa, siempre tan seria, a duras penas conseguía disimular la sonrisa. Se sentía tan satisfecha por haber conseguido convencer a sus dos testigos y tan segura de que sus testimonios impresionarían a todos, que no podía por menos de pensar en lo mucho que disfrutaría en la tertulia. «Esta tarde –se dijo–, podré vengarme de la vizcondesa de Jorbalán, de la admirada madre Sacramento.»

Trinidad acudió a abrir la puerta. Doña Sara, doña Luisa y don Silverio la saludaron cariñosamente. «Qué distintas somos las personas –se dijo–, seguro que todos los amigos de la señora han recibido la misma educación, sin embargo se comportan de una forma tan distinta…»

–Trinidad, ¿somos los primeros o ya ha llegado alguien? –preguntó Sara.

–Ya está en el salón doña Rosa con dos personas.

–¿Ya habéis instalado el belén?

–Sí, doña Sara, y ha quedado precioso –dijo Trinidad.

–Es verdad –añadió Luisa–, este año María lo ha enriquecido con unas cuantas figuritas nuevas.

–Pasad vosotros –pidió Sara–, yo me acerco a verlo un minuto.

A Sara le entusiasmaban los belenes. Ella tenía uno precioso que este año había seguido empaquetado en su lugar habitual, como si aún no hubieran llegado las fechas en que abandonaba su encierro. Sara esperaba animarse y reunir fuerzas para intentar vivir la Navidad

igual que siempre lo hizo, pero dudaba poder conseguirlo. Federico ya no estaba con ella. La conversación mantenida con el jefe de su marido había dado los resultados esperados. A su regreso de Zaragoza, Sara se encontró con un Federico dispuesto a irse de forma amigable si le daba la mitad de lo que poseían. Pero no era la separación de su marido la causa de su tristeza, sino la reacción de sus conocidos y de la mayoría de los amigos. Salvo contadas excepciones, todos la culpaban a ella de la ruptura. Muchas familias habían dejado de invitarla y se sentía observada en todas partes. Sara sabía a lo que se exponía, aunque se equivocaba al creer que estaba preparada para afrontarlo. Aquella misma tarde, Federico había pasado a saludarla. Lo encontró un tanto desmejorado.

–No tienes ni idea de lo mucho que mi estómago echa de menos a Eulalia. Podías prestármela una temporada para que enseñara cocina a la criada que me atiende, que es un auténtico desastre.

–¿No piensas llevar a la madre de tu hijo a vivir contigo?

–¿Estás loca? ¿Quieres que me suicide social y profesionalmente? ¿Cómo voy a convertir a mi amante en señora de la casa?

–Pero, Federico –exclamó Sara–, todo el mundo lo sabe.

–Sí, pero no es lo mismo tener una amante en la oscuridad que exhibirla a la luz del día. Y yo eso nunca lo haré. Los amantes no son más que eso, amantes. Yo sólo tengo una esposa, que eres tú.

Sara, de buena gana, hubiera gritado ante semejante hipocresía, que no le causaba sorpresa, porque ella conocía de antemano cuál iba a ser el comportamiento de Federico. Estaba segura de que el nacimiento del niño no influiría en la vida de su marido, que probablemente se daría por satisfecho con pasarle una ayuda económica a la madre. Sin embargo, y a pesar de ser consciente de todo ello, Sara no dudó en utilizarlo como argumento para alejar a Federico de su lado.

El niño o la niña, calculó Sara, nacería probablemente dentro de dos meses. Mirando la figurita del Niño Jesús, Sara pensó que siempre un nacimiento es motivo de alegría. La llegada de un nuevo ser entraña novedad en las vidas de quienes lo esperan. «En la mía –se dijo Sara–, la futura realidad de ese pequeño ya se ha dejado sentir.» Lo que jamás se podría imaginar en aquellos momentos era la influencia que un día llegaría a tener.

–Sara, me dicen que te avise. Vamos a comenzar la reunión.

Silverio se acercaba a ella. Había querido ir él a buscarla para poder decirle:

–Estoy un poco nervioso. No sé qué va a pasar esta tarde. Rosa tiene dos testigos y tengo la sensación de que escucharemos auténticas

barbaridades. ¿Qué podrá hacer la pobre Cristina?

–Tranquilízate. Cristina ha trabajado mucho las últimas semanas y no es tonta. Además, todos podemos intervenir, tanto para preguntar como para presentar acciones o hablar de determinados comportamientos de la madre Sacramento que nos parezcan interesantes.

–No, si ya sé que no pasa nada. Pero tal vez no deberíamos dar la oportunidad a determinadas personas para que vinieran a hablarnos de la madre Sacramento. No me fío en absoluto de Rosa.

Desde la puerta escucharon a Rosa que decía:

–Ventura y Jesusa han vivido varios años en la Casa de las Desamparadas y conocieron muy bien a la madre Sacramento. Quiero agradecerles a las dos su presencia, sobre todo a Ventura, que a punto estuvo de no poder venir.

Eran dos mujeres de unos cincuenta años. Con aspecto serio y recatado. Una de ellas, Ventura, parecía un poco nerviosa. Sara miró hacia donde se encontraba Cristina y vio que a su lado estaba Trinidad, la criada de la casa. Se sorprendió de no ver a nadie más con ella. «Es posible –pensó– que le haya fallado Mercedes, aunque podía haber traído a otra de las antiguas colegialas de las adoratrices, ya que contaba con la colaboración de muchas de ellas.»

–Han pasado casi dos meses desde la última tertulia. En este tiempo –dijo Rosa–, el proceso de información para la beatificación ha seguido adelante. Es más, se han abierto otros en las ciudades donde la vizcondesa de Jorbalán creó nuevas casas. A mí, como es lógico, no me han requerido para declarar, porque sólo quieren testimonios positivos y saben que yo no estoy dispuesta a mentir. No es verdad, como se nos dice, que dejara todo por ayudar a las mujeres descarriadas. ¡Figuraos qué forma de renunciar a todo que la madre Sacramento se llevó al convento a su criada! Una señora como ella parece ser que no podía prescindir de una sirvienta. Ventura y Jesusa lo saben bien.

Las dos mujeres se miraron para ver cuál de las dos opinaba primero. Fue Jesusa la que, con voz un tanto desabrida, dijo:

–Yo conocí a la Isabel, la doncella de la superiora. Todo el día tras ella para ver si necesitaba algo. Menuda señoritinga, la monja. Y después se las daba de humilde. Ya, ya. Podía haber dejado marchar a la criada cuando ella se quedó en el convento. Pero ni hablar. ¿Quién la iba a cuidar entonces?

Cristina, muy sonriente, dijo dirigiéndose a Jesusa:

–Usted no tiene por qué saberlo, pero no hace mucho era costumbre bastante generalizada que las monjas que tenían criadas en

el mundo las acompañaran también en la clausura del convento. Tengo entendido que en cuanto la madre Sacramento supo que ésta ya no era una medida habitual, dejó de tener sirvienta. Además, debemos tener en cuenta que cuando Micaela Desmaisières decidió entrar en el convento, su criada no tenía adónde ir. Así que cabe la posibilidad de que la madre Sacramento permitiese la presencia de su doncella en la Casa de las Desamparadas hasta que ésta encontrase un lugar para vivir.

Trinidad escuchaba muy seria la exposición que estaba haciendo la señorita Cristina y miraba con gesto serio a Jesusa, a quien conocía muy bien, pues habían pasado varios años juntas en la casa. Era una chica poco fiable. Muy mentirosa y amiga de liar las cosas. A Ventura no la recordaba. Era bastante más joven. Seguro que había ingresado en la casa cuando ella ya no estaba.

–Si me permiten –intervino Trinidad–, yo quiero decir que la madre Sacramento sí dejó todo por nosotras. Empeñó cuanto tenía para intentar que el colegio pudiera subsistir. Nos quería mucho. Y tú, Jesusa, lo sabes muy bien. A ti te dio muestras de su cariño.

–Quería mucho más a otras. La madre se dejaba llevar de las que le seguían la corriente. Las que sabían disimular, las pelotilleras, eran quienes conseguían su favor –respondió acalorada Jesusa.

–Estás mintiendo –dijo Trinidad–. La madre siempre trató de forma especial a aquellas de nosotras que más lo necesitábamos. ¿Acaso no te acuerdas de Paz?

–Sí, claro que me acuerdo. Precisamente a Paz le permitió un comportamiento que jamás toleró en ninguna de nosotras.

–¿Os estáis refiriendo a la chica que impuso tres condiciones a la madre Sacramento para quedarse en el colegio? –quiso saber Cristina.

–Sí –respondieron al unísono Trinidad y Jesusa.

–Pues yo creo que lo que demuestra ese comportamiento de la madre –manifestó Cristina– es que trataba de dar a cada una aquello que necesitaba.

Qué bien lo estaba haciendo Cristina, pensó Sara, ella era quien la había propuesto como defensora y estaba segura de que no la defraudaría. Además de estar interesada en las condiciones impuestas por la colegiala, pensó que si se las preguntaba a Cristina, le daría una oportunidad para lucirse.

–Cristina –dijo Sara–, ¿por qué no nos hablas de las tres condiciones que exigió la colegiala Paz?

–Pidió no vestir ninguno de los trajes de la casa, no besar el suelo si faltaba en algo o se comportaba mal y disponer de tiempo libre para poder hacer una camisa de hombre cada mes que permaneciera en el

colegio.

Antes de que Cristina pudiera terminar, intervino Rosa, que no podía disimular su mal humor:

–No me digan ustedes que no resulta ridículo el castigo de besar el suelo. Risa me producen esos métodos educativos.

–Sí, seguro que para usted, Rosa –matizó Cristina–, serían más eficaces los azotes o la privación de comida, pero la madre Sacramento creía que era preferible humillar el corazón que mortificar el cuerpo. Claro que tal vez usted sea incapaz de reconocer el valor y el significado de la palabra perdón.

–No confundamos las cosas. Ella lo que quería era humillarnos a todas para sentirse superior.

–Querida Rosa, usted misma se descalifica con sus palabras y, además, demuestra que no tiene ni idea de la personalidad de la madre –le recordó Cristina–. ¿Sabe qué hizo después de aceptar las condiciones de la colegiala Paz? Besaba el suelo por ella cada vez que la chica cometía una falta. Y con tacto e inteligencia le hizo ver lo equivocado de su postura. Al cabo de un tiempo, Paz pidió ser tratada como las demás.

–Lo que no se ha dicho es que Paz mantenía relaciones con un título de la nobleza y por eso la madre se tomó tantas molestias –dijo Jesusa.

–Es verdad –dijo Trinidad– que Paz, cuando llegó al colegio, estaba convaleciente de un parto, que había tenido una niña, que ésta murió al poco de nacer y que mantenía relaciones con un hombre casado, pero lo que no es cierto es que la madre la ayudase por la identidad del hombre al que estaba unida. ¿Qué dirías entonces de los casos de Trinidad, Filomena y tantas otras?

–Por mucho que queráis defenderla, nunca podréis convencernos de que a la madre Sacramento no le gustaba relacionarse con gente poderosa –aseguró Rosa.

–Hay algo que no se puede obviar, querida Rosa –la que hacía uso de la palabra en aquel momento era María, la anfitriona–, y es que Micaela Desmaisières, madre Sacramento, nació en el seno de una familia perteneciente a un círculo social rico, de personas influyentes. Y ella se movía con bastante soltura en este ambiente.

–Ya sé que ahora me diréis –apuntó Rosa– que, aprovechando la oportunidad que le brindaba tener amigos tan importantes, consiguió ayudas y favores para su colegio y que por eso seguía cultivando el trato de estos personajes, pero debo deciros que no fue así. La mayoría no le hacían ni caso. Incluso su propia cuñada, una vez viuda, decidió dejarla sin la herencia que le correspondía.

Rosa se vio interrumpida por la llegada de una mujer y de una jovencita. Cristina las saludó y a continuación las presentó a los reunidos.

–Son Mercedes y su hija Inés. Mercedes también conoció a la madre Sacramento y vivió en la Casa de las Desamparadas.

Saludaron con una leve inclinación de cabeza y se fueron a sentar donde les indicaron. Todos pudieron ver la reacción de Ventura y de Mercedes, que se miraron con cariño y sorpresa.

–Rosa –llamó Cristina–, si quiere añadir algo a lo que estaba diciendo…

–No.

–Pues a mí sí me gustaría reflexionar sobre su comentario. Según usted, sólo se puede justificar la relación de la madre Sacramento con gente importante si obtenía algo a cambio. ¿No tiene usted amigos en su ambiente? o ¿únicamente concede este calificativo a aquellos de quienes puede conseguir algún beneficio? Además, no es cierto que todos los amigos notables de Micaela Desmaisières le dieran la espalda. Por otra parte, es muy difícil conseguir la unanimidad total. No tenemos más que fijarnos en nosotros mismos y en cuál es nuestra postura sobre la realidad de la madre Sacramento. En cuanto a lo de su cuñada, es verdad. Resulta vergonzoso que no le hayan dado la totalidad de la herencia que le correspondía. ¿Y saben por qué se lo negaron? Porque la madre lo dejaba todo para el colegio.

–Sin embargo, yo creo que su cuñada hizo lo correcto –añadió Rosa–. Yo haría lo mismo. Nunca debieron autorizarla a crear el convento, y menos a fundar una congregación religiosa. La Casa de las Desamparadas fue el capricho de una señora mimada que al ver que se iba a quedar sola en la vida, porque no tenía ningún hombre que la quisiera, decidió seguir siendo protagonista y rodearse de gente inferior para así destacar más.

Silverio había permanecido silencioso hasta entonces. No conocía nada más que cuatro datos generales sobre Micaela Desmaisières, pero lo que acababa de decir Rosa era inaceptable. Nunca se había planteado el porqué de aquella animadversión. El odio y el rencor quedaban palpables en las palabras de Rosa. Antes de que Cristina u otra persona interviniese lo hizo él.

–Creo, Rosa, que debería usted disculparse por lo que acaba de decir. Esas afirmaciones no deben hacerse si no se presentan pruebas que las avalen. Y, francamente, no creo que las tenga. Lo que ha hecho usted, Rosa, es darnos su versión. Una versión nacida sabe Dios de qué tipo de odio hacia la madre Sacramento.

–No estamos aquí para hablar de mí, querido Silverio. Pero

¿quiere usted pruebas que refuercen mis opiniones? Ahora se las daremos –dijo mirando a Ventura.

Ventura se removió nerviosa en su asiento sin decidirse a hablar. Ante su pasividad, Rosa le dijo:

–Cuéntenos su versión, Ventura. Usted fue testigo de algunas conversaciones.

–Bueno –dijo tímidamente la mujer–, yo escuché a la madre que comentaba con una señora muy pudiente, que la visitaba de vez en cuando, que una mujer no debía quedarse sola en el mundo y que como ella no había tenido suerte en sus noviazgos, lo mejor era vivir en una casa con otras mujeres y tratar de hacer el bien.

–Esto viene a reforzar mi teoría de que Micaela Desmaisières fue monja porque no pudo ser casada –dijo Rosa muy ufana.

–¡Qué barbaridad! –exclamó Cristina–. La madre Sacramento tuvo un novio, Francisco Javier Fernández de Henestrosa, marqués de Villadarias. Parece ser que el noviazgo se rompió por causas económicas. Pero no tuvo más novios. Aunque sí muchos pretendientes a los que rechazó. Madre Sacramento, en aquellos momentos, y como ella decía: «Ya no quería más que a Dios».

–No quería más que a Dios… ya, ya. Dejémonos de bobadas. Ésa es la excusa perfecta –dijo Rosa sarcástica.

–Perdonen –intervino Mercedes–. Si me autorizan, me gustaría decir algo.

–Por supuesto, hable usted –le respondió Cristina.

–Yo no tengo formación y algunas de las cosas que ustedes dicen no las entiendo muy bien. Mi mollera es dura, pero cuando se conoce a las personas y se ve cómo actúan no se necesita mucha preparación para darse una idea de cómo son. Madre Sacramento era buena. Gracias a ella y a sus hijas, las adoratrices, hoy estoy aquí. Tengo esta hija preciosa y un marido que me quiso y me quiere a pesar de mi pasado. Si no fuera por ellas, probablemente estaría muerta o ingresada en algún hospital. Yo no soy nadie para saber si amaba a Dios o no, pero ¿por qué nos ayudaba a las mujeres que, como yo, nos buscábamos la vida en la calle?, ¿porque se aburría, como dicen ustedes? Bendito aburrimiento si hace personas tan buenas.

Rosa se estaba cansando. Aquella mujer, que parecía una mosquita muerta, la estaba poniendo nerviosa y comentó en voz alta para que todos la oyeran:

–Menuda perorata nos está soltando.

–Me parece, Rosa –puntualizó Cristina–, que nadie ha molestado a sus testigos. Déjela terminar.

–No, ustedes perdonen, yo sólo quería –dijo Mercedes– dirigirme

a Ventura para decirle lo mucho que me alegro de verla. ¿Saben? Vivimos juntas en la Casa de las Desamparadas más de tres años. Te consta, Ventura, lo mucho que te quiero y que nunca haría nada que pudiera perjudicarte, pero ¿por qué mientes de esa forma? Yo sé que tú jamás escuchaste una conversación de la madre como la que nos has contado hace un momento. No entiendo qué ha podido pasarte para que digas semejantes mentiras.

La cara de Ventura se puso totalmente roja. Todos se dieron cuenta de lo mal que lo estaba pasando y con un hilo de voz apenas audible contestó:

–Yo también estoy contenta de verte, Mercedes. Y debo decirte que, aunque hayamos sido muy amigas, tú no sabes todo lo que yo hice en el colegio, como tampoco yo sé lo que hiciste tú. Lo que he dicho es verdad. Yo oí a la madre que se lo decía a una amiga.

–No lo creo –afirmó Mercedes–. Y, aun en el supuesto de que fuera cierto, no deberías prestarte a venir aquí a hablar en contra de la madre. Tú y yo sabemos que, probablemente, si hoy vivimos es gracias a ella, que salvó nuestras vidas a riesgo de la suya.

Se produjo un pequeño revuelo entre los reunidos, que aprovechó Rosa para decir:

–Bueno, sigamos con otros aspectos.

–Un momento, por favor –pidió Cristina–. Creo que tenemos derecho a saber qué fue lo que pasó. Cuéntanoslo, Mercedes.

–El mal del cólera se extendía en Madrid. Había muchas personas afectadas, algunas en el colegio. A madre Sacramento le mandaron desde el extranjero una medicina o preparado contra la enfermedad y ella hizo que lo tomáramos nosotras. Gracias al medicamento ninguna de las chicas nos contagiamos. En aquellos días, la madre tampoco, aunque al cabo de un tiempo se murió. Y fue del cólera. Muchas veces he pensado –dijo Mercedes con voz emocionada– que si la madre Sacramento hubiese tomado aquel fármaco tal vez no se hubiera muerto.

–¿Crees que yo no lo he pensado? –dijo llorando Ventura–. La vida es muy penosa, Mercedes, y yo no soy tan fuerte como tú, ni he tenido la suerte de dar con un hombre tan bueno como el tuyo. Paso necesidades y cuando esta señora me ofreció dinero para decir que había escuchado una conversación de la madre, pensé que no haría ningún mal a nadie y sí conseguiría un bien para mí. Pero no podría vivir con el remordimiento después de escucharte. Todo lo que he dicho de la madre Sacramento es mentira y pido perdón –dijo entre sollozos, y añadió–: Mañana le devuelvo el dinero, doña Rosa.

–¿Puedo? –preguntó Mercedes a Cristina.

–Claro.

Mercedes se acercó a Ventura, que, desconsolada, lloraba con el rostro oculto entre las manos. Las dos se fundieron en un abrazo.

El silencio era total. Rosa se había quedado como petrificada. Nadie atinaba a decir nada, a excepción de Cristina, quien, con la vehemencia propia de la juventud, empezó a atacar sin piedad a Rosa.

María intervino en un intento de suavizar y calmar el ambiente, aunque dio tiempo a su sobrina para que le dijera unas cuantas verdades a Rosa, que, a buen seguro, no se inmutaría. María conocía muy bien a su contertulia y estaba segura de que nada le haría reaccionar, porque era incapaz de dejar de odiar. Rosa era de esas personas que no consiguen olvidar los agravios, aunque lo cierto era que la madre Sacramento no había hecho ningún tipo de ofensa a Rosa, simplemente le negó la entrada en la comunidad de las adoratrices. Pero aquello fue suficiente. Desde entonces, Rosa se convirtió en su enemiga. No pudo aceptar que la madre le dijera que su vocación no era la de servir a las jóvenes.

–«Tal vez en otra comunidad encuentre usted respuesta a sus inquietudes. Aquí, entre nosotras, no creo que fuera feliz.» Con estas palabras –dijo Rosa– la madre Sacramento me dio con la puerta en las narices. No quería que yo le hiciera sombra. Ella es la responsable ante Dios de haber frustrado mi vocación. Ha salvado la vida de muchas jóvenes, pero a mí me ha condenado para siempre. Podéis decir lo que queráis sobre mi comportamiento, pero mil veces lo volvería a hacer.

Antonia, que no había dicho nada en toda la tarde, miraba con pena a su amiga y, acercándose, le pidió que se tranquilizara. Luisa e Ignacio, cogidos de la mano, se miraban un tanto sobrecogidos.

–Yo creo que se ha trastornado –dijo Luisa hablándole casi al oído a Ignacio.

–No me parece –respondió éste–. Rosa sabe muy bien lo que hace y puede resultar peligrosa.

María, acompañada de su sirvienta, Trinidad, se despedía de las tres antiguas alumnas de las desamparadas. Intentaría reanudar la tertulia y que ésta discurriera sin ningún tipo de incidentes. En el salón, Rosa seguía hablando:

–Podría deciros que no es verdad que yo le haya dado dinero y que todo ha sido una jugada de alguien que me quiere mal. Sería mi palabra contra la de una cualquiera, pero no lo hago. Y no lo hago porque sé que es necesario incentivar a estas desgraciadas para que digan la verdad sobre la madre, ya que no está bien visto hablar mal de ella.

Por primera vez en toda la tarde, Cristina miraba con pena a Rosa. Jamás habría podido imaginar que fuera capaz de comportarse de aquella forma. ¡Y pensar que todo se había desmontado de forma fortuita! La casualidad había querido que Ventura y Mercedes, compañeras y amigas, coincidieran aquella tarde. Cristina había estado a punto de prescindir de Mercedes, porque se inclinaba más por otra de las antiguas colegialas, pero la insistencia de Inés, la joven que ayudaba a la hermana Teresa de Paz en la biblioteca, la movió a hacerle caso.

–Mi madre puede contarte muchas cosas. Vivió varios años en la casa en tiempos de la fundadora. Cuando le comenté lo que pretendías, me dijo que estaba deseando poder hace algo por la madre. Por favor, llévala a ella.

Mercedes había sido una más de las muchas chicas que acogieron las adoratrices en su colegio. Abocada a una vida desgraciada, ofreciendo su cuerpo en la calle, sometida a todo tipo de vejaciones, supo reaccionar y agarrarse a la mano que las monjas le tendían. Después de su estancia en la casa se fue a servir en el seno de una buena familia. Pasado un tiempo, conoció a José y se enamoraron. Antes de casarse, Mercedes quiso que su novio conociera todo su pasado y un día lo llevó a ver a las adoratrices.

«Si no hubiera sido por la casualidad –seguía pensando Cristina–, no habríamos descubierto el juego de Rosa.» Cristina conocía la historia de Mercedes; Inés se la había contado. La muchacha se sentía muy orgullosa de que sus padres hubieran decidido no ocultarle nada del pasado.

Sin duda, ésa era una buena medida educativa. «De esa forma –se dijo Cristina–, Inés era consciente de lo complicada que puede resultar la existencia y también de la suerte que tenía al contar con unos padres que la querían y velaban para alejarla de las tentaciones.» ¿La querían a ella los suyos de igual forma? Con gesto crispado, Cristina pasó su mano por la frente en un intento evidente de alejar de sí aquellos pensamientos.

Cualquiera que la observara se daría cuenta del cambio de expresión en su cara, que de repente se había dulcificado. La joven recordaba emocionada el comportamiento de la madre Sacramento con el fármaco para prevenir la enfermedad. Sí que quería a las colegialas. ¿Existía mayor prueba de amor que dar la vida por los demás? «Tal vez –se decía–, esa postura podría ser adoptada por los padres respecto a los hijos. No sé si los hijos con los padres…» En aquel momento, no pudo evitar volver a pensar en sus padres. ¿Qué

haría ella con ellos? ¿Les daría el antídoto? Al recordar a sus progenitores, Cristina volvió a sentir aquella horrible sensación… Disimuló como pudo, y por primera vez supo que la figura de sus padres formaba parte de las imágenes que la atormentaban.

11
SILVERIO

Las tertulias en casa de María Corominas de Bustamante se siguieron celebrando con toda normalidad en el mes de diciembre. En la última, previa a la Navidad, y como era habitual, se habían intercambiado regalos. «Menos mal –se dijo Maríaque el obsequio de Rosa me tocó a mí. Es posible que de haberle correspondido a alguno de los jóvenes lo hubiera devuelto.» Tal era el sentimiento de rechazo que despertaba entre ellos.

Rosa seguía asistiendo a las reuniones como si nada hubiera sucedido. Pero a diferencia de las tres personas que la conocían a fondo y que ya sabían de la raíz de su odio, María, Antonia y Nicasio, al resto de los contertulios les había impresionado la personalidad de aquella mujer. No se había vuelto a hablar del proceso de la madre Sacramento, pero lo sucedido aquella tarde estaba en la mente de la mayoría.

María, que abría las puertas de su casa a todo tipo de personas, se sentía en cierta forma complacida por el hecho de que sus amigos hubieran podido comprobar la realidad de Rosa, que ella conocía tan bien. Pese a ello, María había propuesto la celebración de aquella especie de debate y tenía que haberse imaginado lo que iba a suceder. Por eso sentía cierto remordimiento, aunque afortunadamente todo hubiera terminado bien. Pero ¿y si no hubiera sucedido así? ¿Cuál sería su responsabilidad de no haberse aclarado la mentira de Rosa? Muchos de los asistentes sólo tenían una idea muy vaga de quién era madre Sacramento y podrían haberse visto influidos por una imagen negativa de no haberse descubierto el engaño. «Tal vez –se dijo María– he pecado de frivolidad y ligereza al permitirlo», aunque, si era sincera, tenía que reconocer que, aunque no fuese más que por ver el cambio experimentado por su sobrina Cristina, el debate había merecido la pena.

Desde aquella tarde Cristina parecía otra. María estaba contenta de verla menos tensa y mucho más amable con todos. Dentro de unos

días llegarían sus padres a pasar las Navidades en Madrid y sería estupendo que la encontraran en aquel estado de ánimo.

Cristina se sentía bien. Casi sin darse cuenta se iba operando en ella un cambio del que no era consciente. Ahora sabía lo que significaba el perdón. Ya no era partidaria de condenar a nadie sin antes darle la oportunidad de explicarse. Era consciente de que existían personas buenas que sólo vivían para hacer felices a los demás. También sabía que algunos desaprensivos, incluso malhechores, podían arrepentirse y conseguir rehabilitarse. Y, sobre todo, empezaba a entender que las personas más imperfectas eran aquellas que necesitaban un mayor cariño y comprensión.

Cristina había descubierto, leyendo escritos de madre Sacramento, una frase que quería convertir en suya haciéndola realidad: «La paz del alma es un tesoro que no tiene precio». A pesar de su corta edad, Cristina ansiaba la paz para su alma. Y era consciente de que para ello tendría que llegar al fondo de su subconsciente. En aquella empresa contaba con Sara, una mujer a la que admiraba y quería. Ella le ayudaría a crecer, a encontrarse a sí misma.

–No vamos a precipitarnos, ya verás como poco a poco irás recordando. No te imaginas, Cristina, lo que has avanzado. Antes no aceptabas tener un problema y ahora no sólo lo asumes, sino que estás dispuesta a desenmascararlo.

–Es que soy consciente del daño que me hace. No es sólo la angustia y el miedo que me producen las imágenes de mi jardín, que apenas alcanzo a ver, sino cómo repercuten en mí. Estoy segura –dijo Cristina– de que ha influido en mi personalidad y de forma especial en mi relación con los demás.

Sara se sentía muy orgullosa de su joven amiga. Estaba segura de que lo conseguiría, aunque no sabía muy bien a qué era debido el cambio operado en ella. Tal vez el contacto con las adoratrices y su fundadora le había hecho bien. «También, el conocer de cerca y entrar en contacto –se dijo Sara– con personas que han sufrido todo tipo de calamidades haya influido en ella para que mire de frente su problema con valentía. O tal vez sea el amor a Silverio lo que le proporcione estabilidad.» Sara se dio cuenta entonces de que hacía varios días que Cristina no le hablaba de Silverio. Las últimas veces que había coincido con ellos observó que Silverio estaba más pendiente de Cristina que ésta de él. Aquel amor era un asunto que a Sara no le gustaba demasiado, «aunque es posible –se dijo– que esté equivocada».

También Silverio era consciente del cambio experimentado por Cristina. No había vuelto a hablar con ella de su posible colaboración en uno de los grupos católicos dedicados a los obreros. Probablemente a ella ya no le interesaba, porque últimamente visitaba diariamente la Casa de las Desamparadas, donde sospechaba que prestaba algún tipo de colaboración. «Quién iba a pensar –se dijo Silverio– que la realidad de la vida y obra de la madre Sacramento iban a influir en Cristina de esta forma.»

Aquella tarde Silverio decidió quedarse en casa. Quería terminar el libro que estaba leyendo, aunque en el fondo era una excusa. Lo que de verdad deseaba era ver a Cristina. Sabía que había quedado con Luisa en pasar a recogerla para, juntas, salir a comprar regalos de Navidad. Silverio tenía la esperanza de que le invitaran a acompañarlas. Estaba pendiente de la puerta con la intención de adelantarse a la sirvienta cuando Cristina llamara.

Silverio sonrió al analizar su situación. Se estaba comportando como un adolescente enamorado. Por primera vez en su vida contemplaba la posibilidad lejana, muy lejana pero posibilidad, de convertirse en un hombre casado. Las mujeres habían ocupado un lugar secundario en su existencia no porque no le gustaran, sino porque siempre había pensado en seguir por otros caminos de mayor libertad. Era una persona muy responsable y consecuente con su personalidad. Le gustaba viajar y pensaba dedicar buena parte de su tiempo a conocer otros países, en los que permanecería según fueran sus atractivos. Deseaba conocer otras culturas, vivir en otros ambientes. Disponía de dinero suficiente para permitirse este tipo de vida, que, para él, no era compatible con el matrimonio. No lo había hecho hasta entonces por no dejar sola a su hermana Luisa, pero ahora que ella se iba a casar con Ignacio y ya no le necesitaba, él podría iniciar sus sueños. Y, sin embargo, cuando estaba a punto de llegar el gran momento de convertir sus ilusiones en realidad, Silverio empezaba a replantearse si de verdad era aquello lo que quería. La idea de dejar de ver a Cristina le parecía insoportable. ¿Estaba de verdad enamorado de ella? Éste era el interrogante al que incesantemente intentaba dar respuesta. Y una y mil veces se respondía lo mismo: «Son fantasías, Silverio, te estás haciendo mayor y sueñas con jovencitas. Cristina sólo tiene dieciséis años y tú rondas los treinta. ¿Qué importancia tiene que se sienta atraída por ti? Dentro de unos días se habrá olvidado de ese sueño. Es un espejismo, sin duda pasajero. Pero ¿por qué va a ser pasajero? Es posible que me quiera de verdad», pensaba emocionado. Pero ¿la quería él de igual forma? ¿Estaba dispuesto a renunciar a sus viajes por el Mediterráneo,

a sus sueños, por ella? «Verdaderamente –se dijo Silverio– me estoy obsesionando y esto no es bueno, aunque lo cierto es que no tengo las ideas muy claras. No sé qué platillo de la balanza pesa más, el que sostiene a Cristina o en el que reposan mis proyectos viajeros. Es posible que lo mejor sea declararle mi amor y, si ella me quiere, casarnos y viajar juntos. ¿Y los hijos? Yo no podría casarme –pensó muy en serio– sin la finalidad de crear una familia. El matrimonio no tiene sentido si no existe el firme propósito de tener hijos.»

–¿Sueñas con los ojos abiertos? –dijo Luisa, a la que no había visto llegar.

–No. Me he quedado un poco traspuesto –mintió Silverio.

–Qué raro que estés en casa a esta hora.

–Tenía una reunión, pero la suspendieron a última hora y decidí quedarme para leer un poco.

Luisa creía conocer las verdaderas razones que movían a su hermano, por eso le dijo:

–Dentro de un momento vendrá Cristina a buscarme para irnos de compras. ¿Te apetece acompañarnos?

–Encantado, ¿pero no le molestará a ella?

–No creo. Ahora se lo preguntamos. En estos momentos está llegando –dijo Luisa, que miraba por la ventana.

A pesar del frío, Cristina había querido ir andando hasta la casa de Luisa. Le gustaba caminar, pero ya conocía por experiencia lo peligrosas que podían resultar las calles de Madrid para una joven sola. Por ello, Cristina le pidió a Trinidad que la acompañara.

–¿Quiere que mande el coche a recogerla a una hora determinada o prefiere que venga yo a buscarla? –le preguntó la sirvienta antes de dejarla.

–Ni lo uno ni lo otro –respondió Cristina–. Supongo que volveré con mi primo Ignacio, que vendrá a ver a Luisa. No conozco a nadie más enamorado que él.

La verdad era que Luisa e Ignacio formaban una pareja ideal. Además, se les veía tan enamorados. Cristina, después de observarlos durante un tiempo, llegó a la conclusión de que el amor que creía sentir por Silverio no era como el de sus primos, que ansiaban estar juntos todo el tiempo. Cristina deseaba tener libertad para seguir aprendiendo a tocar el violonchelo. Para viajar. Para visitar la Casa de las Desamparadas. Hacía una semana que colaboraba con ellas. Silverio le seguía pareciendo el hombre más maravilloso del mundo, pero ya no sentía la necesidad acuciante de ser su novia. «Tal vez haya influido –pensó Cristina– que él, al interesarse cada día más por mí, ya

no me parezca un imposible o que yo tenga ahora en mi vida cuestiones de que ocuparme que me importan de verdad.»

El portal de la casa de Luisa y Silverio siempre le había parecido el más hermoso y señorial de todo Madrid. Cristina volvió a admirar la belleza de la singular escalera de mármol. De repente, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y de que ningún criado la esperaba. «Qué raro», pensó.

–Es hermosa la escalera, ¿verdad? ¿Te gusta?

Cristina se volvió sobresaltada. Creyó identificar la voz de Silverio, pero así, de repente…

–Perdona si te he asustado.

–¿Dónde estabas?

–En el jardín. Luisa te vio desde la ventana y quise bajar a abrirte. Creí que me daba tiempo a recoger el periódico que había dejado olvidado –se disculpó Silverio.

–¿Con el frío que hace has estado leyendo el periódico en el jardín? No pensaba que fueras tan extravagante –dijo Cristina.

–Ya sabes que en mi rincón, entre las dos y media y las cuatro de la tarde, tengo asegurada la visita del sol invernal. No me has contestado, ¿te gusta la escalera?

–Claro que me gusta. Sería imposible que no fuera así. Es la escalera más espectacular que he visto en mi vida.

–¿Sabes cómo se convertiría en la más bella del mundo?

–No. No tengo ni idea –respondió Cristina creyendo que se trataba de un acertijo.

–Pues es muy sencillo: sólo con que te sitúes en alguno de sus peldaños será suficiente.

–¿Ah, sí? –rió Cristina mientras se apoyaba coqueta en el pasamanos y añadía con gesto que intentaba ser serio–: Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

–No. Tal vez he sido un poco cursi, pero quería decirte que eres preciosa. De verdad, Cristina, no conozco a ninguna mujer más guapa que tú.

Cristina escuchaba sorprendida. Si le hubiesen jurado que Silverio se iba a comportar de aquella forma, jamás lo hubiese creído, pero lo estaba comprobando. También percibía la sensación de desprecio que pugnaba por aparecer en su interior. ¿Intentaba conquistarla? Tenía que sentirse halagada; aquél era el hombre al que quería. Cristina se interesaba por él al considerarlo distinto, mas, al ver que era como los demás, se desilusionaba. Tuvo que hace auténticos esfuerzos para no mostrarle su repulsa. «Estoy enferma –se dijo–, tengo que disimular como sea.»

–Ven, Silverio –llamó Cristina desde la escalera–. Sube y colócate aquí, cerca de mí.

Silverio acudió y se puso al lado de su amiga. Cristina, recorriéndolo con la mirada, dijo:

–Ahora, sí. Ahora sí puede que sea la escalera más hermosa del mundo estando tú conmigo en ella.

La reacción de Cristina había sorprendido a Silverio, pero a ella le sirvió para eliminar tensiones internas. Era bueno reírse y bromear de vez en cuando.

–Silverio, desde ahora ésta será nuestra escalera –le dijo Cristina sonriendo.

–Eso significa que me acordaré de ti cada vez que suba o baje por ella, que son varias al día.

–Me parece estupendo. ¿Subimos? Luisa creerá que me he ido sin ella.

–Sí, vamos. Por cierto, Luisa me ha invitado a acompañaros esta tarde, aunque tal vez a ti no te agrade.

–No digas bobadas, Silverio. Además, si así fuera, ¿crees que te lo diría?

Al ver la tristeza reflejada en la cara de Silverio, Cristina, muy zalamera, le agarró de la mano tirando de él mientras le decía:

–¡Ay, Silverio!, te lo crees todo. Claro que no me importa. Al contrario, me parece estupendo. Estoy segura de que me orientarás en muchas de las compras que quiero hacer.

Decidieron que el coche llevara a casa todos los paquetes. Había resultado una tarde totalmente fructífera. Tanto Luisa como Cristina creyeron que Silverio se cansaría de tanta tienda, pero, todo lo contrario, demostró ser mucho más experto que ellas. Fue él quien las llevó a los establecimientos adecuados. Además, tenía un gusto exquisito y siempre encontraba originales ideas para comprar regalos. Era como si poseyera un sexto sentido que le hacía saber lo que le podía interesar a cada uno.

–Silverio, no sé qué habríamos hecho sin ti –reconoció Luisa.

–Pues seguro que tardar el doble de tiempo. Así que, como muestra de vuestro agradecimiento, me invitáis a tomar algo en el café del Prado.

–Pero ¿sabes qué ocurre, Silverio?, que me interesaría regresar pronto, porque seguro que Ignacio pasa por casa creyendo que ya he llegado –dijo Luisa.

–Lo que puedes hacer –apuntó Cristina antes de que Silverio dijera nada– es mandarle aviso con el cochero y sugerirle que vuelva

con él a recogernos.

–Perfecto. Tienes razón. ¿Os apetece que demos un paseo hasta el café o vamos en el coche? –preguntó Luisa.

–A mí ya sabes que siempre me gusta caminar –puntualizó Cristina–, y aunque haga frío resulta agradable.

–Yo también prefiero que vayamos andando. No está lejos… –añadió Silverio.

–De acuerdo –concluyó Luisa–, así nos despejamos un poco de tanta tienda.

De camino al café del Prado pasaron delante de una iglesia. Cristina la miró y, como un poco temerosa, les dijo a sus amigos:

–¿Os importaría si entro unos minutos?

–Te acompañamos –contestó Silverio–. También nosotros queremos hacer una visita al Señor.

Desde que había hablado con la hermana Pilar de la presencia de Jesús Sacramentado en el sagrario, Cristina intentaba ser consciente de esta realidad, y, si pasaba ante una iglesia, procuraba entrar.

Había poca gente en el interior del templo. Silverio se adelantó a la pila y les ofreció agua bendita. Cuando Silverio acercó sus dedos a los de Cristina, la miró a los ojos. Se arrodillaron en el último banco.

Cristina, con la barbilla apoyada en ambas manos y mirando directamente al sagrario, le decía a Dios desde su interior: «Dios mío, ¿has visto cómo me ha mirado? Creo que puede llegar a enamorarse de mí. No quiero sentir rechazo al ver que se comporta como la mayoría de los hombres. Ayúdame, Señor, a superar mi problema. Silverio es bueno y me gusta. Quisiera que fuera mi otro yo, mi corazón gemelo. Tú puedes, Señor, hacer que se enamore de mí y que me sea fiel siempre. Y que yo le corresponda. Pero qué cosas digo, Jesús, perdóname; ¡tengo tanto que aprender! Debería aplicar la frase de santa Teresa, aquella de la que me habló la hermana Pilar: “Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?”. Carezco de la humildad necesaria para postrarme ante Ti, y te ruego, Señor, que me hagas humilde».

–¿Nos vamos? –dijo Luisa.

–Sí, sí, de acuerdo –contestaron Cristina y Silverio al unísono.

Silverio se había sorprendido gratamente ante la sugerencia de Cristina de visitar el templo. Él era un hombre creyente que intentaba poner en práctica la caridad evangélica. Constante y eficaz colaborador de asociaciones católicas, todos veían en él a un futuro sacerdote o misionero. Sin embargo, nada más lejos de su pensamiento.

La inmediatez de las fiestas navideñas –faltaba tan sólo una semana– era, sin duda, la causa de la afluencia de tanta gente por todas partes.

–Pensé –dijo Silverio– que como estos días los teatros compiten en estrenos y reposiciones de éxitos anteriores, los cafés estarían casi vacíos, pero ya veo que me he equivocado.

–Mirad –dijo Luisa–, allí hay una mesa libre.

La escasa presencia de mujeres en el local hacía que tanto Luisa como Cristina se sintieran un poco incómodas. Con ellas, eran cuatro las féminas, de un total de más de treinta personas. Dos señoras, que no cumplirían ninguna los cincuenta, estaban en una mesa bastante concurrida.

–Es probable que sean escritoras –dijo Luisa–. Conozco a los dos señores del fondo; son críticos literarios.

–¿Tú crees que algún día las mujeres podrán ir solas al café, al teatro o a un concierto? –preguntó Cristina.

–No tengo ni idea, pero me da igual. A mí me gusta que me acompañen –respondió Luisa–. ¿No te sucede a ti lo mismo?

–Puede ser, aunque preferiría tener la posibilidad de ir sola si así me apeteciera.

Silverio se había quedado saludando a un grupo de jóvenes. De repente, como por arte de magia, vieron aparecer a Javier, que se acercaba hacia ellas.

–Qué alegría veros. Creí que os habían secuestrado. Bueno, a Luisa sé que la cuidan bien, pero tú, Cristina, ¿qué vida haces que nunca coincidimos, para mi desgracia?

Javier era inasequible al desaliento. Cristina le había utilizado al querer dar celos a Silverio, y, aunque nada más que fuera por ello, no debía mostrarle su desprecio, que era lo que le apetecía hacer en aquellos momentos.

Desde el otro extremo del local, Silverio, al ver que Javier se encontraba con ellas, se apresuró a incorporarse al grupo.

–¿No quieres sentarte? –le preguntaba Luisa a Javier.

–No, gracias. Estoy con unos amigos. Sólo quería saludaros. Cristina, he preguntado a tu primo por ti. ¿No te ha dado Ignacio recuerdos míos? –quiso saber Javier.

–Creo que no. Te los habría devuelto.

–Cristina, ¿puedo invitarte a una fiesta la semana que viene? La organizan unos amigos. Luisa, me dijo Ignacio que vosotros asistiréis. ¿Por qué no te animas?

Cristina miró a Silverio, que acababa de llegar. Al ver su cara, ya no tuvo ninguna duda de su interés por ella. Muy sonriente le dijo a Javier:

–No sabes cómo lo siento, pero la semana que viene llegan mis padres y mis hermanos. Hace meses que no los veo y como comprenderás todo el tiempo me parecerá poco para estar con ellos.

–Más lo siento yo –dijo Javier con cara de resignación–. Por cierto, ¿sabéis algo de Sara? Como no he podido asistir a las últimas tertulias, hace más de un mes que no la veo.

–Creo que se ha ido a pasar estas fiestas a casa de su amiga en Zaragoza –le contestó Cristina.

–Bueno, me voy, no os interrumpo más. Espero que nos veamos antes de Navidad, si no, ya sabéis, os deseo todo lo mejor para estas fiestas.

–Lo mismo para ti, querido Javier –dijo Silverio con gesto de alivio al verle alejarse de la mesa, y mirando a Cristina añadió–: Pensaba pedir permiso a tu tía para llevarte al teatro, pero como acabo de escuchar que estarás ocupada toda la semana, no sé si será conveniente.

–Fue una excusa. No me apetecía salir con él. ¿Qué obra has elegido para llevarme? –dijo riendo.

–Están reponiendo *El gran Galeoto*, de Echegaray. Hace ocho años asistí al estreno y me apetece mucho que la veas.

–A mí no me gusta el teatro de Echegaray. Me parece muy exagerado –opinó Luisa, y añadió–: ¿Por qué no eliges otro título de la cartelera para llevarla?

–Confieso que la mía es una decisión un poco egoísta porque, además de querer observar cómo reacciona Cristina ante esta obra, siento interés por comprobar si a mí me sigue interesando igual que hace ocho años.

Si la conversación que mantenían Luisa y Silverio sobre el teatro de José Echegaray se hiciera pública en el local, muy probablemente las opiniones que ellos defendían encontrarían eco entre los asistentes, porque la reacción del público ante el teatro del que fue ministro de Fomento y de Hacienda no era unánime. Lo normal era que, después de las representaciones, en el patio de butacas patearan. Y en el sector del paraíso aplaudieran a rabiar. Para unos, el que sería andando los años el primer premio Nobel español era un genio. Otros lo calificaban de estrafalario.

–Silverio, no creo que te siga gustando tanto; ya no eres tan joven como entonces –dijo Luisa, que, dirigiéndose a Cristina, aclaró–: Mi hermano participó en la manifestación de homenaje a José Echegaray que los estudiantes organizaron para celebrar el triunfo de *El gran Galeoto* –y mirando a su hermano, Luisa añadió–: Además, Silverio, los tiempos cambian y Echegaray, como autor teatral, se está quedando

desfasado.

La llegada de Ignacio interrumpió la conversación, que no volvieron a reanudar, porque éste traía noticias que a ninguno dejaban indiferente.

Le dolía un poco la cabeza. Había sido un día muy intenso, pero lo que de verdad preocupaba a Cristina era la noticia que Ignacio les refirió. Al parecer, la amante de Federico había muerto como consecuencia de una caída por la escalera de su casa. Al niño consiguieron salvarlo. Estaba embarazada de ocho meses y, aunque las probabilidades de que el bebé sobreviviera no eran muchas, cabía la posibilidad de que lo consiguiera.

En realidad, más que preocupada, que lo estaba por el niño, lo que sentía era indignación ante el comportamiento de Federico, que, según les habían contado, no se molestó en acudir al hospital para interesarse por el estado de su amante ni por el de su hijo. «Es un ser despreciable –se dijo Cristina–. ¡Qué bien ha hecho Sara separándose de él!»

Pensó en escribir a su amiga para informarla del comportamiento de Federico, pero inmediatamente desechó la idea. Lo único que conseguiría sería entristecerle las Navidades, y bastantes problemas tenía ya Sara. A quien tenía que escribir era a la hermana Pilar. Le debía carta desde hacía más de diez días. Quería comentarle algunos pasajes de santa Teresa, a la que estaba leyendo con cierta dificultad. «También a la madre Sacramento –recordó Cristina– le costaba a veces comprender el texto de la santa de Ávila.»

Bebió un poco de agua y decidió que lo mejor que podría hacer era acostarse. Al dirigirse hacia la cama, se detuvo ante el espejo que tanto le gustaba y se miró en él. Una muchacha rubia, hermosa y con aspecto cansado la miraba sin mucho interés. «Estoy cambiando –pensó Cristina–, la imagen que me devuelve el espejo ya no me resulta atrayente como antes. Tal vez me he contagiado del sentido que para los clásicos encerraba ver la propia imagen. Ellos no disponían de espejos, pero temían que al verse reflejados en las aguas los espíritus de éstas pudieran arrastrarlos hasta la muerte. Sí, seguro que eso fue lo que le pasó a Narciso, que languideció y murió, pero no por amor a sí mismo, sino porque los espíritus de las aguas se apoderaron de él.»

¿Sería verdad que las almas se proyectan fuera de las personas en forma de reflejos en el espejo? Cristina recordó que en el libro que le había regalado Sara se aseguraba que en muchas culturas, cuando muere algún miembro de la familia, se tapan los espejos o se los pone de cara a la pared porque se teme que las almas de los vivos puedan

ser llevadas por el espíritu del fallecido, que ronda por la casa hasta el entierro.

Cristina observó como la muchacha rubia del espejo le guiñaba un ojo. Ella, sonriendo, le dio la espalda y se fue a dormir.

12
SARA

No sabía si llorar, gritar o salir en busca del bebé. Jamás creyó que su marido pudiera comportarse de aquella forma. Era un ser malvado. Su amante muerta, el niño debatiéndose entre la vida y la muerte y él, Federico Montes, el prestigioso abogado, ni siquiera se molestaba en acudir al hospital. Y, por supuesto, tampoco pensaba hacerlo, según le confesó él mismo.

Sara había llegado a Madrid aquella misma mañana y al enterarse de lo sucedido envió un mensaje urgente a Federico. Necesitaba hablar con él.

–No sé por qué te preocupa este tema. A ti te tiene que dejar completamente indiferente –le dijo Federico bastante molesto.

–Me mantendría al margen si viera que tú reaccionabas como un hombre de bien –le contestó Sara.

–Qué seguridad tengo yo de que ese niño sea mío. En la inclusa lo atenderán perfectamente.

–Eres un monstruo –le gritó Sara–. No tienes corazón. Nunca volveré a dirigirte la palabra.

Al recordar la conversación con su marido, Sara siente algo parecido a la desesperación. Por fin cede a la angustia y las lágrimas fluyen sin ningún recato. Está enfadada, desesperada, no quiere llorar. Pero lo hace. Sara llora. Llora por la mujer muerta a la que no conocía, por el bebé que crecerá sin el cariño de unos padres, por ella. Llora de impotencia al tener que seguir siendo la mujer de un hombre como Federico. Tiene que hacer algo. Hablará con don Miguel, su confesor; él sabrá aconsejarla. Sara ha decidido encargarse, en secreto, de la manutención del pequeño y en esto sí que podría ayudarla el sacerdote. Incluso estaría dispuesta a llevarse al bebé a casa para ocuparse personalmente de él. Pero aquello constituiría un escándalo demasiado delicado.

Sara pidió a Eulalia que le sirviera un café.

–Ahora se lo traigo, señora. Perdone, doña Sara, se me había olvidado. Ayer y anteayer vinieron, por separado, a preguntar por usted la señorita Cristina y el señorito Silverio.

–¿No dejaron ningún mensaje?

–No, pero sí dijeron que volverían hoy. Los dos me pidieron que le comentara a usted que habían venido.

–Gracias, Eulalia.

Tanto Cristina como Silverio eran buenos amigos y Sara sabía que ambos la querían y que probablemente la echaran de menos, pero le sorprendía aquella urgencia por verla. Y, además, los dos. No pudo evitar el pensar que algo habría sucedido entre ellos. Sí, ésa tendría que ser la razón, porque ella los conocía muy bien, y aunque lo más lógico fuera pensar que vendrían para contarle la noticia relacionada con Federico, Sara estaba segura de que ninguno deseaba verla para eso. «Tal vez hayan decidido salir juntos. Aunque, no –se dijo Sara–, de ser así no vendrían por separado. ¿Se habrá agudizado el problema de Cristina? Pero, de ser así, ¿qué relación podría tener Silverio? Es posible –concluyó Sara– que quieran verme por motivos distintos.»

No le había dicho nada a Cristina, pero dos días antes de irse a Zaragoza tuvo oportunidad de conseguir más información sobre el llamado señor Martínez, que no estaba casado y que era un reconocido donjuán, con supuestas esposas en más de una ciudad. Por más vueltas que le daba al tema, no acababa de ver qué implicación podría tener ese hombre en el suceso que su amiga guardaba en el subconsciente. Porque Sara sí tenía la certeza de que el supuesto señor Martínez desempeñaba algún papel en lo ocurrido.

Pensando en sus amigos, consiguió olvidarse un poco del asunto de su marido. «Tengo que solucionar el futuro de ese bebé como sea.» Sara volvió a notar aquella sensación extraña en su corazón, como si éste aminorara la marcha. «No debo retrasar más la visita al doctor Ramos. Son varios los avisos que me está enviando mi corazón de que algo no funciona bien. Puede que no sea nada, pero debo consultarlo.»

Tomaba el café a pequeños sorbos. De repente, se dio cuenta de que en su habitación seguía teniendo una foto con Federico, recuerdo del día de su boda. Dejó la taza y se fue a buscar la fotografía con la intención de romperla. «Aunque, pensándolo bien, recortaré su imagen y guardaré la mía. No sé para qué quiero recordar nada de mi casamiento. Sí, lo mejor que podría hacer sería olvidar que existió ese día. Compraré un marco adecuado y, probablemente, seré la única novia que aparezca sola en el día de su boda.» Ésa era la auténtica verdad de su matrimonio. Sara nunca había dejado de estar sola, a

pesar de vivir con su marido.

Al salir de la habitación, se encontró con Eulalia, que iba a buscarla.

–Señora, ha venido el señorito Silverio. Le he dicho que había llegado, pero que no sabía si estaba usted descansando, por si no quiere verle ahora.

–Gracias, Eulalia, como siempre, estás pendiente de todo. Dile que ahora mismo voy. Acompáñale al saloncito azul, allí estaremos más cómodos.

Ése era el salón que a Sara le gustaba utilizar cuando recibía a personas de confianza.

–Eulalia, es probable que el señorito Silverio se quede a almorzar.

Sara se miró en el espejo y se dio cuenta de que no se había cambiado la ropa del viaje. «No debo hacerle esperar. Además –se dijo–, estoy bastante intrigada con su urgencia por verme.» Se arregló un poco el cabello, se pintó ligeramente los labios y se fue al encuentro de su amigo.

–Querido Silverio, ya puedes disculpar mi aspecto, pero desde que he llegado no he parado de hacer cosas.

–Tú, Sara, jamás estarás mal. Tu distinción y saber estar lo llenan todo. Puedes permitirte muchas cosas que para otras mujeres estarían prohibidas.

–Qué amable eres, Silverio. Cuéntame, ¿qué tal estas fiestas?

–Bien, muy bien. ¿Qué tal tú en Zaragoza?

–Estupendo, han sido unos días muy felices. La Navidad al lado de los niños es especial. Y pensar –dijo Sara enfadada– que el imbécil de Federico no quiere conocer a su hijo. Perdona, Silverio, pero es que he tenido una reunión con mi marido y todavía estoy enfadada.

–Perdóname tú, querida Sara, por venir a molestarte a estas horas cuando acabas de llegar y tendrás tanto que hacer, pero estaba impaciente por verte.

Sara encontraba a Silverio distinto, aunque no sabía exactamente dónde se encontraba el cambio. Lo veía preocupado, pero no era esa expresión la que le hacía parecer diferente al Silverio de siempre. Al mirarle directamente a los ojos, Sara supo dónde residía la novedad. Los ojos azul-gris de Silverio poseían una viveza desconocida hasta entonces. «Está enamorado», pensó Sara.

–Lo que siento es no encontrarme bien, Silverio, y no poder atenderte como mereces. Pero tu presencia, el que estés aquí, me vendrá bien. ¿Por qué no te quedas a almorzar conmigo y así podemos charlar con tranquilidad?

–Acepto encantado.

Silverio no sabía muy bien cómo empezar a contarle lo que le preocupaba. No estaba seguro de que Sara pudiera orientarle, aunque si alguna persona estaba capacitada para ello, ésa era Sara, que desde el primer momento en que vio a Cristina congenió con ella.

Sara se estaba dando cuenta del trabajo que le costaba a Silverio plantearle el asunto que le había empujado hasta ella. «Verdaderamente –pensó–, este muchacho es especial. Si tiene problema de amores, que es lo que me imagino, lo normal sería que se lo contara a algún amigo. Los hombres suelen ser muy solidarios entre ellos.» Sin embargo, allí estaba con ella, que era mujer, y, más o menos, de su edad.

–Ante todo quiero decirte, Sara, que me he enamorado de Cristina. Y no es un capricho o deslumbramiento ante su belleza y juventud. La quiero de verdad. Es la primera vez en mi vida que me enamoro, pero estoy seguro de que mi amor es auténtico. Cristina es la mujer con la que deseo pasar el resto de mi vida.

–No sabes cómo me alegro. Sentir amor siempre es maravilloso, aunque entrañe dolor. ¿Lo sabe Cristina?

–No. Todavía no me he declarado, aunque Cristina es consciente de mi interés. Pero de lo que quería hablarte, Sara, es de su reacción cuando quise besarla. No soy experto con las mujeres. Sabes que nunca salí con ninguna, ni tampoco he besado a nadie, pero jamás pude imaginar que reaccionara de esa forma. Sólo recordarlo me produce escalofríos.

–¿Qué pasó? –preguntó Sara.

–Habíamos ido al teatro. Era la tercera vez que salíamos solos. En algún momento de la representación tomé su mano, que ella no retiró. Este gesto alentó mis ilusiones, haciéndome creer que yo no le era indiferente. Cuando la llevé a casa, al despedirnos, no pude resistir la tentación de acercar mis labios a los suyos…

Silverio se quedó en silencio, con la mirada perdida. Sara sospechaba lo que le iba a contar y le animó a seguir.

–¿Y qué sucedió?

–Fue terrible. Se puso tensa y entre sollozos decía cosas inconexas, sin sentido. Yo no sabía qué hacer. Le pedí perdón, pero ella me rechazó. Había tal odio en su mirada que me sentí paralizado. De repente, se fue sin decirme nada. Aunque lo más sorprendente, Sara, es que a la mañana siguiente fui a verla para pedirle nuevamente perdón y para decirle que no volvería a intentar besarla si ella no quería, pero para mi sorpresa me recibió como si nada hubiera ocurrido. No recordaba lo sucedido entre nosotros la noche anterior.

A Sara, el comportamiento de Cristina ante la intención de

Silverio no le sorprendía en absoluto. Era una niña con problemas psicológicos. Una niña que vivía fantasías, como cuando acercaba sus labios al espejo para ver qué expresión tendría su cara cuando la besara Silverio y en el momento en que la ilusión se convertía en realidad salía huyendo. Todo ello era previsible. Lo que realmente sorprendía a Sara era la reacción del día siguiente. Cristina siempre era consciente del comienzo de sus angustias, claro que podía haber disimulado ante Silverio para no tener que entrar en ningún tipo de detalle. Ahora, Sara entendía por qué Cristina quería verla. «Esta misma tarde –pensó– acudiré a su casa.» A Silverio le dijo:

–No te preocupes. Puede que Cristina sufra algún desajuste de tipo emocional sin importancia y que, tal vez, sea pasajero. Dale tiempo y, sobre todo, lo que debes tener muy en cuenta, Silverio, es su juventud y que aunque parezca segura es bastante inestable.

–¿Qué quieres decir? –preguntó un tanto molesto.

–Lo único que pretendo es alertarte. Os quiero mucho a los dos y no quiero veros sufrir.

–Nunca haré nada que pueda causarle daño. Cristina estará segura conmigo.

–No lo dudo, pero ¿no has pensado que quien puede sufrir seas tú?

–Pero a mí no me importa. Por su cariño estoy dispuesto a soportar lo que sea. Sara, ¿tú conocías los posibles problemas psicológicos de Cristina? Porque sólo te he contado lo que me ha pasado con la finalidad de ayudarla.

Ante la insistencia de Silverio, y sabiendo que seguiría haciéndolo, Sara le dijo:

–Tienes que comprender, querido Silverio, que, aunque lo supiera, mi postura sería la misma. Pero no debes darle importancia. Todo se solucionará.

Silverio se tranquilizó al saber que Sara estaba al corriente de lo que le sucedía a Cristina y valoró su silencio, aunque hubiese preferido enterarse de todo. De cualquier forma, necesitaba pedirle consejo. Se encontraba perdido y no sabía cómo reaccionar después de lo sucedido.

Sara le miró sin acabar de creérselo. Silverio rondaba los treinta y no había besado nunca a una mujer. «Pero ¿por qué me cuenta a mí sus preocupaciones personales? Yo jamás le hablaría de mi frigidez. Sin embargo, también he seguido un comportamiento extraño al contarle a Cristina, que sólo tiene dieciséis años, mis problemas íntimos. Y sé por qué lo hice. Así que seguro que él también debe de tener sus razones para desahogarse conmigo.»

–Pero ¿qué debo hacer, Sara? ¿Cómo tengo que comportarme con Cristina a partir de ahora?

–Como si nada hubiera pasado. Sigue siendo su amigo y espera. El tiempo lo arregla todo.

Sara no se había equivocado al atribuir el cambio operado en Silverio al amor. Su amigo estaba enamorado. Sin embargo, jamás hubiera creído que esto llegara a suceder. «Verdaderamente, sabiendo lo que sé –se dijo–, no me extraña que muchos hablaran de su posible vocación religiosa.» Todos sus conocidos pensaban que, en cuanto se casara su hermana, Silverio cambiaría de vida. Aunque pocos se aventuraban a pensar que el cambio podría venir dado por el matrimonio.

Habían hablado de muchas cosas durante el almuerzo. Los dos estaban muy disgustados por distintos motivos, pero el encuentro les había venido bien, ya que consiguieron olvidarse de sus respectivas preocupaciones y también porque se sentían fortalecidos en su amistad.

–Sara, ¿tú crees que Rosa tendrá amigos de verdad?

–Supongo que con alguno sí contará. Posiblemente, Nicasio. Aunque tal vez me equivoque. ¿Por qué me lo preguntas?

–Después de la tertulia en que recordamos a la madre Sacramento, he intentado olvidar el comportamiento de Rosa, no comentando con nadie lo ocurrido aquel día. Y como no creo que mi silencio me asegure el olvido de la actuación de Rosa, me gustaría conocer tu opinión.

–¿Sobre Rosa? O ¿es la tertulia lo que te interesa?

–El comportamiento de Rosa es el que me ha dejado desconcertado.

–Pues a mí no me ha sorprendido mucho. Es una persona enferma de odio y es muy difícil que algún día se cure, porque no deja de alimentar ese mal sentimiento.

–Sabes –dijo Silverio– que he estado a punto de no volver a la tertulia porque no deseaba encontrarme con ella después de lo que hizo. ¿No te parece que María podía haberle sugerido la posibilidad de que dejara de ir a su casa?

–Sí, claro. Sin embargo, creo que ha hecho lo correcto. Y que tú también has acertado al decidir seguir yendo, aunque tengas que ver a Rosa.

–Tienes razón, no debemos portarnos como ella.

Silverio se quedó pensativo durante unos segundos, como dudando sobre la conveniencia de expresar en voz alta sus

pensamientos.

–Sara, ¿no piensas que Cristina se está obsesionando un poco con la madre Sacramento?

–En absoluto. ¿Tú sí lo crees?

–No lo sé. Habla mucho de ella. Es como si siempre estuviera presente en su pensamiento. La otra noche nos comentó con verdadera emoción unas frases de la madre. Además, pienso que pasa mucho tiempo en la Casa de las Desamparadas.

Cristina se había propuesto elegir cada día una frase de los escritos que estaba leyendo de madre Sacramento. Aquella tarde la elegida era una muy corta. Unas cuantas palabras juntas que expresaban una hermosa idea: «Haz la felicidad de los que te rodean y harás la tuya». Una gran verdad de la que madre Sacramento poseía una amplia experiencia. «Algún día –se dijo Cristina– yo intentaré hacer realidad esta máxima en mi vida, aunque antes será necesario que consiga poner paz en mi interior.»

Estaba deseando ver a Sara. Habían sucedido muchas cosas que debía contarle. Una situación, provocada inocentemente por Silverio, le había permitido ver una cara más de las que, en el jardín de su casa de Asturias, permanecían ocultas a su consciencia. En aquellos dos días, desde que ocurrió el incidente, no había querido pensar en ello. Le daba auténtico pánico y sin la ayuda de Sara no se atrevía a enfrentarse a esa parte de su pasado. No sabía si su comportamiento con Silverio, al hacerle creer que no se acordaba de nada de lo sucedido entre ellos, era acertado o no. En el fondo, le traía sin cuidado. Lo que no deseaba era dar explicaciones, y, en ese sentido, sí sabía que hizo lo conveniente.

Cristina estaba sola en su habitación. No se había quedado a tomar café. En cuanto se levantaron de la mesa, se disculpó con su tía y, casi sin mirar a sus padres, les dejó, diciéndoles que tenía un montón de cosas que hacer.

Los padres de Cristina y sus hermanos, que habían pasado las fiestas navideñas en Madrid, regresarían a Asturias dentro de dos días. Cristina no se iría con ellos. La excusa que les dio, y que todos aceptaron como buena, era que a Luisa le apetecía que se quedara para ayudarla en los preparativos de la boda.

–Serán sólo unos meses –apuntó Cristina–. Además, así podré seguir con las clases de música y con mis visitas a la Casa de las Desamparadas.

–O sea, que no te tendremos con nosotros casi hasta el verano –dijo su padre.

–Tal vez lo mejor sería que se quedara hasta julio, para que tú, María, puedas acompañarla. De esa forma, querida hermana, nos aseguramos de que vendrás a pasar con nosotros por lo menos un mes –dijo Carmen, la madre, mirando cariñosamente a María.

«Todos contentos y de acuerdo», pensó Cristina, que no quería analizar el comportamiento de sus padres, a los que ella seguía rechazando. Cuando pensaba en ellos, a veces, podía sentir cierto cariño, pero al tenerlos a su lado le producían desprecio y un deseo incontrolable de mostrarles su rechazo. Deseaba castigarlos. Hacerles sufrir. «¡Dios mío!», exclamó casi llorando. «¿Qué me habrá pasado con mis padres?» De repente, otra vez las odiadas imágenes. «No, no…», suplicó Cristina.

La pesadilla había vuelto. Cristina se secó el sudor frío que bañaba su frente y abrió la ventana para que el frío purificara sus mejillas.

Faltaba más de una hora para las cinco de la tarde, momento en el que había decidido ir a casa de Sara. Cristina se encontraba tranquila. No sabía si continuar con la lectura del *Libro de la vida*, de santa Teresa, al que le dedicaba un tiempo todos los días, o escribirle a la hermana Pilar. Precisamente era ella quien le había recomendado leer a la santa.

A Cristina le gustaba la poesía y lo primero a lo que se había acercado fue a las composiciones poéticas de santa Teresa, especialmente «Vuestra soy, para Vos nací», aquella cuyo título había hecho reflexionar a la hermana Pilar. Cristina casi se la sabía de memoria, aunque la que de verdad le entusiasmaba era «Vivo sin vivir en mí», y, sobre todo, la estrofa que decía:

¡Ay, qué larga es esta vida!,
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Según iba profundizando en la lectura de santa Teresa, más le gustaba. A veces no leía ni un capítulo entero porque releía el texto varias veces hasta asimilarlo. Así se lo comentó a la hermana Pilar en varias ocasiones.

Me parece estupendo que te hayas tomado tan en serio la lectura de santa Teresa y, sobre todo, te felicito por empezar a leer el *Libro de la vida* por el principio y no ir directamente al capítulo XXIX, donde santa Teresa habla de su experiencia mística, que estaré encantada de comentar contigo cuando llegues a ese tema.

Cristina se sonrió al leer este párrafo de una de las cartas de la hermana Pilar. «Qué poca confianza tiene en mí. Pensaba que no llegaría a ese capítulo y que por lo tanto no lo comentaríamos. Además, me tentaba diciéndome cuál era el que me interesaba, ya que yo no tenía ni idea. Pero ya estoy en condiciones de sorprenderla. He llegado hasta el capítulo XXXI, aunque el XXIX –se dijo sonriendo– hace tiempo que lo he leído.»

Lo cierto es que Cristina estaba verdaderamente interesada en el texto de santa Teresa, que le parecía vibrante porque ponía ante sus ojos la realidad de lo sobrenatural y la importancia de la oración.

Ya sé, querida Cristina, que te has dado cuenta del valor santificador de la oración y que intentas comunicarte con Dios todos los días. La madre Sacramento siempre decía que la adoración era desahogo del alma, descanso del espíritu y consuelo del corazón. Si te cuesta centrarte, no desesperes. Relee una y otra vez a santa Teresa cuando dice: «En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años».

Cristina recordaba que en varias cartas trataron de este tema y que ella siempre le decía a la hermana Pilar que pedía la fe: «No sabe, hermana Pilar, cuánto daría por ser consciente de que Dios me quiere. Cuando hago oración mental, tengo la sensación de estar sola y no "a solas con quien sabemos nos ama", como dice santa Teresa».

«No sé si algún día conseguiré dominarme», se dijo Cristina, mientras guardaba las cartas y se disponía a escribirle a la hermana Pilar.

Querida hermana Pilar:

Tú, Sara y Silverio sois las personas a las que me siento más unida. Soy muy afortunada al poder teneros como amigos. A Sara ya la conoces. Ella es mi inteligencia gemela, mi amiga y maestra, que me enseña cómo conducirme y me está ayudando a que mi interior se libere de ataduras para mí desconocidas. De Silverio te he hablado en alguna ocasión. Es el hombre más maravilloso del mundo. Hubo un momento en que creí estar locamente enamorada de él y puede que algún día lo esté. Nada me gustaría más. Es bueno, piadoso, inteligente y estoy casi segura de que me quiere. Hace dos días tuve un pequeño incidente con él, pero su reacción me ha demostrado la finura de su espíritu. Y tú, querida hermana Pilar, eres mi alma gemela. Tú me estás ayudando a descubrir que existe una dimensión espiritual en nuestro ser que a veces nos

pasa totalmente inadvertida. Cogida de tu mano quiero caminar por esos senderos… ¿Sabes?, muchas veces pienso en la madre Sacramento. Estoy leyendo algunos escritos suyos. Esta mañana me ha parecido muy esclarecedor un pasaje en el que dice: «Ya que el Señor me quiere tan humillada que deseando amarle no sepa ni pueda, le amaré en mis Desamparadas y lo tomará como amor a Él…».

La madre Sacramento descubre que a Dios se le ama en el prójimo necesitado y a ello consagra su vida. Tú, querida hermana Pilar, siguiendo su ejemplo, has hecho lo mismo. Casi todos los días voy a vuestra casa, aquí, en Madrid. Conozco a muchas de las colegialas y me gusta charlar con ellas. Bueno, no es verdad, sólo con algunas. Hay otras que me producen auténtico rechazo. Ya sé que son ésas precisamente las que necesitan mayor afecto, pero no puedo. En cuanto las veo, me voy. No sabes cómo os admiro. Cada día soy más consciente de la gran labor de la vizcondesa de Jorbalán. Cuando pienso que ella pudo haber brillado en los ambientes sociales, rodeada de personajes importantes, en medio de un ambiente grato, educado… y renunció a todo. Además, no lo dejó porque no le gustara, sino que lo hizo por ayudar a las mujeres marginadas.

Cristina notó frío. Se dio cuenta de que la ventana se había quedado entreabierta. Dejó la pluma y se levantó para cerrarla. Estaba lloviendo y como siempre le sucedía se sintió fascinada por la lluvia. De niña, muchas tardes, cuando llovía permanecía acurrucada en el jardín, guarecida bajo la frondosa copa de un árbol, siempre engañosa, porque al final la lluvia la traspasaba, pero a ella le daba igual. En el fondo, lo que Cristina deseaba era identificarse con la naturaleza, quería saber qué podría sentir el árbol.

Al rememorar estos recuerdos, Cristina sonrió, cerró la ventana y pensó que si estuviera en su casa de Asturias, probablemente haría lo mismo. Pero ahora, lo que le produciría mayor placer sería el momento de secarse cerca de la chimenea viendo las sugerentes formas del fuego.

«¡Ay! –suspiró Cristina–, cómo me alejo de aquella niña que fui. Pero es lo normal. Cada día cambiamos un poco. ¿Quién me iba a decir que estaría interesada en adquirir conocimientos sobre el amor místico?» Buscó entre los papeles que estaban sobre la mesa las notas que había tomado sobre este tema, del que ahora le hablaría a la hermana Pilar.

Miró por encima lo que había escrito y se desmoralizó al ver la cantidad de interrogantes que se planteaba después de leer a santa Teresa. «No puedo agobiar a la hermana con todas estas dudas. Debería –se dijo– aclararme un poco antes, aunque lo que me interesa es conocer su opinión. Intentaré resumirle mis impresiones.»

Hermana Pilar, he leído el capítulo XXIX y me ha parecido impresionante la fuerza del texto, aunque confieso mi sorpresa por las expresiones amorosas utilizadas. Claro que esto puede ser así porque los místicos no disponen de otro

lenguaje y tiene que resultar muy difícil para ellos poder describir lo que sienten con otras palabras que no sean las empleadas.

Todavía no he leído a san Juan de la Cruz. ¿También él describe la repercusión corporal de los éxtasis místicos? Hermana, ¿tiene el amor místico un componente espiritual y otro corporal?

La verdad es que resulta pretencioso por mi parte querer entender las experiencias místicas cuando carezco de preparación espiritual para ello. Lo que sí creo haber comprendido es que santa Teresa ama a Dios en la Humanidad de Jesús, al que puede imaginar, ver… Ella nos lo da a entender cuando escribe: «Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera».

Lo mismo, creo, le sucedió a la madre Sacramento, enamorada de Jesús Sacramentado. Por eso quiso llevar su nombre. Por eso la custodia en vuestros hábitos. Pienso, hermana, que ésta pueda ser la reacción de alguien que quiera enamorarse de Dios y trascender al mundo del espíritu, amar al Padre en el Hijo que ha sido enviado por Él como prueba de amor a todos nosotros. Claro que yo lo veo desde fuera, con ojos mundanos.

Estas conclusiones, querida hermana Pilar, no son fruto exclusivo de mi meditación. Las he entresacado de la infinidad de notas e interrogantes que he tomado después de haber hablado con amigos y de leer algunos textos sobre el tema. Por cierto, me encantaría poder ver algún día la imagen de santa Teresa realizada por Bernini. Y como me gusta soñar, he pensado que tal vez un día la vea al ir a visitarte a ti, porque hayas sido trasladado a la casa que las adoratrices abriréis dentro de poco en Roma, ya que, como tú me contabas, vuestra superiora, la madre María Consolación Vilahur, ha sido autorizada por Su Santidad para fundar en la Ciudad Eterna.

La llegada de un coche distrajo a Cristina, que se levantó de inmediato para mirar por la ventana. Le intrigaba quién podría ser a aquella hora de la tarde, una tarde en la que no había tertulia y no esperaban a nadie. Pero inmediatamente rectificó y volvió a sentarse en el escritorio.

Sara estaba deseando ver a Cristina. Nada más irse Silverio, se arregló y pidió el coche. No vivían muy lejos, pero la persistente lluvia no aconsejaba ir caminando. Se sorprendió de que tardaran tanto en abrirle la puerta. «Habrá salido Trinidad y estarán en las habitaciones del fondo. Tal vez no haya nadie», pensó. Cuando iba a volver a llamar, la puerta se abrió.

–Pero ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Por qué te lo has puesto más oscuro? ¿Y ese corte? –dijo Sara mientras se acercaba a darle un beso.

El vestíbulo estaba bastante oscuro. Era temprano para encender luces, aunque la oscuridad de la tarde ya lo aconsejara. De ahí que Sara se confundiera. Al acercar su cara a quien pensaba era Cristina, exclamó:

–Perdón, perdón; me he equivocado, creí que eras Cristina. Pero

es que sois iguales.

–Sí, todo el mundo nos lo dice. Yo soy Carmen, su madre.

–Encantada de conocerte.

–Seguro que tú eres Sara. Me han hablado mucho de ti y te han descrito perfectamente. Es verdad que tu elegante estilo resulta inconfundible.

–Cómo se nota que me quieren –dijo Sara sonriendo.

–Me imagino que habrás venido a ver a María, pero ha salido con Ignacio y no creo que regrese pronto, porque se fueron hace unos minutos.

–¿Cristina se fue con ellos? –preguntó Sara.

–No. Seguro que estará en su habitación. Normalmente no la vemos en toda la tarde. Ahora la aviso. Ven, te acompaño al salón.

–No te molestes, conozco bien la casa.

Sara estaba impresionada, eran parecidísimas. De repente, sin saber por qué, Sara recordó al llamado señor Martínez y tuvo la certeza de que en quien pensaba éste, cuando vio a Cristina en Zaragoza, era en la madre. No pudo seguir imaginando posibles relaciones porque la voz de Cristina la reclamaba:

–Eres estupenda. ¿Cómo sabías que quería verte? Estaba esperando que fueran las cinco para ir a tu casa –dijo Cristina mientras se acercaba para abrazarla.

–Cristina, si queréis os preparo café o chocolate. ¿Qué preferís? –preguntó Carmen.

–De momento, nada, madre. Luego ya te diré. Ahora nos vamos a mi habitación, que quiero enseñarle a Sara unos libros.

–Gracias, Carmen –añadió Sara.

Se sentaron una frente a otra. Se miraban sin ningún tipo de barreras, con la seguridad de quienes se conocen y quieren manifestarse tal como son.

–No tenía ni idea de que fueras tan parecida a tu madre. Hace un momento, cuando me abrió la puerta, creí que eras tú –dijo Sara muy sonriente.

–Afortunadamente sólo me parezco a ella en mi aspecto físico.

–¿Por qué eres tan dura?

–No quiero ser como mi madre. Ni como mi padre. No me gusta ninguno de los dos.

Sara pensó que tenía que aprovechar aquellos momentos para hacerla recordar. Además, seguro que Cristina le contaba lo sucedido con Silverio, que, sin duda, estaba relacionado, en cierta forma, con lo que la atormentaba desde el subconsciente.

–Pero, Cristina, ¿qué te han hecho tus padres para que no los quieras? ¿Te han tratado mal? ¿Te han sometido a algún tipo de vejación? ¿Desde cuándo los desprecias?

–¡No lo sé! Te juro que no lo sé –dijo Cristina mientras se tapaba la cara.

–Sí lo sabes. Ten valor. Vuelve a las imágenes del jardín de tu casa.

–No, no puedo, Sara. Quería contarte que hace unos días Silverio quiso besarme y cuando su cara se acercó a la mía volví a ver las odiosas imágenes, pero esta vez conseguí identificar la cara de la mujer. ¡Era mi madre!

–¿Estaba en el banco del jardín que aparece en tus pesadillas?

–Sí, está sentada de espaldas a donde yo me encuentro.

–¿La puedes ver ahora? ¿Quién está con tu madre?

–Está sola, leyendo. Llega un señor. Lleva un sombrero en la mano. Es un hombre al que no conozco. La abraza, la abraza mucho y mi madre parece feliz. Veo cómo el hombre la besa en la boca y mi madre le rodea el cuello con sus brazos. Quiero gritar, que sepan que les estoy viendo, que no está bien lo que hacen. Tendré que buscar a papá para decírselo. Él sabrá qué hacer.

Las últimas palabras parecían pronunciadas por una niña. Sara miraba a Cristina, que se había acurrucado en la silla y lloraba. Estaba a punto de abrazarla y dar por terminado el recuerdo, pero algo le decía que el relato estaba incompleto. «Cristina –pensó Sara– manifiesta rechazo tanto por el padre como por la madre.»

–Cristina, ¿conseguiste encontrar a tu padre para contárselo?

–Lo busqué, lo busqué pero no estaba en casa. Pensé que habría salido y volví al jardín para ver si el hombre malo se había marchado.

Los sollozos le impedían seguir hablando. Sara la animó:

–Y ya se había ido, ¿verdad?

–¡¡¡No!!!… Están casi tumbados en el banco y mi padre los mira. Los mira escondido detrás de un árbol.

–Pobre niña –le decía Sara a la vez que la abrazaba llorando–. La pesadilla ya ha terminado. Lo has conseguido, mi amor, eres estupenda. Ahora tienes que perdonarlos y olvidar lo sucedido, como probablemente ellos habrán hecho.

–No, no puedo hacerlo. Eso es precisamente lo que no entiendo. No comprendo la postura de mi padre.

–Seguro que tendría sus razones. Las podremos compartir o no, pero eran las suyas. Además, Cristina, todos somos imperfectos. Debemos reconocer nuestros fallos e intentar corregirlos. Piensa por un momento que eres tú la que un día se equivoca. ¿Te gustaría que

tus seres queridos dejaran de pensar en ti y te alejaran de su corazón?

–Pero yo no podía hacer nada; era una niña.

–Sí, pero ahora no.

–¿Cómo debo comportarme? –preguntó con un hilo de voz.

–Ya te lo he dicho, perdonar.

–No va a ser fácil.

–Seguro que no, pero lo más difícil ya lo has conseguido; liberarte del triste recuerdo guardado en tu subconsciente y asumir que tus padres son imperfectos. Imperfectos, como tú, como yo, pero son tus padres y los quieres y te quieren. Cristina, debes reaccionar ante esta realidad.

–¿Me crees capaz?

–Claro –dijo animándola–. De momento, le pediremos a tu madre que nos haga un buen chocolate y lo tomaremos las tres juntas.

13

OTRA TARDE DE TERTULIA

Aquélla estaba resultando una primavera atípica para Madrid. Llovía frecuentemente e incluso algunos de los días que no lo hacía las nubes seguían impidiendo la presencia del sol.

–Parece que estuviéramos en tu tierra asturiana –dijo Sara, mientras señalaba con el paraguas unas nubes que, amenazantes, se estaban adueñando del cielo.

–Seguro que allí hace mejor tiempo que aquí –respondió Cristina, y añadió–: ¿Sabes?, ya lo he decidido. No esperaré a mi tía María hasta el mes de julio, me iré a casa a finales de la semana que viene.

–Me alegro de que hayas tomado esa decisión por lo que significa, pero no sabes cómo siento que te vayas.

–Y yo, Sara. Pero nos veremos pronto. Tienes que asegurarme que vendrás a verme antes del verano. La casa es muy grande y puedes gozar de toda la independencia que quieras. ¿Por qué no te animas y pasas el verano con nosotros?

–Lo intentaré. Creo que voy a tener que ir a Santander para solucionar el tema de la casa que tenemos allí. Federico quiere venderla, pero yo no estoy tan segura.

Cristina y Sara, después de almorzar juntas en casa de ésta, decidieron dar un paseo hasta la hora de la tertulia. Habían pensado ir al Retiro, pero el miedo a entretenerse demasiado les hizo caminar hacia Cibeles para volver por el paseo de Recoletos.

–Si Luisa e Ignacio estuvieran en casa, podríamos acercarnos a darles un beso –dijo Cristina.

–Todavía no conozco la casa que han comprado. Silverio me dijo que era espectacular.

–Preciosa. Además, el sitio, nada menos que en la Gran Vía. No sé por qué no se han quedado a vivir con Silverio. ¿Qué va a hacer él solo en una mansión como la que tienen? –preguntó Cristina.

–Esperarte. Ya sabes que Silverio está enamorado de ti. Decídete, Cristina, dale el sí.

–Por cierto, ¿te he contado que Luisa está embarazada?

–No –respondió Sara–, nadie me comentó nada. María estará como loca ante la llegada de su primer nieto.

–He cambiado de tema –dijo Cristina– no porque no quisiera contestarte, sino porque al hablar de Silverio he recordado que le han pedido que sea el padrino del recién nacido. Yo seré la madrina.

–Estupendo, así tendremos la oportunidad de verte de nuevo en Madrid.

–Sara, ¿te parece una buena idea que esta tarde le pidamos a Nicasio que se siente al piano como el primer día que asistí a la tertulia?

–¿Y que vuelva a interpretar la sonata 14 de Beethoven? –preguntó sonriendo.

–Sí, a Beethoven. No la sonata 14. Hoy creo que nos irán mejor *Los adioses*, la misma que tú querías escuchar aquel día.

–Por cierto –dijo Sara–, qué pena sentí al ver la reacción de Nicasio la tarde que se habló de la madre Sacramento. Seguro que tú no te fijaste en él.

–La verdad es que no. Pero ahora que lo comentas me doy cuenta de que en toda la tarde no dijo ni una sola palabra.

–Estaba avergonzado ante el comportamiento de Rosa.

–¿Cómo es posible que siga enamorado de ella? ¿Qué explicación puede tener que un hombre sensible, un artista que adora la música, se fije en una mujer como Rosa? –preguntó Cristina.

–Lo hemos comentado muchas veces. Yo creo que ya no está enamorado. De todas formas, la elección en el amor es personalísima. De hecho, existen matrimonios que cuesta entender cómo pueden convivir felices. Me refiero a las parejas en las que la elección ha sido sincera y no motivada por otro tipo de intereses ajenos al amor.

–Yo creo –dijo Cristina pensativa– que siempre existen intereses, aunque éstos no sean materiales, de prestigio o de necesidad.

–Explícate.

–Quiero decir que a mí me parece que lo que buscamos en el otro, y no de una forma consciente, es unas veces complementariedad y otras afinidad. Pienso que siempre es imprescindible sentir admiración por la persona que despierta nuestro cariño.

–Si no entiendo mal –quiso aclarar Sara–, opinas que el amor de pareja está movido por un sentimiento egoísta. ¿El amor paternal y filial también responden a ese sentimiento?

–En cierta forma, sí, pero entendiendo por egoísmo la búsqueda de la felicidad al lado de las personas que nos la proporcionan –respondió Cristina muy seria.

–¿Y los que dan la vida por la persona a la que aman? ¿También les mueve el egoísmo? –preguntó Sara.

–Simplemente prefieren morir antes que verse privados de esa persona. Tal vez no sea la palabra egoísmo la que debamos utilizar. Pero ¿por qué crees que mi padre se quedó impasible ante la actitud de mi madre?

–Hemos hablado mucho de este tema, Cristina, y siempre te he dicho que pueden existir infinidad de razones.

–Pero, sin duda, la más importante es el amor. Mi padre quiere a mi madre y es capaz de perdonarla porque la quiere, pero también porque no puede vivir sin ella.

–¿Y si ella ya no le quiere? Por cierto, ¿qué piensas de las personas enamoradas que al no ser correspondidas por quienes aman no dudan en facilitarles el camino a la felicidad, aunque sea al lado de otros? ¿Crees que su amor también es interesado?

–Son buenas personas. En cuanto a lo de mi padre, después de haberle dedicado muchas horas, estoy segura de que ha perdonado a mi madre porque ella se ha arrepentido del fallo cometido y le sigue queriendo.

–Me parece estupendo que hayas encontrado una respuesta, aunque debes tener en cuenta que a veces las cosas pueden ser muy distintas a como nos las imaginamos. ¿Y si un día te enteras de que tu padre y tu madre jamás hablaron del incidente? ¿Y si hablaron y tu madre le confesó que había dejado de quererle y decidieron, por vosotros, por sus hijos, seguir juntos?

Iban agarradas del brazo y Sara notó la tensión de Cristina, que, inconscientemente, le apretaba el brazo. La miró y comprobó que estaba a punto de llorar. Sara se paró, la obligó a que la mirara a los ojos y le dijo:

–Lo siento, perdóname. No quería hacerte daño, sólo pretendía que reflexionases sobre tu visión del amor. Dime la verdad, si hubiera sucedido el último de los supuestos que te he comentado, ¿tus padres, con su comportamiento, demostrarían que el amor por sus hijos es interesado? Cristina, el amor por tus padres tiene que ser tan grande y la sinceridad de tu íntimo perdón tan auténtica que no debes buscarle más respuestas a lo sucedido. Ya ha pasado.

Cristina se agarró más fuerte del brazo de su amiga y con voz emocionada le dijo:

–Gracias, Sara. No volveré a darle vueltas a lo ocurrido. Tampoco trataré de borrarlo de mi mente. Lo asumiré.

Nada más terminar de decir estas palabras, y sin que Sara pudiera responderle, casi se dan de bruces con una pareja que salía de una de

las calles que desembocan en el paseo de Recoletos.

–Perdón, señoras, discúlpennos. Íbamos totalmente distraídos –dijo el caballero, mientras las miraba fijamente.

Sara no podía creer lo que estaba viendo. Era el señor Martínez con una jovencita. Seguro que una nueva conquista. Antes de contestar, miró a Cristina, que, serena, devolvía la mirada a aquel hombre.

–No se preocupen, no tiene importancia. Buenas tardes –dijo Sara y agarró a Cristina por el brazo.

–¿Nos conocemos? –preguntó el señor Martínez.

–Jamás nos hemos visto, puede usted estar seguro –dijo Cristina volviendo la cabeza.

–Pues yo juraría que las conozco –dijo el señor Martínez a su acompañante mientras se alejaban.

Cristina suspiró profundamente y con voz tranquila recordó:

–Sara, ése es el hombre de Zaragoza.

–Ya me había dado cuenta. Seguro que nos recuerda del día que nos encontramos en el hotel.

–Pero es que ése, Sara, ése es el hombre que besaba a mi madre. Tenía que haberle dado una bofetada. Me parece un ser repulsivo y asqueroso. ¿Qué hace en Madrid? –se preguntó sobresaltada.

–Desde que lo vimos en Zaragoza, hice algunas averiguaciones y sé que viaja mucho. Que se encuentre en Madrid es pura coincidencia. Has hecho lo que debías. No le conoces de nada y dentro de poco olvidarás su cara.

Sara había decidido no contarle todo lo que sabía del supuesto señor Martínez, pero se dio cuenta de que Cristina podía volver a encontrarse con él y debía saberlo todo.

–Cristina, debo decirte que ese caballero, por llamarlo de alguna manera, es asturiano. No se apellida Martínez y es un donjuán profesional.

–¿Seguirá viendo a mi madre?

–No debes hacerte ese tipo de preguntas. No puedes estar dudando toda tu vida.

–Pero es normal. Entiéndelo, por favor.

–Claro que lo entiendo. Pero, Cristina, estás en condiciones de superar ese pasaje de tu vida. Sucedió hace años y desde entonces ha estado haciéndote daño. Lo has recordado asumiéndolo y esta tarde has podido hablar con una persona que hace un mes te provocó pánico. Tienes que pensar que nadie es perfecto y perdonar.

–Lo conseguiré, Sara. ¿Sabes que te quiero mucho?

–Creo que ya estamos todos –dijo María–. Falta Antonia, que me ha mandado aviso de que no podía venir, y Luisa e Ignacio, que esperaban la visita esta tarde de unos amigos.

–¿Qué le pasa a Antonia? ¿Está enferma? –preguntó Nicasio.

–No creo. Le habrá surgido algún contratiempo –respondió María.

–O tal vez un exceso de celo de su marido –apuntó Rosa.

–No tenía ni idea de que Ramón fuera celoso –dijo Javier sorprendido, y añadió–: Pero ¿cómo se puede ser celoso después de tantos años de matrimonio?

Sara sospechaba a qué tipo de celo se estaba refiriendo Rosa y a punto estuvo de decir algo, pero creyó mejor cambiar de tema y preguntarle a María por la fiesta de los Fernán Núñez.

–Aunque he leído un poco por encima la reseña del baile, tengo la sensación de que fue un éxito de asistencia.

–La verdad es que resultó fantástico. Como casi siempre. Tú lo sabes –dijo María mirando a Sara e inmediatamente supo que no debía haber hecho aquel comentario, aunque continuó hablando con la esperanza de distraer la atención–: La presencia de S. A. la infanta doña Isabel contribuyó a animar la reunión. Con su acostumbrada simpatía, doña Isabel bailó el rigodón de honor con el duque de Fernán Núñez y estuvo animadísima toda la noche.

Sara la escuchaba complacida. Esperó unos segundos por si quería opinar alguno y, viendo que no lo hacían, dijo:

–María, no te sientas mal por haber recordado que antes me invitaban a todas las fiestas y ahora nadie se acuerda de mí. De verdad que no me importa. Me he separado de mi marido de forma consciente, sabiendo que la sociedad me rechazaría por ello. Es el precio que debo pagar por contravenir sus normas y lo asumo de buena gana.

–Pues si no te invitan, peor para ellos. Eres una de las mujeres más elegantes de Madrid –manifestó Javier.

–Y más valientes –apostilló Cristina.

Silverio decidió cambiar el rumbo de la conversación antes de que se le ocurriera intervenir a Rosa.

–María, ¿es verdad que fue muy comentado el baile de la infanta con Mariano Benlliure?

–Sí. La verdad es que todos los que asistíamos a la fiesta intuimos en la actitud de doña Isabel un anticipo de lo que pasará con el veredicto de la Exposición Nacional de Bellas Artes. Y el gesto de la infanta fue acogido con aplausos. Ya sabéis que Benlliure goza de gran aceptación en los sectores oficiales.

–¿Os gustan las esculturas de Benlliure? –quiso saber Nicasio.

–Algunas no están mal –dijo Silverio–, aunque en conjunto no me parece un gran escultor.

–Coincido bastante contigo y con el comentario que esta mañana he leído en la prensa, por cierto muy crítico con la exposición –añadió Nicasio.

–A mí me han dicho –intervino Javier– que la selección de obras ha sido nefasta.

–Ése es uno de los asuntos reseñados en el artículo del que os hablaba, en el que se destaca que en ninguna exposición ha tenido la *escuela mamarrachista* representación más copiosa que en ésta.

–¿Alguien ha visto la exposición? –preguntó Cristina.

–Yo aún no, pero ya sé –dijo Silverio– a qué artículo se refiere Nicasio. Lo ha publicado *La Época* y no es del todo fiable. Ya se sabe cómo reacciona este periódico según qué temas.

–Sí –asintió Nicasio–, *La Época*, como la mayoría de los periódicos, arrima el ascua a su sardina. Es cierto que en este artículo aprovechan para seguir mostrando su desacuerdo con la aprobación del sufragio universal.

A comienzos de año, en enero de 1890, el gobierno Sagasta, con la oposición de Cánovas, impuso por ley el sufragio universal en España. Todos los varones mayores de veinticinco años podrían, a partir de entonces, elegir libremente a sus representantes políticos.

Cristina conocía la nueva disposición, aunque no había dedicado ni un minuto de su tiempo a pensar en ello y no entendía muy bien qué razones podían mover a rechazar tal medida.

–Que alguien me explique –pidió Cristina– por qué algunos sectores rechazan el sufragio universal.

–Es indudable que al permitir votar a todos se corre el riesgo de que pueden resultar elegidos representantes de partidos que tal vez no coincidan con los intereses de los poderes fácticos –dijo Silverio.

–Bueno –intervino Sara–, no creo que el sufragio universal signifique nada en la práctica, porque la libertad necesaria para ejercer el derecho al voto no será efectiva en la mayor parte del país.

Era opinión generalizada, en ambientes bien informados, que la realidad social de España no permitiría que esa disposición gubernamental fuera disfrutada en libertad por todos. El fenómeno caciquil se encargaría de que en la práctica todo siguiera igual. Sólo en los grandes núcleos de población podría hacerse efectiva la nueva ley.

–¿Por qué eres tan pesimista? –preguntó Cristina.

–Puedo equivocarme, aunque no lo creo. Verás, te lo voy a explicar. En muchos de los pueblos que tú conoces en Asturias, por

ejemplo, y sucederá lo mismo en los de otras provincias españolas, los votantes harán lo que decidan los caciques de la localidad, que normalmente suelen utilizar métodos enormemente persuasivos.

–Yo no tengo tan claro que muchos de los hombres que por primera vez se encuentren ante la responsabilidad de elegir a quien habrá de representarles no necesiten asesoramiento –apuntó Nicasio.

–Querido Nicasio, no seas ingenuo; para eso están los mítines –puntualizó Sara.

–Pues yo creo –era Rosa quien hacía uso de la palabra– que es perfecto que alguien decida por ellos. Menos mal que existe algo que les pone freno, si no estaríamos perdidos. ¿No habéis visto la manifestación obrera del día 1?

Por primera vez en la historia, el 1 de mayo de 1890 se celebraron manifestaciones de los trabajadores en casi todos los países de Europa y América. En España, las ciudades más industrializadas de cada provincia fueron escenario de la fiesta propuesta por la Internacional obrera. Aquellas concentraciones fueron seguidas con bastante miedo y con grandes medidas de seguridad.

–Yo no he asistido a la manifestación –dijo Javier–, pero salí a casa de un amigo sin darme cuenta de que podría encontrarme con los manifestantes. Y así fue. Al llegar a la calle del Barquillo vi unos cuantos guardias de orden público que cerraban el paso. Mucha gente se concentraba en la vecina calle de Alcalá. Era el grueso de la manifestación, que esperaba el regreso de sus representantes, que habían sido recibidos por el presidente del gobierno.

–No sabía que el señor Sagasta se hubiera entrevistado con los manifestantes –dijo Nicasio.

–Pues eso fue lo que ocurrió. Personalmente, puedo dar fe de ello. Yo escuché a Pablo Iglesias, que fue quien dio cuenta a los concentrados del resultado de la entrevista en la que le habían entregado al jefe de gobierno un escrito con las bases acordadas en el Congreso Internacional, que se celebró en París el año pasado.

–¿Qué les dijo? –quiso saber Cristina.

–Iglesias mostró su desconfianza ante lo prometido por Sagasta, que les aseguró hacer, según Iglesias, todo cuanto estuviera de su parte para que sus aspiraciones fueran una realidad. Al final de su intervención, Pablo Iglesias, al pedir que se disolvieran con el mismo orden y cordura en que se había desarrollado la manifestación, les animó a seguir trabajando con afán hasta el día que volviesen a reunirse otra vez para conseguir los fines que les son comunes y obtener resultados más reales y tangibles.

–¿Eran muchos los concentrados? –preguntó María.

–Es difícil saberlo, pero se calcula que más de diez mil.

–¿Qué piden los obreros? –preguntó Cristina.

–Reducción de jornada laboral. Reivindican no trabajar más de ocho horas diarias –contestó Silverio.

–¿Cuántas trabajan ahora? –volvió a preguntar Cristina.

–Doce como mínimo. Como comprenderás, será bastante difícil que consigan una reducción tan notable.

–Vivimos tiempos complicados –comentó Sara.

–Y más que lo serán –vaticinó Rosa.

–Creo que ha llegado el momento, queridos, de que hagamos una pausa en nuestra conversación y le demos todo el protagonismo a Nicasio –dijo María, y añadió–: Después, si os parece, en vez de chocolate o café, hoy probaremos la selección de tes que Luisa e Ignacio nos han traído de su luna de miel en Turquía.

Nunca Nicasio había arrancado tanto sentimiento a las teclas del piano. Eso es lo que le parecía a Silverio, que hacía esfuerzos por contener las lágrimas mientras escuchaba el segundo movimiento de la sonata *Los adioses*. «Así me sentiré –se dijo Silverio– cuando Cristina se haya ido. No conseguiré superarlo. Tal vez, si supiera que, como en la sonata, a la ausencia le sigue el reencuentro, esa esperanza me ayudaría a soportar el dolor. No quiero pensar en ello, todavía tengo unos cuantos días y sabe Dios qué puede pasar.»

La escena bien podría ser inmortalizada en un cuadro. Todos estaban quietos, como posando para el pintor. Sólo las manos de Nicasio se deslizaban con maestría por el teclado. Una nota vibrante, y otra y otra… Los aplausos emocionados de los asistentes, el agradecimiento del artista.

–Sois muy amables –dijo Nicasio mientras inclinaba la cabeza sonriendo.

–Nicasio, siempre que te escucho –dijo Sara–, me hago la misma pregunta que, curiosamente, nunca te he planteado: ¿por qué no te has dedicado profesionalmente a la música? Eres un pianista fantástico.

–Muchas gracias, Sara. Si te dijera que no pensé nunca en ello, mentiría. Creo que me faltaron oportunidades, aunque tampoco las busqué. Lo cierto es que me aterraba someterme a la opinión del público.

–Teniendo en cuenta lo que dices –intervino Cristina–, no sabes cómo te agradezco que hayas interpretado a Beethoven esta tarde.

–Cómo no iba hacerlo, si es tu despedida de la tertulia.

–Sí, ya puedes sentirte orgullosa –dijo Rosa–, Nicasio es muy

reacio a tocar, incluso aquí. Se conoce que tú le has caído en gracia.

–Como a todos. No sabes, querida, cómo te vamos a echar de menos. María, tendremos que buscar una nueva contertulia guapa y joven como Cristina, ya que sin ella estas reuniones no serán lo mismo –puntualizó Javier muy serio.

–Todavía no me he ido y ya estás deseando sustituirme –contestó Cristina simulando enfado, y añadió a continuación–: Quiero daros las gracias a todos por haberme admitido en vuestras reuniones, que han sido muy importantes para mí en varios aspectos, pero, sobre todo, porque me han permitido entrar en contacto con la obra y la vida de la vizcondesa de Jorbalán, la madre Sacramento. Probablemente, si no hubiese sido por vosotros, no tendría ni idea de quién fue esa mujer tan extraordinaria.

–Verdaderamente, el dicho de que hay gente para todo es una realidad. Jamás hubiera podido imaginar –dijo Rosaque una joven inteligente como tú, querida Cristina, se sentiría atraída por un personaje como madre Sacramento.

–No deberías sorprenderte, porque tú, Rosa, también fuiste sensible a su obra y a lo que ella significaba –le contestó Cristina.

–Pero en cuanto la conocí…

–No, mejor di en cuanto te recomendó encauzar tu vocación por otro camino. No tienes ni idea de la paz que sentirías, Rosa, si consiguieras olvidar y perdonar. Te lo digo yo que tengo experiencia, a pesar de mis pocos años –confesó Cristina.

–Supongo que ya sabrás que por fin van a trasladar los restos de la madre Sacramento del cementerio de Valencia a la Casa de las Adoratrices en esa ciudad –dijo Sara a Cristina.

–Sí, me lo habían comentado. Qué suerte que sus restos no fueran a parar a una fosa común. De haber sido así, serían irrecuperables.

–Cuentan que fue el sepulturero quien se negó a darle el mismo tratamiento que al resto de los enfermos que morían víctimas del cólera. Y gracias a su decisión, la enterraron en una tumba normal del cementerio –aclaró Sara.

–A veces hay personas anónimas que con sus reacciones en momentos clave resultan providenciales –apuntó Silverio.

–¿Qué habría supuesto no poder recuperar los restos de la madre Sacramento? –preguntó Javier, y añadió–: Me imagino que eso no influiría en su posible proceso de beatificación.

–No creo –contestó María–. ¿Te refieres a si puede ser utilizada como prueba de santidad la incorruptibilidad del cuerpo?

–Por ejemplo.

–Yo creo que ya no es decisivo, aunque sí puede influir. Considero

que la recuperación de los restos de la madre tiene un valor sentimental.

–¿Siguen siendo necesarios dos milagros para la beatificación? –preguntó Nicasio.

–Sí, y otros dos para la canonización –respondió María.

–A mí lo de los milagros no me ofrece mucha confianza –apuntó Javier.

–Pues son examinados a fondo. De hecho, algunos no son admitidos –aclaró María.

–Yo pienso que una de las mayores pruebas de santidad es dedicarse totalmente a amar a Dios y al prójimo más necesitado. La existencia de la madre Sacramento estuvo centrada en la eucaristía y en la oración. Vivió entregada a cada chica que necesitaba ayuda –dijo Cristina.

–Y tú –le preguntó Rosa–, ¿por qué estás tan segura de que lo hizo por amor a Dios?

–Muy sencillo, Rosa, porque ella lo dejó escrito. Además, creo que, si no es por amor a Dios, nadie sería capaz de entregarse hasta las últimas consecuencias como lo hizo la madre Sacramento. Y, sobre todo, porque las obras motivadas por ideales espirituales perviven. Sólo tienes que mirar a sus hijas, las adoratrices.

–En este aspecto, Cristina tiene toda la razón –apuntó Silverio–. Los proyectos arraigados en el amor a Dios cuentan con la fortaleza emanada de ese amor para no sucumbir ante los problemas del camino. En cuanto a la canonización o reconocimiento de la santidad de una persona, es necesario realizar un profundo estudio en el que se demuestre su heroicidad en el cumplimiento de las tres virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. Pero no debemos olvidar que todos los cristianos estamos llamados a la santidad.

–¿Tú crees, Silverio, que lo fundamental para acceder a la santidad es convencernos de que Dios nos quiere a cada uno individuamente? –preguntó Cristina.

–Se nota que estás leyendo a santa Teresa.

Sara, al escuchar que mencionaban a santa Teresa, recordó que no había cumplido el compromiso de organizar en su casa una reunión para hablar del amor místico. Se lo había prometido a Cristina el día que se conocieron. «Tal vez –se dijo–, aún esté a tiempo de prepararla. Mañana me enteraré de si el profesor Soler se encuentra en Madrid.»

14
CENA DE DESPEDIDA

Sara decidió a última hora que cenarían en el jardín. La temperatura era muy agradable. La luz de las velas brindaba una intimidad siempre importante y el olor de los jazmines contribuía al encanto deseado para aquella velada.

Sólo asistirían tres personas: Cristina, Silverio y el profesor Soler, un viejo amigo, catedrático de filosofía y estudioso de la vida de santos. Casi podría decirse que lo suyo era la hagiografía. Había vivido mucho tiempo en el extranjero, pero últimamente se había instalado de forma definitiva en España. Ernesto Soler era un hombre muy interesante. Silverio le conocía bastante y Sara estaba segura de que a Cristina le gustaría.

Desde que vivía sola, Sara organizaba frecuentes veladas en su casa, a las que asistían grupos muy heterogéneos, personas a las que antes no frecuentaba, aunque algunas fueran conocidas. Los únicos amigos de siempre que lo seguían siendo ahora eran Silverio, Luisa e Ignacio, porque, aunque a María también la seguía considerando amiga, no la convidaba a estas cenas, en parte porque no encajaba muy bien con la gente que acudía a ellas, y además para no exponerla a las críticas de determinados sectores.

A Sara le gustaba arreglarse para recibir a sus invitados. Aquella noche la cena sería en honor de Cristina y quería que todo fuera muy hermoso. Dudó sobre qué vestido ponerse. Lo cierto es que había renovado todo su guardarropa. Se vestía con menos convencionalismo que antes. Nunca se había caracterizado por seguir la moda fielmente. Le gustaba adaptarla a sus gustos, pero ahora sus trajes eran más desenfadados y por la noche le gustaba utilizar túnicas de gasa en tonos tenues o de sedas multicolores, con reminiscencias griegas las unas y orientales las otras.

Por fin se decidió por una túnica azul claro, recogida en los hombros, con dos impresionantes turquesas engarzadas en oro blanco.

Sara se miró en el espejo y le pareció que había acertado con la

elección. No pudo evitar el pensar en Federico. ¿Qué sería de él? No había vuelto a verle desde el día de la discusión sobre el bebé, a su regreso de Zaragoza. El niño estaba bien. Pasados los primeros días en que se temió por su vida, crecía fuerte y saludable. Pronto cumpliría los cinco meses. Don Miguel, su director espiritual, se ocupó de todo. Lo bautizó con el nombre de Pedro y consiguió que en la inclusa lo trataran de forma especial, es decir, aquel bebé no podía, de momento, ser dado en adopción. Sara quería dar tiempo a su marido para que reflexionara y decidiera hacerse cargo del pequeño. De momento, ella pasaba todos los meses una importante cantidad para su manutención. Era un niño rubio, precioso. Dos veces estuvo viéndole en el mayor de los secretos.

Sara no había comentado con nadie este asunto. No quería que se supiera nada, ni siquiera Cristina estaba al tanto de que había ido a ver al bebé.

Cristina, antes de arreglarse para la cena, quería terminar una carta que estaba escribiendo a la hermana Pilar. Miró el reloj; aún le quedaba tiempo. Silverio había quedado en pasar a recogerla sobre las ocho.

Esa tarde se había sentido con fuerzas y le contaba a la hermana Pilar algo del problema familiar que estaba empezando a superar:

> Hermana, pida por mí. Estoy atravesando momentos difíciles en mi vida. Debo asumir las imperfecciones de seres que siempre creí que tendrían que ser perfectos. Le hablo de mis padres, hermana. Sé que no soy nadie para juzgarlos y que, además, no debo hacerlo. Al principio, cuando tomé conciencia de mi problema, creí que no sería capaz de superarlo; sin embargo, ahora noto que me siento mejor al intentar seguir queriéndoles como siempre. Es como si yo me liberara de algo pesado.

Cristina pensó que dentro de unos días estaría en Asturias, en casa. Por una parte deseaba volver a su ambiente habitual para comprobar si todo lo que había aprendido se esfumaba al dejar Madrid y a sus amigos o si, por el contrario, el bagaje adquirido la movía a ver desde otra perspectiva la rutina diaria de su vida provinciana. También tenía que enfrentarse a la gran prueba con sus padres. En Asturias no podría contar con la ayuda de Sara, como en Madrid. «En realidad –se dijo–, no debería sentirme sola. Soy católica practicante. Quiero creer firmemente en Dios. Sería maravilloso saber que Él me quiere.» Entonces recordó emocionada la frase de la hermana Pilar que, contestando a estos anhelos suyos, le decía: «Querida Cristina, no te inquietes. El hecho de que te intereses por

estos asuntos y te sientas preocupada por ellos no es más que el método utilizado por Dios para decirte que te quiere».

«Sí –se dijo Cristina–, para ella es fácil entenderlo así, pero yo no creo que lo consiga.» Y siguió escribiendo.

> Hermana, ya sé que san Juan, en su Evangelio, al narrar «La alegoría de la vid», cuenta que Jesús, cuando les dio a sus discípulos la categoría de amigos, les dijo: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo he sido quien os ha elegido a vosotros». Con lo cual Jesús quiere dejar muy claro que es Dios quien se fija en nosotros. Nos quiere a todos, pero no espera la misma respuesta de cada uno, ¿verdad? Ya sé que se puede cumplir la voluntad de Dios desde cualquier estado y en cualquier situación, mas ¿cómo saber cuál es la respuesta que espera de mí, por ejemplo?
>
> Es éste un interrogante que me preocupa últimamente. Admiro a las personas que saben muy bien lo que quieren en la vida. Luisa supo desde el primer momento que su vida estaba al lado de mi primo Ignacio y se casó con él. Tú, hermana Pilar, has profesado como monja y Sara se separó de su marido harta de aguantarlo y porque deseaba vivir sola. ¿Por qué yo no tengo ni idea de cuál debe ser mi sitio en la vida? Ya sé que soy joven, que debo madurar y que posiblemente esté un poco obsesionada con las lecturas de santa Teresa y la madre Sacramento.

Cristina dejó un momento la pluma y pensó lo pesada que se estaba poniendo con la hermana Pilar, pero sabía que ella la ayudaría con sus consejos. Tomó de nuevo la pluma y escribió:

> Ya me dirás, hermana Pilar, qué te parece la conclusión a la que acabo de llegar en este momento: aunque siga sin saber durante mucho tiempo qué hacer con mi vida, ello no debe ser inconveniente para que sea una buena cristiana, consciente del amor que Dios me tiene.

Silverio estaba decidido a declararle su amor a Cristina. Le había dado muchas vueltas y sus sentimientos no admitían duda. Cristina era la mujer con la que quería compartir el futuro. Después de aquella noche en que quiso besarla, no había vuelto a intentarlo. Salían con bastante frecuencia. Sin duda, la proximidad que les brindaba el matrimonio entre Luisa e Ignacio facilitaba los encuentros. Silverio sabía que tanto su hermana Luisa como su cuñado Ignacio eran aliados y no dudarían en ayudarle para que sus relaciones con Cristina fructificasen. No tenía la misma seguridad en Sara. Tal vez ella supiera algo que todos los demás desconocían.

No le hacía especialmente feliz la cena de esta noche en casa de Sara. Conocía muy bien al profesor Soler, simpatizaba con él, pero restaría intimidad a la velada. Claro que Sara se había empeñado en que el tema de la noche fuera el amor místico y Soler, decían, era un

experto en esas cuestiones.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta de su habitación, Silverio se acordó de algo. Dio la vuelta, abrió uno de los cajones de la cómoda y buscó, hasta encontrar, una pequeña caja de terciopelo rojo. Sin abrirla, la guardó en el bolsillo. Inmediatamente, como arrepentido de no haber mirado en su interior, la sacó, la abrió y sonrió satisfecho. «Seguro que le gusta», pensó.

Silverio y su hermana Luisa habían heredado de su madre una importantísima colección de joyas. Aquella noche Silverio quería regalarle a Cristina una de las sortijas de su madre. Había elegido una preciosa esmeralda, engarzada en oro y rodeada de diminutos diamantes. No era una sortija de compromiso. Incluso si Cristina no quisiera ser su novia insistiría para que aceptase el presente. Silverio deseaba que la mujer a quien amaba tuviese algo suyo, algo muy querido para él, como aquella sortija que era la preferida de su madre y que él guardaba como un auténtico tesoro.

El profesor Soler había llegado a casa de Sara antes de la hora fijada. A Sara no le importó. Hacía un buen rato que estaba arreglada.

–Querido Ernesto, gracias por aceptar mi invitación. Sé lo ocupado que está y la cantidad de compromisos que tiene, por eso se lo agradezco mucho más.

–¡Oh, Sara! Déjeme que exprese mi admiración por su belleza. Nadie más hermosa que usted, queridísima amiga. En cuanto a lo ocupado que estoy, es verdad que tengo mucho trabajo, pero no es menos cierto que no abundan las invitaciones a cenar.

Sara sonrió. Qué lejos estaba Ernesto Soler de los cumplidos y disimulos sociales.

–Ernesto, ¿quiere una copita de champagne o prefiere otra cosa?

–¿Qué tomará usted?

–Champagne.

–Pues yo lo mismo.

Sara conocía los gustos del profesor y si algo le volvía loco era el champagne. Si Silverio y Cristina no tenían inconveniente, cenarían con la misma bebida.

–Estoy segura, Ernesto, de que mis amigos le resultarán muy simpáticos. Bueno, a Silverio ya le conoce. Cristina le parecerá encantadora.

–Seguro que así será –dijo el profesor mientras se servía otra copita.

Sin duda, Sara era la anfitriona perfecta. La cena había resultado deliciosa y la conversación amena y fluida. Sara no se había equivocado; el profesor Soler había sucumbido al encanto de Cristina.

–Silverio –dijo Soler–, no creo que haya en Madrid, qué digo en Madrid, en el mundo entero, dos hombres mejor acompañados que usted y que yo esta noche.

–Totalmente de acuerdo –contestó Silverio.

Lo cierto es que tanto Sara como Cristina estaban bellísimas. Una, morena con ojos verdes, en plenitud de su belleza, sin que todavía los años dejaran huella, pero con la profundidad en sus rasgos de haber vivido. «Sara –pensó el profesorpodría ser una enigmática y atractiva sacerdotisa romana.» Cristina, por el contrario, se estaba abriendo a la vida. El color trigo de sus cabellos, en contraste con la oscuridad de sus ojos, llevaban al profesor a pensar que dentro de poco aquella jovencita se convertiría en una fuerte e indomable valquiria.

Ernesto Soler era un hombre de casi sesenta años y, a pesar de su formación intelectual y de su trayectoria profesional, no dejaba de ser un varón de su tiempo y como tal no entendía muy bien por qué aquellas bellezas querían hablar del amor místico. Ese tipo de conversaciones, pensaba, era más apropiado para los hombres y tal vez, se dijo, para las mujeres feas que no tienen quien las quiera.

–Perdonen si consideran impertinencia lo que les voy a decir. Ustedes, queridas amigas, que pueden tener el mundo a sus pies y disfrutar de los placeres del amor carnal, ¿para qué quieren ocuparse del otro?

–No sea frívolo, profesor –dijo Sara, y añadió–: ¡Si usted admira más que a nadie a santa Teresa de Jesús!

–Sí, es verdad –afirmó Soler–. Me parece que fue una mujer maravillosa, valiente, con una personalidad arrolladora y, sobre todo, una importante escritora y una gran mística.

–Profesor, usted, que es hagiógrafo, ¿cree que el proceso de beatificación de la madre Sacramento saldrá adelante? –se interesó Cristina.

–Pienso que méritos no le faltan, pero nunca se sabe a ciencia cierta qué puede suceder, ya que entran en juego factores que nada tienen que ver con las virtudes del candidato a la santidad.

–La vizcondesa de Jorbalán también habla de sus experiencias místicas, aunque su relato sea distinto al de santa Teresa. Ella estaba igualmente enamorada de Dios. A mí –siguió diciendo Cristina– me impresionan algunas frases suyas, como cuando escribe: «Sufrir por Dios y padecer por su amor es demasiada dicha para mí» o «No me contento con amar poco a Dios, ¡quiero morir de amor!».

–Pues, ¿sabe, Cristina, con qué pensamiento de la madre Sacramento me quedo yo? Con uno que, a mi juicio, refleja esa comunicación especial que existe entre el alma y el Amado: «En la oración de la noche, sola con mi celoso Esposo, soy feliz, ¡se me pasa el tiempo tan pronto…!».

–¿Ése es un pensamiento de la madre Sacramento? –preguntó incrédula Cristina.

–Sí. No puede usted, querida, haber leído todo lo escrito por la vizcondesa de Jorbalán.

–A mí me resulta casi imposible entender el amor místico –dijo Sara, y preguntó–: ¿Cuál es la naturaleza de este tipo de amor y cómo se consigue, profesor?

–Menuda pregunta me hace usted. La naturaleza del amor místico es espiritual. Para los cristianos no es el individuo el que dice ahora voy a experimentar qué se siente con este tipo de amor, sino que es Dios quien se fija en las almas. La invasión divina comienza en la voluntad. Después de la unión estática, preparatoria para la unión transformadora, el alma está presa por el deseo de un amor totalizante. Todo esto hace estallar en el alma una intensa capacidad de amor: el deseo de ver y poseer a Dios y únicamente a Dios. Aumenta tanto este anhelo que llega a provocar en el alma un indescriptible tormento, causante de penas dolorosísimas y purificadoras.

–¿Cree usted que es verdad que los hombres y las mujeres sólo podemos amar de un modo? –preguntó Silverio.

–En teoría probablemente sea así refiriéndonos al amor carnal. Pero, en la práctica, ese amor no es idéntico para todos. Además, existen otros amores que no son iguales entre sí. Hay algo que me gustaría que les quedara muy claro –dijo el profesor pensando mucho lo que iba a decir–: Que no ha de confundirse la felicidad mística con el placer sexual. El placer místico es una exaltación del alma. Cuando santa Teresa describe la transverberación, la experiencia espiritual ha sido tan intensa que le ha quedado como testimonio una huella corporal; el corazón herido.

–Tal vez le voy a preguntar algo incorrecto. Le pido disculpas de antemano, profesor. Se puede relacionar el amor místico con algunas tendencias espirituales procedentes de la India que se basan en el control de la mente y el cuerpo para llegar al éxtasis.

–Querido Silverio, en todo ser humano existe la necesidad de trascender. Y desde todos los métodos de liberación interior, pacificación y apertura a la espiritualidad se puede conseguir esa trascendencia. Dicho esto, nada tiene que ver el amor místico con esas

otras tendencias. La diferencia fundamental entre uno y otro es que al amor místico no se puede llegar por propia voluntad y siguiendo determinados sistemas de relajación. Mientras que en esas espiritualidades a las que usted alude, el individuo sí es libre para iniciarse y seguir unas técnicas que le permitan conseguir su objetivo.

–Algunos dicen que el alma desempeña el papel de la mujer y Dios aparece como el hombre. ¿Experimentan lo mismo los hombres que las mujeres en el amor místico? –planteó Cristina.

–Leyendo a santa Teresa y a san Juan de la Cruz, podríamos afirmar que sí. Pero me imagino que mucho dependerá de la personalidad de cada uno. Santa Teresa es más expresiva y descriptiva desde el calor que experimenta en sus entrañas. San Juan es mucho más poético y sugerente. Su narración es evocadora. Ella lo cuenta con la fuerza que la caracteriza. Las palabras cobran en el relato de santa Teresa todo el esplendor y vigor que poseen.

–De todas formas, profesor –dijo Silverio–, es inevitable pensar en el amor pasional al leerla. ¿Usted cree que es necesaria una presencia para visualizar el amor místico?

–Ese término en santa Teresa equivale a evocar la presencia de una manera nueva. Por eso habla de re-presentación: presencia nueva, espiritual, profunda; visión interior, que es más real que la visión exterior, ya que no es engañosa. En cuanto al lenguaje amoroso que utilizan los místicos, no debe llevarnos a interpretaciones erróneas. El místico –explicó el profesor Solerusa términos tradicionales que se remontan a los orígenes del cristianismo.

–En el *Cantar de los Cantares* se expresan de forma parecida –apuntó Sara.

–Tiene toda la razón, porque ese texto ha servido de modelo a los místicos. No sé si sabrán –siguió explicando el profesor Soler– que el *Cantar de los Cantares* es una antología de canciones populares hebreas, cantos de boda que exaltaban el amor humano dentro del matrimonio.

–¿Quiénes se supone que son la esposa y el esposo en el *Cantar de los Cantares*? –preguntó Cristina.

–La Iglesia y Jesús –contestó Sara.

–Pues el diálogo es idéntico al que podrían mantener dos enamorados –apuntó Cristina.

–Ya les dije –añadió el profesor– que eran cantos propios de las bodas.

–Profesor, como resumen de todo lo que estamos hablando por qué no nos da su definición de lo que entiende por amor místico –pidió Sara.

–Yo le diría que es el descubrimiento del amor entregado de Dios. El convencimiento de que Dios se entrega del todo y eso lleva, a quien lo experimenta, al arrebato. No olviden que la gran fuerza de santa Teresa es la de saberse amada: «Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme».

–¿Cómo rebatiría mi opinión si le digo que el amor místico no existe, que es la fantasía de unos cuantos soñadores con problemas psicológicos y mentales? –insistió Sara.

–¿Quiere hacerme creer que santa Teresa era una chiflada excéntrica y san Juan de la Cruz un enfermo visionario? ¡Jamás! Nadie podrá convencerme nunca de tamaña barbaridad. ¿Han pensado ustedes alguna vez lo que sería un mundo en el que no existiera el misticismo? Pues ése sí que sería un mundo de locos, un mundo totalmente ciego.

–¿Está de acuerdo, profesor, en que las experiencias místicas suelen ser más frecuentes en las mujeres que en los hombres? –inquirió Cristina.

–¿Por qué lo dice?

–Leyendo a santa Teresa tuve esa sensación, ya que ella parece convencida de que la experiencia mística es un privilegio de las mujeres –dijo Cristina.

–Sí –añadió el profesor Soler–, ya sé a qué párrafo se refiere. Es en el *Libro de la vida*, cuando escribe: «Y hay muchas más mujeres que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo Fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo), que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba de ello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas a favor de las mujeres».

–Ése es –afirmó Cristina–. No me puedo creer que se lo sepa de memoria.

–Hay muchos párrafos del *Libro de la vida* de santa Teresa que podría recitar en este momento, pero no me diga usted, Cristina, que es de esas mujeres que quieren ser como los hombres –dijo sonriendo el profesor.

–Con todo mi respeto, profesor –intervino Silverio–, no creo que las feministas quieran ser como los hombres, sino que no se las castigue por haber nacido mujeres.

–Muy bien dicho –exclamó Sara.

–No exageremos. ¿Cómo usted, Silverio, se atreve a afirmar alegremente que las mujeres son castigadas por el simple hecho de haber nacido hembras?

–Por favor, Silverio, déjame contestar a mí –pidió Cristina–.

Querido profesor Soler, no tiene ni idea de la ilusión que me haría asistir a sus clases en la universidad y estudiar una carrera, como harán mis hermanos, pero me quedaré con mis sueños, porque eso es totalmente imposible, no porque yo sea torpe e incapaz de aprender, no porque no tenga dinero para pagar mis estudios, sino simplemente porque soy mujer. ¿Y dice usted que no somos castigadas por haber nacido hembras…?

–Profesor –intervino Sara–, me parece que no tiene nada que hacer, somos tres contra uno.

–Es posible, pero mientras no me convenzan de lo contrario, seguiré pensando igual.

–Entonces, profesor, ¿usted opina que por el hecho de ser mujeres ya quedamos inhabilitadas para adquirir conocimientos? ¿Qué piensa de Concepción Arenal? –preguntó Cristina.

–¿Recurre a ella porque aboga por el acceso de las mujeres a la cultura?

–Claro –respondió Cristina–. ¡Cómo no recordar sus palabras cuando dice que la mujer no tiene por qué verse limitada a ser esposa y madre, y que defender esa postura supone, según Concepción, eliminar el yo moral e intelectual de la mujer!

–Totalmente de acuerdo con Concepción Arenal –intervino Sara–. Me parece una gran pensadora que dice unas verdades que a muchos nos cuesta entender. Si todas las mujeres fuéramos conscientes de que nuestra dignidad no depende de nadie nada más que de nosotras, el mundo cambiaría.

–Afortunadamente –sonrió el profesor–, no es así. Me sorprende que siendo ustedes tan católicos admiren tanto a esta mujer, que dice cosas tan interesantes como: «Los amantes de la libertad no creen en Dios, los creyentes son enemigos de la libertad. El hombre religioso detesta la reforma política, el reformador desprecia las creencias religiosas. Los sacerdotes temen por la religión si triunfan los amantes de la libertad, y hacen causa común con los poderosos y los auxilian y los absuelven y los bendicen».

–Creo que en esa frase Concepción refleja el dilema que, en estos tiempos, se nos presenta a muchos ante determinados valores liberales que no son compatibles con la fe. Y eso sin olvidar el comportamiento de algunos clérigos, que también nos pueden inducir a dudar de ellos –intervino Sara.

–¿No cuestionará, profesor, la profunda fe de Concepción Arenal? Lo que sucede es que es una católica no ortodoxa –apuntó Silverio, y añadió–: Ya sabe usted que existe un sector liberal dentro del catolicismo y que muchos hablan del desasosiego espiritual que

estamos viviendo.

–Yo con el pensamiento de Concepción con que me quedo es: «Una iglesia y una escuela hacen más por subir los salarios que 100 huelgas y 200 rebeliones».

–Menudo tema ha tocado usted, querida Cristina –exclamó el profesor–. ¿Quieren que hablemos de la política social de la Iglesia?

–¿Acaso no está usted de acuerdo con la postura comprometida del papa León XIII con el mundo obrero? –preguntó Silverio con cierta suspicacia.

–Yo con quien estoy de acuerdo es con los desamortizadores y con la labor que han hecho en España. Ya está bien de que la Iglesia, que se supone de los pobres, sea multimillonaria –dijo con rabia el profesor Soler.

Silverio no quería discutir con el profesor. Era la cena de despedida de Cristina y debía contenerse, pero no podía permanecer en silencio ante lo dicho por Soler.

–¿También está usted de acuerdo con el destino que se ha dado a lo expropiado?

–Mejor que los curas, los frailes y las monjas es preferible que lo disfrute cualquiera. Ellos deben darnos ejemplo. Además, no se preocupe usted, ya han recibido compensaciones por lo expropiado.

–¿A usted, profesor, le gustaría que de repente el gobierno decidiera privarle de lo que es suyo? ¿Cómo calificaría ese hecho? ¿No cree que es un robo? –dijo Cristina un tanto alterada.

Sara era amiga de Ernesto Soler desde hacía bastantes años y nunca le había visto tan provocador como aquella noche. Lo cierto es que no sabía si era creyente o no. Nunca se lo había planteado porque, al ser gran conocedor de la vida de los santos, siempre pensó que no podía ser otra cosa. Sin embargo, ahora dudaba. Tenía que poner fin a aquella disputa, por eso les propuso:

–¿Por qué no entramos en casa? Ha refrescado bastante y podemos resfriarnos. Además, Cristina tiene que viajar dentro de dos días. Por cierto, profesor, ¿conoce usted Asturias?

–No. Estuve a punto de ir el año pasado con un amigo, pero a última hora no pude.

–Silverio –llamó Sara–, ¿qué te parece si organizamos una excursión y nos vamos los tres a ver a Cristina?

Silverio pensó que Sara se estaba trastornando. ¿Cómo le podía proponer hacer un viaje con aquel insoportable? No iría con él a ninguna parte; sin embargo, respondió:

–Me parece una idea estupenda.

–Qué amables son ustedes. Estoy deseando conocer su tierra,

Cristina. Me han hablado mucho de la belleza del prerrománico asturiano.

–Pues seguro que se han quedado cortos –dijo Cristina riendo.

–¿Sabe qué lugar me atrae de forma especial?

–¿Santa María del Naranco o San Miguel de Lillo? –dijo Cristina casi segura de que sería uno de estos dos monumentos prerrománicos el elegido.

–No. Es otro el que me interesa, posiblemente menos importante, pero para mí cargado de simbolismo. Me estoy refiriendo al Conventín de Valdediós. ¿Lo conoce?

Cristina había estado en más de una ocasión en el Conventín, porque sus abuelos era oriundos de Villaviciosa. Allí vivía parte de su familia paterna y Valdediós se encontraba muy cerca. Pero lo cierto era que no entendía muy bien el interés del profesor.

–Sí lo conozco, pero tal vez no muy bien. Me resulta extraño que lo prefiera a las otras edificaciones prerrománicas. ¿El atractivo que ejerce sobre usted es artístico o histórico?

–¿Y por qué no sentimental? No se asuste, querida, la verdad es que tuve un amigo muy querido que murió hace unos años. Era fraile cisterciense y conocía muy bien Valdediós. Él formaba parte de la comunidad que se vio obligada a abandonar el monasterio en 1835 debido a la desamortización de Mendizábal. Me contó parte de la historia de esa iglesia y me habló del rito hispánico en que fue consagrada. El rito hispánico –explicó el profesor– era la expresión religiosa de los cristianos antes de que se les impusiera el rito romano.

–¿Se refiere usted al mozárabe? –quiso saber Silverio.

–Sí, aunque yo creo que es más exacto llamarlo hispánico, porque, a pesar de que los cristianos que siguieron conservando su fe y sus costumbres bajo el dominio musulmán recibieron el nombre de mozárabes, no por ello dejaron de ser hispánicos y manifestaban su fe como lo habían hecho antes.

–O sea, que su amigo fue monje en el monasterio de Santa María de Valdediós y se vio afectado por la desamortización que usted defiende –casi le reprochó Sara.

–Bueno –dijo el profesor–, tal vez antes he generalizado un poco. Aunque está claro que en un momento tan difícil como el que atravesaba España, diezmados sus fondos por las guerras y otras calamidades, algo tenía que hacer con las, en muchos casos, excesivas propiedades de la Iglesia. Eso no quiere decir que en situaciones muy concretas fuera innecesaria su aplicación, como en Santa María de Valdediós, a la que después de ser arrebatada a la Iglesia no se le dio ninguna utilidad.

–Pero ahora es colegio escuela –intervino Cristina.

–Conozco muy bien la historia –dijo el profesor con cierto sentimiento–. Mi amigo me contó que cuando se llevó a efecto la desamortización, toda la comunidad cisterciense se fue, a excepción de dos frailes. Uno de ellos, el padre Valeriano, pasado un tiempo, convenció al arzobispo de Oviedo de la conveniencia de comprarle al gobierno el monasterio de Santa María. Y así lo hizo la iglesia asturiana. En 1860 se le dio el destino que tiene en la actualidad.

–Sin duda, en este caso concreto –ironizó Silverio– fue efectiva la operación del gobierno. Expropia y luego lo vende al propio expropiado.

–Hubo casos desafortunados como éste, mas sigo pensando que la desamortización era necesaria.

–Probablemente en ese asunto nunca conseguiremos ponernos de acuerdo –concluyó Silverio.

–Profesor, ¿su interés sentimental por visitar Valdediós se debe exclusivamente a la presencia de su amigo en el monasterio de Santa María?

–Es usted un poco curiosa, querida Cristina, pero en atención a su juventud se lo contaré. Mi amigo murió con la pena de no volver al Conventín de Valdediós, y no por lo que significaba para él, sino por no poder visitar la tumba de los dos compañeros que se negaron a irse y allí murieron, en el Conventín, donde fueron enterrados.

Verdaderamente, pensó Sara, el profesor Soler era un personaje desconcertante. Tan pronto provocaba irritación como movía a la emoción.

–¿Y usted, profesor Soler, quiere cumplir ese deseo de su amigo?

–Sí –respondió muy serio, aunque inmediatamente recobró la sonrisa, acaso forzada; ése era su carácter–, pero también me interesa muchísimo comprobar si puedo experimentar las buenas vibraciones que dicen existen en el lugar. Es posible que consiga entrar en contacto con el espíritu alegre de los reyes Alfonso III el Magno y Jimena, fundadores del Conventín el día de su consagración, o con el de alguno de los siete obispos que participaron en la misma.

–No esté tan seguro, profesor, de que las vibraciones sean alegres. Dicen que fue en el Conventín de Valdediós donde Alfonso III lloró la traición de sus hijos, que, según la tradición, atentaron contra su vida. Ya sabe que a su muerte dividieron el reino en tres partes: Galicia, Asturias y León –puntualizó Silverio.

–No tenía ni idea de que fuera usted un experto en historia.

–No lo soy, profesor, aunque siempre me han interesado los orígenes de la monarquía española.

A Silverio le gustaba la conversación, pero estaba deseando que la velada terminase. Quería quedarse a solas con Cristina, pero el profesor Soler no parecía tener ninguna prisa. Estaba animadísimo y disfrutando más que ninguno de la reunión.

–Profesor, ¿le pongo un poquito más de coñac?

–Por favor, Sara –dijo acercando la copa.

–¿Quieres tú, Silverio?

–Sí, pero ya me sirvo yo, gracias.

Cuando estaban llegando a casa de Cristina, Silverio, hablando muy bajo, le dijo:

–Me invitas a pasar dos minutos. Querría decirte algo.

–Claro, pero es muy tarde. Seguro que mi tía está acostada y…

–No te preocupes. Ella no tendría inconveniente, puedes estar segura. Nunca te pondría en una situación incómoda. De verdad, soy de fiar –dijo Silverio riendo.

Reía, pero apenas podía controlar el nerviosismo. No sabía cómo declararse. Aquello era muy difícil.

Trinidad jamás se acostaba mientras no estuvieran todos en casa; se quedaba levantada esperando, por muy tarde que fuera.

–Pero, Trini, ¿cómo no te has acostado todavía? Ya te dije que no te preocuparas, que llevaba la llave.

–Prefiero esperar por si necesitan algo.

–Si queremos tomar una copa, nosotros podemos servirnos. Silverio es como de la familia.

–Sí, pero si no le importa prefiero quedarme.

–Como quieras –contestó Cristina con resignación.

Trinidad, después de preguntarles si deseaban algo, les dejó solos en el salón y se fue a la cocina. No pensaba irse a su habitación hasta que el señorito Silverio no hubiera abandonado la casa.

–Necesito una copa –dijo Silverio mientras se servía coñac–. ¿Te pongo a ti?

Cristina no estaba acostumbrada a tomar alcohol. En la cena apenas si había probado el champagne, pero presintiendo lo que Silverio le iba a decir, accedió:

–Por favor, sírveme un poco de oporto.

Silverio, en vez de ponerse al lado de Cristina, que estaba sentada en el sofá, buscó una silla y se colocó enfrente. «Qué poco natural soy –se dijo–. Cuando lo normal sería que me sentara a su lado, le tomara una mano y le dijera lo mucho que la quiero.»

Cristina, después de observarlo durante un buen rato, estaba segura de que o le facilitaba el camino o podrían pasarse horas y horas

sin que él encontrara la forma de decirle lo que ella se imaginaba.

–¿Por qué no te sientas aquí a mi lado? De esa forma será mas fácil que hablemos –dijo Cristina sonriendo.

–Sí, tienes razón.

Al tenerla cerca, estando a solas, Silverio sintió una gran turbación y tomando la mano de la muchacha, le dijo emocionado:

–Te quiero, Cristina. Estoy locamente enamorado de ti. Deseo pasar el resto de mi vida a tu lado. Sería la persona más feliz del mundo si aceptaras ser mi novia.

«Si hace cinco meses me dice esto me vuelvo loca de alegría –pensaba Cristina–, pero ahora no me siento segura.»

–La verdad es que yo también te quiero mucho. Eres el hombre más importante en mi vida, mi mejor amigo, pero necesito tiempo. He tenido problemas. Todavía no los he superado y debo reencontrarme a mí misma.

Silverio, sin poder o sin querer contenerse, la besó apasionadamente. Cristina no reaccionó, como sucedió la vez anterior, pero si alguien pudiera ver la expresión de sus ojos, se daría cuenta de lo ausente que permanecía a lo que le estaba pasando. Silverio, al no encontrar respuesta ni tampoco rechazo, suplicó con lágrimas en los ojos:

–Déjame que te ayude. No viviré nada más que para ti. Haré todo lo que tú quieras.

–No llores, por favor, se me parte el corazón. Tienes que saber que deseo estar tan enamorada de ti, como tú dices estarlo de mí, pero debes darme tiempo. Te escribiré con frecuencia.

–No, no sigas. Sólo pensar que te vas y que dejaré de verte me produce ahogo. Es como si me faltará el aire. Cuando tú no estés en Madrid, Cristina, no podré respirar.

–No digas tonterías –bromeó Cristina tratando de quitarle dramatismo a la situación–. Respirarás exactamente igual, aunque, eso sí, cuando me visites en Asturias, seguro que lo harás mejor. Allí el aire es mucho más puro.

–Prométeme que pensarás en mí y en nuestra vida en común –insistía Silverio.

–Puedes estar seguro. Ya te dije que eres el único hombre que me interesa.

–Pero no quieres comprometerte.

–Soy muy joven y necesito tiempo para pensar.

–De acuerdo –dijo Silverio levantándose–, no te molesto más.

–Sabes, Silverio, que siempre estarás en mi corazón.

–Pero no como yo quisiera.

–No digas bobadas. Ninguno de los dos sabemos cuál será nuestro futuro.

Estaban en la puerta, a punto de despedirse, cuando Silverio se dio cuenta de que no le había dado la sortija:

–Cristina, me gustaría que aceptaras este recuerdo. Es algo muy querido para mí y deseo que sea tuyo.

Cristina abrió la cajita y al ver la preciosa y valiosa sortija exclamó:

–No puedo aceptar. Es un regalo demasiado valioso.

–Por favor, no lo rechaces. Es una forma de sentirme unido a ti.

Cristina supo en ese momento que Silverio siempre la querría y jamás se enamoraría de otra mujer. Emocionada ante este descubrimiento, acercó sus labios a los de él.

Al sentir el ruido de la puerta, Trinidad supuso que el señorito Silverio se había ido y se acercó a ver si deseaba algo la señorita Cristina. Le sorprendió encontrarla apoyada en la pared del pasillo con la mirada un tanto perdida. No se atrevió a decirle nada y dio la vuelta.

Cristina la vio y a punto estuvo de pedirle que se quedara para charlar un rato con ella, pero la dejó ir.

15

CINCO AÑOS DESPUÉS

En la casa de los Sorribas se celebraba con una gran fiesta la puesta de largo de su hija mayor, que cumplía veintiún años. Los padres de la protagonista, Carmen y Eduardo, recibían emocionados a los invitados. Ni uno solo había declinado la asistencia, lo que les hacía sentirse orgullosos, porque, aunque algunos eran amigos suyos, la mayoría lo eran de Cristina, que estaba radiante aquella noche.

–Encantada de conocerles –les decía una señora de cabellos blancos, peinados en una larga trenza–. Soy la profesora de violonchelo de su hija.

–Gracias por venir. Encantados, es un placer. Allí está Cristina.

Al fondo, rodeada de un grupo de gente, Cristina brillaba con luz propia. Iba vestida completamente de blanco como una novia. Con su hermosa melena rizada. ¿El color? El mismo que el del trigo iluminado por el sol. Podría ser una hermosa doncella del Renacimiento. Sólo uno de los rasgos de su cara no era mimético a los de las mujeres de aquella época: sus ojos. Los de Cristina eran negros, de una profundidad sin límites y una expresividad arrolladora, no muy característica en las miradas de las encantadoras, sensuales y etéreas bellezas renacentistas, aunque indudablemente siempre pueden existir excepciones.

En unos minutos que no llegaba nadie, Carmen aprovechó para comentarle a su marido la presencia de Rodrigo, el joven por el que ella suspiraba como futuro marido de su hija.

–¿Sabes, Eduardo, que Rodrigo sigue sin decidirse a comprometerse con ninguna chica?

–No, no tenía ni idea.

–Yo creo que no lo hace porque le gusta nuestra hija y, como ella tampoco sale con nadie, no pierde la esperanza.

–¡Ay, Carmen!, todas esas suposiciones son fruto de tu imaginación. Tanto deseas ese matrimonio con el hijo de los MuñozSotomayor que sueñas con él.

–¿A ti no te agradaría?

–Claro que sí, pero es a nuestra hija a quien tiene que gustarle. Y ella parece no querer saber nada.

–¿No encuentras un poco extraño su comportamiento? Casi todas sus amigas tienen novio y ella no se decide.

–Ya lo hará –respondió Eduardo con ánimo de tranquilizar a su mujer–. También puede suceder que haya conocido a alguien en Madrid.

–La verdad es que tenemos que reconocer que Cristina volvió totalmente cambiada. La estancia en casa de mi hermana María le vino de maravilla. Sí, es posible que guarde ausencias, pero ¿tanto tiempo? –se preguntó la madre preocupada.

–No olvides que de vez en cuando vienen amigos a verla. Uno de ellos, Silverio creo que se llama, puede que sea el candidato.

–Buenas noches, señores, es un honor para nosotros que nos hayan invitado, somos amigos de Cristina.

Carmen y Eduardo disimularon, especialmente Carmen, que a punto estuvo de decirles que se habían equivocado. ¿Cómo podían ser amigos de su hija aquellos dos jóvenes tan mal vestidos. Ella llevaba un vestido raído y él una barba totalmente descuidada.

Cristina, que se encontraba cerca de la entrada, no dio tiempo a sus padres a que dijeran nada y se dirigió al grupo.

–Queridos Ana y Miguel, qué alegría que os hayáis animado a venir. Pasad, que quiero presentaros a otros amigos.

Cristina había accedido a que sus padres organizaran la fiesta de cumpleaños porque deseaban celebrar también su puesta de largo, como era lo habitual en las familias acomodadas. Pero les había pedido que, ya que era su fiesta, la dejasen convidar a algunos amigos que probablemente a ellos y a algunos invitados no les gustaran demasiado, pero que formaban parte de su mundo.

Cristina había crecido y madurado no sólo en su aspecto físico, sino también en su interior. Había ganado sobre todo en serenidad. Ahora era una persona que transmitía paz, deseosa de que todo a su alrededor estuviese en armonía. Sus padres, a pesar de no estar de acuerdo con muchos de los invitados, reconocían que la fiesta estaba resultando un éxito. Cristina no perdía detalle de cuanto acontecía. En un momento dado de la noche alguien propuso en voz alta, medio en serio, medio en broma, que Cristina les demostrara sus habilidades con el violonchelo. La señorita Ivánovich, su profesora, la animó.

–Puede hacerlo. Sabe que yo no la animaría si no creyese que es capaz.

–Pero, Nadia, usted sabe que quienes me lo han pedido lo hacen

por considerarme una extravagante al dedicarme a estas cosas. Casi todos los amigos de mis padres comparten esa opinión.

–¿Y a usted le importa? Demuéstreles que no es ningún capricho de mujer ociosa el interpretar música y que puede crear belleza exactamente igual que un hombre. Impresióneles usted, Cristina.

Nadia Ivánovich se dedicaba a dar clases particulares de piano y violonchelo, ya que era una consumada intérprete de los dos instrumentos. Hija de padre ruso y madre asturiana, Nadia había nacido en Moscú y allí discurrió su vida. Al morir sus padres y recibir la herencia en la que figuraba una casona en Asturias, decidió hacer un viaje para visitar la tierra de su madre. Tanto le gustó, y tal fue el cariño que le demostraron unos parientes lejanos, que decidió quedarse definitivamente.

–¿Por qué no tocamos juntas? –le propuso Cristina.

–Yo lo hago encantada.

–Gracias, Nadia. Con usted al piano no tendré miedo.

–¿Qué le apetece? –sin dejarla responder, Nadia añadió–: Qué tonta soy, ya sé que elegirá a Beethoven.

–Sí. ¿Qué le parece la sonata para violonchelo y piano en re mayor?

–Perfecto –dijo la profesora de música–. Tocaremos el segundo y el tercer movimientos, para que usted pueda lucirse.

Estaba emocionada y muy contenta por haberse atrevido a actuar en público y deseaba transmitirle la alegría de aquel momento a Sara, por eso, a pesar de lo tarde que era, se puso cómoda y se sentó a su escritorio.

> Queridísima Sara:
>
> Tenías que haberme oído. Fue maravilloso. Me sentí tan bien… Esta noche, en la fiesta de mi cumpleaños y ante todos los invitados he tocado el violonchelo, aunque es posible que sin la ayuda de Nadia no me hubiese atrevido. Pero ya sabes cómo es ella.

Entonces, Cristina recordó la impresión que Nadia produjo en Sara y cómo se lo había contado:

–Dios mío, ¿has visto qué energía? Es fantástica. ¿Cómo puede hacer tantas cosas? Sólo con pensar en su actividad a lo largo del día me canso.

–Es que tú, Sara –contestó Cristina–, eres una señorita de ciudad.

Pero lo cierto era que Nadia, además de sus clases, cultivaba ella misma la huerta. No tenía a nadie que la ayudara en los trabajos de la casa y, pese a ello, leía más libros que cualquiera de sus amigos y

estaba siempre dispuesta a dar caminatas por los preciosos senderos asturianos. Cristina no conocía a nadie que disfrutara más en contacto con la naturaleza que Nadia.

> Hace dos días, Nadia me propuso que fuéramos a Covadonga. Ya sabes, Sara, lo que ese lugar significa para mí y cómo me emociono cada vez que llego allí. Sin embargo, mi sentimiento quedó reducido a casi nada al compararlo con la explosión experimentada por Nadia, que lloraba sin ningún recato en las inmediaciones de la cueva de la Santina. Tú sabes que ella no es católica ni asturiana, por lo tanto, no era un sentimiento religioso ni nacionalista lo que le provocó esa emoción, sino la simple contemplación del paisaje. Lo cierto es que era un día muy peculiar. Llovía… y en Covadonga lo hace de forma especial. Era como si estuviéramos fuera del mundo.
>
> Fue una jornada inolvidable. ¿Sabes qué te digo, Sara? Que deberíamos aprender de Nadia, de su vitalidad. Vive la vida en plenitud, disfruta al máximo cada momento. Es admirable… Por cierto, ¿ha regresado Silverio? Me dio la sensación, en su última carta, de que no se encontraba muy bien de ánimo.

Cristina y Silverio seguían siendo muy amigos. Se habían visto en varias ocasiones desde que ella regresara a Asturias. Los dos eran los padrinos de la preciosa niña de Luisa e Ignacio, que ya tenían otros dos bebés. Cristina no podía evitar que su cara se dulcificara al pensar en sus primos. Formaban una pareja tan enamorada… La vida debía de resultar para ellos maravillosa. Ésa es la existencia que ella desearía al lado de Silverio, pero no está segura. Y no sabe si alguna vez lo estará, por eso le rogó a Silverio en más de una ocasión que se replanteara el futuro, que no podía pasarse los años esperando que ella se decidiera a casarse con él. Cristina sabe que es inútil pedirle que la olvide, porque Silverio es de esas personas que se enamoran una sola vez en la vida, y la quiere a ella.

> … si le ves, dile que le escribiré dentro de unos días y que no sea tan perezoso, que estoy deseando que me hable de la vida en esos países exóticos.
>
> Sara, me hubiera gustado que los dos estuvierais conmigo esta noche. Sois mis amigos más queridos. Después de aquel día en tu casa, ¿te acuerdas?, no he vuelto a fumar un pitillo hasta hace media hora, en que Nadia me incitó a ello.
>
> Cómo se nota que estoy cansada, iba a despedirme sin preguntarte por Pedro. Ya me contarás qué decisión has tomado tras la muerte de Federico.

–A veces, Sara, quisiera que se comprometiera con otro hombre. Sería duro, pero, por extraño que te parezca, mi esperanza de conseguir que un día se enamorara de mí sería mayor, porque ahora creo que tengo la batalla perdida. Me enfrento a lo inevitable. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

–Sí, Silverio, creo que lo sé.

Casi todos los días que Silverio permanecía en Madrid, entre viaje y viaje, visitaba a Sara. Se pasaban varias horas juntos. Hablaban de todo, pero especialmente de Cristina. Sara quería mucho a Silverio y deseaba ayudarle. Silverio se aferraba a ella y deseaba su compañía por su vinculación con Cristina. Aquella tarde, Sara le encontró bastante desmejorado.

–No termino de reponerme del fuerte catarro. He pasado más de una semana con fiebre, pero estoy bien, no te preocupes. Así me lo ha confirmado esta mañana el doctor, después de hacerme un exhaustivo reconocimiento. Por cierto, Sara, ¿te ha visto el cardiólogo?

–Sí. Hace más de quince días que estuve con el doctor Ramos.

–Seguro que te encontró perfecta.

–No. Tengo una pequeña insuficiencia cardíaca. Debo evitar las grandes emociones y privarme de hacer ejercicio. Figúrate el problema que se me plantea, yo, que me paso el día sentada en el jardín –rió Sara.

–¿No te ha recomendado un tratamiento? ¿No se puede superar esa dolencia? Tú eres joven, Sara. ¿Cuántos años tienes? Ay, perdona. Ya sé que no se debe preguntar la edad a una dama.

–Conmigo no tienes problemas; además, soy casi de tu misma edad; te llevo sólo un año. Dentro de unos días cumpliré treinta y cuatro.

–Nadie lo diría; estás muy bien.

–Tú también, querido.

–¿Qué sabes del profesor Soler? ¿Sigues invitándole a tu casa?

–Hace más de un año que no le veo. Se ha ido a Italia. Creo que está a punto de regresar. Si quieres organizo una cena para que nos cuente sus experiencias en Italia.

–No, ni se te ocurra. Todavía recuerdo el viaje que hicimos juntos a Asturias. Estarás de acuerdo conmigo –dijo Silverioen que tu amigo es bastante pesado.

–Sólo algunas veces. Silverio, ¿te apetece que en marzo vayamos quince días a Asturias para darle la bienvenida a la primavera con Cristina?

–Qué romántica eres, Sara. No cambies nunca. ¿Crees que a ella le gustará? ¿No la importunaremos? –preguntó Silverio, que de repente se había convertido en una persona feliz e ilusionada.

–Le escribiré esta misma tarde. Creo que estará encantada, pero la avisaremos con tiempo, porque sé que tres o cuatro días a la semana se va a Oviedo, a la Casa de las Adoratrices, que desde hace unos meses tienen colegio en Asturias.

–Me han dicho que el papa León XIII está a punto de declarar

venerable a la madre Sacramento.

–Ése suele ser el paso previo a la beatificación, ¿verdad?

–Con certeza, nunca se sabe, aunque yo creo que la vizcondesa de Jorbalán no sólo será beatificada, sino canonizada. No sé si nosotros lo veremos, pero estoy casi seguro –dijo Silverio.

–¿De dónde te viene esa seguridad?

–No es seguridad, es un simple presentimiento. Creo que se lo merece. Ya sé que no soy nadie para hablar de santidad, pero en el aspecto humano su existencia ha sido ejemplar. La madre Sacramento lo ha dado todo, incluida su vida, por ayudar a las mujeres marginadas. No le importó ni la incomprensión ni las críticas que su actuación despertaba; siguió adelante… ¿Sabes, Sara? Cada día admiro más su comportamiento, porque pudo haberse dedicado a otro tipo de apostolado pero eligió el más difícil y complejo. También el más necesitado de amor, desde luego. Como ella bien decía, «deseaba ayudar a aquellas mujeres a las que nadie protegía y eran tratadas con desprecio y dureza, aun por los mismos que las habían perdido».

Sara no pudo evitar el pensar en la influencia que Cristina ejercía en Silverio respecto al cariño que sentía hacia la madre Sacramento. Seguro que Cristina le hablaría de ella en sus cartas. De todas formas, lo cierto era que, después de la tertulia en la que debatieron sobre la vida de la vizcondesa de Jorbalán, casi todos la sentían como un personaje cercano. Bueno, todos menos Rosa y, posiblemente, Antonia. De repente, Sara se acordó:

–Silverio, ¿le has dado el pésame a Antonia? Hace un mes que murió Ramón, su marido.

–¿Qué dices? No tenía ni idea. En realidad he llegado ayer y no he visto a nadie. ¿Qué le ha sucedido?

–Problemas respiratorios. Siempre fue un gran fumador.

–¿Cómo lo lleva Antonia?

–Bastante bien. Se ha casado uno de los chicos. El otro sigue con ella.

–Sara, nunca te lo he preguntado y, sin embargo, he pensado muchas veces en algo que se dijo veladamente una tarde en la tertulia a la que no pudo asistir Antonia. Creo que fue Rosa la que habló de exceso de celos de Ramón, y Javier, sorprendido, preguntó. Tú, que te conozco muy bien, desviaste la conversación y no sé por qué tuve la certeza de que tratabas de ocultar algo.

–Pues has acertado.

–¿No me lo vas a decir?

–Ya no merece la pena.

–Si es lo que sospecho, deberías haberlo dicho antes y convencer

a Antonia para que reaccionara.

–No digas bobadas. Antonia se comportó como quiere la sociedad. Igual que hacen otras mujeres con idéntico problema al que ella padecía y que jamás reconoció ni nunca reconocerá.

–¿Por qué no me dices qué le pasaba?

–Pero si acabas de reconocer que lo sabes.

–Lo sospecho, pero me gustaría que tú me lo dijeras.

–No. Si Antonia quiso guardar silencio, yo la respeto.

–¿Por qué no te atreves a decir que Ramón la maltrataba?

–Lo has dicho tú.

–No puedo entenderte, Sara. Tú jamás hubieses soportado una situación similar.

–No estés tan seguro. Depende de muchas circunstancias, de los hijos, del amor y, sobre todo, del entorno. Infringir las normas sociales es muy costoso, te lo hacen pagar muy caro.

Todas las amigas de Antonia conocían su situación, y no porque ella lo hubiera contado, ya que Antonia, por su forma de ser, y con independencia del ambiente social, nunca reconocería un problema de ese tipo. No lo haría ni ante sí misma. Sara se puso triste al pensar en el drama de muchas mujeres que soportaban situaciones de ese tipo, porque, como bien sabía, poco podían hacer. Además, nadie las creería.

–Sara, se me olvidaba que tú conoces, por propia experiencia, lo que supone enfrentarse a la sociedad incumpliendo sus normas.

–Confieso que lo he pasado mal, pero a cambio conseguí la paz y el sosiego. Aunque te cueste creerlo, Silverio, muchas de las familias que se decían amigas y que me hicieron el vacío, ahora, después de morir Federico, al quedarme viuda, han vuelto a invitarme a sus fiestas.

–Verdaderamente, a veces los seres humanos nos comportamos de una forma asquerosa. ¿Ninguna de esas personas conoce lo que significa la amistad? Yo no me movía en tu círculo social, pero te aseguro que dejaría de ir a las fiestas en que le hicieran un feo a un amigo.

–Seguro que así sería, por eso te quiero tanto –dijo Sara.

–Y yo a ti. No sé qué sería de mí si no pudiera desahogarme contigo. Si supieras cómo la quiero… No pasa ni una hora sin que piense en Cristina.

A Sara le enternecía ver lo enamorado que estaba Silverio. Tal vez ella pudiese ponerle en contacto con algunas jóvenes para intentar que hiciera nuevas amistades. Estaba segura de que no había salido con nadie en todo este tiempo.

–Anímate, Silverio. Dentro de poco estaremos en Asturias con Cristina.

16

OVIEDO, SEPTIEMBRE DE 1934

Caminaba despacio por el pasillo. Le apetecía correr para estar con ella cuanto antes. «Tranquilidad –se dijo–, tengo sesenta años.» Hacía tiempo que no se veían y estaba deseando abrazarla. «¿Cómo estará? Seguro que se ha convertido en una viejecita maravillosa.» Al acercarse a la sala donde la esperaba la visita, percibió un perfume conocido: olía a leña quemada. La hermana Cristina de la Cruz no pudo contenerse y entró como una exhalación diciendo:

–¡Sara, querida Sara!, cómo me alegro de que hayas venido. Déjame que te vea.

Las dos mujeres se abrazaron emocionadas y así permanecieron, hasta que por fin decidieron separarse y, cogidas de la mano, se sentaron juntas.

–Y yo que pensaba encontrarme con una viejecita maravillosa…, pero estás igual que siempre: tan guapa y con tanta clase.

Sara seguía siendo una mujer delgada y esbelta, sólo las arrugas de su cara y el blanco de sus cabellos delataban su avanzada edad. Vestía un traje verde con adornos de terciopelo negro y un pequeño tocado, también negro, a juego, que le sentaba perfectamente al moño que llevaba. «Cuánto ha cambiado la moda», pensó la hermana Cristina al observar el largo de los vestidos, que sólo cubría unos cuantos centímetros por debajo de la rodilla. Ella vivía ajena a las modas, pero estaba en contacto con la gente y sabía que los gustos estéticos eran muy distintos. Sin embargo, nunca se había parado a pensar en ello, pero ahora, al ver a su amiga Sara, no pudo por menos que fijarse en todos esos detalles. Indudablemente, aquel tipo de traje, tan distinto a los que se usaban cuando ella estaba en el mundo, a Sara le sentaba estupendamente. Siempre había sabido adaptar la moda a sus gustos. La hermana Cristina la miró de arriba abajo y le dijo sonriente:

–Sara, es increíble lo elegante que estás.

–No seas zalamera, Cristina. Soy una anciana que, si Dios quiere,

cumpliré en el próximo mes de octubre setenta y tres años. Pedro no quería dejarme venir, pero me impuse.

–¿Cómo están Pedro y su mujer? Perdóname, pero no recuerdo su nombre.

–Elena, se llama Elena. Están muy bien y la niña que tienen es preciosa.

–No sabía que te hubieran hecho abuela.

–Yo no puedo ser abuela, porque no he tenido hijos –dijo Sara.

–Pedro es como si lo fuera.

–Tú ya sabes que le he contado la verdad. Bueno, la verdad a medias. Sabe que no es hijo mío, pero sí de mi marido.

–Qué buena y qué valiente eres, Sara. Siempre lo fuiste. Si no fuera por ti, Pedro habría crecido en la inclusa y sabe Dios cuál sería su futuro. Le has contado todo, menos que su padre no le quería, ¿verdad?

–Era innecesario. Carecía de sentido quitarle la ilusión de haber tenido un padre digno. Además, era mi pequeña venganza para con Federico –dijo Sara sonriendo, a la vez que le pedía–: Háblame de ti, Cristina, cuéntame cómo te va la vida en el colegio.

Sara miraba a su amiga y, aunque la había visto muchas veces con toca y vestida de monja, le costaba identificarla con la muchacha que ella conocía. Sólo los ojos seguían teniendo la fuerza de siempre. Cada vez eran más oscuros y profundos. «La vida se le sale por ellos. Jamás podría disimular que es una mujer apasionada, sus ojos la traicionarían», pensó.

–Luego te cuento todo lo que quieras de mí –dijo la hermana Cristina–, pero primero háblame de Silverio. ¿Estuviste con él hasta el último momento? Le pido a Dios y a santa María Micaela todos los días por él.

–Querida Cristina, tú pediste la intercesión de la madre Sacramento desde el momento en que supiste de su existencia. ¿Te acuerdas cuando una noche en Zaragoza decidiste encomendarte a ella para que te ayudara a encontrarte a ti misma?

–Sí, claro que me acuerdo. Desde entonces siempre la he tenido presente. Creo que ella me ha ayudado igual que le ha dado fuerzas a una de nuestras colegialas de Oviedo, que, al leer en uno de los periódicos las virtudes y el comportamiento de nuestra Santa Madre con motivo de su canonización, no pudo evitar que los remordimientos se adueñaran de ella.

–¿Qué le había sucedido?

–Te resumiré la historia. Era una alumna más de nuestro colegio. Por causas de salud, tuvo que irse con su familia, que no tenía

creencias religiosas. Intentamos conseguirle un trabajo serio, pero pronto su hermana la convenció para llevar un tipo de vida poco conveniente. En el trabajo que nosotras le buscamos prescindieron de ella y se vio obligada a volver a su casa y a llevar desde entonces una vida de completa libertad y desenfreno, pues su madre dejaba bastante que desear y en vez de sujetarla la inducía al mal. Una noche recibimos una llamada de teléfono en el colegio. Era ella, que nos pedía que por Dios le abriéramos la puerta, que venía huida y que la cobijáramos en la casa. Quería confesarse cuanto antes. Decía que, al conocer lo que había hecho la madre Sacramento, le había dado un vuelco el corazón, y no cesaba de repetir: «Madre mía, tú tan rica, vizcondesa, y sufriste tanto por mí, y yo presa de mis pasiones que no puedo romper».

–¿Y qué ocurrió?

–Que se quedó con nosotras. Se confesó y siguió asistiendo a las clases del colegio. En julio pasado recibió el Crucifijo de Hija de Casa y se convirtió en colegiala ejemplar.

Micaela Desmaisières, vizcondesa de Jorbalán, la madre Sacramento, había sido canonizada por el papa Pío XI el 4 de marzo de aquel mismo año de 1934. Nueve antes, en 1925, fue declarada beata por el mismo Pontífice.

De todos los asistentes a la tertulia de María Corominas aquella tarde en que debatieron sobre la vida y obra de la madre Sacramento, sólo vivían Luisa e Ignacio, Inés, la niña que tanto había ayudado a Cristina llevando a su madre como testigo y que ahora era una adoratriz más en la Casa de Madrid, y ellas dos. Todos los demás habían ido desapareciendo.

–Pobre Silverio, estaba convencido de que harían santa a madre Sacramento y de que él no lo vería. Y así fue. Se murió tres días antes de que la canonizaran.

–La última vez que lo vi –dijo la hermana Cristina– fue cuando vinisteis en el verano de 1900. Recuerdo que yo ya estaba casi decidida a ingresar en el convento, pero no quise deciros nada. A los pocos meses os escribí para contároslo y, desde entonces, no volví a saber nada de él. Ni una carta, ni una postal. Nada, sólo las noticias que tú me dabas y las de su hermana Luisa.

–Lo pasó muy mal. No era capaz de enfrentarse a la vida sin la esperanza de poder conseguir un día tu amor. No sabía qué hacer. Después de un tiempo, logró sobreponerse. Ya sabes cómo era de generoso y positivo. Reunió fuerzas para seguir viajando, que era su mayor pasión, hasta que decidió integrarse en la sociedad de uno de esos países que frecuentaba.

–Sí –dijo la hermana Cristina–, recuerdo que me contaste en una de tus cartas que trabajaba en la India con un grupo de jesuitas.

–Y allí siguió. Se desplazaba por distintos puntos del país, según las necesidades. En todo ese tiempo sólo volvió a España en tres ocasiones, y ahora, que regresó para morir.

–Nadie me ha contado de qué murió.

–De fiebres. Llevaba tiempo padeciéndolas y le iban debilitando. La mala alimentación y la falta de medicinas adecuadas hicieron todo lo demás.

–Qué pena que aún no se haya comercializado el descubrimiento de ese médico inglés.

–¿Te refieres a esa sustancia que llaman penicilina?

–Sí. Se dice que puede actuar sobre los microbios y curar todo tipo de infecciones. Tal vez si hubieran podido aplicársela a Silverio no hubiera muerto.

–En verdad es triste, pero la vida es así. Silverio sabía que corría el riesgo de contraer alguna enfermedad, pero no le importó. Se entregó a los más desprotegidos hasta que ya no pudo más.

Las dos mujeres se miraron en silencio, cada una rescatando de sus recuerdos la imagen de Silverio mejor archivada. La hermana Cristina de la Cruz volvía a verlo a través de los gemelos en el patio de butacas del Teatro Real la primera vez que se fijó en él. Sara recordaba su rostro moribundo diciéndole que nunca dejaría de amar a Cristina.

–Es probable, queridísima Cristina, que ésta sea la última oportunidad que tengamos de estar juntas en este mundo. He querido venir porque tal vez, dentro de un tiempo, ya no podré desplazarme –dijo Sara muy triste.

–No digas tonterías. Vivirás aún muchos años y nos veremos muchas más veces –dijo Cristina animándola.

–Estoy aquí porque quería verte y también porque se lo prometí a Silverio antes de morir. Le aseguré que vendría a darte su último beso y a entregarte una carta que nunca se atrevió a enviarte.

La hermana Cristina tomó la carta y la guardó en uno de los bolsillos del hábito. En ese momento no sabía a ciencia cierta si la llegaría a leer.

–¿Eres feliz, Cristina? ¿Has encontrado lo que buscabas?

–Totalmente. En la vida religiosa, como en el mundo, la madurez que va dando la experiencia te lleva a refrenar esos sentimientos de los primeros años en los que crees haber alcanzado la felicidad suprema. Las raíces se hacen más profundas y se vive en más humildad y verdad. Sí, Sara, soy feliz, no cambiaría mi vida por la de

nadie. Cada día deseo conocer y amar más a Dios.

–¿No resulta muy difícil convivir con chicas tan problemáticas?, ¿no te desanima el fracaso con muchas de ellas?

–Todo lo contrario, nosotras intentamos compartir con ellas sus problemas. Y esta realidad, Sara, la vemos como un don. «Amaré a Dios en mis desamparadas», decía la madre Sacramento, y ¡es verdad! Entregar la vida por ellas viene a ser una fuente de dolores y alegrías, muy parecidas a las de la maternidad.

–Tú, que eras tan independiente, ¿llevas bien la vida en comunidad?

–Somos como una gran familia. Es cierto que podemos ser muy distintas unas de otras, pero a todas nos unen los mismos ideales. Y esto nos proporciona fuerza, lo cual constituye una gran ayuda.

–¿Sigues tocando el violonchelo?

–No, no tengo tiempo, aunque algunas veces me siento con un grupito de jóvenes y les interpreto alguna sonata de Beethoven. Después, charlamos sobre los sentimientos que despierta en cada una de ellas la música que hemos escuchado.

–Me encantaría poder asistir a esos encuentros y participar en vuestra conversación. Seguro que hacéis reflexiones interesantísimas –dijo suspirando–. ¡Ay, Cristina! ¡Cuántas cosas han cambiado en nuestro mundo!

–Y no son buenas. Es más, diría que la mayoría son malas. Muy malas. Vivimos momentos de un anticlericalismo feroz. No me digas que no te subleva comprobar como los jesuitas tienen que dejar sus colegios, sus casas, sus iglesias, porque el gobierno republicano ha decidido, así, de un plumazo, que la Compañía de Jesús deje de existir. Más de tres mil españoles se quedaron en la calle de la noche a la mañana. Todo lo que les pertenecía ha pasado a ser propiedad del Estado. ¿Crees que hay derecho? –preguntaba indignada la hermana Cristina.

–Por supuesto que no estoy de acuerdo con estas medidas, pero es una decisión tomada por un gobierno salido de las urnas, aunque éstas fueran municipales, y se supone que apoyado por la mayoría de los votantes. Es posible, Cristina, por triste que nos resulte, que sean más los españoles deseosos de que España deje de ser católica que los que sí queremos que lo siga siendo.

–Pero que el gobierno de la República sea laico no quiere decir que deba odiar a los católicos y quedarse con lo que les pertenece. Yo estoy en contra de los ateos, pero jamás se me ocurriría perseguirlos.

–Las pasiones humanas lo complican todo. Somos muy imperfectos –dijo Sara pensativa.

–Estoy segura, Sara, de que dentro de poco nos prohibirán seguir enseñando en el colegio.

–Es posible, y me parece una barbaridad, pero, en honor a la verdad, quiero decirte que a mí me gustan algunas medidas que ha tomado este gobierno.

–No puedo entenderte, Sara –dijo la hermana Cristina con triste expresión.

–Sí, me siento más cómoda en esta sociedad, porque hoy, por ejemplo, podría divorciarme –respondió Sara–. Ya sé que tú no lo apruebas, pero existen situaciones en las que es imposible la convivencia y no deben cerrarse los ojos ante la realidad.

–Puede que la sociedad, en cierta medida, sea menos hipócrita que antes, pero ahora hay una permisividad excesiva. La característica más destacada de la sociedad actual es el todo vale, y eso me produce pavor. Te confieso, querida Sara, que a veces tengo miedo de que nos pueda suceder algo irreparable.

–No te preocupes, Cristina. Es posible que la situación actual sea la respuesta precipitada a la excesiva restricción de libertades en años anteriores. Yo creo, o quiero creer, que caminamos hacia una sociedad más justa. Desde el pasado año las mujeres ya podemos ejercitar nuestro derecho al voto, aunque muchas no se hayan enterado o no hayan acudido a las urnas por miedo a represalias de sus maridos.

–Aún recuerdo, Sara, cuando me explicaste el fenómeno caciquil que impediría votar en libertad. ¿Es que siempre existe algo que entorpezca el normal cumplimiento de las leyes?

–No, lo que sucede es que, ante determinadas leyes y lo que puedan significar, se producen reticencias y se articulan trabas que impiden su total eficacia.

–¿Es verdad que una de las razones esgrimidas para no conceder el derecho al voto de las mujeres era que votarían influidas por el confesor?

–Sí. En ese sentido la defensa que hizo la diputada Clara Campoamor fue eficaz. Argumentó de forma impecable y al final consiguió la victoria.

–¿A ti no te parece, Sara, que las mujeres tenemos el derecho a votar a quien consideremos oportuno?

–Indudablemente, lo mismo que los hombres.

Seguían sentadas muy cerca la una de la otra. La hermana Cristina había sacado del bolsillo el sobre que contenía la carta de Silverio y le daba vueltas dudando qué hacer, hasta que dijo:

–No creo que a Silverio le molestara que la leyera delante de ti.

–Es posible que no –contestó Sara.

Querida Cristina:

A pesar de que sospechaba que no podría hacer nada por la naturaleza del rival que tenía, aguardé con esperanza hasta el último momento. Siempre he deseado lo mejor para ti. Figúrate qué ironía: me pasé días y días pidiéndole a Dios que me quisieras, sabiendo que tal vez Él te llamaba a su lado.

La hermana Cristina de la Cruz se quitó las gafas, miró a Sara y dijo:

–También yo le pedí a Dios enamorarme de Silverio. Hubo un momento que estuve a punto de decirle que sí, que aceptaba ser su novia, pero algo me detenía. Un día me di cuenta de que era verdad lo que decía santa Teresa: yo me había acostumbrado a la soledad y me encontraba bien.

… ya sé que es muy difícil resistirse a la llamada de Dios y que probablemente si yo la hubiese recibido reaccionaría igual que tú, aunque ahora me parece imposible, queriéndote como te quiero. Querida Cristina, me queda el consuelo de haber sido feliz pensando en que un día nos casaríamos.

–Siento no haberle dicho que él fue el único hombre en mi vida y que nunca podría querer a otro –comentó Cristina.

–Silverio lo sabía y a pesar de que muchas veces me comentaba que prefería que te enamoraras de otro hombre, porque de esa forma aún le quedaba esperanza de vencer a un contrincante similar, yo sé que en el fondo prefirió que fueras adoratriz antes que la esposa de otro.

–La verdad es que no sé muy bien cómo habría reaccionado yo de cambiarse los papeles –dijo pensativa la hermana Cristina.

–Yo lo tengo clarísimo; preferiría que el hombre del que estuviera enamorada no respondiera a mi amor por atender la llamada de Dios a que prefiriese el de otra mujer.

–¿Y ello, Sara, te acercaría o te alejaría de Dios?

–Cada persona se comporta de forma distinta. Yo creo que me acercaría. Y si lo que quieres saber es lo que le sucedió a Silverio, te puedo asegurar que su fe siguió siendo la misma. Aunque tu decisión le produjo un enorme dolor, te comprendía. A veces solía decirme: «Como Dios no ama nadie en el mundo».

–Pero esa frase es de santa María Micaela –dijo la hermana Cristina.

–Ya lo sé. Silverio me dijo que era de ella. Mira, Cristina, ésta es una prueba de que comprendió tu decisión. En vez de olvidarse de la vizcondesa de Jorbalán, ya que fue la vida y obra de esta mujer el reclamo que Dios utilizó para mostrarte tu camino, se dedicó a conocerla mejor. Al final, por amor a ti, se convirtió en un experto en

la madre Sacramento.

–Es hermoso querer así –dijo la hermana Cristina.

–Sí, muy hermoso.

Sara no quiso terminar la frase. Para qué decirle a Cristina que era un amor hermoso pero infrecuente. No conocía a nadie que hubiera seguido un comportamiento idéntico al de Silverio. Tal vez se lo podría explicar mejor en una mujer, pero en un hombre resultaba sorprendente. Ella siempre había dudado de la inclinación de Silverio hacia el matrimonio, y, aunque nunca quiso profundizar con él en estos temas, tenía la sensación de que Silverio había querido mantener su amor por Cristina y entregarse a él durante toda su vida, aun sabiendo que jamás se materializaría, porque en el fondo le ayudaba a seguir viviendo.

Sara abrió su bolso y sacó de él un sobre amarillento con dos fotografías. Miró a la hermana Cristina y le dijo mientras se las acercaba:

–Ni un solo momento dejó de llevarlas con él.

–Ésta es del día del bautizo de la niña de Luisa e Ignacio, pero ésta no sé cuándo me la hicieron. Ni siquiera recuerdo haberla visto nunca.

–Si piensas un poco, te acordarás. En la fotografía original estamos los tres. Nos la hicimos el año que vinimos a verte para inaugurar la primavera contigo. Yo tengo una. Lo que sucede es que Silverio mandó hacer una copia eliminándonos a él y a mí para que tú estuvieras sola.

–¿Por qué me las das?

–Él me pidió que te las entregara.

–No, será mejor que las guardes tú, Sara. Igual que la carta –dijo la hermana Cristina muy pensativa mientras seguía leyendo.

> ¿Te estarás preguntando por qué no quise enviarte esta carta y a qué se debe mi interés de que Sara te la haga llegar después de mi muerte. Es muy sencillo: mi amor. No quise importunarte en ningún momento. Tu decisión de profesar como religiosa no por esperada fue menos dolorosa para mí. ¿Te acuerdas cuando te decía que sin estar tú cerca me faltaría el aire? Aunque te cueste creerlo, eso es lo que sentí cuando regresaste a Asturias. Pero entonces conseguí respirar pensando que podría verte en cualquier momento. Ahora esa posibilidad ha desaparecido y debo enfrentarme a una existencia en la que tú has desaparecido. Sólo de pensarlo se me rompe el corazón.
>
> Mi único consuelo es seguir queriéndote en la distancia. Tu imagen nunca desaparecerá de mi mente. Te amaré en silencio. Te amaré siempre allá donde me encuentre. El tiempo que Dios me deje vivir en este mundo, mi corazón te seguirá.
>
> No he querido enviarte la carta, como antes te decía, para no importunarte, pero creo que tienes derecho a saber lo que sentí y siento por ti.

Cristina, mantengo vivo mi amor porque es lo más maravilloso que me ha sucedido en la vida y no he querido renunciar a ese sentimiento.

Sí, Cristina, el tiempo que Dios me deje vivir en este mundo mi corazón estará contigo. Sigue adelante, mi amor, yo te sigo con mi corazón abierto, tú lo sabes, con mi corazón abierto.

Sara lloraba. Aquel texto le confirmaba lo que ella pensaba de Silverio. Se secó las lágrimas y le dijo a la hermana Cristina:

–Perdona, las personas mayores nos emocionamos con mayor facilidad.

–Siento que no se enamorara de otra mujer. De verdad que me hubiera gustado que formara una familia.

–Cristina, Silverio era un romántico. No sé muy bien cómo explicártelo, pero creo que el amor que sentía por ti, al no ser correspondido, le hacía sufrir, sentirse desgraciado, aunque también le proporcionaba felicidad.

–Sí, es posible que tengas razón, Sara. ¿Ha ido la hermana Inés de la Misericordia a verte?

–Sí, me ha llevado una muchacha encantadora que ha congeniado con Eulalia. Ya sabes que eso es fundamental. Eulalia está mayor y achacosa, pero quiero que ella siga llevando la casa.

–¿Te acuerdas de la madre de la hermana Inés?

–Claro que me acuerdo. Se llamaba Mercedes, ¿verdad? Ella fue la que desmontó toda la trama urdida por Rosa contra la madre Sacramento.

–Mercedes era una persona extraordinaria. Jamás podré olvidar su emoción cuando Inés profesó como religiosa. Era lo que más deseaba en el mundo, que su hija caminara tras los pasos de Santa María Micaela. ¿Te ha enseñado la hermana Inés alguna de las esculturas que hace?

–No, no tenía ni idea de que fuera escultora.

–Es una auténtica artista. Ha estado aquí, en el colegio, el mes pasado y nos ha hecho una escultura de santa María Micaela muy bonita. ¿Te apetece que vayamos a la capilla para verla?

–Sí, lo estoy deseando.

Cristina no se había fijado hasta entonces en el bastón apoyado en la silla donde estaba sentada Sara. Sólo al ver como su amiga lo buscaba se dio cuenta de que Sara precisaba de apoyo para andar.

–Como ves, sigo resistiendo. ¿Recuerdas que hace casi cuarenta años me cansaba al subir escaleras? Pues ahora apenas puedo andar sin el bastón.

–Por tu insuficiencia cardíaca, pero te encuentras bien, ¿verdad?

–Sí, no te preocupes. Los corazones enfermos suelen resistir

bastante.

17

MADRID, PRIMAVERA DE 1935

Sí que resisten los corazones enfermos», se dijo Sara recordando la conversación con Cristina. A pesar de que ya habían pasado varios meses, Sara recurría incesantemente a su memoria para retener todos los detalles de aquella visita que presentía como la última, aunque jamás creyó que fuera ella quien tuviera que recordarla, porque estaba convencida de que no volverían a verse, debido a que su final se acercaba. Pero había sido Cristina… «¡Dios mío! –gritó desesperada–. ¡Cristina ha muerto y yo sigo aquí! Para qué seguir viva si todos mis amigos se han ido.»

El agradable sol primaveral calentaba con su tibieza los cansados huesos de Sara, que, venciéndose a sí misma, había decidido dar un corto paseo por el jardín. Hacía semanas que no abandonaba su habitación. La hermana Inés la visitaba todos los días. Pedro y su mujer se habían ofrecido para pasar una temporada en su casa, pero ella prefirió seguir sola, con Eulalia, con la que siempre estaría bien. Con la anciana Eulalia y con la muchachita que le habían proporcionado las adoratrices. Sara se dio cuenta entonces de que, después de la muerte de Cristina, la hermana Inés estaba muy pendiente de ella, era como si hubiese recibido el encargo de hacerlo.

Sara se siente invadida por una suave melancolía. Se encuentra cerca de la fuente y hasta allí llega el penetrante olor de la flor de la mimosa. La mira con ternura, mientras las lágrimas fluyen ligeras por su rostro. La vuelve a ver. Cristina se encuentra al lado de la mimosa, como aquella tarde de hace tantos años. Quiere acercarse a ella… Extiende la mano para agarrarla… «¿Por qué ha tenido que morir? Su vida era mucho más útil que la mía. Es posible que Dios quiera hacerme pagar mi tibieza con el dolor de perder a las personas que, además de mi familia, más me han importado en la vida.» Don Miguel, su confesor, fue el primero en abandonarla. Después sería su íntima amiga Josefina. Hacía poco más de un año, Silverio, y ahora Cristina.

¿Por qué se habría subido a aquella escalera para colocar el

cuadro? ¿Y por qué no?, si lo había hecho otras veces. Un traspié, un paso en el vacío, una mala caída y su vida se había apagado.

«Aunque la muerte sea la única realidad de la vida –se dijo Sara–, jamás nos acostumbraremos a ella. Pero una muerte por accidente es mucho más traumática. En décimas de segundo se va una vida. No somos nada. ¡Dios mío!, ayúdame, haz que mi fe no se tambalee en estos difíciles momentos», pidió Sara, que se había sentado en uno de los bancos del jardín y con las manos juntas imploraba.

Así permaneció durante varios minutos. «Afortunadamente –pensó–, Cristina no fue testigo de los conflictos vividos en Oviedo unos días más tarde de su fallecimiento.» Nada les sucedió a las hermanas adoratrices, respetadas por los revolucionarios, que, aunque una noche las asustaron al llamar a las puertas del colegio, pronto se sintieron tranquilizadas al comprobar que sólo buscaban un poco de vino para soportar el intenso frío de la madrugada. Al día siguiente los insurgentes quisieron compensar a las monjas y les llevaron pan de una panadería que acababan de requisar.

Ninguna de las monjas sufrió daño en la revuelta. Sin embargo, sí se vio afectada la estructura del edificio, dada la proximidad del colegio a la carretera por donde llegaban los sublevados.

En los enfrentamientos que durante nueve días se libraron en Asturias había muerto mucha gente. Se estaban viviendo momentos muy complicados en toda España.

Sara se secó las lágrimas. «Seguro que Cristina me ayudará a recuperar las fuerzas.» En aquel momento recordó que nunca le había preguntado si había tenido experiencias místicas. En realidad, sí pensó en hacerlo, pero siempre se detenía por prudencia. El amor místico pertenecía a la intimidad de las almas.

Se levantó con cierta dificultad y caminó hacia la mimosa… «¡Ay!, si no fuera por la memoria, sería como si no hubiésemos vivido.» Percibió el fuerte olor de las flores y volvió a escuchar a Cristina: «¿Sabes, Sara? El primer baile al que asistí fue el de carnaval, y me vestí de primavera. Era un traje precioso al que habíamos pegado todo tipo de flores, mimosas también. Para mí las mimosas siempre han sido las precursoras de la primavera. Son risueñas como la estación que anuncian. Me gusta ponerme sus flores en el pelo».

Sara, con cariño, separa un grupito de flores y se las pone en uno de los ojales de la chaqueta. «Es por ti, querida Cristina. Mientras yo viva, y si Dios quiere que conserve la memoria, todos mis amigos viviréis en mí.» De repente, piensa que nadie se acordará de ella. Su vida había sido estéril… Entonces nota que alguien tira de su falda y escucha una vocecita que dice:

–Abuela, abuela, no llores. Estoy aquí, soy Sara.

Una niña de unos dos años la miró sonriente. Era la hija de Pedro.

–Hola, Sara, cariño. Ven que te dé un beso. No lloro, es que no sé qué se me ha metido en el ojo.

A Sara se le ilumina el rostro. Sus ojos verdes cobran un nuevo brillo. Se da cuenta de que no tiene que pensar en la muerte como una solución a su tristeza. La vida sigue y ella no debe renunciar a todo lo que aún le brinda. Claro que quiere vivir; desea ver crecer a aquella chiquilla, volver a emocionarse con Beethoven o Schubert y por supuesto que le gustaría subirse a uno de aquellos aeroplanos para volar y poder experimentar qué se siente al estar suspendido en el aire y contemplar el paisaje como hacen los pájaros.

A pesar de que ya hacía casi siete años que se había creado en España el monopolio de líneas aéreas, los viajes en avión seguían constituyendo una aventura un tanto arriesgada.

Sí, la vida seguía y ella, Sara Medina, todavía tenía la ilusión de poder asistir al cine para ver una película sonora, le habían dicho que era fantástico. Sara quería llegar viva a la muerte. Sabía que sus amigos estarían con ella y seguro que aplaudirían su decisión.

Cogió a la niña de la mano y le dijo:

–Ven, Sara, vamos a sentarnos cerca de la fuente. Quiero contarte una historia muy bonita…

EPÍLOGO

Hermana Nieves, no se preocupe por mí. Usted tendrá muchas cosas que hacer en el colegio.

–Tranquila, doña Sara. La madre superiora me ha autorizado para que me quede el tiempo necesario. Es lo que habría hecho la hermana Cristina de la Cruz.

Hace días que Sara no puede levantarse del lecho. Sabe que su vida se apaga. Cuando se queda adormilada, Cristina, Silverio, Josefina y también don Miguel acuden a su cabecera para que no se sienta tan sola en este difícil trance. Habla con ellos, les cuenta cómo ha cambiado todo y también se desahoga haciéndoles partícipes de sus miedos y preocupaciones.

Sara, que ha leído la prensa hasta el mismo día antes de agravarse su enfermedad, es consciente de lo que está sucediendo en España y teme que ocurra algo irreparable.

En la primavera de 1936, Sara Medina falleció. Su enfermo y cansado corazón se negó a seguir luchando. La hermana Inés no se movió de su lado.

La muerte liberó a Sara del terrible sufrimiento de ver cómo los españoles se enfrentaban entre sí en una cruenta guerra civil. De haber vivido unos meses más, habría contemplado horrorizada a sus compatriotas matándose unos a otros, y lloraría de forma muy especial, por lo cercanas que estaban a su corazón, a las veintitrés monjas adoratrices que fueron sacadas de un piso de la Costanilla de los Ángeles, donde vivían en Madrid, para ser fusiladas. Una de ellas era la hermana Inés de la Misericordia.

Madre Sacramento
María Teresa Álvarez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© María Teresa Álvarez, 2005

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2005
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2011

ISBN: 978-84-270-3868-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

mr

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

MADRE SACRAMENTO